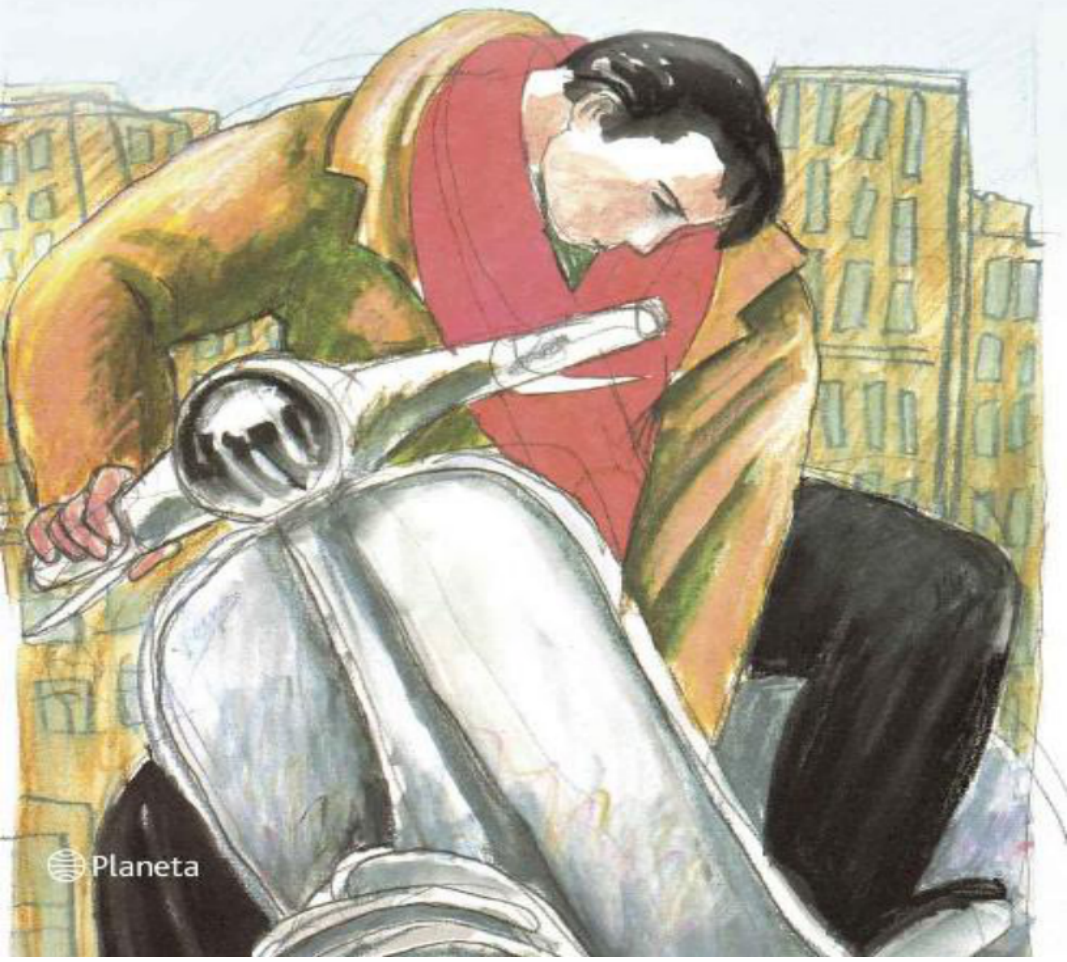
FERNANDO BENZO

LOS VIAJEROS DE LA VÍA LÁCTEA

Como las buenas canciones, las grandes preguntas de nuestra juventud nos acompañan para siempre



Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PRIMERA PARTE
- Habíamos quedado a las siete y media...
- —Pero, entonces, ¿quién es...
- Como la mayoría de las cosas en la vida...
- —¿Que le cuente cómo era...
- Nos tocó vivir nuestros años universitarios...
- Caminábamos por la Castellana...
- Tuve que ponerme de puntillas...
- Fuimos al piso de arriba...
- Blanca me abrazó por detrás...
- Lo primero que conocí de ella...
- —¿Es necesario que también...
- —Hoy no quiero que hablemos de secretos...
- Hay un momento que llega inevitablemente...
- Los Pistones terminaron de cantar...
- Dafne regresó al dormitorio...
- A Oscar le encantaba sorprender...
- Me lo presentó cuando nos dimos de bruces...
- Hay una enorme diferencia entre lo que ven...
- En toda fiesta, una etapa tan inevitable...
- —Al principio, me enfadé...
- Blanca me encontró cuando volvía...
- La radio se encendió...
- Él estaba de espaldas...

SEGUNDA PARTE
- Esto fue lo que dijo el locutor...

Cada uno lo digerimos a nuestra manera...
—Fue el primer golpe a lo previsible...
Me miré en el espejo...
El castillo se alzaba en medio del jardín...
Bajé a pedir bebidas y aproveché...
Se presentó a las nueve en punto...
Se entrometieron en mi vida...
Eran más de seis kilómetros...
—Los malditos secretos...
Hay días en que tu vida cambia de repente...
David estaba tirado en el sofá...
Jorge se obligó a no mirar...
Lo digo medio en broma...
Fue todo un espectáculo...
Fuimos a Ikea...
—No, no estoy siendo justa contigo...
Había papeles por todas partes...
A mediados de los noventa...
Decidimos dos cosas...
Atravesé la terminal, dejé atrás...
Comida de domingo...
Así me lo contó...
Dafne salió de la cocina...
—No, nunca necesité terapeutas...
Estaba solo en medio del salón...
Aquel día descubrí que nunca...
TERCERA PARTE
Los dos pensamos lo mismo...
Cumplir años nunca me pareció algo tan terrible...
Tras la muerte de Oscar...
—Decidimos hacer realidad aquel viejo sueño...
Pato solo había podido presumir...
—Sé que resulta difícil de creer...
En el pequeño altavoz...
Madrid en agosto es una naturaleza muerta...
Ella dio algunas vueltas al vaso...
—Doctor, creo que tendrá que conformarse...
Entré en el restaurante y le busqué...

Dafne se me abraza...
Todas las grandes historias...
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En los años 80, Oscar soñaba con cambiar el mundo, la única ambición de Jorge era el dinero, David solo necesitaba canciones y porros, a Blanca le preocupaba la ecología y Javi fantaseaba con ser un escritor de renombre.

Tres décadas después, la vida no se parecerá demasiado a lo que imaginaron en su juventud. Entre ellos se cruzarán el amor y la amistad, el sexo y la lealtad, las relaciones familiares y los fracasos, los secretos y las traiciones, las sombras de la madurez y la muerte.

Divertida, sentimental, irónica y tierna*, Los viajeros de la Vía Láctea* es una novela generacional que también habla de nosotros. Será difícil que el lector no acabe por encontrarse consigo mismo entre sus páginas.

Como las buenas canciones, las grandes preguntas de nuestra juventud nos acompañan para siempre

Los viajeros de la Vía Láctea

Fernando Benzo

Para Bego, Fer y Bea

«... y así seguimos, botes contra la corriente,
empujados incesantemente hacia el pasado».

F. Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*

PRIMERA PARTE

Habíamos quedado a las siete y media. El sitio lo había elegido ella. A esa hora aún no habrá mucha gente, me dijo, como si esa fuese la única razón para vernos allí. Aquello no era casual. Lo pensé, pero no lo dije. No tuve ninguna duda de que la elección era un mensaje oculto, un aviso o un prólogo a lo que estuviese por decir, pero preferí no adelantarme con suposiciones. Tan solo logró intrigarme y hacerme querer que el momento de la cita llegara más deprisa. No nos veíamos a menudo. Poco más de un par de veces al año. Una comida o una cena navideña de reencuentro de viejas glorias y quizá otra al empezar el buen tiempo. Reuniones de grupo de esas en las que no se habla de nada. Chistes preestablecidos, relato reiterado de anécdotas que no son ni tan divertidas ni tan escandalosas como se pretende, planes y pactos que luego se olvidan rápido y poco más. Pero entre Blanca y yo se había ido creando con el tiempo un vínculo que no dependía de la frecuencia con que nos viésemos. Nuestra amistad había alcanzado, sin proponérnoslo, ese punto en el que uno no necesita que haya encuentros a menudo ni formar parte de la rutina diaria del otro para mantener vivos la intimidad y el afecto. Habíamos llegado a ello de una manera natural, sin forzarlo, como se llega a un destino inevitable que sabes que te espera en algún momento de un viaje y que no tienes prisa por alcanzar. Nos habíamos acostumbrado a recurrir el uno al otro cuando necesitábamos hacer una confesión, pedir un consejo o que nos soportaran algún lamento. Compartíamos más pasado que día a día y eso nos protegía, nos aportaba un equilibrio entre distancia y cercanía que nos permitía mostrarnos sin incomodidad en la desnudez de nuestros momentos de mayor debilidad. En realidad, no había ocurrido tantas veces, tal vez no más de cuatro o cinco a lo largo de los años, pero aquellos momentos de desahogo y de rescate habían bastado para crear la regla no escrita de que el uno siempre podría contar con el otro cuando necesitase un bastón, una absolución o una mentira piadosa. Blanca me había

llamado, me había dicho que necesitaba hablar conmigo, dónde me esperaría a las siete y media, y yo había acudido sin hacer ni comentarios ni preguntas porque esa era la norma, el compromiso que nunca mencionábamos, pero que ambos habíamos aceptado como destino natural de nuestra amistad.

Estaba esperándome fuera, frente a la entrada. Detenida en la acera fumando un cigarrillo. En aquel momento, nadie más pasaba por allí. No advirtió que me acercaba hasta que estuve casi a su lado. Eso me permitió contemplarla sin disimulo. Me gustó su silueta al contraluz, bordeada por un sol que descendía por el centro de la calle, dejando en sombra su cuerpo y las fachadas laterales y haciendo brillar los adoquines. Me recreé en aquella foto de calendario bucólico, en una imagen que podía ser de ahora o de mucho tiempo atrás. Blanca siempre había tenido una belleza acogedora, sin estridencias, una elegancia accesible, sin exigencias, un riesgo controlable, sin amenazas. Siempre que volvía a verla, lo primero que me preguntaba, a medias entre la exculpación y el reproche a mí mismo, era por qué nunca me había enamorado de ella cuando, en todas las etapas de la vida, me había inspirado esa indefinida intuición de que amarla debía de ser una forma confortable de vivir. Y eso a pesar de que a mí, un iluso enamoradizo, siempre me había bastado con que una mujer me sonriera con un atisbo de ternura para que empezara a preguntarme si tal vez sería ella el amor de mi vida. Pero era una suerte que nunca me hubiese enamorado de Blanca. Gracias a eso, aún seguíamos siendo amigos a los cincuenta y cinco.

—¿Está sola, señora? ¿Puedo invitarla a una copa?

Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó y sonrió con el mismo desdén con que lo habría hecho una desconocida si me hubiese acercado de verdad con esas. Su rostro salió de la sombra y me alegró comprobar de inmediato que permanecían intactas la dulzura maternal de su sonrisa, la chispa sabia de su mirada y el color de arena cálida de su piel. Por supuesto, ahí estaban también los pequeños signos que iban advirtiendo de un derrumbe físico que, aunque todavía lejano, empezaba a formarse en su cara igual que el nacimiento de una ola cuando no es más que un pliegue en altamar. Un quiebro en las comisuras de los labios, el rastro de una sombra en las ojeras, apenas una pincelada esbozando una futura arruga en la frente, minucias que más que desmerecer su atractivo solo lo revestían de serenidad y

preguntas. Sus suaves señales de que cada día éramos más otros no hicieron que me decepcionara su aspecto, solo me llevaron a pensar, con coquetería, cómo me vería ella a mí. Mi pelo ya de un gris irregular, mis arrugas imitando grietas, mi nariz creciente y mi sonrisa menguante no eran indicios de vejez favorecedores como los suyos, sino todo un mapa de cicatrices dejadas por los mordiscos del tiempo.

—Nunca se me ha dado bien el papel de galán.

—Tienes un aspecto estupendo.

—Lo malo es que estamos ya en una edad en la que hay que empezar un encuentro diciendo eso.

Nos dimos dos besos y un abrazo torpe que ella inició, yo seguí con retraso, no culminamos y se acabó quedando a medio camino entre un choque y una palmada en la espalda. Nunca se me han dado bien las efusiones físicas. Pero aquello fue suficiente para oler la mezcla de perfume y tabaco y sentir una agradable incertidumbre, como cuando un sabor o un paisaje te traen un recuerdo del pasado, pero aún no eres capaz de concretarlo.

—Todo esto tiene la emoción de una cita misteriosa —le dije algo azorado por la torpeza de mi medio abrazo.

—Porque lo es.

—Es excitante.

—No te hagas demasiadas ilusiones.

Los dos sonreímos. Suficiente. Con esas pocas palabras ya habíamos saltado por encima de todos los meses que llevábamos sin vernos, todo lo que no supiésemos de la vida del otro, los miles de momentos no compartidos, y regresamos de inmediato al instante siguiente a la última vez que habíamos estado juntos, a un territorio de confianza recíproca donde no había ni muros ni barreras.

Seguí a Blanca al interior del local. Antes de entrar, eché un vistazo al dibujo que hacía de dintel sobre la entrada. Dos chicas sesenteras, en bañador y con escafandra de astronauta, acariciaban sus copas de cóctel con sonrisas de inocente provocación. El mismo cartel de entonces. Era emocionante.

A aquella hora, dentro, como Blanca había predicho, había poca gente. Un solo camarero esperaba detrás de la barra. Dos tipos poco más jóvenes que nosotros, que vestían con traje y corbata aunque se habían quitado la chaqueta, bebían cerveza y jugaban al billar en la única mesa del fondo. Una pareja de veinteañeros hablaba a media

voz con cierta excitación, sentados en uno de los sofás corridos pegados a las paredes, tal vez iniciando una pelea, tal vez intercambiando argumentos para salvar su relación. La luz era tenue. Por los altavoces sonaba un fraseo de saxo que no reconocí. El techo y las paredes seguían, como entonces, cubiertos de carteles de conciertos y festivales y publicaciones y pósteres de grupos sin mantener ningún criterio de calidad, estilo o tiempo. Todo un recorrido a saltos sin rumbo por la historia de la música. Courtney Love flanqueada por los Ramones y Gabinete Caligari. Combinaciones imposibles, algunas sacrílegas, otras inspiradoras.

Eran las siete y media de la tarde de un martes. Ni la hora ni el día ofrecían riesgo de que aquello fuese a llenarse de pronto. El saxo calló cuando nos acercamos a la barra. Una voz femenina inició una versión perezosa de *I Don't Like Mondays.* Me detuve y miré alrededor.

—Así debió de sentirse Jack Nicholson cuando entró en el salón de baile del hotel Overlook —le dije a Blanca—. Esto está lleno de fantasmas.

Ella se echó a reír. Me observó, encantada con mi expresión alelada, probablemente la misma que tendría si acabase de despertar de un largo coma, a medio camino entre la nostalgia y la inquietud.

—No te preocupes —me dijo ella—. Estos fantasmas son todos viejos amigos.

Hacía más de treinta años que no entraba en La Vía Láctea.

—Pero, entonces, ¿quién es René?

David lanzó la pregunta al aire, sin dirigirla a nadie en concreto, como si tan solo estuviese poniendo en palabras una duda que atormentase a buena parte de la raza humana pero que, hasta ese momento, nadie salvo él se hubiese atrevido a verbalizar. Ni Jorge ni yo nos apresuramos a contestar. Jorge prefirió seguir reclamando la atención del camarero, que le estaba ignorando, como todos, porque Jorge era de esa peculiar especie de seres a los que los camareros ignoran siempre, incluso aunque no haya nadie más compitiendo con ellos para ser atendidos. Yo no hacía nada, solo esperaba que el silencio desanimase a David. Pero sabía que eso no ocurriría. David nunca se rendía. Había repetido ya tres veces la misma pregunta. En menos de diez minutos. Se tomaba esas cosas muy a pecho. Cuando se le metía una duda en la cabeza, esta pasaba a convertirse para él en la pregunta esencial para comprender la ordenación del universo o algo parecido. Entraba en un bucle mental del que no había quien le sacara hasta que obtenía una respuesta que le resultase satisfactoria, lo cual no era fácil.

—De verdad, tío, no lo sé —contesté al fin, porque en esos duelos de silencios siempre acababa ganándome—. Para ser más exactos, ni lo sé ni me importa. No es nadie. Solo le mencionan. ¿Qué importancia tiene?

Ni me escuchó. Si no le dabas una buena respuesta, lo que dijeras, simple y llanamente, ni siquiera llegaba a su cerebro.

—¿Y ella? ¿Ella es la asesina o la víctima?

Estábamos en la barra de la entrada. Aún teníamos ese aire fresco de quien acaba de salir de la ducha. O, al menos, Jorge y yo lo teníamos. David tenía el mismo aspecto desaliñado de siempre, como si acabase de despertarse tras varios años durmiendo con la misma ropa y tampoco se hubiese peinado desde entonces.

Era ese momento de las grandes noches, el momento inicial en

que los nervios te agarraban el estómago porque aún teníamos una edad en que cada noche creías que algo diferente, único, inesperado podría ocurrir. El comienzo de la noche era como un luminoso anuncio de neón, una promesa que estaba permitido traicionar, un telón a punto de levantarse sin que tuvieses ni idea de qué podía haber detrás. En esos primeros momentos, uno podía creer aún que aquella sí, que aquella noche la música, la charla, la bebida o un encuentro de miradas podría traer a tu vida la fórmula secreta de una felicidad permanente, un amor que nunca se agotaría o una pócima de juventud eterna con regusto a ginebra y tónica que te permitiría seguir viviendo para siempre noches perfectas como la que estaba a punto de empezar. A esas horas, aún estaba muy lejos uno de esos finales habituales de borrachera espesa, pelea de bar, chica escapando de tus garras, negociación con un taxista o conversación pastosa y filosófica en el banco de un parque.

Jorge consiguió que el camarero nos sirviera una primera ronda. El local estaba aún medio vacío. Habíamos llegado una vez más con demasiada puntualidad. Esa era una obsesión de Jorge. Siempre se creía que llegaba tarde, como el conejo de Alicia. La fiesta empezaba oficialmente a las diez. Por tanto, a nadie se le ocurriría llegar antes de las once. Y aún eran las once y veinte, así que, aparte de algunos colgados tempraneros, solo estábamos nosotros tres y Oscar.

Oscar se había pasado allí toda la tarde. Organizándolo todo. Nos habíamos ofrecido a ayudarle sin demasiada insistencia, pero, afortunadamente, nos había dicho que prefería ocuparse él. Era su fiesta. Había logrado que los propietarios del bar aceptaran alquilárselo por una noche, algo poco frecuente en un local tan de moda. Aparte de invertir en ello todos sus ahorros, Oscar había tenido que desplegar todas sus dotes de seducción para convencerlos. Al final, lo había conseguido. Como casi todo lo que se proponía. Cumplía veintiún años. El evento de la década. O, al menos, así lo consideraba él. Quería controlar todos los detalles personalmente. Quería que aquella noche se recordase durante mucho tiempo, que en el mundillo universitario hubiese a partir de entonces dos castas radicalmente diferenciadas: los que estuvieron en la fiesta del vigesimoprimer cumpleaños de Oscar y los que no. Así era él. No entendía hacer lo que fuese si no era a lo grande, dándole a todo una dimensión épica, ya fuese una fiesta, una noche de copas, una partida

de cartas o una cita romántica. Era su forma de afrontar cualquier cosa. Sin pudor, sin límites. No podía soportar que todo lo que tuviese que ver con él, cualquier idea, cualquier plan, cualquier momento, no fuese algo único, algo que dejase una huella imborrable en quienes tuviesen la suerte de vivirlo a su lado.

Aún estaba ocupado con los últimos retoques. Le veíamos pasar de un lado a otro del local, asegurándose de que todo estaba bien. Se cercioraba de que los dos «puertas» y los camareros y hasta las botellas y los vasos en los estantes de detrás de la barra estuviesen ya listos. Comprobaba que el pincha (nadie los llamaba aún DJ) tenía claras sus instrucciones sobre cuándo debía cambiar de una música más ambiental a música de baile y, después, de lo más rápido a lo más lento y vuelta a lo rápido otra vez. Incluso le había entregado al chico que estaba tras la mesa de mezclas una cinta con un *mix* grabado por él mismo de sus canciones favoritas. Un error. Oscar, el tipo perfecto, no era tan perfecto: tenía un pésimo gusto para la música. Era de esos que creen que en una misma cinta pueden convivir canciones de Silvio Rodríguez y Supertramp. Oscar no lograba entender a David, al que desesperaba que alguien pudiese adolecer de semejante carencia de inteligencia musical, cuando le explicaba que una cinta de casete debía tener un concepto, un hilo conductor y una lógica emocional. Solo son canciones, le refutaba Oscar cuando David trataba de hacérselo entender. Y al oír aquello David abjuraba de él como un sumo sacerdote de un blasfemo. Pero a Oscar le daba igual. Le encantaban todas las canciones que los demás odiábamos. Estaba convencido de que sus invitados se lanzarían enloquecidos a bailar en cuanto sonara *Dolce vita* o, peor aún, *Words* de F. R. David. Había grabado la cinta para que la pusieran a las doce, justo después de que todos le hubiésemos cantado el *Cumpleaños feliz*. Todo bajo control. Algo muy importante para Oscar. El control. Si por él fuera, habría controlado hasta qué debía beber o cuándo debía reírse cada uno de sus invitados.

—Oye, vamos a pasar ya de ese asunto, ¿vale? No le des más vueltas —le dije a David, aunque yo no era ni tan idiota ni tan ingenuo como para creerme que iba a darse por vencido tan rápido—. Solo es la letra de una canción tonta. Sin ningún significado especial.

—Yo creo que toda la canción quiere ser un homenaje a la novela negra. —David hablaba con solemnidad académica, como si Jorge y

yo estuviésemos ansiosos por conocer semejante aclaración—. Juega con los clichés del género. Todo ello es una referencia al imaginario de Dashiel Hammett y Raymond Chandler, ya me entendéis.

—Cuánto me tranquiliza oírlo, David.

A mi lado, Jorge le dio un largo trago a su copa, tal vez porque sin empapar su cerebro en alcohol se sentía incapaz de seguir soportando aquella conversación o porque quería empezar ya a derretir todos los complejos, miedos y prejuicios que le impedían comportarse como el pelmazo en que se convertía en cuanto llevaba encima bebida de más, convencido de ser gracioso sin serlo, de ser seductor sin serlo y hasta de ser interesante e ingenioso sin ser tampoco ninguna de las dos cosas.

—Él es un detective, sí —intervino, una vez que vació dos tercios de su copa, fingiendo que le aliviaba avanzar en la deducción, aunque en realidad solo buscaba que David se diese por satisfecho y dejara ya un asunto que hacía rato que no daba más de sí—. Lo he visto en el vídeo. Berlanga hace de detective y Alaska de mujer fatal.

—Pero la canción no es tan obvia —protestó David.

Las mejillas de Jorge se estaban sonrosando, señal inequívoca de que empezaba a perder la paciencia. Jorge era impaciente y gruñón y el coloreado de sus mejillas era una advertencia de que se estaba poniendo de mal humor. Jorge también era bajito, calvito y gordito. Todo en él era un diminutivo. Aunque los cuatro teníamos la misma edad, él parecía mayor que nosotros. Ya entonces, su pelo empezaba a perder la guerra y renunciaba a amplios territorios de su frente y su coronilla, donde se le había formado una tonsura natural que por sí sola le habría desprovisto de cualquier atractivo, de haberlo tenido. Cuando se enfadaba, le gustaba ponerse de pie y daba saltitos al ritmo de sus palabras, como si creyese que así se le oiría mejor, algo que empezó a hacer en aquel momento.

—La canción solo es lo que es —dijo, a saltito por palabra—. Oye, en serio, que solo son Alaska y Dinarama. No le des más vueltas. Son gente que para ser feliz solo quiere un camión.

Los invitados iban llegando en un lento goteo. En grupos de cinco o seis. La fauna al completo, con todas sus variedades. Allí estaban las chicas del Isabel de España, lo más parecido a un club de fans oficial de Oscar. Todas las de aquel grupo le veneraban. Venían por nuestro piso y se deshacían con que solo les sonriera. Eran chicas modernas,

de aspecto y maneras atrevidas, capaces de explorar e intimidar, dispuestas a transgredir y experimentar. Pero con Oscar se transformaban. Renunciaban a las revoluciones. Hacían lo que fuese necesario para agradarle, desde coserle un botón a traerle un bizcocho, mimos que él aceptaba con indulgente condescendencia, como un rey que se sabe merecedor de las atenciones que recibe, mientras pasaban del resto de nosotros, que teníamos que asumir como algo normal que él tocara a seis y nosotros a ninguna en el reparto de admiradoras. Llegó Raquel, la chica de la que Jorge acababa de enamorarse y que por ahora le ignoraba tanto como la decena de chicas anteriores a las que había perseguido sin éxito. También llegó Blanca con su grupo de amigas guapas del Roncalli, el Club de las Futuras Esposas Perfectas, las llamábamos. Los diferentes estereotipos de la ciudad universitaria fueron desfilando ante nuestros ojos. Un grupo de porretas muy pasados del Johnny, otro grupo de modernillos del Chami. Chicos más estándar de aspecto, de esos que hacen la carrera en Madrid sin salir jamás de la zona universitaria, del Elías. Un grupo de atildados niños bien del San Pablo. Canarias morenas con ojazos del Pino. Oscar tenía esa habilidad, un don natural, la capacidad de gustar y hacerse amigos de todo tipo y en todos los colegios mayores. Oscar siempre planteó sus relaciones sociales con avaricia, con un afán de acumulación más que de selección, cuanto más mejor, y ahí cabía todo con tal de que sumaran, con tal de que el mundo que girase a su alrededor fuese cada vez mayor, una galaxia completa, millones de estrellas, la Vía Láctea.

Se quedó cerca de la entrada para recibir a sus invitados. Meme, la tía más buena del CEU. Nacho, Lucas, Pato y toda la recua de tipos que venían a menudo por nuestro piso a inflarse a comida y copas gratis y a echar el día escuchando música y jugando a lo que fuera. Silvia me saludó con la mano desde la distancia cuando llegó. Yo la saludé levantando mi botellín de cerveza con estudiada indolencia.

Silvia había llegado. Ya estábamos todos. Para mí, la vida era así entonces. Todo empezaba y terminaba con la llegada o la marcha de Silvia.

Cumple de Oscar. El mejor garito de Madrid cerrado solo para sus amigos. No se podía pedir más a la vida.

—Pero ¿qué simbolizan las perlas ensangrentadas?

—David, vete a la mierda, ¿vale?

Por los altavoces sonó *Me colé en una fiesta,* la de Mecano. Era un espanto de canción, pero venía al caso. Teníamos veintiún años, el mundo era un lugar perfecto y nosotros éramos felices.

Como la mayoría de las cosas en la vida, nuestro encuentro solo fue fruto del azar. Si a cada uno por separado nos hubiesen dicho que eligiésemos cómo habríamos querido que fuesen nuestros mejores amigos, tal vez no habríamos escogido a ninguno de los otros. Pero eso que se llama «caprichos del destino» y que no es sino la aleatoriedad que gobierna el cosmos nos colocó a los cuatro en un mismo punto del tiempo y el espacio: apenas un centenar de metros cuadrados en la calle Fernández de la Hoz, un tercero en el que siempre había alguna cañería que crujía, alguna tablilla del parqué que se levantaba, algún pomo de puerta roto y algún disco que desaparecía misteriosamente y del que jamás se volvía a saber, para cabreo de su propietario, que solía ser David.

Ninguno de los cuatro habíamos querido ir a un colegio mayor o una residencia, como hacían la mayoría de los chicos que iban a estudiar la carrera a Madrid. Y nuestros padres habían accedido a ello, unos por no discutir, otros por indiferencia, otros porque compartían la decisión. Había una red oficiosa de pisos para estudiantes. Los cuatro habíamos acudido a ella y así se ocupó la casualidad de reunirnos en aquel piso. Teníamos alguna cosa en común. Perfiles anodinos. Chavales de ciudades de provincias. Familias sin estrecheces económicas. Colegios de curas que nos habían dejado escasa huella clerical. Buenas notas sin alardes. Ni brillantes ni problemáticos. Y, a partir de ahí, éramos completamente diferentes en caracteres, intereses y comportamientos. Pero resultamos ser piezas de un puzle en el que encajábamos a la perfección. Nos queríamos y a veces nos odiábamos y éramos capaces de compartir cocina, baño y resacas sin que las paredes se vinieran abajo. De alguna manera, fuimos capaces de construir una relación sostenible e incluso perdurable que se asentaba, sobre todo, en una falta de semejanza de nuestras personalidades que nos hizo inseparables. Tal vez porque cada uno aportaba a la unidad unos talentos o una ausencia de ellos que, por

separado, carecían de relevancia e identidad, pero que, al unirse, daban forma a un solo ente bastante completo. También hay otra forma menos rebuscada de expresarlo: nos llevábamos de puta madre y lo pasábamos de cojones.

David me dijo una vez que la mejor manera de conocer y comprender las diferencias entre nosotros era mirando a nuestros padres. Nunca se me habría ocurrido, pero en cuanto lo dijo estuve de acuerdo. Muy propio de David. Se pasaba la mayor parte del día en aparente estado de catatonia, callado y con mirada de insomne, arrullado en su duermevela crónico por algún casete o disco. Pero de pronto tenía destellos de lucidez, como si en su cerebro estallase una bengala tan luminosa como pasajera, y compartía con nosotros esos relámpagos de clarividencia en forma de reflexiones poco más desarrolladas que un aforismo.

—Si alguien quisiera entender cómo somos cada uno de nosotros, solo tiene que echarles un vistazo a nuestros padres.

Eso fue lo único que dijo al respecto. Sin que formase parte de ninguna conversación de desarrollo ni diese pie a ella. Tan solo la idea se le encendió en la cabeza en un momento aleatorio, la soltó y, tal vez, luego la olvidó tan rápido como la había formulado. Igual que te soltaba en el descanso de una película una inesperada parrafada sobre cómo creía que debía de ser la vida después de la muerte o te acompañaba el café del desayuno con una tajante afirmación sobre la indiscutible posibilidad de disfrutar del sexo sin necesidad de contacto físico o, según salía de la ducha aún empapado y con solo una toalla enrollada a la cintura, te ilustraba sobre las causas que a su juicio llevaron a los alemanes a apoyar a Hitler o por qué era mejor comprar estropajos de metal que esponjas de doble cara. David era un filósofo de genialidad efímera. Al principio, uno tenía el impulso inmediato de rechazar sus enseñanzas, aunque solo fuera porque solía ofrecerlas a destiempo y sin que se lo solicitaras, pero cuando luego pensabas en ellas acababas admitiendo que tenía razón, ya fuese en cuanto a los nazis o a los estropajos, tal vez menos en cuanto al sexo sin contacto. Y también la tenía respecto a lo de nuestros padres. Solo había que fijarse por un momento.

Ahí estaban. Suena el timbre del piso. Se abre la puerta. Padres de visita para ver qué tal le va a su hijo en la gran ciudad.

Los míos. Papá, abogado fiscalista. Mamá, sufrida lidiadora de

cinco hijos. Lugar de residencia, La Coruña. Pareja sin sobresaltos. Correctos. Una palabra sin originalidad en la que cabría cualquier aspecto que quisiese describir de la vida de mis padres. Un sosegado matrimonio de misa dominical, película en el cine Colón los sábados por la tarde, cena de fin de año en el Casino y veraneos en Ribadeo. Una vez al trimestre venían a Madrid. Dormían en casa de una hermana de mi madre, daba igual la incomodidad: la economía familiar, pero sobre todo su espíritu austero y ahorrador de niños de posguerra, no daba para dispendios en hoteles. Sus únicos caprichos consistían en ir al María Guerrero o al teatro de la Zarzuela y tomar un cocido en La Bola. Hacían una única y breve visita a nuestro piso. Mi madre repasaba con torpe disimulo la limpieza y el orden. Mi padre no sabía de qué hablar conmigo y mis compañeros, no era buen conversador y desconocía por completo cualquier interés o referencia de la gente de mi edad, así que solo deseaba irse cuanto antes. Mi padre había sido quien había apoyado mi negativa a vivir sometido a las normas de un colegio mayor. Él también había estudiado la carrera en Madrid, viviendo en una pensión en Lavapiés, y con los años había idealizado aquella época de su vida. Le encantaba presumir en cuanto venía al caso de un pasado lleno de estrecheces económicas y consideraba que los lujos de un colegio o residencia eran para mimados, que los años en Madrid debían servir para curtirse y que eso solo lo lograría si vivía en un piso en el que tuviese que ocuparme de mis necesidades domésticas. Justo lo que yo deseaba, aunque ante él, para hacerle creer que me lo imponía, fingí que aquella decisión me inquietaba tanto como si me mandase a un frente de guerra. Así acabé en el piso. Mis padres venían de visita y eran amables con mis amigos. Una pareja sin matices, sin aristas, que no dejaban ni recuerdo ni rechazo. No era del todo agradable pensar, según la tesis de David, que esa descripción también podía ser aplicable a mí. Poco más que contar. Puede pasarse a los siguientes.

Padres de Jorge. Ella, una réplica un poco más menuda de mi madre. Esposa ejemplar, pelo de perfecto cardado, cariñosa con contención. Él, un tipo despreciable. Una eminencia. El cardiólogo más prestigioso de Santander o, tal vez, de todo el norte de España o del país entero o, a juzgar por sus aires, de todo el universo conocido. La antítesis física de su hijo, que debía de haber recibido sus genes de alguna línea familiar secundaria y arrinconada por las elitistas leyes

de la evolución. El doctor era alto, apuesto, con una poblada cabellera blanca, gruesas cejas de lord inglés, piel bronceada de *playboy* italiano y una exagerada campechanía de turista americano hortera. Durante toda mi vida he desconfiado de la autenticidad de los tipos con la dentadura perfectamente alineada.

El deseo que le quedaba por cumplir en su vida al doctor era que su único hijo, el bajito, calvito y gordito Jorge, le sucediera en el noble ejercicio de la medicina y, por supuesto, en la dirección de la elegante clínica de cardiología que había montado él solo, que llevaba su nombre y con la que se forraba. Pero en su plan, trazado desde antes incluso de que su mujer quedara embarazada, no había contado con una contrariedad sobrevenida: su hijo había decidido ya en la adolescencia que odiaba el estetoscopio y el bisturí y, ya puestos, que también odiaba todo aquello que pudiera interesarle a su padre, que de tanto querer formarle a su imagen y semejanza había logrado que el hijo rechazara cualquier imagen o semejanza que le recordara a él. Cuando Jorge llegó a la edad de elegir carrera universitaria optó por Empresariales, una carrera sin personalidad, según el padre, que solo elegían los lerdos que aún no sabían qué hacer con su vida a los dieciocho. Con aquella decisión del hijo, una relación que siempre había avanzado por un terreno pantanoso entre el enfrentamiento soterrado y la decepción recíproca estalló al fin en una animadversión abierta y sin disimulos. Jorge no tenía más interés en relacionarse con su padre que demostrarle en todo momento lo feliz que era llevando una vida que en nada coincidía con lo que este había planeado para él, que a esas alturas habría incluido estudios de Medicina en Harvard o semejante, novia con apellido reconocible de la alcurnia santanderina y un envidiable hándicap de golf. El eminente cardiólogo no se molestaba en ocultar ni en disimular el desprecio que le inspiraba su único hijo. Sonaba el timbre, abrías la puerta, eran ellos y, antes de sentarse en nuestro desvencijado sofá moteado con lamparones de kétchup y mostaza para pedirnos un café, largo de café, mezclado o natural, pero no descafeinado ni torrefacto, de cafetera italiana, pero no de filtro, con leche templada, ni muy fría ni muy caliente, y aseguraos que sin nata, un terrón de azúcar, pero no blanca, morena, en taza pequeña, con una servilleta, pero sin ninguna galleta ni nada de picotear, el eminente cardiólogo ya estaba diciendo que el piso olía a humedades, que Madrid tenía un clima insufrible

(daba igual en qué estación del año fuera la visita), que era imposible que pudiéramos concentrarnos en el estudio con tanto crujir de cañerías y que encontraba a Jorge más gordo o más delgado o más lo que fuese, pero siempre peor, y que, al menos (y aquí «al menos» era el resumen de «al menos, dado que no estudia Medicina y que es una completa desilusión como hijo»), podía afeitarse esa medio barba que le daba aspecto de mendigo francés (nunca supimos el porqué de «francés», pero el doctor siempre añadía eso). La madre, sumisa, siempre en segundo plano, miraba a su hijo rogándole paciencia con la mirada. Nunca estuve seguro de si, con aquella mirada maternal preñada de conmiseración, le compadecía por tener que soportar las impertinencias de su padre o por llevar aquella mediocre vida con barba de mendigo francés incluida a la que se había condenado por no querer estudiar Medicina.

Jorge soportaba la visita, como la vida en general, con una rabia en permanente ebullición, atrapado en la frustración de alguien que ha sido educado desde la cuna en la creencia de que este miserable mundo está habitado por dos clases de humanos: los cardiólogos —que eran los únicos felices— y el resto de los mortales. Yo solo admiraba a Jorge cuando le veía junto a sus padres. Me parecía admirable que no se hubiese tirado por una ventana o que no fuese un asesino en serie o, al menos, un feliz y satisfecho parricida.

Los padres de David eran mis favoritos. Esos sí que eran unos personajes diferentes. Estaban divorciados. En aquella época en que el divorcio aún no era algo frecuente, aquello ya los hacía raros, enigmáticos, como rodeados por un difuso halo de perversión y misterio. Pero ese no era su único aspecto interesante. Lo que de verdad me fascinaba de ambos era su absoluta falta de inteligencia. Eran dos seres que parecían ser capaces de vivir sin un cerebro en el interior del cráneo. Él, presentador de un programa de variedades musicales y humorísticas en Telecinco, había protagonizado un breve periodo de gloria en las revistas del corazón gracias a un fugaz pero apasionado romance con una exuberante Mama Chicho. Ella era una modelo de pasarela de cierto renombre ya retirada. Cada uno de ellos se gustaba a sí mismo más que cualquier otra persona del mundo. El padre parecía vivir permanentemente ante un espejo. Te hablaba, con su impostada voz de galán añejo, y hacía una pausa después de cada frase como si esperase un aplauso o necesitase unos segundos para

comprobar que te había dejado anonadado por la belleza de su voz y la penetrante profundidad de su mirada, los ojos fijos en algún lugar indefinido frente a él como si se observase en ese espejo imaginario y no pudiese reprimir el deseo de dedicarse un piropo mental a sí mismo. Solo decía estupideces, pero con la solemnidad con que se diría una aseveración trascendente. Era como si le hubiesen extirpado el cerebro y dentro de su cabeza hubiesen sentado a un guionista diminuto y sin talento que le escribiese frases hechas con las que sobrevivir a cualquier conversación.

La madre era más interesante. Pero no por su inteligencia. A sus cuarenta y pocos, una edad que a nosotros nos parecía ya la tercera, era una belleza de caerse de espaldas. Cuando se sentaba en el sofá y cruzaba las piernas y encendía un fino cigarrillo John Player, que le enviaban desde Londres porque no se vendían en nuestro país, y echaba el humo sin prisa poniendo boca de beso y hablaba con su envolvente voz, con el deje de un acento malagueño casi perdido, te dejaba como hechizado y solo deseabas adorarla durante el resto de tu vida. Cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras y sus miradas parecían llevar ocultos la promesa de inimaginables y exquisitos placeres sexuales. Toda ella, con su aura de fatalidad, era una indefinida oferta de experiencias desconocidas para nosotros, sin la oscuridad perversa de la señora Robinson, con la elegancia más obvia de Jacqueline Bisset en *Class*. Venía de visita y Oscar, Jorge y yo nos convertíamos en zombis babeantes. Y desearla te hacía sentir fatal. Al fin y al cabo, como en esa película, era la madre de nuestro amigo. Pecado, traición, vicio, paraíso, aquella mujer lo era todo a la vez a los ojos de unos hambrientos e inexpertos veinteañeros como nosotros.

Aquella pareja ayudaba a comprender por qué David daba a menudo la sensación de vivir en un mundo propio donde solo había sitio para él, sus personajes mitológicos y sus canciones, donde se pasaba fumado buena parte del tiempo, tal vez para no tener que recordar que era fruto de los dos seres más huecos que jamás habían concebido un hijo, para no tener que decidir si tener aquellos padres era motivo de risa o de llanto.

Pero ningunos padres resultaron ni tan inesperados ni tan esclarecedores como los de Oscar.

Fueron los últimos en venir a conocer el piso. Oscar no nos advirtió de su visita, como hacíamos los demás cuando nuestros

padres anunciaban que vendrían. No hubo el habitual zafarrancho previo a la llegada de progenitores: limpieza de cocina y baño, camas hechas sin una sola arruga en la colcha, discos y cintas perfectamente apilados, las chinas de hachís de David bien al fondo de un cajón y no entre los cojines del sofá, habitaciones ventiladas durante las horas previas para combatir la mezcla de olores y todo —incluidos ropas, pelos y sonrisas— en perfecto estado de revista. Tan solo sonó el timbre, abrí la puerta y me encontré con una pareja de señores mayores, de más de sesenta, sorprendentemente parecidos entre sí: misma escasa estatura, mismos cuerpos regordetes, ambos con ropas sin gracia ajenas a cualquier moda, cara de susto y mirada cautelosa. Él preguntó por Oscar. Somos sus padres, añadió, tal vez sabedor de que eso era algo imposible de deducir. Y, ciertamente, resultaba chocante, inesperado, que los padres del Oscar arrollador, siempre centro de atención, luminoso y llamativo, fuesen aquella pareja arquetípica del costumbrismo rural. Como mucho, por su edad y por sus medidas vertical y horizontal, habrían podido pasar por abuelos de Jorge, del mismo modo que Oscar habría encajado más como hijo de los esplendorosos padres de aquel.

No acerté a contestar nada, ni siquiera a ofrecerles pasar. Oscar apareció al poco y me desplazó con rapidez y los recibió con un cierto atolondramiento. Cómo estáis, qué tal el viaje, os instalasteis ya en el hotel, queréis que vayamos a comer algo. Lo preguntó todo en una sola frase que ni siquiera sonó a pregunta, sin darles opción a responder, resolviendo en un segundo lo que debería haber sido una charla de bienvenida.

Jorge y David también estaban en casa y nos encontramos todos en el pequeño recibidor del piso y la estrechez del espacio hizo aún más incómodas y apresuradas las presentaciones. Los padres de Oscar fueron los únicos que no pasaron por el ritual de sentarse en el sofá, tomarse un café o un refresco y estirar una conversación encorsetada en lugares comunes sobre estudios, aficiones y las vicisitudes de la vida en un piso de estudiantes y en Madrid en general. Oscar no hizo ni ademán de guiarlos más allá del recibidor. Le supuso un esfuerzo evidente mostrar su sonrisa más deslumbrante y los sacó cuanto antes de allí alegando que, siendo la primera vez en su vida que estaban en Madrid, habría muchas cosas que querrían ver y que lo mejor era ponerse en marcha cuanto antes. Al padre solo le oí sus breves

palabras al abrir la puerta y la voz de la madre ni siquiera llegó a sonar. Nunca volveríamos a verlos después de aquella primera y única visita. Los padres del resto venían a visitarnos una o dos veces al año y de vez en cuando los mencionábamos en las conversaciones, generalmente para lamentar o criticar su tacañería, su intransigencia o, en general, su desaprobación o desinterés hacia nosotros. Oscar nunca mencionaba a los suyos.

David, con sus píldoras de sabiduría, me abrió los ojos a mucho conocimiento intrascendente, pero también a ese vínculo invisible aunque evidente que existe entre padres e hijos y que condiciona toda nuestra vida, dándonos forma ya sea como extensión o como reacción a la manera de ser de ellos. Yo quería a mis padres. Los quería con dejadez, con un cariño sin esfuerzo, un amor doméstico desprovisto de cualquier arrebato de admiración, temor, competición o rechazo. Eran mis padres y eran llevaderos, tan solo estaban ahí, y eso era suficiente para quererlos. No me suponía ninguna carga la herencia genética o emocional o lo que fuese que me hubiesen trasladado. David y Jorge, en cambio, eran una permanente respuesta a sus respectivos progenitores. El desaliño físico y mental de uno, la rebeldía revestida de rabietas infantiles del otro eran evidentes símbolos del rechazo a sus padres. Pero, para mí, lo más interesante fue conocer (o, al menos, vislumbrar durante apenas unos minutos) a los padres de Oscar. Nunca fue fácil conocer a Oscar y, por ello, en cuanto aparecía algo, por pequeño que fuera, que permitiese entenderle un poco, uno se aferraba a eso como a un pequeño pero significativo indicio. A partir de aquel instante, tuve claro que todo en él, desde su aspecto a su manera de comportarse, sus ambiciones, sus esfuerzos, su afán constante por exponerse ante los demás y, a la vez, no mostrarse nunca por completo, buscaba entre otras cosas poner distancia con lo que representaban aquellos padres, la pequeña aldea leonesa donde habían vivido sus ancestros y donde aún vivían ellos, un mundo estrecho y anticuado que sin duda él consideraba impropio del personaje en que, ya desde su adolescencia en aquella aldea, en el hogar de aquellos padres a los que ahora deseaba ocultar, había decidido convertirse.

—¿Que le cuente cómo era de jovencita? Pues no sé, la verdad, no sabría bien qué decirle. Llevaba ropa de colores chillones. Perdone la estupidez, es lo primero que me ha venido a la cabeza. Todo (pantalones, faldas, medias, jerséis...) de colores básicos, chillones. Rojo, verde, amarillo y azul. «La moda parchís» lo llamaban. Y a veces me ponía una cinta en la frente. También estuvo de moda un tiempo. Como las camisetas Amarras o las pulseras de cuero. Así era yo. Una chica del momento. Respetaba las reglas de la moda, como la princesa de Sabina. Pero sin moderneces, claro. Nunca me pinté los labios de negro o me levanté la melena con la laca o me colgué cadenas de la cintura. No, por Dios. Yo era una niña bien. Faltaría más. Cole de monjas. Valladolid. Familia de las de toda la vida. Todo eso imprime carácter. ¿Le sirve esto como descripción? ¿Feliz, me dice, que si era feliz? Sí, claro que era feliz. La vida era sencilla entonces. Una no se preguntaba si era o no feliz. Lo era y ya está. Estudiar, charlar, reír, salir por la noche, bailar, fumar, beber, enamorarse, soñar. Ser joven. La vida parecía algo intenso y lleno de drama, pero en realidad no lo era. Vivir era algo maravilloso y manejable. Cumplí dieciocho, hice la maleta, dejé mi habitación compartida con ositos de peluche y *barbies* y cuadritos con mi nombre bordado, me planté en el colegio mayor, me integré en un grupo de amigas tan iguales a mí como cromos repetidos y entré a formar parte de ese mundo en que no había obligaciones ni exigencias, la juventud, una locura, una maravilla, divino tesoro y todo eso. Noches en bares que, con solo cruzar su entrada, te hacían sentir especial, chicos que parecían todos una promesa de romance de película, una ciudad llena de aventuras por vivir, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiún años y la sensación de que todo sería siempre así. Sin problemas, sin dificultades. Previsible. Sí, esa es la palabra. Eso me vale como resumen. Previsible. Así sería siempre la vida. Pero entendido como algo positivo y deseable, por supuesto. Una vida en la que se veía venir que aquellos estudios que

no nos resultaban tan difíciles a mis amigas y a mí nos proporcionarían trabajos bien pagados que a su vez nos garantizarían una vida confortable y en la que aquellos amoríos de cortejo en *pubs* y besuqueo en discotecas nos acabarían llevando a un matrimonio de felicidad constante con un hombre bueno, guapo y sumisamente enamorado y unos hijos de ojos claros y sonrisa dulce. Ni siquiera era algo en lo que pensásemos. Simplemente, aquel sería el curso natural de las cosas. En nuestro futuro nos esperaba una boda en un hotel de cinco estrellas con vals en brazos de papá, viajes invernales de compras a Londres o París, veranos en acogedoras casas de playa con vistas al mar, comidas solo de amigas una vez al mes, maridos entretenidos con el golf y una canción de Los Secretos sonando al atardecer. Sentir que podíamos describir nuestro futuro con un margen mínimo de error y con escaso espacio para las sorpresas no era algo que nos perturbase. Ninguna queríamos otra cosa más allá de ser todas iguales. Ana, Meme, Paula, Pili, Laura, yo. Todas en el mismo pasillo del colegio mayor. Habitaciones consecutivas. En todas ellas sonaban Duncan Dhu y Presuntos Implicados. *No controles,* aún recuerdo la letra, aquella canción estúpida era nuestro himno de rebeldía. Ya ve usted. Menudas chicas malas. Escuchábamos *Yo tenía un novio (que tocaba en un conjunto beat)*. Pero no era eso lo que queríamos. Solo queríamos un novio que estudiase en ICADE o en CUNEF, que tuviese una Vespa 200 o un Fiesta Coupé, a quien no le parasen en la puerta los porteros de Pachá y que fuese un lucido jugador de tenis. Previsible. Y los secretos se callaban, se ignoraban, se los comía cada una solita, porque en aquella vida previsible no había sitio para nada triste que no cupiese en los tres minutos y medio que duraba *Perdido en mi habitación*. ¿Que a qué secretos me refiero? ¿Qué se cree, que todo era de verdad tan perfecto? Los secretos ya estaban ahí. Siempre lo están. Siempre he tenido un secreto como pareja, como compañero de los amaneceres en vela y de los atardeceres grises, haciéndome compañía, a veces metiéndome la zancadilla y a veces sujetándome cuando me caía. Entonces y ahora, como usted bien sabe. Siempre hay un oscuro secreto que callar, algo de lo que solo puedes hablar contigo misma o, como mucho, ya ve, con alguien como usted. Aquel primer secreto me lo guardé para mí sola. Era un secreto con fecha de caducidad. Un secreto que, inevitablemente, algún día dejaría de serlo. Y, cuando se supiese, pensaba yo, temerosa

y aplastada por esa certeza, pobre de mí, toda esa vida previsible saltaría por los aires, se desvanecería de manera irremediable. Así pensaba yo entonces. Ya ve, una tonta. Cosas de la época. Podíamos parecer muy modernas, pero, créame, para algunas cosas, al menos en ese mundo en el que yo me movía, ya sabe, el mundo de la niña bien de Valladolid vestida de parchís, aquello era aún como la casa de Bernarda Alba, antiguo de morirse. Y eso convertía mi molesto secreto en una amenaza, en una bomba con temporizador, como en las películas, con una pantallita digital en la que vas viendo una cuenta atrás que avanza, lenta pero inexorable, hacia el momento de la gran explosión. En un mundo cuyo principal valor era ser previsible, nada más peligroso que un elemento, por pequeño que sea, inesperado. Venga. Veo por su cara que he conseguido intrigarle. ¿Qué ocultaba la chica con la cinta en el pelo? No jugaré con usted. Ahí va el primer gran secreto de mi vida, mucho más idiota e intrascendente que los que vendrían después, pero que a mí entonces me parecía mucho más terrible. Ya se lo está imaginando, ¿verdad? Un chico del pueblo donde mis abuelos tenían la casa en la que pasábamos los veranos. Él, diecisiete. Yo, quince. Silencioso. Misterioso. Diferente. El hijo del carnicero. Nada que ver con mi mundo de Valladolid. Mi pijoaparte. Con una mirada de ojos verdes para caerse de espaldas y unos brazos duros que te abrazaban como si ya nunca más te fuesen a soltar y unos besos bruscos, hambrientos, qué se yo, no voy tampoco a contarle más detalles, pero yo tenía quince y le conocí en la verbena de verano y empezó a ir a recogerme en su Lambretta y nos íbamos de paseo al monte y pasó. Pasó y ya está. Ya ve: desde jovencita fui curiosa. Se trataba más de saber que de disfrutar. Sí, maldita sea, a los quince dejé de ser virgen. Mi primer secreto. Luego él se fue a hacer la mili y al siguiente verano ya no estaba y yo regresé a esa vida sin sobresaltos en la que mis amigas cumplían dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, y allí se daba por hecho que una se mantenía intacta, purísima, como mucho un sobeteo por debajo de la blusa, la puñetera casa de Bernarda Alba en 1986, ¿se lo puede creer?, así era ese estrecho mundo entonces y ese fue mi primer secreto: que me dejé llevar por un pueblerino de brazos musculosos y ojos verdes, condenación eterna por la honra despilfarrada. Y algún día mi perfecto novio, prometido, marido, lo descubriría y, en ese momento, mi secreto ya no sería secreto y él me repudiaría (suena medieval, lo

sé, pero yo me entiendo) y toda mi vida previsible se iría al traste porque a los quince me la metieron, con perdón. Discúlpeme, siento hablar así, pero es que ahora me resulta tan estúpido todo aquel miedo. Aquello me acompañó como una losa, como un tatuaje que ocultas: «No soy virgen» grabado en la piel. En 1986, por el amor de Dios. Así era el pequeño mundo en el que yo vivía, tan alejado de esas chicas de mi misma edad que vestían ropa con tachuelas, que se pintaban la boca y las uñas de colores fúnebres, se peinaban como brujas de pelos encrespados, tenían un novio que tocaba en un conjunto *beat* y se lo cepillaban alegremente sin preocuparse de la deshonra, el abandono, la culpa ni la puñetera condenación eterna. Y yo, en cambio, miraba a Oscar y solo podía sentir culpa. Porque, como todas, me enamoré de él como una boba y no podía dejar de pensar: cómo va a querer, entre todas aquellas chicas previsibles, a la única que no es virgen. Porque estaba convencida de eso, encima. De que era la única chica del colegio mayor, de la ciudad universitaria, de Madrid, de toda la civilización occidental, que no era virgen a los veintiuno. Menuda imbécil era. Ñoña y gazmoña. Y Oscar se fijó en mí. Empezó a llamarme, a quedar. Me besó una noche a la salida de la discoteca. Y yo decidí que le amaría durante el resto de mi vida, aunque estuviese segura de que me dejaría en cuanto conociese mi secreto. Yo quería vivir mi amor quinceañero pendiente, mi historia cursi, lo que no viví con el de la Lambretta, Jacinto, mi semental de diecisiete años, que me metía mano en una zona de lavaderos abandonada, a las afueras del pueblo, y que se me tiró allí mismo una sola vez, adiós a la virgen, y ni siquiera me gustó. Jacinto no sabía decir cosas bonitas ni hacer promesas que sonaran a poemas ni bailar lentas ni llevarte a mirar la luna, como hacía Oscar. Yo quería aquello. Yo quería mi historia de Sandy y Danny Zuko y me equivoqué creyendo que la viviría con Jacinto. Quería aquella historia perfecta, aunque me sintiera traidora, mentirosa, una timadora. Y fue Oscar quien me la ofreció. Nunca podré olvidar los días previos a aquella noche, la de la fiesta de su vigesimoprimer cumpleaños. Yo estaba, tonta de mí, tan preocupada como feliz, porque esa noche estaba segura de que Oscar y yo cerraríamos con un compromiso formal lo que hasta entonces solo había sido un tanteo. En aquella época aún tenía que mediar una declaración, al menos para saberte y sentirte novia oficial, para afianzar la exclusividad y marcarles el territorio a

las busconas. Y yo esperaba que ocurriera esa noche. No podía haber mejor momento para que Oscar me declarase su amor que en su propia fiesta de cumpleaños. Y yo me moría por ello. Aunque eso acelerase ese otro momento, el momento temido durante años, el día en que mi amor verdadero descubriese mi secreto. Dios, ya sé que sueno cursi de bofetada, pero usted me ha preguntado por mi juventud y esos son los términos en que yo pensaba entonces. Era tonta. Maravillosamente tonta. Qué estúpida ignorancia, creer que existe una vida previsible, esa vida a la que yo ansiaba aferrarme, redimida de mi pecado, autorizada a reconducir mi futuro a ese camino luminoso, sin sobresaltos, florido, que entonces no tenía ni idea de que, simplemente, no existía. Porque la vida nunca es como la prevemos, ¿no está de acuerdo conmigo?

Nos tocó vivir nuestros años universitarios en una época que luego se convertiría en mito. Siempre me ha resultado extraño cuando, después, he oído hablar de todo aquello como un periodo único, deslumbrante, tan apetecible, porque en ningún momento lo viví con la sensación de que lo fuera. Nunca tuve conciencia de estar viviendo una época especial más allá de disfrutar de mi propia juventud. Tal vez porque llegamos tarde a Madrid, en la segunda parte de la década. O porque uno nunca se mira a sí mismo con perspectiva histórica. Lo único especial que hice durante aquellos años fue portarme como un idiota durante demasiadas noches demasiado largas, incorporar a mi vida una banda sonora de canciones pegadizas que ya nunca dejaría de escuchar, librarme de adicciones que tuve la suerte de que pasaran por delante de mi puerta sin detenerse, amar inútilmente y aprender a perder.

Pero nunca sentí que estuviese viviendo una era mitológica. Lo de los mitos se lo dejábamos a David. David, más que cualquier otra cosa, era mitómano. Daba sentido a la realidad a partir de una muchedumbre de personajes de la cultura popular, distorsionados y engrandecidos, que convivían en el interior de su confusa y superpoblada cabeza. Más allá de sus ocurrencias, David era un tipo con escasa chispa e imaginación que disfrutaba dando un millón de vueltas a lo que creaban personas con chispa e imaginación. Sentía un apego más que limitado por la realidad. La mitomanía era su refugio perfecto. Estaba instalado en un mundo paralelo del que era habitante y amo, un pequeño dios que manejaba a su antojo a todos aquellos seres a medio camino entre la ficción y la realidad con los que convivía solo él. Eso le permitía encarar cada día sin la necesidad de asumir responsabilidades ni fijarse metas. En aquel mundo a su medida, donde la vida tangible se difuminaba entre efluvios de leyendas y volutas con aroma a hachís y maría, no había exigencias, nada de lo que preocuparse, todo fluía en un caudal de monotonía por

el que discurrían sus disquisiciones, epigramas, paranoias, debates, doctrinas, deducciones y misterios, que tan innecesario era plantear como resolver. Para él lo importante no era la vida cotidiana, sino lo que ocurría en ese mundo de fantasía donde convivía con leyendas del *rock,* estrellas de cine y personajes de cómic, donde su mejor amigo no era ninguno de nosotros, sino Jim Morrison, donde era discípulo de Obi-Wan, colega de Marty McFly, gemelo de Holden Caulfield y compañero de jaranas de los Blues Brothers.

Aquellos mitos —los personajes y también sus canciones, películas, libros y leyendas— le acompañaban en cada minuto de su vida diaria, en una especie de presente atemporal, todos siempre vivos, recién aparecidos, danzando a su alrededor, demandándole permanentemente su atención para que descifrase el significado oculto de la letra de una canción, las referencias inspiradoras de películas y novelas, los simbolismos contenidos en las portadas de un disco o las influencias de la pintura moderna en el diseño de ropa, lo que fuese. Desde su llegada a Madrid, había abandonado lo foráneo, focalizando su mitomanía en la ciudad y en toda aquella música que podía oírse en sus locales. Por entonces, todo lo que fuese a merecer la pena de la Movida había ocurrido ya, pero él lo vivía y revivía con cuatro o cinco años de retraso, como si todo aquello estuviese aún en plena efervescencia. Se compraba montones de discos de todos aquellos grupos que habían surgido como una plaga al principio de la década y escuchaba una y otra vez sus canciones de ritmos reiterativos y letras sin demasiado sentido que él se empeñaba en diseccionar como si fuesen jeroglíficos egipcios. Les daba tantas vueltas que se diría que estaba convencido de que habían sido escritas con la única intención de desquiciarle. Champú de huevo, te decía de pronto, sin que viniese a cuento, ¿por qué champú de huevo? Las letras de Radio Futura le ponían paranoico (lo cual, a su vez, yo creo que le conducía a algo muy parecido a la excitación sexual). ¿Una estatua en el jardín botánico? ¿Qué demonios simboliza todo eso?

Nunca compartí con David aquella capacidad de instalarse en un mundo imaginario habitado por peculiares superhéroes. Por eso nunca me identifiqué con lo que luego sería la imagen engrandecida de aquella época. Del mismo modo que tampoco tuve nunca conciencia generacional. Mis amigos y yo teníamos poco que ver, más allá de una misma edad, con los modernos con los que nos mezclábamos en los

locales de moda, con los punkis, los góticos, los siniestros, los *rockers,* los mods, lo que fueran todos esos chicos y chicas que competían por lucir los pendientes, maquillajes, peinados o vestimentas más estrambóticos (los tatuajes aún estaban lejos de ser algo popular como elemento de individualización) y que ningunos padres querrían como hijos políticos. Compartíamos con ellos poco más que huecos libres en las barras de garitos, garrafones, esquinas en las que echar la pota, canutos en Malasaña y amaneceres en el parque del Oeste. Pero supongo que lo éramos. Ellos y nosotros. Una generación. El *baby boom.* El fruto del desmelene sexual de nuestros padres cuando en los sesenta empezaron a darse cuenta de que su vida iba a ser mejor que la de nuestros abuelos. Pisito, cochecito, sueldecito y *rock and roll*. Tres, cuatro, cinco hijos. Sin escatimar. Venga a parir críos. Y luego vendría la moda de ponerles nombre a las generaciones, algo que hasta entonces solo se hacía con grupos de poetas. Llegaría la generación X, después los *millennials* y la Z y todo eso. Pero nosotros fuimos los primeros. *Baby boomers.* Sonaba tierno y feliz. Como una colección de muñecos de peluche. Después lo joderíamos. Pasamos de ser adorables *baby boomers* a ser aspirantes a *yuppies.* Nos echamos a perder. Decidimos que queríamos triunfar. Nuestros padres habían sido unos perdedores. Nosotros queríamos pisazo, cochazo, sueldazo y a la mierda el *rock and roll*. Esa pasó a ser la meta de mi generación. Hasta el último imbécil quería ser un número uno. Y la explicación de por qué surgió aquella ambición colectiva no hace falta buscarla en tratados de sociología ni en tesis doctorales sobre la evolución socioeconómica del país, nada de sesudas reflexiones ni enrevesados argumentos para explicar por qué nos transformamos en unos pretenciosos cegados de ambición. Fue, cómo no, David quien dio con la clave y la compartió generosamente con nosotros tres, como todos sus tratados de filosofía fugaz. Y he de admitir que, al recordarla, como tantas otras de sus ocurrencias, resurge ahora con una sólida coherencia.

Top Gun.

Esa puñetera película fue lo que echó a perder a mi generación, según David.

El año 1986 fue increíble para el cine. Visto desde la distancia, pocos años pueden contar con semejante lista de estrenos. Para todos los gustos. Clásicos, superéxitos, películas de las que aún hoy se habla.

Y todo en un solo año. Pero mi generación no se volvió ni antibelicista por *Platoon* ni mística por *La misión*. Lo único que quisimos todos fue ser como Maverick en *Top Gun*.

Queríamos ser perfectos, triunfadores, llevar una maravillosa cazadora de cuero y unas Ray-Ban que nos sentaran de maravilla y pilotar cazas como quien monta en bici y cabalgar sobre una Kawasaki y llevar a una chica de caerse de espaldas detrás agarrada a nuestra cintura y que a tu espléndida sonrisa la acompañase siempre de fondo una banda sonora épica. Como aquella horrorosa canción. *Take my breath away*. De pronto, todos queríamos cortar la respiración. Pero la vida no es así. La vida, como la película, necesita un reparto de papeles. Algunos están destinados a ser solo Iceman, el chuleta paródico, el quiero y no puedo, la caricatura del héroe al que al final no le queda más remedio que rendirse ante la grandeza de este. Un patético y minoritario grupo. La gran mayoría, entre ellos yo, estamos destinados a ser Goose. El buen chico, el amigo simpático, el tipo con mujer mona e hijo mono, leal al héroe, de vida previsible y aburrida, un ser colateral, el secundario graciosete, un personaje que solo sirve para dar la réplica y morir cuando le venga bien a la historia legendaria de Maverick. Pero no, claro, veías la película y antes de salir del cine ya habías decidido que ni hablar de eso. *Top Gun* nos hizo rechazar ese destino natural. Ahora todos queríamos ser Maverick. Y eso no significa que quisiéramos convertirnos en pilotos de cazas. Me refiero más a un concepto. Así llamaba David a esa hambre insaciable de éxito exhibicionista. El concepto Maverick. Ser un triunfador. Tener un aspecto deslumbrante. Enamorar a una chica igual de deslumbrante. Alcanzar la meta que te hubieses propuesto, fuese la que fuese. Ser admirado por todo tu entorno social. El éxito como razón de vida, como objetivo, como destino natural. Pero no un éxito normal, a medias, suficiente. Nada de eso. Un éxito del tamaño de la sonrisa de Tom Cruise. Descomunal. *Top Gun* nos condenó a los *baby boomers* a vivir en la insatisfacción, en la decepción con nosotros mismos, en la melancolía por la gloria nunca alcanzada, en el rechazo al consuelo de aceptar que a lo mejor podía bastar con ser Goose, un buen tipo cuya vida tal vez no fuese tan mala, aunque oliese a muerte prematura desde el primer fotograma.

Yo no tardé demasiado en comprender que ese era mi destino. Ser un personaje secundario de mi propia vida. Fue Silvia la que me

hizo ver con rapidez que yo no estaba llamado a ser un Maverick. No daba el tipo. Mi papel era algo a medio camino entre el aspirante a intelectual interesante (al límite de ser más el empollón enteradillo), el amigo enamorado (una subespecie patética, algo así como el amigo gay, pero que se te quiere tirar) y el ligón palizas (inasequible al desaliento y al rechazo más o menos expreso). Y a ella, claro, no le iba ninguno de esos estereotipos. Ella tenía diecinueve años y, como es lógico, quería un Maverick. A las chicas también les hizo mucho daño esa maldita película.

Oscar, sobra decirlo, sí era un Maverick. En estado puro. Bastaba con observarle aquella noche, cuando estaba a punto de empezar la fiesta de su vigesimoprimer cumpleaños. Le veías pasar de un lado a otro, dando las últimas instrucciones a los camareros, haciendo las últimas comprobaciones con el pinchadiscos, saludando con la sonrisa de Tom Cruise a los invitados que iban llegando, y sabías que, por más que quisieras intentarlo, no podías competir con él. Inteligente, guapo, seductor. Era difícil no odiar su perfección, tanto como no rendirte a su encanto. Los chicos queríamos ser sus amigos. Las chicas querían casarse con él. En aquellas visitas de nuestros padres bastaba mirarlos para comprender que hubiesen preferido que él fuera su hijo. Los profesores eran felices dándole una nota alta. A nadie le quedaba mejor un jersey sobre los hombros. Nadie salvo él lograba hacerte sentir afortunado, agradecido, casi bendecido por que te prestara atención. Si te felicitaba por tu cumpleaños, solo deseabas que pasaran cuanto antes los próximos trescientos sesenta y cuatro días para que volviese a sonreírte así. Si te daba el pésame por un abuelo muerto, solo deseabas que la abuela muriera también rápido, para que volviera a abrazarte. Tal vez la memoria tenga tendencia a la exageración, pero así es como recuerdo ahora a aquel Oscar que podría haber protagonizado una película con cazas supersónicos sin apenas tener que actuar.

El futuro, eso tan lejano, algo a lo que uno le dedicaba poco tiempo de su pensamiento antes de cumplir los veinte, se había tornado exigente. El tiempo de la fiesta continua, de la vida despreocupada, del desprecio al mañana, iniciaba su ocaso y no sé si fue esa dichosa película o tan solo que alguna vez había que despertar de todo aquello, pero de una manera sutil, inconsciente, al llegar a los veintiuno nos empezábamos a exigir a nosotros mismos, embriones ya

de *yuppies,* el deber de planear nuestro ascenso a los cielos en ese caza supersónico. Y cada uno de los habitantes de aquel tercero de cañerías quejosas afrontamos aquella exigencia a nuestra manera.

David nunca cayó en la trampa. Nunca le abrió a Maverick la puerta de su mundo mitológico. Nunca perdió un solo segundo en planificar su futuro. Su mirada no llegaba tan lejos. Se detenía antes, en el día, la noche, la hora, el ratito siguiente. Sin renuncias ni derrotas. A los veintiún años ya lo tenía claro. Mientras Oscar se esforzaba cada minuto de su vida en dar otro paso hacia ese personaje heroico, el condenado Maverick, envidiable, triunfal, y Jorge invertía su tiempo en buscar el mejor camino para dar a su padre en las narices con un éxito ajeno al cambio de válvulas mitrales, el paso de la vida a ritmo de *bypass* y el olor a quirófano incrustado en la piel, David ignoraba el futuro y se limitaba a vivir en un presente continuo acompañado de sus canciones, sus amigos imaginarios y sus obsesiones de usar y tirar.

Yo era más como Oscar o Jorge, de los que empezaban a dar forma a su propio sueño. En mi caso, lo iba moldeando a golpe de palabras, frases y párrafos. Un sueño poco atractivo. Me dedicaba a llenar cuadernos de hojas cuadriculadas y espiral a un lado con relatos breves que siempre copiaban el estilo de lo último que hubiese leído. Me pasaba horas en mi dormitorio, arrinconaba apuntes y manuales y escribía burdos remedos de naturalismo decimonónico, realismo mágico, esperpento, modernismo, denuncia social y existencialismo a la francesa, convencido de que iba puliendo cuento a cuento un estilo propio en lugar de una moderada habilidad como plagiador. Sería escritor. No tenía ninguna duda. Estudiaba Periodismo, pero no, ese no sería mi futuro. Nada de crónicas, artículos ni reportajes. Novelas. Escribiría novelas. Mi vida sería una sucesión de maravillosas, entretenidas, emocionantes, profundas, imperecederas novelas. Nunca supe de dónde había surgido aquella vocación, en la que había algo de llamada mística. Desde luego, no del fiscalista ni de la abnegada madre de cinco. Yo no provenía de una familia con vena artística. Pero ahí estaba, dentro, un veneno, una causa, una inesperada necesidad. Escribir. Y ya sabía que dedicarme a ello no me daría ni dinero ni placeres, ni falta que me hacía. Consideraba mi fe tan ciega como verdadera y me daba igual renunciar por ella a cualquier recompensa material. Pronto asumí que mi vocación estaba reñida con

el placer que más me interesaba en aquellos años, que por supuesto era el placer sexual. Bastaba decirle a cualquiera de aquellas chicas con las que solíamos relacionarnos que quería ser escritor para que se alejaran de mí como si les hubiese confesado tener la peste. Todo un repelente. Estaba claro que no me movía en un ambiente social que apreciase ni el encanto sentimental ni el supuesto poder afrodisiaco de la creación literaria. Aquellas chicas querían otra cosa. Necesitaban héroes románticos. Jugadores de polo, paracaidistas, ladrones de guante blanco, a Tom Cruise. Lo que fuera menos un pedante aprendiz de escritor. Cuando conocíamos a chicas nuevas y mis amigos, sabedores de que con ello fulminaban a un rival, soltaban lo de que yo quería ser escritor, notaba al instante cómo me disolvía ante los ojos de ellas hasta convertirme en el hombre invisible. Pronto comprendí que lo mejor que podía hacer si no quería convertir mi juventud en un árido páramo amoroso era ocultar mis planes vitales. Nada de hablar de una vida rica en metáforas y paráfrasis y escasa en bienes materiales. Me acostumbré a llevarlo en secreto, como una práctica vergonzosa, algo que, en la lista de cosas de las que no se habla en público, se sitúa entre la masturbación y sacarse los mocos: vicios, debilidades, un escritor, un tipo raro.

Pero algún día me vengaría. Por supuesto, el diseño de mi vida futura que hacía mentalmente incluía la revancha. Algún día, pensaba entonces, cuando el mundo entero devorase con devoción mis novelas, todos tendrían que tragarse su desprecio. Todas aquellas chicas verían mi foto en la contraportada de aclamadas novelas y pensarían: «Maldita sea, aquella noche se interesó por mí y yo le ignoré y preferí irme con aquel jugador de *rugby,* que era guapísimo, pero también un brutote, que ahora es un vendedor de seguros con los meniscos destrozados y, además, mi marido». Y mis tres amigos, tan indiferentes a mi talento superlativo, se dirían: «Nunca nos molestamos en leer ni una sola página de todos aquellos cuentecillos que escribía el aburrido de Javi y ahora resulta que el secreto del sentido de la vida se escondía en ellos y no en estas mansiones con piscina y pista de tenis en las que vivimos». Sí, algún día les daría una lección a todos ellos, pensaba yo entonces. Lo paradójico era que, a pesar de que nunca pensé que aquel fuera un tiempo con una identidad propia, a la vez, fantaseaba con llegar a convertirme en el icono, el profeta, la voz de aquella generación a la que nunca tuve conciencia de pertenecer.

Pero hubo algo que no salió según lo previsto. En algún momento del camino, este dio un giro y tomó una dirección diferente. O, tal vez, ese camino solo era eso, otra forma de querer ser Maverick, y nunca existió de verdad. Porque aquel día, el día de la gloria y la venganza, el día de la victoria, nunca llegó.

Me cago en Tom Cruise.

Caminábamos por la Castellana hacia las torres de Azca, donde Jorge tenía su oficina. Habíamos comido en un restaurante cercano, uno de esos restaurantes con fría sofisticación y pretensiones de exclusividad en los que todas las mesas las ocupan hombres y mujeres que parecen clones unos de otros, altos directivos, todos con la misma sobriedad de trajes, de cortes de pelo, de mirada aguileña y de sonrisa infeliz. En aquellos restaurantes la carta era algo inútil porque todos los clientes pedían lo mismo: verduras de primero (por entonces aún se pedía «panaché», todavía no estaba de moda pedir «tempura»), un pescado a la plancha de segundo, pan ni pensarlo, jamás postre, café americano. Todo ligero. No podían arriesgarse a que una impertinente somnolencia durante la sobremesa les impidiese seguir jugando a creerse que dirigían el mundo desde sus ordenadores. Los ejecutivos siempre me habían puesto de los nervios, como los políticos, los sumilleres, los informáticos, los vendedores de pisos y algunos taxistas. Todos se creían que les correspondía en exclusiva guiar, salvar, educar, teledirigir a la humanidad, como si ellos supiesen algo que los demás mortales ignorásemos o estuviesen bendecidos por algún dios que al resto ni siquiera se nos había dado a conocer.

Jorge y yo comíamos juntos con regularidad. Un mano a mano para ponernos al día en restaurantes de ejecutivos cercanos a su oficina. Yo no disfrutaba aquellas comidas. En parte por mi alergia a aquel ambiente de robots con ínfulas. Pero también porque me angustiaba comprobar que nuestras comidas se sucedían con una cadencia regular sin que la conversación variase nunca lo más mínimo. Aquellos encuentros me hacían sentir que nuestras vidas no avanzaban, que habíamos encallado en una realidad rocosa e inamovible. La conversación iba atravesando momentos predecibles, como una misa en la que sabes lo que dirás en cada momento. Lamentos y quejas, chistes, cotilleos, buenos propósitos, lecturas recientes, recuerdos, mentiras, divagaciones, planes de viajes, polvos

imaginados, consejos, descripciones de enfermedades menores (mías) y de lesiones deportivas (suyas)... Y aunque lo hablado fuese distinto, siempre sonaba a lo mismo. Jorge, por supuesto, consumía buena parte de sus turnos de palabra para hablarme de su suegro. Ya estaba obsesionado con la idea de asesinarle. Y no en sentido metafórico. Asesinarle. Literalmente. Sus reflexiones sobre la mejor manera de liquidar a don Miguel, su suegro y jefe, su antiguo ídolo y mentor en el mundo de la consultoría financiera y ahora su obsesión criminal, solía ocuparnos todo el primer plato. Panaché de verduras y planes de asesinato. Él hablaba y yo masticaba aquellas verduras que sabían a claudicación, el mismo sabor de la lubina a la plancha que vendría después, nada de costillas con salsa barbacoa o hamburguesa de buey o un grasiento chuletón, comida de adolescente tragón, de adicto al colesterol, lo que a mí me habría apetecido en lugar de aquel menú con sabor a agua hervida y a vejez prematura. Yo comía con desgana y Jorge hablaba con esa rabia suya que mantenía siempre a medio explotar, se hablaba más a sí mismo que a mí. Repasaba la última afrenta que le había hecho el viejo, alguna humillación ante un cliente o ante su mujer o ante sus hijos que venía a ser igual que todas las anteriores, otra puesta de manifiesto por parte de don Miguel de que Jorge vivía bajo su yugo, rico y triunfador y comiendo en esos restaurantes para ejecutivos sin triglicéridos y con cuentas desahogadas, pero sometido. Le gustaba recorrer el listado de adjetivos que resumían los motivos de su odio al viejo. Mandón, soberbio, inflexible, engreído, con aquella desquiciante manía de acabar todas sus frases añadiendo la misma muletilla: «¿Me entiendes?». Pero no como pregunta retórica, sino esperando siempre una respuesta: «Te entiendo, Miguel». Así cada frase, para volverse loco. Jorge se iba excitando con su propia rabia.

—Te aseguro que no exagero: para volverse loco, ¿me entiendes, Javi?

—Te entiendo, Jorge.

Jorge había dedicado toda su vida a escapar del destino preconcebido por el padre médico tirano para acabar atrapado en el destino preconcebido por el suegro millonario tirano. Tres hijos bilingües, casoplón en La Moraleja, otro casoplón en Sotogrande, domingos en el Club de Puerta de Hierro y un Audi de alta gama en el garaje, calvo y gordo y panaché de verduras a veinte euros y lubina a

treinta y cinco, un despliegue de señales de éxito a cambio de vivir bajo la bota de un gañán venido a más con tanto olfato para el dinero como afición a despreciar a su yerno. El recorrido de Jorge de padre a suegro había resultado ser una carretera a ninguna parte, una huida a mil por hora hacia el despeñadero. Yo no podía evitar sentir compasión por él mientras le veía llevarse el pepino asado a la boca y me explicaba, una vez más, que el disparo en la cabeza le parecía la mejor opción para librarse con limpieza de aquel satanás con tirantes, puro y un porfolio de millones.

Terminamos la comida sin demasiado tiempo para hablar de otras cosas y solo cuando ya estábamos en la calle y caminábamos hacia su oficina, Jorge fue capaz de apartar sus obsesiones y recordó que yo también tenía una vida.

—Bueno, ¿y cómo va lo de encontrar trabajo? —me preguntó en un tono que me sonó a padre y a suegro a la vez.

—Yo ya tengo trabajo, Jorge.

—Escribir novelas no es un trabajo.

—Especular en la Bolsa de Tokio no es mucho mejor.

Jorge rio con cierta suficiencia.

—Y dime, ¿cómo se está vendiendo la novela? ¿Es un éxito?

—No lo sé. Solo hace tres semanas que salió.

—¿Y la editorial aún no te ha pasado ningún *report,* ningún *business plan,* ningún *update*?

Solo de escuchar aquella forma de hablar, sentí ganas de vomitar la lubina.

Jorge meneó la cabeza con resignación.

—Está bien —bufó, dándonos a mí, a mi editorial y a toda la industria del libro por casos perdidos—. ¿Cómo se titulaba?

Dije el título bajando la voz. Con esfuerzo.

—*Luces de atardecer*.

Me sonó tan horrible como siempre que lo decía u oía. Odiaba aquel título. Lo había mantenido casi desde antes de empezar a escribir la novela y durante todo el proceso de edición. Y ahora lo odiaba. Peor aún. Me avergonzaba. *¿Luces de atardecer?* Pero ¿cómo había podido elegir para mi primera novela un título tan cursi? ¿Cómo iba a querer nadie comprar una novela que se titulara así?

—Tengo una idea.

Jorge dio un giro brusco. Enfiló hacia El Corte Inglés de

Castellana acelerando el paso. Me cogió tan desprevenido que me quedé atrás. Le pregunté qué se proponía hacer, pero siguió caminando sin contestar. Le seguí. Protesté. No me hizo ni caso. Yo no sabía qué pretendía, pero no tuve duda de que, fuese lo que fuese, me avergonzaría. Porque eso era algo habitual con Jorge. Cuando se emborrachaba y pedía la siguiente copa como si tocara bongos en la barra de un bar. Cuando intentaba ligar con desconocidas hablándoles del índice Nikkei. Cuando le echaba una regañina a un camarero porque el vino estaba demasiado frío o demasiado caliente o demasiado demasiado. Lo que fuese. A lo largo de los años, siempre había tenido una enorme facilidad para avergonzarme.

Fuimos al departamento de libros de El Corte Inglés. Para cuando se detuvo frente al mostrador de novedades yo ya solo quería salir corriendo de allí. Mi amigo Jorge me avergonzaba. Mi mediocre novela, de la cual yo esperaba que me convirtiera en el gran escritor que siempre había estado convencido de que llegaría a ser, pero que había sido ignorada por completo por la crítica y el público, me avergonzaba. Jorge y mi novela juntos eran como una bomba atómica de vergüenza.

—¿Dónde está?

Pasé otra vez por algo que ya conocía. Entrar en una librería. Ponerte a buscar. No atreverte a preguntar. Empezar por los mostradores que estaban más a la vista. Acabar en las estanterías más esquinadas. Ver siempre los mismos libros. Repasar mostradores con esperanza descendente: superventas, novedades, grandes éxitos, lecturas recomendadas, libros del mes. Odiarlos todos, aun sin haberlos leído siquiera. Impostores. Usurpadores. Ocupaban el sitio que mi novela merecía. ¿Cómo podía ser tan ciego el mundo entero como para no haberla descubierto? La indiferencia era más dolorosa que el fracaso. *Luces de atardecer*. Solo a un imbécil podía habérsele ocurrido un título capaz de ahuyentar tanto a cualquier posible lector.

Jorge lo encontró. Cuatro ejemplares en el estante más bajo en una esquina de la tienda, detrás del gran mostrador con los libros de autoayuda, tapados por un cartelón que anunciaba un apetecible volumen recopilatorio de las mejores recetas vegetarianas (el nuevo amanecer vegano también estaba aún por llegar). No lo dudó. Cogió los cuatro ejemplares. Atravesó sin el menor recato la tienda con ellos y fue hasta el mostrador central donde se alineaban los grandes éxitos.

Allí los dejó. Encima de Da Vinci y su código, del perro a medianoche y del cabo Trafalgar. En el centro del mostrador. Tres tumbados y uno en el saliente que permitía mostrarlo en vertical.

Una dependienta ya veterana que, salvo por el uniforme, tenía aspecto de librera de las de antes, sabia y paciente, se acercó y le preguntó qué estaba haciendo. Jorge no titubeó. Pongo este libro donde se merece, fue su impetuosa respuesta. Y después me señaló. Es el autor, añadió, por si yo aún no había llegado a la sima más profunda del bochorno. Le pedí disculpas a la dependienta. Ella me sonrió con candidez.

—No se preocupe —me dijo, convencida su mirada de que yo era el instigador de lo ejecutado por Jorge, con la beatitud de quien ha perdonado ya muchas veces el mismo pecado—. Lo hacen muchos escritores. Ya lo devuelvo yo luego a su sitio.

Pero ni así se rindió Jorge. Le preguntó a la dependienta si podía informarnos de cuántos ejemplares de mi novela llevaban vendidos. Le tiré del faldón de la chaqueta, como un hijo al que su padre abochorna. Le rogué que parara de una vez y que por favor nos fuéramos. Pero él me chistó para que me callase como un padre que no sabe hasta qué punto es bochornoso y sedujo a la librera uniformada con una falsa sonrisa de gordito inocente y bonachón.

La mujer dudó. Le dijo que no era una información que soliesen dar a los clientes. Jorge me señaló:

—Es que le haría tanta ilusión... —dijo con el mismo tono meloso con el que rogaría que se cumpliese la última voluntad de un desahuciado.

Ella me miró de arriba abajo y, por fin, asintió. No me gustó la idea de que mi aspecto le diese pena. Hizo una consulta en el ordenador de la caja y nos lo dijo:

—Se han vendido dos ejemplares.

Quise que me tragara la tierra. Tres semanas. Uno de los principales puntos de venta de libros de la ciudad, tal vez de todo el país. Dos ejemplares.

Jorge titubeó. Por un momento, no supo qué decir. Luego, se obligó a sonreír, me palmeó en el brazo y dijo, ya no supe si con compasión o con sarcasmo:

—Caramba, tío, pues no está nada mal...

Asentí y con voz de torturador reprimido le contesté:

—Los compré yo, imbécil. Estuve aquí ayer mismo y los compré yo, uno para regalárselo a mi madre y otro para una tía mía.

La dependienta me miró con más pena aún y la sonrisa forzada de Jorge se congeló unos segundos antes de empezar a disolverse lentamente en su boca.

En aquel momento, regresó a mi mente la escena que había vivido hacía solo un par de días y tuve la sensación de que, en los últimos tiempos, mi vida no consistía en mucho más que en una sucesión irreversible de momentos patéticos.

Tuve que ponerme de puntillas para poder ver por encima del tupido seto. Todo era como debía ser. Como diría una descripción de anuncio, «promoción inmobiliaria en una de las mejores zonas residenciales de la ciudad». Para familias acomodadas. Para vidas completas sin frustraciones, anhelos ni historias inacabadas. Chalé de aspecto acogedor, sin lujos ni ostentación, pero sin innecesaria humildad tampoco. Dos plantas y buhardilla. Techos de falsa pizarra. Ventanas de PVC. Amplia cristalera en el salón. El escenario de felicidad doméstica perfecto. No faltaba de nada en la estampa. Jardín amplio de verde césped cortado al uno. Piscina suficiente para hacer unos largos tonificantes. Niña de unos cuatro años montando en una pequeña moto de plástico. Quizá habría sido necesario elevar el seto diez centímetros más, para evitar que un pirado como yo pudiese curiosear con solo ponerse de puntillas.

Recorrí con la mirada la casa y el jardín y la piscina y la niña, y sentí una punzada donde se reunían el dolor, la envidia y la nostalgia por una vida que no había vivido. Y, después, sentí vergüenza. Como me viese algún vecino o alguien desde la casa, me tomarían por un ladrón o un pervertido. Mejor dejar de espiar.

Era absurdo estar allí. Había ido en mi coche. Había aparcado cincuenta metros más allá. Había conducido hasta la casa sin saber ni por qué ni para qué. Ni siquiera era capaz de recordar el momento exacto en que mi mente había cometido el error de considerarlo una buena idea. Había averiguado dónde vivía tan solo unos días antes. Llamando a un par de amigos comunes lejanos, para evitar dar explicaciones a los cercanos. Oye, ¿tú no tendrás su dirección? Estoy pensando en montar una fiesta por mi cuarenta cumpleaños dentro de un par de meses, y me gustaría invitarla. El primero no la tenía, el segundo, sí. Ambos se sorprendieron. ¿No mantienes el contacto con ella?, me preguntaron ambos sin disimular no ya la sorpresa, sino la más absoluta incredulidad. El segundo fue aún más allá, queriendo ser

gracioso: Quién lo iba a decir, que hayas sido capaz de despegarte de ella... Aquel comentario me sentó como un tiro. Pero me lo tragué, porque quería que me diera su teléfono y su dirección.

¿Por qué? Ni idea. ¿Para qué? Ni idea tampoco. Por supuesto que no tenía la menor intención de organizar una fiesta de cuarenta cumpleaños. Odiaba esas fiestas de *revival*. Recopilas amigos de diferentes etapas y ámbitos de tu vida y los mezclas para que todos ellos se empeñen en demostrar que aún son jóvenes y divertidos y atractivos. Es como una convención de vendedores de sí mismos. Se emborrachan a tu costa con música de los ochenta de fondo y se dedican a presumir unos con otros de salud, de dinero, de coche, de casa, de tipazos, de pareja, de ligues y hasta de las notas de los hijos. Ellos se visten con un remedo de ropa juvenil, pantalones y camisas coloridas pasadas de moda que combinan mal con sus tripas más o menos prominentes. Ellas suelen llevar blusas escotadas para recordarte que aún son capaces de plantarle cara con entereza a la ley de la gravedad. Son una pereza de fiestas. Todo el mundo bebe y come de más y al día siguiente vuelven a ser inminentes cuarentones que necesitan tomarse un cóctel de Actrón, omeprazol y aspirina efervescente para sobrevivir a la resaca, el ardor de estómago y los dolores musculares tras haber pasado demasiadas horas bailando y bebiendo y comiendo de pie.

Yo solo quería verla, saber de ella, no sabía qué. Iba a cumplir los cuarenta. Mucho peor verlos venir que cumplirlos. La verdadera crisis es esa. Los treinta y nueve son como un abismo. Una edad perfecta para ir a su casa y comportarme como un completo tarado espiándola por encima de un seto.

Vete. Me lo dije a mí mismo no como una orden, sino como un amistoso consejo. Saldrá al jardín junto a su apuesto marido, el puto dentista de renombre que aún conserva todo el pelo y el mentón perfectamente perfilado. Él la cogerá por la cintura con actitud de satisfecho propietario —mi casa, mi jardín, mi piscina, mi mujer— y ambos contemplarán a su preciosa hija, fruto de uno de sus miles de maravillosos polvos, y sonreirán a la vez porque Dios los ha bendecido con un chalé en las afueras, un BMW y un Mercedes en el garaje, una niña de rostro angelical, amor a raudales y un sexo insuperable que practican a diario desde hace ya una década sin haber perdido ni la energía ni las ganas. Yo no pintaba nada en aquel retrato de familia de

folleto de seguros de vida. Vete. No te castigues sintiéndote derrotado y miserable al verlos.

La niña tropezó justo cuando yo iba a plantar los pies en el suelo y perderla de vista. La motito de plástico dio un pequeño bote al pasar por encima de una loseta del borde de la piscina ligeramente levantada. Fue suficiente. Perdió el equilibrio. La moto se escoró. La niña perdió pie y cayó al agua. Las dos. Moto y niña. La moto flotó, la niña se hundió. Todo ocurrió en menos de un segundo.

Maldita sea. Me iba ya. Vete. Mi mente volvió a repetirlo. Esta vez con impaciencia, con prisas, sabedora de que era difícil que le hiciese caso a mi yo más cobarde. Pero ¿cómo te vas a ir ahora, animal?, le respondió mi yo más humano y sensato, el mismo que de haber estado al mando nunca me habría permitido ir hasta allí a espiar. ¿Dónde está la cuidadora dominicana perfecta de la familia perfecta cuando se la necesita?, protestó mi yo más práctico.

Solo un segundo después de tan profundo debate interior, había saltado el seto, había atravesado a la carrera el jardín y me había tirado a la piscina.

Cuando saqué la cabeza del agua, con la niña en mis brazos, lo primero que vi fueron sus pies, junto a la moto de juguete volcada. Zapatillas de deporte Reebok. Luego unas mallas de color gris claro. Después la camiseta blanca. Ropa cómoda. Debía de estar en el salón de amplia cristalera con vistas al jardín. Arrebujada en un mullido sillón. Leyendo tranquilamente (no, ella no era de leer, tuve tiempo de recordar mientras mi mirada seguía subiendo por su cuerpo; quizá mataba el rato echando un vistazo a las fotos de una revista de cotilleos o de decoración), vigilando a la niña mientras esperaba que el prestigioso dentista a dos mil pavos el implante, con pelo y sin papada, regresara de su consulta para acostar a la niña, cenar a la luz de dos velas y hacer una noche más el amor salvajemente sobre la alfombra del salón, tan poseídos de deseo que ni siquiera eran capaces de esperar a subir al dormitorio, donde probablemente repetirían después (a pesar de aquella estúpida situación, mi mente obsesiva y envidiosa aún era capaz de crear torturantes imágenes a gran velocidad).

Mis ojos llegaron por fin a su cara. Pude verla a través del agua que bajaba por mi frente. Yo tenía entradas, alguna tenue pincelada de canas ya y empezaba a descolgárseme la piel del cuello, pensé. Está

guapísima, pensé después. Hace casi una década que no nos vemos y estoy dentro de su piscina con su hija en brazos, fue lo tercero que pensé.

—¿Javi? ¿Eres tú?

Ella me miró más con curiosidad que con asombro. Como si todos los días apareciese alguien del pasado en su piscina y tan solo le llevase un poco de tiempo reconocer quién era cada vez.

Asentí, renunciando a buscar mentalmente a toda prisa una explicación con un mínimo de lógica.

—Hola, Silvia. Qué alegría verte después de tanto tiempo —fue lo único que se me ocurrió decir.

Tengo tendencia a la hipérbole, cierta debilidad por el melodrama, una fatalista afición al flagelo y me castigo pensando que siempre me pierde un sentimentalismo cursilón de comedia romántica mala. Pero, aun así, creo de verdad que ese preciso instante, justo ese, resume toda mi vida. Todo lo que había vivido antes y todo lo que vendría después. Aquel instante puede considerarse el epicentro de mis derrotas, el mejor resumen de mi personalidad, la fotografía de mi insulsa alma. Aquel preciso instante en que me sentí como me había sentido siempre en su presencia: inferior, perdedor y absolutamente imbécil.

Fuimos al piso de arriba. Era un espacio más pequeño, pero también más discreto. No había ningún otro cliente. El camarero tardó en subir a atendernos y cuando llegó no se molestó en disimular lo que opinaba de que nos hubiésemos ido a sentar al lugar más alejado de la barra, escaleras incluidas, cuando el local estaba prácticamente vacío. Blanca le pidió una Coca-Cola Zero, yo una cerveza. Tan solo intercambiamos unas frases inconexas e intrascendentes mientras esperábamos a que nos trajeran las bebidas. Cuando el camarero reapareció, Blanca le dijo que había cambiado de opinión, que si no le importaba añadir un chorro de ginebra a su cocacola. Él nos puso cara de que habíamos perdido cualquier lejana posibilidad de caerle bien.

Blanca estaba incómoda. Cambiaba de postura sobre su silla. Comenzaba un comentario, se arrepentía y lo abandonaba inconcluso, abría la boca para ir a decir algo y acababa sustituyendo las palabras por un suave suspiro, incluso sacó del bolso su cajetilla de tabaco y comprobó que le quedaban cigarrillos aunque allí no se pudiera fumar. Decidí ayudarla.

—¿Para qué querías verme?

Fue en ese momento cuando el camarero regresó con la botella de ginebra y le llenó medio vaso y ella aprovechó su presencia para coger fuerza, templar nervios, ganar aplomo.

—Hay algo que quiero contarte —me dijo, congelada en su boca una mueca que no llegaba a sonrisa, mientras esperaba a que el camarero se marchara—. Es algo que necesito que sepas.

—Me lo temía —dije entre bromas y veras—. Este no va a ser un encuentro tranquilo.

—Este encuentro va a ser una mierda. Para los dos.

—Adelante. Estoy listo.

Me reacomodé en mi asiento, poniendo aún cara de chistoso.

Blanca me miró. Con compasión. Lamentando lo mal que iba a sentirme cuando me dijese lo que me iba a decir. Sabedora de que

decirle algo así a una persona es tan demoledor para el que lo oye como para el que lo dice. No, no estás listo, me dijeron sus ojos. Nadie lo está nunca.

—Me voy a morir.

No hay forma de reaccionar con acierto. La cara de asombro, el silencio, la primera frase de consuelo que suena estúpida aun sin haber sido dicha aún, la vida que pasa por delante de tus ojos, la última milésima de segundo en que aún esperas que se ría y que te diga que es broma y que eres el mismo idiota crédulo de siempre que se traga todo lo que le dicen, la vida que vuelve a pasar por delante de tus ojos por segunda vez, negación y rabia y aceptación, mil estúpidas fases de duelo que se apelotonan en unos segundos.

—Mierda...

—Ya te lo he advertido. Esto iba a ser una mierda. Para los dos.

Ambos sonreímos. Y luego nos echamos a reír.

—No quiero que te sientas incómodo.

—No, claro, para nada. Yo estoy supercómodo. Tú, en cambio, te vas a morir.

Blanca regresó a la sonrisa. Extendió la mano por encima de la mesa y la posó sobre la mía. Estuve a punto de apartar mi mano, con mi rechazo reflejo a las muestras físicas de cariño, pero afortunadamente me detuve a tiempo, consciente de que la noticia merecía tolerar una caricia.

—Quitémonos este asunto de encima lo más rápido posible —me dijo, menos incómoda que antes de soltar su bomba—. Me salto los detalles, ¿vale? Lo han encontrado tarde, ya está extendido, no es operable, no saben cuánto tiempo... El paquete completo de tópicos sin esperanza. Te ahorro el relato médico, ¿de acuerdo?

Asentí en silencio, negué, volví a asentir. Ella retiró su mano de la mía y eso me alivió un poco.

—Joder, ¿qué puedo decir? ¿Lo siento?

—No tienes que decir nada. No se trata de acertar con la respuesta correcta. Nada de lo que digas va a hacer que todo esto sea menos cabronada.

Blanca hizo un gesto de desinterés con la mano, como dando a entender que el tema no daba más de sí. Se iba a morir, pero en un par de minutos de charla al respecto ya quedaba todo dicho. La vida es así de asquerosa. Dos minutos incómodos y a seguir, pareció decir

su gesto. No somos nada, estuve a punto de decir, ya puestos a soltar alguna inoportuna frase hecha.

Ella se puso seria otra vez.

—No era eso lo que quería decirte. Bueno, sí. Era eso, claro. Pero hay algo más.

—¿Algo más? ¿Puede haber algo peor?

Al menos conseguí hacer que sonriera.

—Si puedo ayudarte en algo... No sé en qué. Si hay un órgano que te pueda donar o alguien a quien quieras que te ayude a matar o lo que sea...

—Javi, necesito que estés tranquilo y me escuches. Solo eso.

Asentí, tratando de aparentar serenidad.

—Lo haré —le dije—. Pero ¿y tú?, ¿cómo te sientes?

Blanca dudó si contestar a aquello. Me miró. Mantuvo la sonrisa. La perdió. Meneó la cabeza y por fin soltó un largo bufido.

—Estoy asustada. Estoy aterrada, acojonada, muerta de miedo. Me despierto por la mañana y lo primero que siento, antes siquiera de abrir los ojos, es un miedo tan fuerte, tan invasivo, tan pesado que me aplasta en la cama y no me deja ni moverme. Me acompaña cada segundo del día. Es mucho peor que la pena, la obsesión o la incertidumbre. Es un miedo que duele...

—Lo siento, Blanca...

Se rio, pero se rio sin alegría ni comprensión, se rio con la amargura de quien escucha lo último que querría escuchar. Respuesta equivocada, pensé. Y luego me alivió comprender que aquella sonrisa ácida no era causada por mis palabras, sino por las suyas. Por la rabia de tener que admitir en voz alta lo que no era necesario admitir en voz alta, de concederse aquel desahogo que no desahogaba. Por la rabia de tener que morirse.

Dio un trago a su copa. Levantó la barbilla para que el líquido bajase empapando bien toda su garganta. Cerró los ojos y respiró hondo y de nuevo regresó la sonrisa cálida, y cuando volvió a abrir los ojos echó un vistazo a su alrededor, como si solo entonces reconociese dónde estábamos, y eso le hizo sonreír más aún, con esa sonrisa de añoranza entrometida de quien se sabe sin futuro.

—Recuerdo aquellas noches... —dijo observando las sillas, las paredes, los rincones, viendo más los detalles que el conjunto—. Me pasa como a los ancianos seniles. Recuerdo más el pasado lejano que

lo inmediato. Nunca me ha gustado rebozarme en los recuerdos. No soy de nostalgias. Nunca eché de menos a aquella chica con cinta en el pelo capaz de bailar durante horas y que, como en la canción, solo quería una noche sin final. ¿Cómo voy a echar de menos a una boba así? Nunca he pensado que aquellos fueran los mejores años de mi vida ni nada parecido. Y, en cambio, ahora me vienen más a la cabeza imágenes y momentos de entonces que posteriores.

Blanca no me estaba hablando a mí, pero, aunque lo advertí, le contesté.

—Aún no había penitencias que cumplir. Aún no había cargos ni condenas. Aún no estaban siquiera formuladas las preguntas que pronto nos perseguirían para siempre: ¿hice bien?, ¿elegí lo mejor para mí?, ¿pudo haber sido diferente? Todo era aún una página en blanco.

Blanca me miró. Muy seria. Hasta que se echó a reír.

—Palabrería de escritor —se burló—. Lo mejor de entonces era que las tetas aún se sostenían en su sitio.

Con el siguiente trago, acabó su copa. Detalles que uno olvida. Blanca era una esponja. El alcohol aún no había empezado a afectarla cuando los demás estábamos ya a cuatro patas.

Me gustaba la canción que sonaba. Dediqué unos segundos a disfrutarla. *Mil calles llevan hacia ti*. A veces, una canción bastaba para olvidarse hasta de la muerte.

—Dime, Javi, ¿tú tienes muchos secretos?

Puse cara de que abría mentalmente un cofre muy escondido en un oscuro rincón de mi mente. Luego puse cara de simple. Estaba actuando. Lo único que deseaba era volver a hacerla reír.

—Alguno. Como todo el mundo. Pero no son secretos culpables. Solo son secretos de esos que avergüenzan.

Blanca asintió.

—Yo apenas recuerdo algún momento de mi vida en que no estuviese soportando la carga de un secreto.

Levantó la mirada al techo, atraída también por la canción. Por un instante creí que iba a arrancarse a canturrear la letra. «No tengo tiempo que perder...». Negó con la cabeza, entre desesperada y aburrida.

—Cuánto cansa cargar con los secretos, Javi. Cuánto cansa...

Blanca me abrazó por detrás. Me pilló por sorpresa y estuve a punto de derramarme la copa por el pecho.

—Prométeme que hoy bailarás conmigo.

—Te lo prometo.

—Eres un mentiroso.

—Ya sabes que lo soy.

Blanca solía decir que, en cuestión de baile, estaban los sosos y luego, en un escalón superior, estaba yo. Pararte al borde de la pista, con la copa en la mano y cara de perdonavidas, y repetir un ligero movimiento de rodilla que más parece un espasmo nervioso creyéndote que eso es llevar el ritmo, no es bailar, te lo aseguro, se solía burlar.

Nos habíamos caído bien desde el mismo día que nos conocimos. Oscar la llevó por el piso después de varias semanas en que no paraba de hablarnos de ella con un entusiasmo que nunca le habíamos visto con ninguna otra chica. De Valladolid, estudia Arquitectura, sabe de música, David, podría resistirte una de esas conversaciones tuyas insufribles, es divertida, es inteligente, no sé, no es como otras, es algo, algo que no sabría explicaros, que no podéis entender. Oscar la describía atropellándose de emoción, dejando salir ese lado infantil que tenía a veces, creyéndose que él era el primero y el único que se había enamorado jamás. Vino al piso, Oscar y ella prepararon unos espaguetis carbonara que por cortesía todos elogiamos más de lo que se merecían, pasamos la tarde bebiendo y escuchando a los Talking Heads, hasta que Oscar se cansó y nos hizo cambiar a Alan Parsons, y Blanca ya nos demostró aquel primer día su aguante con el alcohol, porque cuando a todos nos derrapaba la lengua, ella seguía como una rosa, sonriente y habladora. Nos caímos bien porque no había lugar a malinterpretarnos, porque desde aquel primer día estuvo claro que nos gustábamos, pero que entre nosotros no habría nunca ni equívocos ni tentaciones, y eso, que uno percibía sin siquiera darse cuenta, que era

algo parecido a un pacto subliminal que se establecía sin siquiera mencionarlo, daba una tranquilidad sobre la que la amistad podía crecer sin riesgo.

La noche de la fiesta de Oscar, con su cinta en el pelo y una sonrisa inquieta, Blanca estaba exultante, animada y nerviosa. Esa sensación de que cada noche podía traer una sorpresa era más tangible que nunca. Blanca me cogió las manos y se burló de mí, suplicándome que fuese a bailar con ella cuando sonó por los altavoces el sintetizador inicial de *Don't You Want Me* y le juré que lo habría hecho si algún cabrón no me hubiese clavado los pies al suelo sin que me diese cuenta. Oscar pasó por allí y la cogió por detrás justo igual que ella me había cogido a mí antes, solo que él le añadió un beso debajo de la oreja.

—No soporto a esta tía, Javi —me dijo, la barbilla apoyada en su hombro.

Ella se rio encantada e hizo una exagerada mueca de ofensa y decepción.

Oscar se marchó, demasiado ocupado como anfitrión para dedicarle más tiempo a su novia. Blanca se rio otra vez, no dejaba de reír.

—Es estupendo —dijo, y no supe si se refería a Oscar, a la fiesta, a aquel momento en concreto o a nuestras vidas en general.

Yo miré a mi alrededor. Busqué a Silvia con la mirada, pero no la encontré.

Todos estábamos enamorados. Es raro no estarlo a los veintiún años. En aquel vistazo a la sala, sí vi a David y a Jorge. Enamorados. Cada uno a su manera. Siempre diferentes.

David estaba enamorado de Ana Curra. Por supuesto, no la conocía de nada. Era uno de sus mitos. No podía ser de otra manera. Ana Curra era la compañera musical y sentimental de Eduardo Benavente. Ambos formaban el dúo Parálisis Permanente y, en 1983, él había muerto en un accidente de coche. Para David, que no se perdía ni una sola de las actuaciones de la pareja, que había acudido religiosamente a Rock-Ola y a Sol cada vez que tocaban, aquella pérdida fue equiparable en trascendencia musical y dolor mitómano al asesinato de John Lennon. Y, desde entonces, amaba a Ana Curra como un voto, como una promesa hecha sobre la tumba de un hermano de sangre, cuenta conmigo, yo cuidaré de ella por ti.

Absurdo porque, por supuesto, jamás había cruzado con aquella cantante una sola palabra y ni siquiera la había vuelto a ver actuar desde el 83. Pero la amaba. A su manera. Con un amor imaginario. Pero tan devoto y fiel como si fuese real. Nunca veríamos a David persiguiendo a chicas por los bares, como los demás. Él prefería vivir el amor en la distancia de sus castas y platónicas fantasías.

Jorge hablaba con Raquel a apenas un par de metros de donde estábamos Blanca y yo. Ella, como casi todas, era unos pocos centímetros más alta que él, pero, por su delgadez comparada con la redondeada silueta de él, parecía sacarle aún más altura. Raquel formaba parte de un grupo al que habíamos conocido apenas unos días antes, unas chicas de Madrid. Para los de provincias, la gente de Madrid eran seres inaprensibles, superiores e inferiores a la vez, ellos eran indígenas y nosotros colonos, nos hacían sentir paletos y los despreciábamos al mismo tiempo, los veíamos como una casta superior, pero también como unos parias en el territorio de la ciudad universitaria, al margen de cualquiera de las tribus en las que etiquetábamos a los que vivían en colegios mayores. A Jorge le había atraído aquella chica sin nada en especial, peinada con coleta, apenas pintada, con rasgos afilados, boca de labios demasiado finos que le daban una expresión severa y ojos cándidos de niña obediente que estaba claro que jamás en su vida se saltaría una sola norma. Había conseguido aislarla de su grupo y ahora le hablaba sin parar, a saber de qué. Ya había bebido lo suficiente para ponerse pesadísimo.

—El amor de su vida —dijo Blanca, a mi lado.

Por un momento, me incomodé. Solo la oí a medias y creí que se refería a mí, que se había dado cuenta de que estaba buscando a Silvia con la mirada y ya iba a burlarse. Todos en el piso se burlaban de mí con lo de Silvia, y Blanca, que pasaba tantas horas con nosotros, se sumaba ya como una más a los chistes privados y las burlas reiterativas que formaban parte de la vida cotidiana en Fernández de la Hoz. Les encantaba meterse conmigo. Yo nunca había admitido lo que sentía por Silvia, pero era tan evidente que todos lo daban por hecho y yo lo había aceptado sin confesar, porque habría sido absurdo negarlo y, desde hacía meses, era una tradición que se metieran conmigo, el patito feo, el guardaespaldas, el perrito faldero, cada vez que quedaba con ella o que venía por el piso o que se enrollaba con alguien delante de nuestras narices. Alguna vez incluso habían

lanzado alguna de sus reiterativas gracias estando Silvia delante y ella había tenido la delicadeza de fingir que no las oía o, al menos, que no captaba de qué iban. Aquellos eran esos momentos en que quería matarlos a todos.

Pero Blanca se refería a Jorge. Lo estaba señalando.

—Ahí lo tienes. Otra vez ha encontrado a la mujer de su vida.

No solo yo era objeto de burlas en el piso. Allí, todos recibíamos nuestra ración. A Jorge le tocaba aguantar las bromas sobre sus amores siempre definitivos. No aprendía. Conocía a una chica, lograba que le hiciera caso la media hora que tardaba en aburrirse de él, y esa misma noche al volver al piso o a la mañana siguiente nos daba la matraca con que aquella sí, en serio, creedme, aquella sí era la definitiva, amor sin fin, comeremos perdices, para luego desinflarse en unos días, cuando ella no contestaba a sus llamadas o rechazaba sus invitaciones a salir o incluso se daba media vuelta si se lo encontraba de frente por la Universitaria. Los amores eternos de Jorge le duraban lo que una espinilla, un helado de pistacho o, como mucho, un esguince de tobillo.

Oscar volvió a pasar por delante de nosotros.

—Ahora paro un poco. Saludo a alguien y vengo, y te prometo que nos tomamos con calma una copa juntos —dijo levantando la voz por encima de la música, sin detenerse.

Blanca y yo asentimos a la vez, creyendo ambos que nos lo decía a cada uno y sabiendo ambos que no lo cumpliría. Era su fiesta, su momento de gloria, otro más, y había que dejarle disfrutar.

—A veces me pregunto si haré bien saliendo con alguien que es como un niño de cinco años.

Blanca se rio con risa de enamorada. Como todas, adoraba a Oscar. Le gustaban de él hasta sus defectos, señal inequívoca de que aún sentía un amor recién nacido. Llevaban juntos unas cuantas semanas y ninguno de los dos admitía aún que lo suyo fuese ya un noviazgo, a pesar de que ella se había transformado en una presencia permanente en nuestro piso y de que él había empezado a establecer distancias protectoras con muchas de sus habituales admiradoras, deseoso de dedicarle a ella un tiempo y una atención que antes solía repartir entre muchas. Era ya otro de nuestros chistes domésticos. «Entonces, Oscar, ¿Blanca y tú estáis saliendo?». Con retintín. Y él ponía cara de enigma al responder: «Por ahora, solo nos estamos

asomando». Encantado de intrigar.

Aquella noche Blanca reía. Reía por nada. Reía porque algo podía ocurrir. Y a veces esperar algo, aunque no se sepa siquiera el qué, es suficiente para sentirse feliz.

Eché un segundo vistazo. Recorrí de nuevo todo el local de lado a lado. Y esta vez sí. Allí estaba. Bajaba las escaleras. Iba con un tipo al que no reconocí. Ni me fijé en él. Daba igual. Era irrelevante. Siempre había un tipo al lado de Silvia. Pero yo solo la veía a ella. Bajaba la escalera, con un cigarrillo en una mano y una copa en la otra. Él le decía algo al oído y ella se echaba a reír.

David se nos acercó en ese momento a Blanca y a mí. Nos enseñó un canuto a medio consumir.

—¿Os apetece?

Los dos asentimos. Le cedí el primer turno a Blanca. Seguí mirando a Silvia. Sin molestarme en disimular. Ellos ya sabían, ya se burlaban igual y a mí no me importaba. Nada me importaba. Podía soportar eso y más por ella.

Silvia reía.

Lo primero que conocí de ella fue su risa. Y, aunque resulte difícil de creer, creo que, al escucharla, aun antes de haberla visto, ya empecé a quererla. Estaba en la barra del bar de Periodismo tomando una caña con compañeros de clase, iniciando un aperitivo de viernes que, como ocurría a menudo, acabaría a las cinco o las seis de la tarde, con el tiempo justo de llegar al piso, darme una ducha, cenar cualquier cosa y apuntarme al plan de la noche. Oí aquella risa suya, una risa que no era bonita, una risa que sonaba en catarata, sin timidez, tal vez un poco exagerada en su deseo de agradar a quien la provocase. No seré poético porque no había poesía en su risa. Mentiría si dijera que era una risa cristalina o evocadora, no iluminaba el mundo a su alrededor ni sonaba a música. Había en ella descaro y hasta un inesperado deje de vulgaridad. Era una risa de niña que se sabe mona, de chica popular, de espíritu libre. Otro instrumento más de los que utilizaba, con un instinto natural, para encantar a todo el mundo. La oí a mi espalda en aquella barra del bar de la facultad y un segundo después estaba enamorado de Silvia y sabía que sería para siempre.

Me volví y la vi y ya entonces, en vez de sentir la emoción por el flechazo, me asustó darme cuenta desde aquel primer instante de lo mucho que aquella chica me iba a hacer sufrir. Era guapa. Era guapísima. Era guapa sin esfuerzo, sin trucos, guapa de nacimiento, guapa espontánea. Era guapa más allá de la belleza de unos rasgos. Era guapa como su risa, sin recato, sin pedir perdón por ello, sin buscarlo, pero sabiéndolo. Nunca sería la más llamativa, nunca entraría en un bar y atraería al instante todas las miradas, nunca sería de las que cortan la respiración y dejan sin aliento al primer vistazo, pero había algo en aquella manera despreocupada e infantil de ser guapa que hacía que la recordaras cuando ya habías olvidado a las demás.

Desde aquel viernes, todos los días la busqué en el mismo bar. Probaba a horas diferentes. Pero no la volví a ver. Cuando caminaba

por las calles de la ciudad universitaria, buscaba sus ojos grandes, su frente amplia, sus labios gruesos en los rostros de todas las chicas con las que me cruzaba. Empecé a buscarla en las noches de copas, en autobuses y metros, en la papelería donde fotocopiaba los apuntes y en las colas del supermercado, y tardé más de un mes en volver a verla. Una noche cualquiera Oscar había organizado lo que él llamaba uno de sus «aquelarres» en el piso, una reunión de unas veinte o treinta personas, procurando que no fueran siempre las mismas, que solían durar hasta que un policía municipal llamaba a la puerta enviado por los vecinos. Jorge y yo habíamos ido a comprar hielo y unas litronas al súper y cuando volvimos habían llegado ya la mayoría de los invitados. Al fondo del saloncito, junto a la ventana, fumando un cigarrillo y sonriéndole a un tipo —siempre había un tipo a su lado — estaba Silvia.

Nos hicimos amigos, aunque lo que yo quería no era ser su amigo. Lo único que quería era estar a su lado. La amaba con tal idiotez que nada de lo que fui conociendo de ella me desanimó. Con Silvia aprendí que amor y razón no suelen dirigirse la palabra. Silvia no respondía a mi ideal de chica, no era como debería haber sido la chica de la que hubiera sido lógico que me enamorase, pero eso, como todo con ella, carecía de importancia frente a la inapelable realidad de que ya nunca iba a dejar de amarla. Estudiaba Biología porque le sonó bien aquello de estudiar Biología, pero con el mismo entusiasmo o falta de él habría elegido cualquier otra carrera que le hubiese permitido dejar Zaragoza para ir a Madrid a vivir sin la vigilancia de sus padres ni las limitaciones de provincias. Le gustaba divertirse y le gustaba enamorar. Vivía sin maldad, sin remordimiento, sin tener ni idea de las heridas que dejaba atrás, cuando el enamorado de turno descubría que era imposible retenerla, que su interés y su embeleso duraban poco más que tres canciones, cuatro copas o un puñado de noches. Siempre decía *sí*. A una juerga, a cualquier plan por descabellado que fuera, a hacer algo que no fuese lo de siempre y a todos los chicos que se acercaban a ella con tal de que fueran malotes y chuletas. Como ella misma me decía, en los fugaces cinco minutos que le duraba el arrepentimiento por alguna decisión equivocada, su error era que primero decía sí y solo después escuchaba la propuesta. Nunca se lo dije, pero yo siempre pensé que lo segundo ni siquiera era así. Tan solo decía sí y a partir de ahí se dejaba llevar.

Creo que se hizo mi amiga porque yo, de tan propio y normal, le resultaba exótico. Yo era diferente a todos aquellos que la rondaban. Silvia enlazaba, uno tras otro, amoríos con galanes de catálogo: niños pijos, niños ricos, niños de moto rugiente, niños de coche deportivo, niños de bofetada. Le duraban el tiempo que duraba la novedad de subirse a otra moto o a otro coche, de besar unos labios nuevos, de sentir un abrazo diferente, a veces los dejaba ella, a veces la dejaban, daba igual quién fuera el primero en aburrirse o en anticiparse al darse cuenta de que aquello no iba a durar, y siempre regresaba con el corazón roto, el llanto fácil y el propósito de enmienda. Hasta que una o dos semanas después de asegurar que nunca más, te dabas la vuelta en un bar y la veías en la barra soltando su risa agradecida entre los brazos de otro idiota un segundo antes de besarle e iniciar otro amor inflamado de un mes, o como mucho dos. Era tan veloz en el enamoramiento como en el desencanto. Tenía tanto afán por vivir una y otra vez la emoción del comienzo como por acelerar un final que le permitiera volver a empezar. Amaba tanto enamorarse como le aburría estar enamorada.

Yo la esperaba. Cada vez. Como un idiota. Yo era el vigilante de un faro, siempre de vigía, solo que no estaba allí para evitar que el barco naufragara, sino para recoger los pedazos cada vez que se estrellaba contra las rocas. Recurría a mí para las convalecencias. No quiero ser así, me decía. Y me aseguraba que iba a dejar de fumar, de beber y de ser tan facilona. De verdad, te lo prometo, créeme, no quiero ser así, me aseguraba con voz de niña echada a perder. Me pedía que la ayudara a ser otra. Para eso estaba ahí el bobo de Javi, el enfermero, el redentor. Quiero aprender, quiero ser menos superficial, quiero tener inquietudes y aficiones, me decía. Enséñame, me pedía, como si yo pudiera salvarla de la maldición de ser adicta a la inconsciencia, el romance, la ruptura y el desamor. Y yo picaba. Me lo tomaba en serio. Intenté aficionarla a un cine para iniciados. Fuimos a los Renoir a ver *Betty Blue* y *Blue Velvet* (supongo que solo es una casualidad, pero de todas las maravillosas películas que se estrenaron en 1986, las dos que nos sentíamos obligados a ver todos los embriones de cinéfilos tenían la palabra *blue* en el título). Ambas le parecieron un rollo (a mí también, pero no lo admití tan abiertamente como ella y opté por hablarle de «fallos argumentales»). Mi fracaso como mentor cinematográfico se consumó en paralelo a mi fracaso

como mentor literario. También me pidió en uno de sus breves periodos de ansias de cambio que le recomendara lecturas. Y de nuevo creí que de verdad tenía una inquietud, no solo que se sentía obligada a fingir que tenía esa inquietud para no decepcionarme. Le hice una lista de libros que a mí me parecían esenciales e iniciáticos. Leyó *Opiniones de un payaso* (le aburrió), *Las flores del mal* (la poesía le resultaba directamente incomprensible), *El gran Gatsby* (y Gatsby le pareció tan solo «un imbécil») y, por supuesto, como era casi obligado en aquellos años, el inevitable *El arte de amar,* de Erich Fromm (que le pareció, según sus palabras, «un ladrillo escrito por alguien que nunca ha tenido novia»). Silvia no tenía futuro como intelectual. Tratar de conquistarla por el intelecto era la mejor prueba de que yo no había nacido para ser un estratega de la seducción.

A la par que fingía intereses culturales, me pedía que aquellos fines de semana de tregua emocional fuésemos solo a sitios tranquilos. Solíamos salir por Malasaña. Íbamos a escuchar a algún cantautor quejica a Libertad 8 o a tomar una caipiriña, dos como mucho, al Café Ruiz. Y ella parecía feliz y yo me creía que había una esperanza, una posibilidad para mí, sin darme cuenta de que ella solo vivía aquellos paréntesis con la resignación de una penitencia que cumplir para perdonarse a sí misma sus últimos desmanes. A las pocas semanas de aquellas salidas de falsa pareja, me decía casi con temor que quizá podíamos variar un poco, que por qué no dábamos una vuelta con Oscar y los demás, una noche un poco diferente, sin excesos, sin pasarnos, que ya no soy así. Y la noche acababa al cierre del Berlin Cabaret o el Elígeme o cualquier otro garito con todos preguntándonos dónde demonios estaba Silvia y si alguien la había visto en las últimas dos horas, y ella aparecía al fin tambaleándose, la mirada vidriosa, la risa tonta, manteniéndose en pie solo porque se abrazaba a un imbécil de tupé y sonrisa lerda, y nos decía que no nos preocupásemos por ella, que ya la llevaba al colegio mayor su nuevo novio en su moto, un tipo al que no conocía o era solo un conocido lejano al principio de la noche, y como mucho me dedicaba una breve mirada que solo significaba ya lo sabes, yo soy así, solo quiero divertirme, no me gusta pensar, y esa era su despedida hasta que regresaba unas semanas después para que me volviese a encargar de pegar las piezas del jarrón que se había vuelto a romper.

Lo intenté. Ser otro de esos imbéciles. Al principio. Lo intenté dos

o tres veces. Intenté ser yo, por una vez, el que la besaba en la barra del bar. Me miró a los ojos, me sonrió, me abrazó, dio todos los pasos y, como todos, me creí que era yo quien la guiaba cuando en realidad uno solo llegaba hasta allí si ella así lo decidía. Acababa riéndose. No hagas tonterías, Javi, que tú y yo somos amigos, me decía para liquidar. Yo era el único con el que no perdía la cabeza, con el que no daba el paso y dejaba para más tarde el pensárselo, con el que no le compensaba equivocarse. Menudo honor. Desistí. Un atardecer estábamos solos en Fernández de la Hoz. Oscar, Jorge y David no iban a volver pronto y yo lo sabía. Silvia estaba en uno de sus interludios entre noviazgos. Habíamos comido juntos en un chino y luego habíamos ido a pasear al Retiro y hasta me había propuesto entrar en el Prado, pero luego cambió de idea y prefirió que tomásemos una cerveza escuchando música en el piso. Un día idílico, un día de pareja tierna. Bajé la guardia. Me confié y me olvidé de todos mis anteriores fracasos. Y la respuesta definitiva a mis opciones amorosas con Silvia me la dio *Without You,* la canción de Nilsson.

Without You es la balada más empalagosa que nadie pueda imaginar. Pero si una chica tenía interés en ti, aquella canción era la prueba infalible. Sí, esa era otra reflexión de David, que sabía más de música que de chicas. Según él, si estabas cercano a lograr la seducción, solo tenías que ponerle *Without You* y el proceso llegaría de manera acelerada a un glorioso final. Así que después de un día lleno de sonrisas, miradas, confidencias y roces, todo un diálogo sentimental sin palabras (o, al menos, así lo interpretaba yo), llegamos al piso al atardecer y puse a Nilsson en el casete y me preparé para mi ansiado, trabajado y merecido triunfo. Me daba igual ser otro más, ser también pasajero, ser otro fracaso, otra decepción, un amor de dos semanas. Eso me bastaba. Nunca había deseado nada tanto.

Solo sonaron los primeros compases de la canción. El piano y el primer verso. «No puedo olvidar esta tarde», cantó Nilsson. Y Silvia me miró con expresión de horror y con esa inocencia suya con que cometía todos sus errores y todos sus pecados, con la que vivía todos sus dramas de jovencita inmadura, que acababas sospechando si no serían en realidad para ella una forma más de diversión —un poco de melodrama en vez de baile, unas lágrimas en lugar de alcohol, y luego vuelta a empezar— y me dijo, con esa misma naturalidad con que rompía corazones o se dejaba romper el suyo:

—¡Por Dios, qué aburrimiento de canción! ¿No puedes poner nada más animado?

Quité a Nilsson y, con toda la intención, puse a los Hombres G y sus polvos picapica, una canción de novios con flequillo y pulla poco sutil dirigida a ella, a la mierda la seducción. El sábado siguiente a aquel, ella comenzó otro noviazgo con un galán de Lacoste y Renault 5 en la barra del Penta y yo nunca más volví a intentar ser para ella otra cosa que el servicial admirador, el amigo fiel, el hombro sobre el que llorar, el panoli del que se burlaban todos sus amigos.

Nunca dejé de quererla porque, desde el momento en que oí su risa a mi espalda, había quedado atrapado para siempre en una devoción esclava y estéril. Pero decidí compartir aquel amor inútil, que solo ejercía en sus periodos de entreguerras, con otros amores débiles, de desahogo, de despecho, de consuelo sin consolar, amores que nunca llegaban a ser de verdad amores, sino solo juegos de conquista, combates carnales, engaños temporales. Fui enamoradizo con muchas otras al mismo tiempo que solo la amaba a ella. Utilicé muchas otras veces *Without You,* y David, el teórico de la seducción, tuvo razón porque muchas veces funcionó. Mi lista de romances estudiantiles nunca llegó a ser ni la mitad de larga que la de Oscar y, desde luego, ni la cuarta parte que la de Silvia. Con el paso del tiempo, iría olvidando la mayoría de las caras y los nombres de aquellas chicas, que nunca me hicieron escuchar una risa que fuese capaz de recordar.

—¿Es necesario que también lo colguemos en esta casa?

—¿No me vas a dejar que yo decida si cuelgo mi póster en mi casa?

—¿No deberíamos decidir los dos si colgamos nuestro póster en nuestra casa?

—¿Qué tienes en contra de Klimt?

—Llevo cinco años viendo ese jodido póster todos los días. No me importaría variar un poco.

—Yo llevo diez años viéndote a ti todos los días...

—Eres supergraciosa.

—Y tú supermandón.

Por supuesto, aquello fue a más. En cualquiera de las direcciones habituales, daba igual la que tocase esa vez. Ella acabaría echándome en cara que nos habíamos venido a vivir a Madrid por mí o me recordaría que ahora era ella la única que aportaba ingresos o se lamentaría de que estaba harta de ocuparse sola de la decoración del apartamento mientras yo me dedicaba únicamente a poner pegas o, tal vez, incluso me vendría con lo de que ya ni siquiera teníamos sexo porque yo me había vuelto un desganado, a pesar de que justo eso era lo que yo pensaba de ella. Lo de menos era el motivo de lucha que tocase. Acabó como siempre. Nos llamamos de todo y ella se bajó de la escalerita a la que se había subido para colgar el dichoso póster y dejó el taladro en la mesa y el cansino beso de Klimt sobre el suelo, apoyado contra la pared, y se marchó al dormitorio y yo me quedé en el salón, deseando que aquel apartamento fuese más grande para poder estar aún más lejos de ella.

Jackie y yo llevábamos cuatro años casados y una década juntos y no nos soportábamos. Lo extraño era que yo no lograba recordar fases intermedias. No recordaba cómo había sido o cuánto había durado el viaje del amor al odio. Éramos la pareja perfecta, inseparables, nos adorábamos, los amigos nos envidiaban, y, de

pronto, no podíamos estar juntos cinco minutos sin acabar a gritos, desplegando al instante la artillería pesada, tiroteándonos con una munición siempre puesta al día de agravios, críticas y reproches. Desayuno, comida y cena. Y también en los tiempos entre comidas. Habíamos pasado de querernos a no soportarnos sin que yo ni siquiera fuese capaz de enunciar las causas o de revivir el inevitable periodo intermedio en que todo entre nosotros había ido degenerando hasta pudrirse. Cuando has dejado de querer a una persona es muy difícil recrear el tiempo en que la amabas, tanto como hacer el recuento de los cómos, cuándos y porqués.

Jackie era belga, hija de un diplomático inglés y de una profesora de Literatura de Lovaina. Era intérprete en la Unión Europea. Hablaba seis idiomas y aquella cuidada educación políglota que habían diseñado sus padres, con periodos de estudios en París, Oxford, Maastricht y La Haya, le había permitido dominar con absoluta soltura el enrevesado lenguaje comunitario en diferentes lenguas. Recibía un excelente sueldo por pasarse las mañanas metida en una cabina de traducción simultánea y las tardes reescribiendo un mismo documento en diferentes idiomas y dedicaba su tiempo libre a montar en bicicleta por los parques de Tervuren, a leer en inglés a Joyce y en francés a Proust, a escuchar a Jacques Brel y a Georges Brassens y a mí.

Yo formaba parte del equipo de corresponsales de la Agencia Efe en Bruselas. Escribía crónicas sobre la cuota del plátano, los convenios de simplificación de documentos judiciales o el diseño de un sistema de becas para estudiantes que acabaría bautizándose como «programa Erasmus». No me interesaba en absoluto nada de todo aquello, pero mi sueldo también era bueno, el trabajo era cómodo y me había permitido irme de Madrid tan solo unos meses después de que Silvia se casara y de que, con ello, todo a mi alrededor dejara de tener sentido. Durante mis primeros años en Bruselas, mi vida fue poco estimulante. Iba a los edificios oficiales, a aquellas moles impersonales, el Justus Lipsius y el Berlaymont, a cubrir soporíferas ruedas de prensa de ministros y altos funcionarios, me encerraba por las tardes en una academia para tratar de paliar mi incapacidad congénita para soltarme en el francés y el inglés, me entretenía saliendo a cenar y a tomar cervezas con colegas españoles, me aliviaba acostándome de vez en cuando con alguna funcionaria griega o irlandesa o de donde fuera y de paso practicaba con ellas mis avances

en idiomas y algunas noches escribía cuentos que se habían endurecido, que ahora sonaban a pobretonas imitaciones de Raymond Carver. Luego, cuando ya llevaba un par de años allí, acomodado sin ilusión, un exiliado emocional, escondido de mí mismo, me presentaron a Jackie en el descanso de un concierto de *jazz* en The Music Village y mi vida cambió.

Era sofisticada, con clase, culta, interesante pero también sencilla, desprovista de cualquier pretensión, directa y espontánea. Había varias mujeres en ella. La chica de coquetería retraída que te hablaba desde detrás del humo de un cigarrillo con una voz con una suave ronquera que sonaba a Charlotte Rampling. La intelectual que lo había leído todo y que sin sonar nunca pedante te recomendaba a desconocidos novelistas polacos y a poetas ucranianos, y siempre acertaba. La inglesa finolis que pasaba las vacaciones en la finca familiar de Devonshire, donde montaba a caballo y al atardecer tomaba un brandy con sus padres al calor de la chimenea mientras debatían con igual conocimiento de geoestrategia o del futuro del teatro inglés. La extranjera desinhibida con un cuerpo de silueta perfilada por tanta bicicleta que me enseñó a disfrutar más allá de mi limitada osadía de un sexo curioso, carente de complejos y pudores, ágil, exigente y sin urgencias, que me dejaba tan exhausto como deseoso de repetir. Jackie era esas mujeres y otras más y a mí me gustaban todas ellas.

Durante los primeros años, disfrutamos. Jackie no pedía ni preguntaba nada. Nunca le pusimos nombre ni destino a nuestra relación. Atravesamos la treintena amándonos sin prisa, recorriendo Europa en fines de semana de rutas en un Nissan en el que siempre sonaban Tom Petty y Leonard Cohen, alternando turismo de museos y de bares según eligiese ella o yo, saboreando el sexo en hoteles con más encanto que lujo. La pareja perfecta. La intérprete y el periodista. Un apartamento con vistas a los mercadillos callejeros de Châtelain. Una relación lingüística compleja en la que a veces ella me hablaba en un español que nunca me gustó del todo, que me sonaba a holandés cabreado, y a veces yo le hablaba con mi inglés de EGB apenas perfeccionado por miles de horas de academia y siempre, en la cama, por supuesto en francés. Una ausencia de planes. Un futuro que carecía de importancia, pero en el que, en todo caso, ninguno de nuestros amigos nos habría imaginado por separado porque todos

coincidían en que éramos eso: la pareja perfecta.

Y ahora discutíamos por un póster de Klimt.

Nos mudamos a Madrid. Una editorial había aceptado mi manuscrito. Hagámoslo, dijo ella, aunque luego me echase en cara de continuo que había sido empeño mío. Una década bajo el plomizo cielo de Bruselas hace que cualquier cambio, por incierto o temerario que sea, resulte más que apetecible. Vámonos, me repetía. Y yo tenía dudas. Será bueno cambiar, me insistía. Y como no acababa de convencerme, en un momento dado me dijo que no nos vendría mal vivir en un país con sol y me soltó la sorpresa que guardaba para una cena de pareja que habíamos planeado para dos días después: Estoy embarazada.

Regresé a Madrid. Regresé tras una boda rápida en un registro civil de Gante. Mis padres y los padres de Jackie no congeniaron en absoluto y no solo por las limitaciones del idioma. Gallegos y británicos no se han entendido desde los tiempos de María Pita y Francis Drake. Jackie y yo nos partimos de risa viendo a ambas parejas incómodas y deseando que acabara cuanto antes la comida en un restaurante a orillas del río Lys con la que los seis lo celebramos, porque no quisimos ni gran banquete ni montones de invitados, solo darles gusto a ellos, que en lo único en que estaban de acuerdo era en no querer un nieto ilegítimo. Regresé con un bebé con pinta de inglés, de piel muy blanca y mofletes rojizos, al que Jackie decidió llamar Hugo porque era un nombre fácil en todos los idiomas y además ella adoraba *Los miserables.* Regresé porque iba a publicarse *Luces de atardecer,* una novela que narraba las vivencias y los amores de un grupo de universitarios en un Madrid muy ochentero, un relato generacional escrito de noche en noche que fracasaría en ventas porque era una porquería de novela, porque no fui capaz de darme cuenta de que aquella bazofia de crónica de juventud que había escrito, en contra de lo que yo mismo creía, estaba más cerca de *El club de los cinco* que de *Hermosos y malditos*. Regresé y Jackie encontró enseguida dos trabajos, uno de intérprete en reuniones de altos ejecutivos de esos a los que yo tanto odiaba, y otro de traductora en una pequeña editorial de libros de ingeniería, y eso y los ahorros hechos con nuestros desahogados sueldos anteriores nos mantuvo mientras yo esperaba la salida de la novela y planificaba una nueva vida dedicada a escribir literatura de calidad y no rutinarias crónicas

periodísticas.

Regresé y al poco de regresar Jackie y yo nos estábamos despellejando por culpa de un póster de Klimt porque, en realidad, hacía ya tiempo que habíamos dejado de querernos, de reírnos, de gustarnos el uno al otro, y aquel regreso a Madrid, con Hugo, con planes, con el mismo póster de Klimt que teníamos en el salón de Bruselas, era un desesperanzado intento que nunca nos confesamos de volver a empezar, de reconstruir, de rescatar lo que pudiera quedar, que fracasó aun antes de empezar porque ya era tarde para salvar una relación que, sin culpables, sin motivos, sin periodos intermedios, sin dejar recuerdo de su decadencia, se había acabado ya.

Mi relación con Jackie duró una década. Nuestro matrimonio, cuatro años. Nos separamos a los trece meses de habernos mudado a Madrid. Ella y Hugo se fueron a vivir a Londres, donde ella volvió a encontrar muy pronto un trabajo de traductora, esta vez mucho mejor, nada menos que en Harper Collins.

Luces de atardecer no se vendía. Yo solo era un escritor blandengue que nunca me acercaría como cronista generacional ni al Kronen ni al menos que cero. Tampoco se me habían abierto las puertas de los círculos literarios ni se me había presentado siquiera la posibilidad de ganarme la vida dando conferencias o siendo la estrella invitada en festivales, congresos y ferias de libros, y ni siquiera me quedó ánimo para volver a intentarlo con una segunda novela. Aún conservaba algunos ahorros para ir tirando mientras me buscaba un trabajo.

No me cambié de apartamento. Un día, cuatro meses después de que Jackie se hubiese ido a Londres, volví al apartamento cuando ya anochecía y me quedé un rato de pie en la penumbra, en medio del salón, contemplando el dichoso póster de *El beso* de Klimt colgado de la pared. Ella no se lo había llevado y yo no lo había quitado cuando se fue. Tampoco lo había vuelto a mirar desde entonces.

Al día siguiente, estaba de puntillas mirando por encima de un seto a una niña que montaba en una moto de plástico y estaba a punto de caerse a una piscina. Para entonces, aún recordaba la risa de Silvia, pero había empezado a olvidar la de Jackie.

—Hoy no quiero que hablemos de secretos. Lo siento, no tengo el ánimo adecuado. Hoy hablemos de sueños. Una persona es por igual sus sueños y sus secretos. La diferencia es que los sueños vuelan y los secretos reptan. Los sueños son la última tabla de salvación de cualquier naufragio y los secretos son solo un peso muerto que te empuja hacia las profundidades. Así que no, hoy no. Hoy hablemos de sueños. ¿Que con qué soñaba yo entonces? ¿De verdad quiere que sigamos dando vueltas a aquellos primeros años? Bueno, no sé, no espere grandes cosas. Previsible, ¿recuerda? Esa es la idea fundamental. Quería ser arquitecta, como lo habían sido mi padre y mi abuelo. Yo había adaptado esa vocación heredada de generación en generación a los nuevos tiempos: quería ser una experta en arquitectura sostenible. La ecología incorporada al desarrollo urbano. Lo cumplí. He dedicado a ello toda mi carrera. Tranquilo, no ponga esa cara de espanto, hombre, que no le voy a dar la paliza con eso. Ese era mi sueño. El principal. Y luego estaba toda la decoración de alrededor: el marido ideal, los hijos ideales, la familia ideal, esas cosas. Como mis padres. Tendría que haberlos visto. Treinta años casados y a veces, sin venir a cuento, mi padre ponía un disco de la orquesta de Ray Conniff en casa y pillaba a mi madre por sorpresa en el pasillo o la cocina y la agarraba por la cintura y se ponían a bailar, y a ella, aunque protestaba y le pedía que se dejara de tontadas, en realidad le encantaba. Daba gusto verlos. Eso quería yo. Arquitectura sostenible y un baile en la cocina. No era mucho pedir, ¿no cree? Vivía atrapada en un angustioso círculo vicioso. Por un lado, anhelaba un amor perfecto y, por otro, estaba segura de que perdería ese amor perfecto en cuanto mi amado supiera lo que ocultaba de mi pasado. Años atrapada en ese estúpido bucle emocional, ilusión y miedo a partes iguales. Tardé en decírselo. A Oscar. Empezamos a salir y, claro, él hizo avances. Y mi angustia aumentó. Estaba encantada, por supuesto. Obnubilada. Me sentía afortunada, privilegiada, por que él

se hubiese fijado en mí. Pero tenía un problema con los momentos íntimos, ya me entiende. No le permitía llegar hasta el final para que no me descubriese. Me encantaba que me besara, me encantaba cómo recorría mi cuello con sus labios, sin prisa, como si en cada milímetro encontrase un sabor nuevo que quisiera tomarse su tiempo en disfrutar. Me gustaba su forma de cogerme por la cintura y cómo dejaba de besarme y hundía la cara entre mi cuello y mi hombro, muy quieta, cuando sus manos empezaban a subir, buscando a tientas, hasta llegar a mi pecho y posarse allí, con una suave presión, con una firmeza sin ansiedad, con unas caricias con las que parecía estar trazando con delicadeza el perfil de una pieza de arte muy frágil que temiera romper. Perdón, que me dejo llevar. Ya ve. Más de treinta años después y aún vuelve al recordarlo el pellizco en el estómago. Aquí me tiene, no se ría de mí, una cincuentona que se pone tonta recordando los magreos de dos veinteañeros. Pero me gustaba... Ese ha sido siempre el origen de todas mis batallas interiores. Que a la niña buena le gustaba el sexo. Que no era que se dejara meter mano por obligación o por agradar. Que siempre me ha gustado, qué demonios. Que lo hacía por vicio y por fornicio. Me río, pero se lo digo muy en serio. Mierda de mundo este en el que una mujer tiene que esconder sus verdades. Al final, después de tantos años de esperar la catástrofe, sobreviví a la verdad. Sí, acabé por contárselo. Lo que ocurrió en los lavaderos. Jacinto levantándome la falda y quitándome a tirones las bragas y encajándose a trompazos entre mis piernas. Se lo dije porque quería disfrutar, porque aposté por el deseo y no por la razón. Quería hacerlo con Oscar. Y él quería hacerlo conmigo. Y hasta entonces no le había dejado. Le paraba cuando la cosa iba a más, le frenaba en el sobeteo, le compensaba agarrándole lo suyo y liquidándole con la mano porque no quería que llegara el momento en que se pusiera en evidencia lo callado, en que descubriera que yo ya lo había hecho antes, y eso acabara con mi película romántica. Me decidí. Se lo dije y él me escuchó en silencio y me miró en silencio y me besó en silencio y ni entonces ni nunca hablamos de ello. Tanto sentimiento de culpa para nada. Lo hicimos y esta vez sí, esta vez no fue un arreón de un pueblerino que me dejó más confusa que satisfecha. Fue lo que tenía que ser. Adiós, primer secreto. Póngale usted mismo la música de aquella canción. *Bye, bye,* culpa. *Hello,* diversión. Años de tortura y Oscar fue el caballero andante que me

liberó de aquel dragón que me había tenido presa tanto tiempo. Perdone, la metáfora del caballero andante es un horror, lo sé, pero es por compensarle las vulgaridades de antes. Dejemos el sexo a un lado, no quiero que se lleve una impresión equivocada. Soy de colegio de monjas, ya sabe. No suelo hablar de estas cosas y menos de esta manera, pero, en estas circunstancias, ¿qué más da ya, no cree? Volveremos al sexo, claro. Y a los secretos. Pero ahora prefiero seguir con los sueños. Déjeme que le hable de los de los demás, que eso también le ayudará a comprender. Oscar, para empezar. Era, ¿cómo le diría?, raro. Veías a Oscar, tan resuelto, tan seguro de sí mismo, siempre liderando, y parecía fácil encajonarle: otro que quiere ser rico, que quiere presidir lo que sea, que quiere el paquete completo, otro con una aspiración contable, millones, fortuna, no hay más gloria que la que sabe a caviar, ya me entiende. Pero en él había algo más. Oscar tenía un sueño inesperado, con un ingrediente que lo diferenciaba del estereotipo. La posteridad. Curioso, ¿verdad? Aquel chico apuesto, seductor, que rezumaba juventud, que parecía poder aferrar de inmediato todo lo que deseara, con solo veintiún años quería algo que estaba más allá de las metas esperables en alguien de su edad. Quería perdurar. Quiero hacer algo que quede, me decía. Quiero hacer algo que esté aún ahí cuando yo ya no esté, que permanezca incluso cuando nadie sepa quién fue el que lo creó, eso decía. Nunca se lo había confesado a nadie. Solo a ti, Blanca, me decía. Y bastaba que dijese eso para que yo ansiara más que nada en el mundo ayudarle a convertir aquello en realidad. Aunque ni siquiera supiese a qué se refería, porque él mismo era incapaz de concretarlo. ¿Una construcción, un cuadro, un libro, una empresa, de qué me hablas? Nunca le entendí. Más, decía, algo más que todo eso. Y a veces, al escucharle, me parecía un hombre sabio, un visionario precoz, y otras tan solo un niño que jugaba con las palabras sin saber en realidad de lo que hablaba. Oscar siempre fue esas dos cosas, demasiado niño y demasiado adulto. Aunque no lograse entenderle del todo, me gustaba que compartiese conmigo sus inconcretas divagaciones. Me gustaba ser la única que sabía que Oscar no era tan predecible como podría parecer. Que había algo más. Ansia de posteridad. Y yo era la elegida, la afortunada de compartirlo con él, y eso me hacía sentir que tenía algo de él que nadie más tenía. Comparado con el suyo, los sueños de los demás carecían de interés

para mí. Demasiado parecidos, demasiado predecibles. Las amigas montábamos tertulia nocturna en alguna de nuestras habitaciones del colegio mayor. Música, Marlboro, chupachups y sueños. Allí todo estaba permitido. Exagerar, inventar, improvisar, buscar solo la sonrisa o la sorpresa. Todo cabía en aquellas confesiones nocturnas de nuestras más secretas aspiraciones, sin salirnos nunca de las reglas del decoro, faltaría más. Susana quería trabajar en el mundo de la moda, a ser posible en París (y, por cierto, lo consiguió). Pili solo deseaba tener su propia farmacia en Burgos (no sé si lo consiguió, acabamos el colegio y nunca volví a saber de ella). Paula tenía planeado irse a Ghana o Gambia o no sé dónde con Médicos Sin Fronteras en cuanto acabase la carrera (nunca lo hizo, un embarazo no planeado a los veintitrés la dejó para siempre de médico de familia en Gijón). A Meme le gustaba correr más riesgos y escandalizarnos diciendo que lo que soñaba era con liarse con algún viejo muy rico y enviudar rapidito (y vaya si lo hizo, pero esa es otra historia). Pero daba igual en qué consistieran aquellas diferentes formas de alcanzar el éxito o la felicidad. No importaba hasta dónde lo estirásemos, que pasásemos a desbarrar, que una decidiese que quería ser la mujer que descubriese la cura contra el cáncer y otra, la primera mujer en pisar Marte. Los grandes proyectos narrados en las madrugadas no exigían prudencia. El cielo era el límite. Y, después de intercambiar las más disparatadas aspiraciones, siempre acababa por aparecer lo otro. «El eterno femenino», lo llamaba yo. Siglos de sometimiento, esclavitud incorporada a los genes, qué sé yo. Éramos feministas, valientes, con ambiciones de independencia, chicas de nuestra época, mujeres llamadas a cambiar el mundo de las mujeres. Y, a pesar de ello, antes o después ahí asomaba. Era bonito y desesperante a la vez. Sonaba a deseable tanto como sonaba a limitación, a la barrera que marcaba la frontera, de ahí no puedes pasar, como si en vez de sumar se tuviese que elegir. Ahí estaba siempre presente: el ansia de amor. El deseo de querer y ser queridas. Y quizá yo estaba equivocada, aún hoy no lo sé, pero a mí me parecía que aquella esperanza, que más parecía una necesidad de supervivencia, de encontrar el amor nos hacía más débiles, nos achicaba el horizonte, nos deslucía el relato. Pero a lo largo de la charla, tarde o temprano, acababa por aparecer aquello, la ilusión por toparnos algún día con un amor loco, apasionado, primario, que aceptabas que el tiempo transformaría en esa otra

escena más doméstica pero también deseable, con el marido, los hijos y Fred Astaire en la cocina sacándote a bailar *Cheek To Cheek*. Marta era la única que nunca lo añadía. Quería ser pediatra. Sin más. Le gustaban los niños, pero los niños de otros, y solo para curarles. Marta era tímida, algo mustia, poco locuaz. Resumía sus deseos en poco más que un par de palabras. Pediatra y viajar. Curar niños y conocer mundo. Nada de marido e hijos. Marta era una buena chica. Por eso intenté lo de Javi. Una casamentera. Menudo ojo el mío. Por entonces, Javi ya andaba babeando por esa calientabraguetas de Silvia. Nunca pude con ella. Ponía carita de buena, de no haber roto nunca un plato, de niña ingenua e inocente, y eso los volvía locos a todos. Consumía a la misma velocidad tíos y copas. Y el bueno de Javi, que era un poco tontaina, ahí estaba siempre, detrás de ella, que le manejaba a su antojo, ahora me apetece entretenerme contigo, ahora no me molestes que estoy a otra cosa. Intenté liberarle. Y elegí para ello a Marta. Los presenté, los animé a salir, lo hicieron, quedaron un par de veces y la cosa no cuajó. De vuelta a los secretos. Marta se presentó en mi habitación con sentimiento de culpa, con tono de confesión. Yo no puedo enamorarme de Javi, me dijo, como temiendo que me sintiese decepcionada. Y yo me reí. Es guapito, es buen chico, sin más, entiendo que tampoco es que sea para volverse loca, le dije. Pero ella negó con la cabeza. No me entiendes, Blanca. Yo no puedo enamorarme de ningún chico. Jodidos secretos. Solo lo sabes tú, me dijo Marta. Tú y mi madre, pero a mi madre se lo conté y solo me dijo que no le volviese a hablar jamás de ello, que prefería no saber, que no lo comentase nunca ni con ella ni con nadie, que para ella sería como si no se lo hubiese dicho. Marta y yo nos hicimos las mejores amigas. Fue su secreto el que me decidió a liberarme del mío, porque de pronto, tras todos aquellos años soportándolo como la más pesada carga, pasó a parecerme demasiado pequeño, demasiado estúpido, demasiado intrascendente como para seguir llevándolo de equipaje. Fue el conocer la soledad de Marta, el rechazo a sí misma, la vergüenza, el deseo y el dolor, sus compañeros en un viaje oscuro y sin final, lo que me abrió los ojos a mi propia estupidez. Fue por Marta por quien le dije a Oscar que quería contarle algo y pude así hacer lo que tanto deseaba, pude hacer algo que ahora considero mi pequeña gran aportación a la posteridad, qué demonios, tal vez no a la de la humanidad, pero desde luego sí a la mía: hacerlo con Oscar.

Gracias a Marta. Mi mejor amiga desde entonces y hasta hoy. Curioso cómo y por qué ocurren las cosas, ¿verdad?

Hay un momento que llega inevitablemente en todas las fiestas. La insufrible exaltación de la amistad. Ese momento en que todos los amigos te parecen unos tipos inigualables por los que te dejarías matar con gusto y todas las amigas se transforman en mujeres enternecedoras de belleza inconmensurable y deseas que esa noche no termine nunca porque has alcanzado, en ese preciso instante, un grado sublime de perfección existencial que el destino solo reserva para unos pocos afortunados mortales. En aquella fiesta, ese momento llegó justo después de que todos los invitados nos reuniésemos en la zona central de la planta baja, rodeásemos a un Oscar que simuló estar muy sorprendido —lo cual era un poco absurdo, dado que él mismo había elegido el momento, el lugar y hasta la música de fondo de aquella pequeña ceremonia— y le cantásemos un sentido *Cumpleaños feliz*.

—Tienes que probar esto.

Oscar y yo estábamos en la barra. La mayoría se había dispersado tras la felicitación. Sonaba la cinta que él mismo había grabado para que se pusiera en aquel momento: una ristra inconexa y poco imaginativa de canciones donde se mezclaban clásicos con éxitos sin sorpresa de los que repetían las emisoras musicales. En aquel preciso instante, *Bad Connection,* de Yazoo.

Me mostró una botella sin etiqueta llena en sus tres cuartas partes de un líquido casi transparente, con un ligero tono entre ocre y amarillento según le diese la luz. Le hizo una seña a un camarero para que se acercase, le pidió un par de vasos de chupito y los llenó con aquel brebaje.

—Brindemos —me dijo.

—Feliz cumpleaños, Oscar.

—No, no. Brindemos por ti. Eres mi mejor amigo, Javi. Probablemente el mejor amigo que he tenido nunca.

El momento de exaltación había llegado, pensé. Cogí mi vaso y lo levanté para analizar su contenido.

—¿Qué es esto?

—Un Chernóbil.

—¿Un qué?

—Chernóbil. Yo diría que lleva tequila, vodka, quizá ron y alguna que otra cosa más. Bueno, en realidad no tengo ni idea de qué lleva. Es el regalo de cumpleaños que me ha hecho Pato. Dice que es una creación suya. Tú bébetelo y ya está.

La central nuclear de Chernóbil había saltado por los aires en abril de ese mismo año, hacía solo unos meses. Me bebí aquella porquería de un trago y tuve la sensación de que mi cerebro también estallaba en mil pedazos. Un nombre muy acertado.

—Tú también eres mi mejor amigo —le dije a Oscar después, porque una vez bebido aquello, uno ya estaba listo para decir cualquier cosa.

Pato, el mixólogo de escaso talento que había ideado aquella pócima mataneuronas, estaba delante de nosotros, en un corrillo donde bebían y charlaban Lucas, Nacho y Riquelme junto a David. Aquellos tipos formaban nuestro grupo de amigos más cercano. La plantilla titular de jugadores de póquer, de Spectrum y de Risk, de comensales de *whoppers* con cerveza, de roqueros en conciertos etílicos con la música demasiado alta y raquetas de tenis en lugar de guitarras, de rivales dialécticos en interminables debates sobre tetas o culo, camaradas en cualquiera de aquellas actividades habituales de fin de semana en el piso, noches aparte. Riquelme y Nacho eran también compañeros de carrera de David. Los tres estudiaban Aeronáutica. O, mejor dicho, Riquelme y Nacho estudiaban aquella endiablada carrera y David iba a clase de vez en cuando. Ninguno podíamos entender qué había llevado a David a elegir aquella carrera, que nada encajaba con sus intereses y, sobre todo, con su desinterés por el estudio. Hasta que él nos lo explicó. Un día, en casa de su padre, mientras este disfrutaba de un encierro en su dormitorio con una peluquera de su cadena de televisión, él tuvo una visión. Estaba en su habitación escuchando *Lucy In The Sky With Diamonds* (porque aún no le había dado por escuchar solo música española) y fumando maría a falta del ácido lisérgico que habría hecho juego con aquella canción, y de pronto comprendió que su misión en la vida era guiar a los seres humanos en un peregrinaje iniciático hacia el espacio exterior. A *Lucy* le siguieron Bowie y *Space Oddity,* Elton John y *Rocket Man,* y para cuando estaba

escuchando a Lennon y *Across The Universe* ya había concretado su decisión en estudiar Ingeniería Aeronáutica. Llevaba tres años y solo dos asignaturas aprobadas. David no parecía tener prisa por llevar al hombre a habitar las estrellas.

Lucas era un buen chico, una evolución del prototipo de gordito gafotas para el que los años de colegio solían ser un infierno, reconvertido ahora en un cabroncete vengativo, siempre dispuesto a cizañar, ya fuera avivando cualquier discusión entre nosotros o provocando peleas con terceros de las que, una vez instigadas, él solía mantenerse al margen. Pato, el creador de Chernóbil, era un andaluz atrapado en el rol permanente de andaluz gracioso, una enciclopedia viviente de chistes malos, réplicas de presunta agudeza y comparaciones de eres más *nosequé* que un *nosecuánto* de supuesto ingenio. Era un tipo de una enorme utilidad porque parecía conocer a los propietarios, porteros, camareros, pinchas o relaciones públicas de todos los garitos de la ciudad. Con su conversación a golpe de gracietas, una sonrisa tontorrona y un desparpajo sin rubor nos conseguía a menudo acceso, trato privilegiado y hasta copas gratis en un sorprendente número de locales.

—Queda poco —me dijo Oscar—. Pronto acabaremos y todo esto cambiará. Pero no podemos permitir que se termine.

Oscar me ofreció la botella para rellenarme el vaso.

No habría sabido concretar si los átomos que formaban mi cerebro se estaban enfriando, fisionando o al borde de la cocción, pero de lo que estaba seguro era de que el reactor no resistiría otro trago de aquello.

—No sé de qué me hablas, Oscar.

—De ti, de mí, de David y Jorge, de todos nosotros... No quiero que se termine cuando acabemos los estudios. No lo permitiré.

—No pienso compartir piso con vosotros el resto de mi vida. Y mucho menos ducha.

—Soy hijo único, Javi. Crecí solo. Entre personas demasiado mayores. Vosotros sois mis hermanos.

Eso era lo más personal que Oscar iba a decir. En eso nos parecíamos los cuatro. No éramos sentimentales. La exaltación nos duraba lo justo. Me despisté y Oscar volvió a llenar el vaso y ya no pude escapar.

—Brindo por ti, amigo.

—Ya brindamos por mí antes, Oscar.

—Entonces brindo por mi próxima fiesta de cumpleaños. Por todas las futuras fiestas de cumpleaños de mi vida. Porque en todas ellas estaréis vosotros.

—¿David también? Yo no lo veo necesario...

Blanca y sus amigas aparecieron para salvarme de acabar bebiendo un tercer Chernóbil, algo que estoy seguro de que habría terminado de tumbarme. Blanca cogió de ambas manos a Oscar y Paula o Pili o alguna de las otras hizo lo mismo conmigo y las demás fueron a por los otros. Momento de bailar todos juntos, nos instó Blanca. Seguía sonando la cinta de Oscar. *Mediterráneo,* pero la de Serrat, ni siquiera la de Los Rebeldes. David tenía razón: Oscar no tenía ni idea de combinar canciones ni de ponerle música a una fiesta.

La noche llegó así a su cima. La cinta de Oscar desapareció al fin. *Enola Gay* puso a todo el mundo a bailar. En corros, en desorden, en corros otra vez. Blanca volvió a recordarme que lo de ponerme en una esquina y llevar el ritmo con la pierna no computaba como baile. Silvia bailaba no muy lejos de nosotros con un tipo, siempre había un tipo a su lado. Jorge bailaba con Raquel a la vez que le hablaba al oído sin parar, infatigable y agotador. Pato enganchó por la cintura a Meme, la tía más buena del CEU (nunca mencionábamos a Meme sin añadir a su nombre aquel título concedido por unanimidad durante una degustación alcohólica en nuestro piso), y a ninguno de los dos le dio corte salir a bailar al centro de un amplio corro. Al verlos dar el paso al frente, el pincha se apresuró a poner a Joe Cocker y Meme hizo un baile tan provocador como si fuera la mismísima Kim Bassinger al ritmo de *You Can Leave Your Hat On,* mientras Pato mantuvo el tipo a su lado haciendo el ganso, parodiando una pasión al verla que como poco duraría nueve semanas y media. Las canciones de moda se sucedieron una tras otra, elegidas por un pincha obsesionado con la nueva ola británica —*Tainted Love* y *Karma Chameleon* y *Just Can't Get Enough* y, por supuesto, Rick Astley— y todos acabamos chorreando sudor y felicidad. La exaltación pasó y fuimos a por otra copa en grupo, Oscar y Blanca cogidos de la mano, David y sus compañeros aeronáuticos rebuscando en el fondo de sus bolsillos para ver si aún les quedaba alguna china, Pato haciendo reír a las chicas con alguna ocurrencia y yo buscando una vez más a Silvia con la mirada porque hacía rato que la había perdido de vista.

Tal vez la noche no era muy distinta de tantas otras, pero esa era la magia de aquellas noches de canciones olvidables, bebidas explosivas, baile torpe y risa floja, que cada una acababa pareciendo diferente a las demás.

Los Pistones terminaron de cantar *Metadona* y, en un giro inesperado, empezó a sonar *Like A Rolling Stone,* la canción de Dylan, cantada por Jagger. Resultaba extraña e inesperada, demasiado clásica, como traída de otro tiempo, incluso anterior a aquel bar, a aquel otro tiempo al que habíamos regresado Blanca y yo.

Me entusiasmaba esa canción. Me gustaba cómo me hacía sentir. Bien y mal a la vez. Inspirado y cuestionado. Creo que oírla nos ayudó a estar más a gusto. Blanca había soltado su terrible noticia y, en contra de toda lógica, después de ello parecía que ambos nos habíamos relajado, incluso compartíamos un inesperado buen humor, animados por una sensación de alivio y de descarga.

—Siempre tuve la sensación de que tú y yo éramos iguales. Que tú eras algo así como una versión masculina de mí misma. O viceversa.

—¿De verdad vamos a tener una de esas conversaciones?

—¿De cuáles?

—De esas. De las trascendentales. Ya sabes.

—Joder, Javi, acabo de decirte que me voy a morir. Lo menos que me merezco es una conversación trascendental, ¿no crees?

Blanca me miraba sin estar segura de si me estaba burlando o no. Pero me conocía demasiado bien. Tan solo un vistazo de unos segundos le bastó para echarse a reír y yo me reí también y ella me llamó «cabrón» y Jagger me dijo que yo ya no le parecía tan orgulloso.

—Vale. Entonces, estamos en que tú y yo nos parecíamos...

—Los dos éramos satélites. Éramos Lancelot y Ginebra en aquel reino, si prefieres verlo así.

—No pillo de qué me estás hablando, pero puestos a elegir prefiero la metáfora sideral a la artúrica.

—Te hablo de Oscar.

—Ya suponía que acabaríamos hablando de él...

Levanté la mirada en un gesto de resignación y Blanca me dio un

suave puñetazo en el brazo.

—¿Quieres poner un poco de tu parte en vez de mostrarte tan esquivo? Te he citado aquí para que hablemos. Toda esta conversación tiene un objetivo, ¿sabes?

Volvía a estar incómodo. Blanca lo estaba poniendo fácil. Pero aun así no lo era. Hacer un poco el payaso era una manera de protegerme.

—Perdóname, es que aún no me he hecho a la idea.

—¿De qué?

—De eso. De lo tuyo.

—¿Te estás burlando un poco?

—Intento desdramatizar.

—Javi, no lo intentes. Es dramático de cojones. Se puede desdramatizar un catarro o un callo en el pie, pero no esto.

—Es verdad, es verdad... —asentí con énfasis, y ella seguía mirándome sin saber si yo hablaba en broma o en serio—. Bueno, me centro, ¿decías que éramos dos satélites llamados Lancelot y Ginebra?

Blanca me ignoró, decidida a avanzar dijera yo lo que dijese.

—Oscar era la estrella brillante, el gran planeta, el centro del universo. Y nosotros girábamos a su alrededor. Su mejor amigo, su novia. Había mucha gente en su mundo. Amigos por todas partes y todas aquellas chicas que se derretían por él. Pero nosotros éramos los elegidos de entre todos ellos, a los que había concedido el privilegio de estar más cerca de él que los demás.

—Así dicho, sonamos más a san Pedro y María Magdalena...

—¿Te importa que hablemos en serio?

Blanca jugueteaba con un pequeño mechero BIC entre sus dedos. Lo hacía girar entre ellos a una velocidad vertiginosa sin siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Jagger me reprochó que yo no solía comprometerme y acabé por sentirme culpable.

—Te pido disculpas. Estoy nervioso.

Señalé hacia arriba, donde se suponía que estarían los altavoces invisibles.

—¿Te gusta esta canción? Nunca he tenido ni idea de lo que habla. Pero eso da igual. Sus versos son como un sortilegio. Lo importante no es la historia que cuenta, sino la cadencia de cada frase, cómo se van uniendo las palabras, el sonido que van formando al

enlazar cada una con la siguiente...

—Hablas como David. Siempre les disteis demasiada importancia a las dichosas canciones... Y pasa el tiempo y veo que sigues igual.

Blanca me sonrió con ternura maternal, tal vez con un poco de compasión. Continuó:

—La duda que me ha quedado de aquellos años es: ¿habríamos podido brillar más por nosotros mismos? Formar parte de su órbita, estar atrapados por su ley de la gravedad, siempre girando a su alrededor, ¿nos ayudó o nos impidió crecer? ¿Nos hacía brillar o nos oscurecía?

—¿Importa ya eso?

—No lo sé.

—Ahora somos adultos. Aquello queda muy lejos. Todo lo que pasó después...

Blanca me interrumpió sin dejarme acabar la frase. O yo no supe cómo acabarla. Ella volvió a hablar.

—Sí, tú y yo nos parecíamos. Te miraba y pensaba que te pasaba lo mismo que a mí. Tenía contigo la misma sensación que tenía conmigo misma. Esa sensación de no encajar, de no pertenecer. La necesidad de aceptación es la mayor ansiedad, el principal deseo y la gran esclavitud de los años de juventud. Y siempre estaba ahí. Daba igual que te convirtieras en la chica del tipo más popular. ¿Estaré a la altura? ¿Le decepcionaré? ¿Se aburrirá, se cansará, se desilusionará? Yo sentía que estaba siempre actuando, que nunca me atrevía a ser yo misma, que la vida solo consistía en buscar la aprobación de los padres, de los amigos, de un novio... Sentía que no estaba nunca en el lugar adecuado, en donde me correspondía, donde deseaba realmente estar. Y, no sé, a veces te miraba y me parecía que a ti te ocurría lo mismo.

—La frustración más asfixiante que uno puede sentir no es querer algo más, sino solo querer algo diferente.

—Yo nunca lo tuve claro. Mi angustia no era tanto conseguir lo que quería como no saber siquiera qué era lo que quería.

Me pareció que la canción nos acompañaba, que el volumen subía para cubrir nuestros silencios.

Las canciones buenas, las buenas de verdad, las que puedes escuchar un millón de veces sin odiarlas, son capaces de hacerte llorar y reír a la vez, son capaces de jugar con tu estado de ánimo, de

lanzarlo al aire y recogerlo y darle vueltas como si fuese una peonza. Son las canciones que te impregnan la piel, las que marcan el ritmo de tus latidos, las que no te hacen pensar, solo sentir.

David me habría explicado así el poder de aquella canción. Yo le habría contestado que todo eso no eran más que chorradas. Y él me habría mirado, habría meneado la cabeza compasivamente, hombre de poca fe, y no habría insistido más.

Había tardado muchos años en darme cuenta de que David, también en esto, tenía razón.

—Dime, ¿has sido feliz?

—Y con esa pregunta llegamos a la cumbre de todas las conversaciones trascendentales posibles...

Blanca sonrió. Desde que me había dicho lo que le esperaba, cada vez que le hacía sonreír era como si le hubiese ganado un minuto a la vida.

—Me gustaría que entendieras que, cuando uno encara el final, piensa en cosas tan extrañas como la felicidad.

—Creía que el pasado perdería importancia.

—Solo miro al pasado para ver si encuentro en él algunas respuestas a las preguntas que tengo sobre el presente.

—No creo que las respuestas dependan de lo que ocurrió con Oscar. O, al menos, no todas.

Y Jagger seguía cantando.

Ahora eres invisible, me decía, ahora ya no tienes secretos que guardar.

Y Blanca y yo callamos por un instante, escuchamos la canción como si fuese el gran Mick el que replicase nuestros pensamientos.

Había escuchado aquella canción en estadios y en pequeños clubs. En el Bernabéu, cantada por el propio Jagger, con Richards y Ronnie Wood detrás fumando un cigarrillo, y también en un pequeño club de Ámsterdam, cantada por una mulata con una silueta cimbreante, estilizada hasta lo imposible, acompañada del punteo de un bajo y un barrido de batería. La había cantado borracho, en la ducha, después de hacer el amor, a voz en grito y susurrando. Nunca me había dado cuenta, hasta aquel momento, de lo mucho que aquella canción y yo habíamos compartido.

—¿Me estás preguntando si he sido feliz en general?

—No, tonto. En algún periodo, en algún momento... ¿Puedes

poner el dedo, señalar, y decir: «Ahí, en ese momento, era feliz»?

—No lo sé, nunca pensé que la felicidad pudiese ser un objetivo realista. No creo que la química o la biología o lo que sea de los humanos esté diseñada para que podamos ser felices. Como mucho, la felicidad solo se atrapa de manera pasajera, a veces casi casual. He perseguido otras cosas. Diferentes objetivos en diferentes momentos. Sobrevivir, dejar de sufrir, cambiar, alcanzar una cierta paz por frágil que fuera... Nunca aspiré a algo tan absoluto como la felicidad. Así, como un enorme cartel, como esos carteles de casino o de motel de película americana: La Felicidad. No, no es posible. Solo ha habido victorias parciales, metas volantes, etapas que había que culminar para seguir adelante.

—¿Adelante hacia dónde?

—Hacia el momento siguiente. Tener cincuenta y cinco años, haber quedado con una amiga en un bar con buena música, mantener una densa conversación existencial y preguntarte cómo demonios puedes ayudarla a encarar lo que está por venir. Eso es seguir adelante. Ese es mi objetivo ahora mismo sin que nada importe más allá.

—No sé si eres un tío práctico, descreído o solamente me estás siguiendo la corriente...

No me gustaba abrirme en canal. Prefería mantener una distancia de protección, con las muestras físicas de afecto y con la exhibición de mis entrañas. Estuve tentado de decirle a Blanca que se callara, que dejásemos aquella conversación que no nos llevaría a ninguna parte, que de nada nos serviría ni lo que ella me pudiera decir ni lo que yo pudiera decirle. Que lo único importante era escuchar una vez más aquella canción hipnótica.

Pero, claro, no lo hice.

—Venga, Javi, tienes que haber vivido momentos felices. Piénsalo. Elige uno.

—Tú primero.

—No sé. Muchos. El nacimiento de mis hijos. El día que terminaba algún proyecto que me gustaba especialmente. Ah, y por supuesto otros que no te pienso ni mencionar... No te rías. Dime tú.

Algún día, tal vez debería molestarme en saber de qué demonios va esta canción, pensé.

—Me inquieta darme cuenta de que me cuesta encontrar uno. Sí,

claro que los hay. Pero al ir a decírtelos me parecen todos momentos muy tontos, muy pequeños.

—Una de las pocas ventajas de ir haciéndote mayor es que cada vez son más sencillos los momentos de felicidad, cada vez necesitas menos para alcanzarla. De joven, la felicidad es algo complejo, exige demasiado...

—El paso del tiempo va simplificando la vida. Vas liberándote de cargas: exigencias, compromisos, ambiciones, deseos... Empiezas a viajar más ligero de equipaje. Y eso hace que la felicidad sea más fácil de alcanzar.

—La vida ayuda hasta que decide terminarse...

—No jodas, Blanca.

La canción se acercaba a su final. Jagger preguntó qué se siente cuando estás solo y no hay un camino de vuelta a casa, y yo no estuve seguro de si era a mí o a Blanca a quien se lo preguntaba.

—Está bien. Lo tengo. Un momento de felicidad. Acaba de ocurrírseme uno.

Ella no supo por dónde iban los tiros. O quizá sí, porque me miró con expresión pícara y se echó a reír.

Dafne regresó al dormitorio con el vaso de agua que había ido a buscar a la cocina. Le dio un sorbo y lo dejó en la mesilla, de donde cogió su móvil.

—¿Qué te apetece escuchar?

Yo estaba tumbado boca arriba en su cama. Ya había recuperado el resuello, pero aún no había sido capaz de moverme, aunque solo fuera para coger la sábana y taparme. Tenía los brazos extendidos y las piernas separadas, como si me hubiese caído sobre el colchón desde un quinto piso.

Dafne, que también estaba desnuda, me echó un vistazo y se rio. Al principio de nuestra relación, yo procuraba evitar que pudiese fijarse en mí cuando estaba desnudo. Pasados los cincuenta es mejor ahorrarse comparaciones con otros compañeros de cama que haya podido tener una chica de veintisiete años. Ella, en cambio, no tenía ningún reparo en mostrarse así, no tenía ni edad ni cuerpo para complejos o pudor.

—Dime si te gusta esta.

Pulsó la pantalla del móvil varias veces y de un altavoz situado en una estantería surgió, con una calidad inesperada para su pequeño tamaño, un poderoso *riff* de guitarra.

—¿La reconoces?

—¿El qué?

—Esta canción.

No me sonaba de nada.

—Es un clásico —me dijo a modo de pista.

Al *riff* le siguió un punteo de guitarra acústica.

—Para ti, un clásico es una canción de 2014.

Volvió a reír. Una vez le había puesto a Nirvana, creyendo que con eso me acercaba a su generación. No supo quiénes eran.

Dejó de nuevo el móvil en la mesilla y se subió a la cama, donde se puso a cuatro patas a mi lado. Sus pequeños pechos quedaron ante

mis ojos, dejando ver entre ambos un vientre plano, firme, donde la piel no caía ni un milímetro a pesar de la postura.

Me miró con cara de mala.

—Ni lo sueñes —le advertí.

Ella rio aún más.

—Ay, venga, no seas aburrido.

Bajó la cabeza hacia mí. Me dio un suave mordisco en un pezón y luego subió un poco y volvió a morderme, esta vez un poco más fuerte, en el cuello.

—Oye, tengo muy a gala que aún no necesito ayudarme de pastillas y quiero seguir así.

—Pero si solo lo hemos hecho dos veces, bobo...

Inclinó el cuerpo hacia delante. Lo justo para que sus pezones acariciaran mi pecho. Miré al cielo, tratando de encontrar algún santo para pedirle auxilio, pero solo vi el techo del dormitorio y allí no había nadie.

Dafne siguió moviéndose, dándole a cada uno de sus movimientos un cierto aire felino. Metió una rodilla entre mis piernas y frotó su cuerpo contra el mío. Sus pezones, pequeños como toda ella, duros como toda ella, tan deseables como toda ella, dibujaron trazos imaginarios desde mi ombligo hasta mis labios.

La guitarra seguía sonando. Ella se sentó sobre mi pierna derecha y pude sentir su humedad en mi muslo.

—Joder, Dafne...

—Pero si ya estás listo...

—Vas a acabar conmigo.

—¿Prefieres que pare?

—Nunca.

Me buscó sin necesidad de ayudarse de las manos. Cuando enderezó la espalda y se sentó sobre mí, ya me tenía dentro de ella.

Me miró con su sonrisa de lista, de enterada, de dominio y seducción.

—¿Eres feliz? —me preguntó.

—No creo que la química o la biología o lo que sea de los humanos esté diseñada para...

—Mejor cállate.

Dafne empezó a moverse lentamente. Una voz de mujer comenzó a cantar sobre el sonido de la guitarra. Por supuesto, yo no conocía de

nada la canción.

A Oscar le encantaba sorprender. Generar intriga y despertar curiosidad era una de sus maneras favoritas de conseguir lo que necesitaba. Más que por presunción o vanidad, buscaba protagonismo para luchar contra la soledad y asegurarse compañía. Ya fuesen los detalles de alguna nueva relación amorosa o los objetivos de algún nuevo proyecto de sus estudios de Publicidad, los prolegómenos de uno de sus «aquelarres» o el plan del siguiente fin de semana, Oscar disfrutaba anunciando las cosas a medias, dosificando la información, alimentando una cierta incertidumbre para luego, como un sorprendente prestidigitador o un animoso maestro de ceremonias, dejar a la audiencia boquiabierta, deslumbrada y, sobre todo, feliz. Porque siempre daba la sensación de que una de las principales ambiciones de Oscar era que cualquiera que estuviese cerca de él fuera feliz.

Se pasó un par de semanas diciéndome que tenía algo que proponerme, solo eso. Cuando nos cruzábamos aún medio dormidos en la cocina antes de ir a clase o nada más vernos al volver por la tarde, se me acercaba y me hacía un comentario rápido: Tenemos que hablar, tengo una idea que quiero que sepas, te cuento. Sembraba semillas de intriga. Solo dos días antes del sábado elegido, me dio algunos datos. Una excursión. Tengo coche y sitio donde dormir, me dijo, como quien te dice que tiene el botín de un robo escondido, y por supuesto se guardó de contarme de dónde había sacado lo uno y lo otro, así como el destino adonde quería llevarme. Con Blanca, me dijo. Los tres. David y Jorge no vendrían, no hay sitio para todos, ya se lo he explicado y lo entienden. Por supuesto, le dije que ni hablar. Oscar llevaba ya algunas semanas con aquella relación aún indefinida con Blanca. «Saliendo no, asomándonos». Me explicó sus elucubraciones. Era demasiado pronto para proponerle que se fueran los dos solos de fin de semana, no quería asustarla, paso a paso, esta chica me importa, me gusta de verdad, no quiero ni espantarla ni

incomodarla, me dijo. Se mostró comprensivo con mi negativa y me ofreció una alternativa: Dile a Silvia que se venga también. Le pregunté si se había vuelto loco. Le dije que era una idea tan descabellada que no iba a pararme a pensar en ello ni un segundo. Mentira. Ya había pensado en ello un segundo y mi estómago se había retorcido de los nervios y la emoción solo de imaginar un fin de semana, daba igual dónde, con Silvia.

No hay ninguna posibilidad de que le proponga a Silvia semejante cosa, zanjé.

Ese viernes, la tarde antes de salir, llamé a Silvia por teléfono y se lo propuse.

Durante dos días, Oscar me había bombardeado con todos los argumentos imaginables para que hiciese algo que me moría de ganas de hacer. Me dejé convencer. A Silvia se lo expuse con claridad, sin ambigüedades, sin correr el riesgo de crear malentendidos. Oscar quiere irse de fin de semana con esa chica que tanto le gusta, Blanca. Nos pide que seamos su coartada para que parezca un plan de pandilla y no de parejas. En realidad, ja, ja, solo vamos para hacer bulto, ja, ja, no te vayas a pensar, ja, ja. Intenté que todo sonara natural, hasta un poco cómico. Silvia también se rio. Lo pillo, Javi, ja, ja, que no es que te me estés declarando, ja, ja, que es solo hacer de carabinas, ja, ja. Y cada «ja, ja» era un ladrillo que iba levantando un muro de protección del uno frente al otro, un aviso, una disculpa.

Me moría de ganas de que viniese.

—En serio, no sabes lo que me apetece, Javi. Me encantaría, de verdad. Pero el lunes tengo un examen. Recuperación de un parcial. Me es imposible ir. Tengo que encerrarme a empollar todo el fin de semana.

Unos días después, Jorge me comentaría sin darle mayor importancia, sin saber, que aquel sábado por la noche se había encontrado con Silvia en una discoteca a las tantas. Iba con un tipo al que no conozco, añadió sin maldad. Siempre iba con un tipo a su lado.

Le dije a Oscar que me rajaba, que no contase conmigo, que me sustituyera por David o Jorge. Al día siguiente, después de que utilizase conmigo todo su poder de convicción, las previsibles apelaciones a nuestro vínculo único, a nuestra amistad especial, a poco menos que un pacto de sangre, a lo que hiciese falta, yo iba sentado en el asiento de atrás de un Clio que al parecer le había

prestado un primo suyo, en cuyo radiocasete sonaban Aute y Level 42, como apertura de una de sus incongruentes cintas, y Blanca y Oscar iban delante, entusiasmados, camino de El Molar, donde un tío suyo, el padre del dueño del coche, que vivía en Getafe y al que había ido a visitar por primera vez desde que estaba en Madrid solo para pedirle aquel favor, había accedido a dejarle pasar una noche con sus amigos en una cueva privada reconvertida en vivienda. Un plan muy apetecible, idílico, romántico, del que yo solo formaba parte para dar cobertura a aquella pareja aún en formación, para evitarles la incomodidad de negociaciones y acuerdos previos, para servirles de apariencia y de anécdota.

Oscar estaba exultante. Con esa simpleza con que razonaba a veces, consideraba que organizar para Blanca aquella excursión de adultos —comida, paseo, tarde en la cueva y nada de bares ni discotecas ni las noches de ruido y alcohol habituales— le haría parecer a los ojos de ella un chico maduro y de fiar. Blanca también estaba exultante. Que Oscar se hubiese preocupado por conseguir vehículo y alojamiento para ofrecerle un día especial lo consideraba una prueba inequívoca de que era diferente a todas, la que merecía todo su denuedo, de que allí se estaba hablando de amor verdadero y no de medias tintas. Y ambos estaban exultantes porque yo iba con ellos y eso, de alguna manera, decoraba aquella ficción de madurez, de pareja estable, nada de una fuga buscando aplacar el calentón, lo suyo era así algo más serio, casi como un matrimonio que sale de fin de semana con su hijo en el asiento de atrás, el niño mono y bueno. Esa era mi utilidad: hacerles sentir estables, asentados, con futuro. No podía sentirme más inoportuno, más fuera de lugar, jugando a aquella representación de familia feliz que, al fin y al cabo, solo era una estrategia diseñada al milímetro por Oscar para seducir a Blanca, la niña buena del colegio de monjas de Valladolid que no se fugaba con chicos los fines de semana.

Pero todo fue mucho mejor de lo que había previsto. Comimos unos deliciosos chuletones de ternera gallega que por su tamaño bien podrían haber sido de mamut gigante, bebimos un tinto recio que para mi paladar poco acostumbrado fue como masticar travesaños de madera, visitamos una ermita de escaso interés artístico para fingir ante nosotros mismos que nos interesaba el turismo cultural y llegamos al atardecer a la cueva del tío de Oscar, provistos de tres

litronas de cerveza y unos descomunales bocadillos de tortilla de patata comprados en un bar cercano. La cueva era un refugio encantador, una amplia nave abovedada donde, respetando con acierto la necesaria rusticidad en la decoración, se habían creado dos pequeños dormitorios y un baño con lo justo y el resto era una amplia estancia con chimenea, barra de bar y un mostrador como cocina. Allí terminamos aquel día perfecto que los tres habíamos disfrutado, Oscar y Blanca reafirmándose con un prudente coqueteo, ambos pendientes de no hacerme sentir sobrante, yo dejándome llevar por la plácida indiferencia que produce abusar sin freno de vino y comida, y los tres saboreando esa sensación de distancia infinita, tiempo detenido y hermandad irrompible que surge cuando te alejas de los escenarios de la vida cotidiana.

Oscar encendió con pericia de leonés curtido la chimenea y un casete portátil nos permitió seguir escuchando su música desordenada. Nos acomodamos en unos sofás de piel frente al fuego y Oscar y yo fuimos capaces de zamparnos nuestros bocadillos mientras que Blanca solo pudo con apenas un tercio del suyo. Por supuesto, Oscar orientó la charla hacia lo que le gustaba: tratar de generarnos algún tipo de expectación. Esa noche, el anzuelo para intrigarnos fueron los preparativos de su inminente fiesta de cumpleaños. Veintiuno no se cumplen todos los días, será algo grande. Nos retó a que adivinásemos dónde la celebraría. Un sitio muy especial, fue su única pista. Probamos, enumerando los locales más populares de la zona universitaria. No lo adivinamos y él no lo desveló. Disfrutaba lo inimaginable con esas cosas.

Cuando las litronas ya estaban vacías y les habían seguido un par de botellas de vino blanco que encontramos en un armarito bajo la barra y que también vaciamos, sin importarnos que estuviesen calentorras, en el casete sonó, paradójicamente, *Red Red Wine,* una canción de *reggae* simplona y cargante, una de esas canciones con un estribillo que, cuando se te mete en la cabeza, tardas varios días en librarte de él. Blanca, exultante, nos lo propuso con entusiasmo. Bailemos, dijo. Y fue inútil resistirse.

Así acabó aquel día. Ante la chimenea, los tres en pie, borrachos y bailando al son de UB40. Oscar cogió a Blanca por la cintura y a mí me pasó el brazo por los hombros y Blanca me cogió por la cintura a mí y yo apoyé mis brazos en ambos y así, formando un pequeño

círculo, nuestras frentes rozándose las unas con las otras, nos mecimos con aquel suave ritmo jamaicano, el reflejo de las pequeñas llamas bailando también en nuestros ojos, humedecidos por el alcohol y la felicidad. Toda mi vida he odiado bailar. Salvo durante aquellos minutos. Creo que, en aquel momento, cada uno de nosotros se sentía protegido por el otro, se sentía acogido, bienvenido en un lugar cálido y pequeño, en el que nada malo podía ocurrir. Fue uno de esos momentos escasos en que todo encaja, en que todo parece formar parte de un plan superior, cuando por unos segundos querrías quedarte así durante el resto de tu vida, sin echar de menos ni necesitar nada más.

No recuerdo mucho más de aquella noche. Oscar cogió de la mano a Blanca en algún momento y ambos se fueron sin decir nada a uno de los dormitorios. Yo, sumido en el espeso sopor creado por la mezcla de cerveza y vino, me quedé dormido en el sofá. Por suerte, la cinta de Oscar se terminó y, durante el resto de la noche, solo el sonido de la leña crepitando en la chimenea me acompañó en un sueño que iba y venía, hasta que al amanecer solo quedaban las brasas.

Me lo presentó cuando nos dimos de bruces en el pasillo que llevaba a los servicios. Yo volvía y ellos iban. Silvia me dijo su nombre, la música me impidió oírlo, y nos estrechamos la mano con desinterés. Él siguió su camino y Silvia se detuvo un instante más para gritarme al oído que no podíamos permitir que acabara la fiesta sin que nos tomásemos una copa juntos y yo le dije que por supuesto, aunque sabía que no lo haríamos, porque siempre que estaba con alguien me decía lo mismo y luego nunca ocurría. No me fijé siquiera en la cara del tipo porque, ya se sabe, siempre había un tipo a su lado, y nunca me interesaban las conquistas de Silvia. No merecía la pena hacer el pequeño esfuerzo de retener el nombre o la cara de otro tipo al que envidiar porque, al fin y al cabo, todos duraban lo que duraban y pronto habría otro en su lugar.

Pero esta vez me equivoqué. Aquel chico guapo de mirada acerada y mentón afilado y aspecto todo él, ropa y pelo y cara, de bien planchado, llegaría a ser dentista y, también, a casarse con Silvia unos cuantos años después de aquella noche. Y le conoció allí, en la fiesta de Oscar, apenas un rato antes de que yo le estrechase la mano en aquel pasillo. Con el tiempo, como un mero ejercicio de masoquismo, me llegué a preguntar varias veces si todo podría haber sido diferente, qué habría pasado si en lugar de quedarme con Silvia para disfrutar de los cuarenta segundos que iba a dedicarme en toda la fiesta, hubiese seguido a aquel tipo hasta el baño y le hubiese asesinado.

De todas formas, antes o después tenía que llegar. Alguno de aquellos galanes dejaría de ser uno más, otra muesca anónima en la culata de Silvia. Y fue aquel aseado joven con planta de torero espigado el que lo logró. No ocurrió aquella noche. El futuro dentista se marchó al poco de salir del baño. Se va ya, me explicó Silvia mientras le esperaba, como si a mí me importase. Al parecer, quería madrugar para preparar un examen y ni siquiera tener a Silvia al alcance le iba a hacer cambiar de planes. Aquel joven era un sueño

para cualquier chica y para sus padres, pero una pesadilla para cualquier rival en el amor. Esa noche, se iría prometiendo a Silvia que la llamaría pronto y, por supuesto, fue hombre de palabra y lo hizo en cuanto hubo terminado los exámenes. Y Silvia acudió a su llamada y con ello llegó a su fin su fulgurante carrera de locuras, retirada en la cumbre del éxito, lo impensable, domada, metida en vereda, quién lo iba a imaginar, reconvertida de manera abrupta en novia fiel, en chica modosita, la misma que solía cerrar todos los bares de Madrid, que se recorría de lado a lado la Castellana o la Gran Vía aullando de paquete en una moto o asomando la cabeza por la ventanilla de un coche, la que se desayunaba unos churros en cualquier bar que estuviese abierto a las nueve de la mañana de un domingo sin acordarse demasiado bien de lo que había hecho desde las nueve de la tarde del sábado anterior, la comidilla de las envidiosas, la imprescindible, retirada para siempre del lado salvaje que solía ser su hogar por un futuro dentista de camisa de rayas, pantalón de pana fina y maneras de señorito con pretensiones.

Nunca llegamos a ser amigos. Apenas le traté. No fue casualidad. Le esquivé siempre cuanto pude. Ver a Silvia reconvertida en novia tradicional me sacaba de quicio. A mí, que fui su cuidador en los periodos de cierre por derribo, que tanto le aconsejé que dejara de romper las noches, me ponía enfermo que Silvia rechazara una segunda copa, que contara encantada que había dejado de fumar o que comentara sin nostalgia que hacía meses que no salía hasta el amanecer. Aquella no era Silvia, pensaba yo. Aquella era Silvia fingiendo ser otra persona. Pronto se hartará del juego y le dará la patada al dentista y volverá a bailar toda la noche con un cigarrillo en una mano y una copa en la otra. Ava Gardner no podía levantarse una mañana convertida en Doris Day. Acabé echando de menos a aquella Silvia a quien tanto intenté cambiar.

Llegó un momento en que ya solo nos veíamos muy de tarde en tarde y casi por casualidad. En parte fue porque pasó lo que pasó y nunca logramos, ni ella ni yo, digerirlo por completo. En parte fue porque prefería recordarla como era a verla junto al dentista. Cuando ahora pienso en él durante aquellos años, mi recuerdo salta de aquel breve saludo en el pasillo de los servicios de La Vía Láctea a otro saludo igual de breve unos ocho años después. Silvia me había pedido que nos viésemos para tomar un café. Había transcurrido otro de esos

largos periodos sin vernos y quedamos en un lugar tan aséptico como un VIPS. Yo era ya un joven periodista, un becario debidamente explotado, ella había acabado la carrera, pero no trabajaba aún, aunque todavía no había tomado la decisión de que nunca iba a trabajar. Me sorprendió que quisiese verme, porque aquello ya no era ni mucho menos habitual, pero acudí sin esperar nada, más allá de la devastadora emoción que me producía verla y que jamás me admitiría a mí mismo. Ver a Silvia era siempre como abrirme en canal, siempre necesitaba después un tiempo para que la herida cicatrizase, para dejar de sangrar, para seguir adelante con mi vida fingiendo que ya no me importaba.

—Quería contarte en persona que me voy a casar.

—¿Con quién? —le pregunté, lo que pareció ser una simpática gracieta, pero que, en realidad, era una reacción de pura rabia al saber que Víctor, el dentista guapo, nos había ganado a todos, también a mí, que nunca llegué siquiera a ser competidor.

—Me gustaría que vinieras a mi boda.

Me lo dijo con cautela. Ambos sabíamos que a lo largo de aquellos años se había ido creando entre nosotros una distancia insalvable, un socavón de miles de kilómetros, un pozo sin diámetro ni fondo. Ya no éramos la chica alocada y su sumiso paladín. Ya no éramos ni amigos, ni confidentes, ni ella acudía a mí ni yo estaba esperándola. La cortesía de viejos conocidos con que nos tratábamos cuando nos veíamos era a veces más dolorosa de lo que me hubiese podido resultar una fría indiferencia o una agresiva enemistad. Había ansiado miles de veces recorrer aquella distancia infinita que ahora nos separaba, correr hasta ella y decirle que a la mierda con todo lo ocurrido, con su impertinente noviazgo y con todos aquellos años de silencio, que diésemos juntos el salto que salvase aquella distancia y nos devolviese al lugar y al tiempo en que estábamos tan cerca, en que yo era el consuelo de sus penas y ella me rompía el corazón.

—Sabes que no iré.

—¿Puedo convencerte? —me preguntó con una sonrisa que me dolió porque era como un eco del pasado que me llevaba de vuelta a aquel tiempo en que con solo sonreír hacía de mí lo que quería.

Aguanté. Me moría por ser de nuevo su escolta insobornable, pero, a la vez, sabía que ya nunca sería capaz de volver a serlo.

No fui a su boda. Tomamos aquel café y el encuentro se terminó

con la llegada de Víctor, camisa de rayas aún, pantalón de pana fina aún. Ella parecía tener tasado el tiempo que iba a dedicarme. Una hora, ni un minuto más. Víctor apareció puntual para recogerla y me saludó con la misma desganada corrección de siempre, tan poco interesado como yo en estrechar lazos. A menudo, al verle, había pensado que esa indiferencia con la que me trató siempre no tenía maldad, se debía solo a que no me daba importancia, a que Silvia nunca le había explicado siquiera la cercanía que había habido entre ella y yo antes de que él apareciera y, por tanto, Víctor no se sentía en la obligación de mostrarme un especial afecto. Era ella, no él, quien no me había dado relevancia en su vida.

Silvia y yo nos despedimos con dos besos protocolarios.

—Me alegro mucho por vosotros —les dije, también por mera formalidad, porque era mentira.

Y tuve la impresión, nunca estaré seguro, de que antes de irse Silvia me dirigió una mirada que conocía bien, una de sus breves miradas de lo siento, la he vuelto a cagar, soy así, digo sí y no pienso, me dejo llevar otra vez. Tal vez solo quise ver esa mirada, la imaginé como un mínimo consuelo o, al menos, una verdadera despedida más allá del protocolo.

Me enfadé, me envenené de ira, la odié más aún de lo que la había odiado durante muchos momentos a lo largo de aquellos años, todo aquel tiempo que iba desde la fiesta de cumpleaños de Oscar a aquel café en VIPS, años de odio, de rencor y distancia, en los que no había dejado ni por un segundo de quererla.

Y a partir de aquel café y la noticia de su boda vino la orgía del lamento y la melancolía, las borracheras de lágrimas contenidas, los recuerdos convertidos en escenas finales de películas de amor, los poemas que nunca escribí y el millón de canciones que escuché, los atardeceres naranjas y los días de lluvia negra, las puestas de sol y las playas vacías, todos los puñeteros tópicos de esa mala droga que se llama «desamor». Silvia se casó y ninguno de los del viejo grupo fuimos a la boda. Silvia siguió sin ser mencionada en nuestras conversaciones. Tras la boda, su condena al ostracismo pasó a ser de cadena perpetua. Nadie la nombraba, en un pacto de silencio que la hacía tan presente como aquel otro tiempo previo en que se la mencionaba de continuo para gastarme todas aquellas bromas sobre mi rendido, inútil e indisimulable amor. Era como si hubiese dejado

de existir en el mundo exterior mientras en mi interior seguía siempre presente, bailando en el centro de mi memoria como le gustaba bailar a ella, un cigarrillo en una mano y una copa en la otra, siempre con un tipo a su lado.

No había pasado mucho tiempo desde su boda cuando subí al avión que me llevaría por vez primera a Bruselas. En aquel momento, Bruselas me sonaba a destino exótico, tan ajeno a mí como si me estuviese yendo a Ulán Bator. Por el hilo musical del avión, antes de despegar, sonaba una almibarada versión instrumental de *Chica de ayer*. Y creo que fue en aquel instante cuando pensé por primera vez en mi vida que empezaba a hacerme mayor. La música que me gustaba comenzaba a convertirse en melodía de hilo musical. Señal inequívoca de envejecimiento. Pensé eso y después pensé en Silvia. Aquel avión despegó, me llevó a una vida nueva. Quería volar lejos de todos aquellos años en Madrid, de mis amigos y mi primer pasado y, sobre todo, de Silvia. Aquel vuelo, aquella decisión de alejarme me pareció a la vez una derrota y una victoria. Volé hacia un nuevo escenario, hacia un nuevo trabajo, hacia nuevos amigos y hacia Jackie. Pero Silvia, por supuesto, voló conmigo.

Hay una enorme diferencia entre lo que ven unos ojos enamorados y otros que no lo están. Un paisaje, una escena, una persona o un simple gesto son realidades que nada tienen que ver según se vean a través del filtro del amor o no. Eso ocurría con Raquel. Una chica de carácter seco, sin iniciativa en la conversación, de contención expresiva, sonrisa escasa, ausencia de coquetería y ningún apego a la frivolidad. No había en ella nada bueno ni malo, sería tan injusto criticarla como injustificado elogiarla, no había ni altibajos ni imprevistos en su personalidad, tan solo como mucho la lejana intuición de que con el tiempo aquella chica podía llegar a ascender en el escalafón y pasar de ser un sumiso soldado raso a ser un exigente sargento, algo que, efectivamente, sin prisa ni precipitación, acabaría por ocurrir. Pero, desde luego, en la fiesta de cumpleaños de Oscar era ya difícil adivinar lo que veía Jorge en ella cuando se me acercó, con su habitual excitación nerviosa reconvertida en ebullición romántica, y me dijo dando saltitos, por una vez de ilusión y no de impaciencia:

—Es ella, Javi, ¡es ella!

Jorge nunca había sido de buscar aventuras instantáneas con las chicas, en parte porque su físico sin gracia y su carácter con menos gracia aún le habían conducido a un exceso de fracasos, pero también porque siempre tuvo claro que lo que él buscaba era el amor para siempre. Yo pensaba que tal vez necesitaba encontrar en una chica el afecto que nunca había recibido del cardiólogo exigente y su esposa complaciente. Fuera por eso o por un romanticismo innato algo anticuado, Jorge nunca se acercó a las chicas para intentar ligar, sino para encontrar esposa. Buscaba eso, a ella, a Ella, a la esposa amantísima, a la madre de sus hijos, a alguien dispuesta a soportarle no ya durante una noche de copas, sino durante el resto de su vida. Y había creído encontrar ese amor definitivo un millón de veces y un millón de veces había salido malherido. Hasta que apareció Raquel, con sus blusas de cuello alto, sus pantalones de corte recto, su cola de

caballo y su mohín severo. Aquella noche, la misma en que Silvia conoció a su dentista, Jorge supo —y esta vez por fin acertó— que aquella chica veía en él algo que ninguna otra había visto antes.

Apenas un mes después de la fiesta, Jorge estaba sentado a uno de los lados de una mesa de comedor en un porche acristalado de un deslumbrante chalé de La Moraleja. Al otro lado de la mesa estaba Raquel y en las cabeceras la madre de esta y don Miguel Redondo Sánchez, socio fundador y presidente ejecutivo de (y este nombre es inventado, porque nunca me lo aprendí, pero el real sonaba a algo parecido) Finance Consulting and Investment Associates, su padre. Don Miguel era un hombre alto y corpulento, de expresión y maneras hoscas, acostumbrado al mando sin réplica, incapaz de dedicar un segundo a nada que considerase superfluo. Para él, aquella no era una comida familiar para conocer al chico que había engatusado a su Raquelita, la niña de sus ojos, su única debilidad. Para don Miguel, aquello era una entrevista de trabajo para el puesto de yerno o, si se prefiere, una operación de compra, la de Jorge. Y él, entusiasmado al fin por haber encontrado ese amor a largo plazo que siempre había estado buscando, se había metido en tamaña boca de lobo tan solo un mes después de iniciar su galanteo de estilo trasnochado con vistas a llegar a ser el futuro esposo de Raquel. Solo un mes juntos y allí estaba, en aquel chalé de decoración sobrecargada, sometido al escrutinio de aquel tiburón implacable y ansioso por destrozarle a dentelladas, dispuesto con la mayor de las alegrías a vender su alma a aquel diablo.

Don Miguel pretendía mostrarse simpático, incluso gracioso, pero a su manera. Tenía un humor tosco, ácido, que buscaba más divertirle a él mismo que a los demás. Su tono al bromear no se diferenciaba mucho de su tono cuando estaba enfadado, salvo alguna risotada dispersa que sonaba a rugido.

—Y bien, muchacho, dime, ¿cuánto dinero llevas ganado en tu vida hasta ahora?

—¿Yo? Pues nada, señor. Aún soy estudiante.

—Vaya, ya veo. Entonces por ahora solo eres una inversión a largo plazo, ¿me entiendes?

—Supongo...

—Una operación que habrá que amortizar y tardará aún en reportar beneficios, ¿me entiendes?

—Supongo...

—Una compra de futuros avalada por una expectativa aún incierta, ¿me entiendes?

—Jorge, sabes que Miguel está de broma, por supuesto.

El quite lo hizo la madre, temerosa de que aquellas aparentes gracias del marido estuviesen haciendo sentirse incómodo a Jorge. No podía imaginar la mujer lo mucho que se equivocaba. Del mismo modo que un mes antes, en la fiesta de Oscar, Jorge había decidido que Raquel era el amor de su vida, un mes después, en aquella comida, Jorge decidió también que tendría como ídolo y ejemplo a don Miguel.

Cuando volvió al piso aquella tarde, atragantado de entusiasmo, nos contó el evento familiar a David y a mí con todo detalle y ninguno de los dos entendimos nada. Jorge parecía más enamorado de don Miguel que de Raquel, más ansioso de compartir el resto de su vida con él que con ella. Esos diálogos de pretendido ingenio con los que don Miguel trataba a Jorge como una mercancía que examinaba antes de decidir su compra nos parecieron a David y a mí tan faltos de la menor gracia como ofensivos. A los dos nos resultó obvio desde el primer momento, escuchando la entusiasta narración de Jorge, que aquel ricachón solo era un garrulo reconvertido en señor gracias a su olfato natural para comprar y vender activos, con gran probabilidad heredado de ascendientes que compraban y vendían con igual soltura ovejas o cabras. La comida había transcurrido en un ambiente de novela de Edith Wharton, con dos chicas de servicio con cofia y mandil ofreciendo la fuente de cada plato uno a uno a los comensales para que se sirvieran mientras al otro lado de la cristalera podía verse a un jardinero sacar la hojarasca de la piscina con una vara con cesta en el extremo, con madre e hija guardando un silencio entre admirativo y obediente y con don Miguel impartiendo doctrina, haciendo alarde de su fallida vis cómica, comportándose como un patriarca soberbio pero condescendiente.

Jorge nos describió al detalle todo esto con la alegría de quien está seguro de que acaba de encontrar su lugar en esta vida. Se dedicaría al mundo financiero, le pediría a don Miguel que le transmitiese toda su sabiduría, se casaría con Raquel, hasta había decidido ya que se compraría una casa al lado de la de sus suegros y, aunque eso no lo dijo, estaba claro que aquel plan de vida diseñado al

detalle en su cabeza en el tiempo que se tarda en comer una ensalada de grosellas y berros y una merluza al horno con don Miguel y familia incluía el placer, inmenso, arrebatador, de darle en las narices al cardiólogo, demostrándole que podía triunfar sin pasarse la vida abriendo esternones en canal. Don Miguel no era solo su ídolo, también era su revancha. Solo unos días después de aquella comida, Jorge se afeitó la medio barba de mendigo francés y nunca más se la volvió a dejar crecer.

Su mirada anegada de amor impedía a Jorge ver lo que David y yo éramos capaces de distinguir con prístina claridad. Jorge iba a equivocarse. Pero ambos renunciamos a avisarle porque sabíamos que no hay enamorado que escuche semejante advertencia.

Es extraño pensar cómo, en aquella fiesta de cumpleaños en que aún éramos unos veinteañeros que ni habíamos acabado nuestros estudios, la felicidad conyugal flotaba en el ambiente como un aroma indefinido pero embriagador que se abría camino entre los olores a sudor, a porro y a alcoholes. Esa misma noche, Silvia conocía al dentista por el que decidiría abandonar su brillante carrera de bala perdida, Blanca esperaba una declaración formal de Oscar que legitimase lo que ya era un amor consumado y Jorge encandilaba con su agotadora verborrea a quien le conduciría a su amor verdadero, que más parecería ser don Miguel que su hija Raquel. La historia diría años después todo eso de que vivíamos tiempos modernos, de rupturas con el pasado, de libertad, de desenfreno, que éramos una juventud inquieta y rebelde. Pero los invitados de aquella fiesta parecíamos estar fuera de época, con tantos de nosotros levantando los cimientos del futuro más convencional imaginable.

Por supuesto, no caería en la cuenta de aquella contradicción hasta mucho después. Durante la fiesta no habría sido capaz de hacer semejante reflexión, me habría resultado ya en ese momento demasiado descorazonadora. De hecho, según avanzaba la noche, hilar cualquier pensamiento coherente iba haciéndose cada vez más complicado. Llegó un momento en que de lo único que podía preocuparme era de conservar la verticalidad, porque empezaba a estar completamente borracho.

En toda fiesta, una etapa tan inevitable como la de la exaltación es la de la degeneración. En algún momento entre las cuatro y las cinco de la madrugada, la degradación se extendió como una plaga entre los invitados al cumpleaños. Sus víctimas iban cayendo una tras otra. En las esquinas de las calles cercanas al local, los estómagos se vaciaban con espasmos. En los baños se fumaba lo que fuese, sin saber siquiera si los cigarrillos liados contenían algo más que hebras de tabaco, y algunas pastillas de nombre estúpido se masticaban con la esperanza de la resurrección. En la zona de baile ya no había un sentido, igual se derrumbaban unos sobre otros chicos y chicas que creían que sonaba una balada como a su alrededor algunos grupos de irredentos daban botes y hacían contorsiones al ritmo de canciones imaginarias creyendo que eso aún era bailar tan solo porque ya no sabían cómo parar. En los rincones más oscuros se devoraban con besos urgentes parejas recién nacidas que probablemente no sobrevivirían a aquella noche. En la barra hablaban sin ser escuchados por nadie los que con el alcohol devenían en filósofos, poetas o predicadores. La degeneración era otra forma de divertirse, la más desaforada, la más irreal.

Blanca y yo nos cruzamos en tierra de nadie. Tardé en reconocerla porque mi cerebro ya no procesaba las imágenes con agilidad. Me preguntó si sabía por dónde andaba Oscar, que hacía casi una hora que no daba con él. Le contesté que estaría atendiendo a los caídos, que las bajas ya eran muchas y que Oscar era de los que solía convertirse en médico de urgencias a esas alturas de las fiestas. ¿Y la declaración?, le pregunté. Ella se encogió de hombros sin darle mayor importancia. Está claro que no era el día, dijo, señalando a su alrededor, a aquel campo de batalla. Prefiero otro sitio y otra ambientación, me dijo riéndose. Me pidió que si le veía le dijera que le estaba buscando y nos separamos, y yo salí ansioso por respirar un poco de aire fresco.

Jorge seguía por allí hablándole a Raquel, que escuchaba estoica, atrapada en la hartura de ser abstemia, lo peor que se podía ser cuando llegaba la degradación, porque nada debía de ser más patético que ser testigo lúcido de un escenario con aspecto de apocalipsis cutre. Fue en ese momento cuando Jorge me vio y se alejó de Raquel un momento y vino hasta mí y me estrujó con un exultante abrazo y dio saltitos diciendo lo de «¡Es ella, es ella!», y yo, ya entonces, no logré alegrarme por él.

Camino de la salida, vi también a David, pero él no me vio a mí porque ya no veía a nadie. Caminaba despacio, sin ir a ningún sitio. Solo vagaba. Aunque quizá esto fuese una impresión, porque era bastante difícil, me pareció que iba más despeinado, con la ropa más arrugada y con la mirada aún más ida de lo habitual. Le pregunté si estaba bien. Me dijo que no.

—Estoy jodido —me dijo o, más bien, me balbuceó—. No logro adivinar cuál.

—¿Cuál qué? —le pregunté, aunque sabía que no había ninguna posibilidad de que su respuesta tuviera el menor sentido.

David trató de enfocar su mirada en mí, pero no lo consiguió.

—Cuál era aquella canción de Roxy a la que se refería La Mode... —me dijo, las lágrimas asaltando sus ojos por la frustración de no saber.

Le dejé solo sin duda ni piedad.

Logré alcanzar la calle. Nacho, uno de los aeronáuticos, era de los que se apoyaban contra una pared, la cara de un verde ceniciento, tratando de no derrumbarse tras haber potado. El otro, Riquelme, estaba plantado a su lado como un pasmarote, apenas balanceándose adelante y atrás, contemplándole sin verle, sintiendo conmiseración por el estado en que estaba su compañero de carrera y pedo o tal vez por el suyo propio. Cerca, Pato le quitaba el candado a una moto mientras Meme, la tía más buena del CEU, esperaba a su lado. Cuando me vio, Pato giró un poco la cara para que ella no lo viese y me guiñó exageradamente un ojo, encantado.

No vi a Silvia por ninguna parte. En realidad, había salido para buscarla a ella. Sabía que el dentista se había marchado hacía ya mucho e, idiota de mí, aspiraba a ocupar un rato su lugar. Tarde. Ya estaría con otro tipo, siempre había un tipo a su lado.

Volví a entrar en La Vía Láctea y en ese instante empezó a sonar

La noche no es para mí. Una canción innecesaria porque a aquellas horas, en plena degradación, cualquiera de los invitados sabíamos ya que la noche había dejado de ser para nosotros sin necesidad de que ninguna canción nos lo dijera.

—Al principio, me enfadé. Sentí una ira sorda, una rabia que creció a gran velocidad, inflándose como un globo en mi interior hasta impedirme respirar. Pensé que aquello era un castigo. No. Peor aún. Pensé que era una venganza. No sabía de quién ni por qué, pero alguien se estaba vengando de mí al enviarme aquella maldición. No, no pensé en Dios. Ni para reprochárselo ni para pedirle auxilio. También estaba enfadada con él. No soy una mujer creyente. Las monjas fracasaron conmigo. Afortunadamente. Mi vida habría sido incompatible con la fe. Bastante he tenido con convivir con la culpa como para tener que lidiar también con el pecado. Hacia ese Dios, en el que no creo, solo sentí desde el primer momento una indiferencia orgullosa. No me había protegido de esto, no se había tomado la molestia de ejercer su omnipotente poderío para librar a esta humilde mortal de una mierda de tumor. ¿Nada de milagros conmigo? Mensaje captado. Pues ahora de mí que no esperase nada. Me sentí herida y decepcionada. Como la letra de aquella canción: «¿Dónde estabas entonces, cuando tanto te necesité?». No, aquella ira inicial no era contra Dios ni contra la humanidad ni contra el destino ni contra nada superior. Era ira contra la vida, contra mi propia existencia, por que hubiese decidido terminarse. Era ira contra mí misma. Era yo quien me vengaba de mí y por eso era también conmigo con quien me enfadaba. Puede sonarle retorcido, pero siempre ha sido así. Cuando me he sentido desilusionada o herida por alguien, cuando han sido otros los que me han fallado, con quien me he cabreado no ha sido con ellos, sino conmigo misma. Por haberme confiado, por no haber sido precavida, por haber bajado la guardia, por haberme creído promesas y palabras bonitas. Me he odiado por igual cuando me han hecho daño los demás y cuando les he hecho daño yo. Me he odiado tanto por mi estupidez como por mi maldad. Me enfada tanto mi ingenuidad como mi egoísmo, mi debilidad como mi crueldad. Claro que empecé por cabrearme, otra faltaba, no era para menos. Salí de la

consulta de la oncóloga con el informe en el bolso. No había escuchado los detalles ni tenía la menor intención de leerme aquellos papeles. Solo le hice la única pregunta que importaba: ¿Voy a morirme? Ella me miró sorprendida. Y a mí me sorprendió su cara de sorpresa. ¿Es que acaso ningún paciente se lo pregunta así de claro? No, con este asunto no quiero protegerme tras eufemismos. ¿Voy a morirme? ¿Sí o no? Salí de la consulta y me metí con el coche en un atasco. Y, es curioso, aquel atasco me encantó. Soy una conductora impaciente, una de esas personas afables que se transforman tras el volante. En los atascos voy retransmitiendo mi impaciencia en voz alta, aunque esté sola, como si fuese comentarista de un partido de fútbol. Ahí está ese idiota de delante cambiando por tercera vez de carril. Y mira al del coche rojo, poniendo el intermitente a la derecha y girando a la izquierda. ¿Y tú no ves que no puedes avanzar más, que da igual que sigas pitando, pedazo de imbécil? Pero aquel día no. Bajé la ventanilla. Aspiré con fuerza aquel delicioso aire con olor a tubo de escape. Me sentí a gusto allí en medio. Rodeada de vida, de coches, de olores, de pitidos, del ronroneo de los motores, de conductores maldiciendo o canturreando o hablando por teléfono o hurgándose la nariz. Pura vida, joder. Lo gritaba mentalmente, furiosa, eufórica, desquiciada, feliz, como si estuviese en medio de una fiesta en Costa Rica: ¡pura vida! Luego, claro, cuando empezó a bajar la ira, fueron desfilando uno detrás de otro en disciplinada fila india los estados de ánimo previsibles. Desgarro, melancolía, contención, desesperación, resignación, vuelta a la ira, un buen humor fuera de lugar, un mal humor justificado... Y el miedo, claro. El miedo no es como el resto. El miedo nunca falta, es el director de orquesta. Los otros estados de ánimo van sucediéndose, pero todos ellos vienen y van y conviven con el que nunca se va. El miedo, un miedo superlativo, un miedo que impone su ley, que ordena y manda, que pone letra y música a todo lo demás. Miedo a lo que espera por delante. Miedo a lo que ya no espera por delante. Cincuenta y cinco años. Dígamelo usted, ¿es mucho, es demasiado poco, es suficiente? Fui a ver a Marta, ya le he hablado de ella. Fui a verla y se lo dije como me gusta decírselo a las personas a las que quiero. Marta, voy a morirme. Dar rodeos me ahoga, decirlo así me permite respirar. Le ahorro los detalles melodramáticos del momento. Ella, siempre sabia, me hizo una sola pregunta: ¿Y qué necesitas ahora? Arrinconar el miedo para poder

pensar. Meter el miedo en un cajón para tener tiempo de mirar atrás. Rehacer el recorrido. Sin nostalgia, sin culpa, sin arrepentimiento. Quiero respuestas y las respuestas están ahí, esperando a ser recogidas al borde del camino. Y mi querida Marta, ya volveré a ella en otro momento, que es sabia siempre y por eso la adoro, me dijo: ¿A qué preguntas les buscas respuesta? Y le dije lo mismo que ahora a usted: ¿Es mucho, es demasiado poco, es suficiente? Yo no quiero encontrar a estas alturas el sentido de la vida. Tampoco busco un veredicto. Me da igual cielo que infierno. Ni condena ni absolución. Solo quiero una respuesta. Y la pregunta puede formularse como quiera: ¿es este el momento?, ¿me dejo demasiado por vivir? ¿He vivido?, esa es la pregunta, la única que importa ya. ¿Me sigue usted aún? Supongo que hay que tener un tumor devorándote por dentro para entender estos desvaríos. ¿Sabe?, yo lo imagino como el muñequito amarillo del Pac Man. ¿Se acuerda? No, claro, es usted demasiado joven. Su aspecto era siempre el mismo, avanzando imparable a un ritmo siempre igual, nada podía frenarle, acompañado de unos efectos sonoros irritantes, comiéndote la vida a bocaditos, sin apresurarse y sin tomarse un descanso, el muy hijo de puta, con perdón, claro. Y mientras, una va reconstruyendo, repasando, reviviendo. Pero, oiga, ¿podemos dejar ya de hablar de aquellos años de juventud? De verdad, ya les hemos dedicado demasiado tiempo, ya se lo he dicho antes: no tienen tanto interés. La vida era simple. Podemos simplificarla aún más, si usted quiere, que ya hay confianza entre nosotros: aprobar y sexo. Sí, lo sé, muy básico. Pero ¿qué quiere? La vida se reducía a eso. Lo primero era fácil. Lo segundo era estupendo. Éramos tan tontos, tan niños, tan inmaduros, que nos empeñábamos en complicarlo. Echábamos a perder la maravillosa simpleza de la vida empeñándonos en revestirla con la búsqueda de grandes tesoros: el Amor, la Amistad, el Éxito... Hay que desconfiar de todas las grandes categorías que exigen ser escritas con mayúscula. Los sentimientos se inflamaban entonces como a esta edad se te inflaman las articulaciones. Y también dolían. Aquella época fue como la novela de Dickens. ¿La recuerda? «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos». La vida era fácil y veloz y ni siquiera sabíamos que el tiempo fuese algo que avanzase y que todo aquello tendría un final. Vivíamos deprisa, pero sin prisa por llegar a ningún sitio. La conciencia del paso del tiempo no se adquiere hasta que has cometido tus primeros errores irreversibles. Antes, crees

que todo será presente. Crees que tú serás siempre joven igual que crees que los viejos nunca lo fueron. Esa soltura con la que te equivocas, sin saber que existen las facturas y las deudas, convencida de que las heridas siempre cierran y que nunca te serán negadas una segunda y una tercera y una cuarta oportunidad, es lo que convierte la juventud en el mejor de los tiempos. Pero también en una gran mentira. O solo en una verdad a medias. Porque también es el peor. Porque acaba antes de lo previsto y te deja sus secuelas. Creces y un día descubres que las decisiones irreflexivas que tomaste, los pasos en falso que diste, los saltos al vacío, los palos a ciegas, los caminos que elegiste cuando aún no tenías ni experiencia ni razón para saber elegir, han ido dejando su poso. Cuando la marea se retira, aparecen restos en la playa. Y de esos años estúpidos, en que todo parecía muy intenso pero también muy pasajero, quedan a veces heridas que nunca cerrarán, tumores que seguirán creciendo en tu interior, fantasmas convertidos en compañeros de viaje, durante el resto de tu vida. Nadie te avisó de eso y, cuando lo descubres por ti misma, es ya tarde para encontrar una cura. Ahora, cuando ya vas con retraso para todo, solo se trata de eso, de saber, de entender, de rebuscar en tu memoria antes de que sea tarde para tratar de hallar una última respuesta a una última pregunta: ¿he vivido? Una pregunta para la que, en realidad, ya sabes de antemano que no existe una respuesta. No, no se trata de encontrar la paz, no me está entendiendo. ¿La paz? Vamos, anda, no me joda. Aquí no hay paz y no creo que haya después gloria. Dios mío, hoy estoy especialmente pesada, ¿verdad? Estas digresiones terminales pueden ser infinitas y lo que son sin duda es insufribles. En fin, que para eso quedé con mi amigo Javi y para eso también vengo a verle a usted. Cada uno tiene su papel que hacer. Javi me conoce bien. Ha visto cada uno de mis tropezones, como yo los suyos. Hemos reído juntos, hemos llorado juntos, compartimos deudas sin saldar, somos ambos a la vez acreedores y morosos, nos merecemos similares premios y castigos. Por eso necesitaba hablar con Javi. Le vi antes de hablar con nadie más, antes de decírselo a mi familia, solo unos días después de ver a Marta. Fue idea mía. No como usted. Venir a verle a usted fue idea de Marta. No te quitará el miedo, me dijo, tan solo te ayudará a vivir con él. Así que se supone que usted tiene que ayudarme a averiguar si, antes de irme, podré darme el gusto de ganarle la partida a ese miedo canalla, de aplastarlo bajo la

certidumbre de una respuesta suficiente a mi pregunta: ¿he vivido? Con todo lo que esa respuesta implica. ¿Dije antes que no había en ello condena ni absolución? Mentira. No, no debo engañarme a mí misma. Claro que esa respuesta final tendrá algo de sentencia. Y, ya ve, asunto jodido, porque en esto soy a la vez demandante y acusada, testigo, abogada defensora, fiscal y jueza. No es tarea pequeña, ¿verdad? Pero siéntase orgulloso. Podría haber acudido a un confesor, al líder de una secta o a una echadora de cartas, pero, en su lugar, le he elegido a usted. Que conste que tengo la misma falta de fe en todos ustedes. Pero se supone que esto de la terapia es un pelín más fiable, ¿no, doctor?

Blanca me encontró cuando volvía a entrar en el local, apenas recuperado tras unos minutos de respirar aire puro.

—¿Me llevarías? —me preguntó mostrándome un llavero que era un nudo marinero de cáñamo del que colgaban tres llaves.

—No sé si estoy en condiciones de conducir.

—Oscar le dijo hace ya bastante rato a Jorge que iba a vuestra casa un momento. Estoy preocupada. Es solo para ver si está bien o si necesita algo. Vamos y venimos, ¿vale?

Le había pedido prestada su vespa a un amigo y su expresión era de sincera inquietud. A mí me daba una pereza infinita, a pesar de que nuestro piso apenas estaba a tres o cuatro minutos en moto de allí. Aún quedaban un par de horas de fiesta y, aunque aquello ya no iba a remontar, yo estaba lo suficientemente borracho como para preferir seguir en danza en vez de aprovechar lo que me pedía Blanca para irme a casa y quedarme ya a dormir.

Oscar tenía tendencia a lo imprevisible. Podía haberse ido discretamente a casa, destruido con la ayuda de los Chernóbil, o podía reaparecer en cualquier momento encabezando una banda de *majorettes* como traca final de su esplendorosa fiesta, igual que podía estar en la sala de urgencias de algún hospital o en la parte trasera de una ambulancia acompañando a algún invitado sumido en un coma etílico. Oscar era de esos que siempre son los primeros en levantar la mano cuando se pide un voluntario, ya sea para sacar a una abuelita a bailar un pasodoble en una verbena, ya sea para coger un rifle y tomar una colina en una guerra, así que no era difícil imaginarle a aquellas horas atrapado en alguna obra de misericordia, desde cuidar de algún enfermo a dar de comer a algún hambriento. Me costaba más pensar que hubiese podido acabar una noche como aquella rendido, vencido por la bebida o lo que fuese, inconsciente en su cama antes de haber terminado la fiesta y dejando a Blanca sin siquiera un adiós. Cuando eres de los que les gusta hacerlo todo con estilo, incluso el venirse

abajo, no te permites acabar así tu propia fiesta. Si accedí a acompañar a Blanca fue porque la vi angustiada, con preocupación de novia devota, de madre solícita.

Conducir la moto me sentó bien. A aquellas horas apenas había tráfico, la distancia no era larga y el aire en la cara y el cuerpo refrescaba y despertaba. Blanca se agarraba a mi cintura y apoyaba su barbilla en mi espalda.

—Creo que deberías echarte una novia —me dijo, después de un par de semáforos, sin preámbulos.

—¿Me ves falto de cariño?

—No me gusta que ella te maneje así.

—¿De quién me hablas?

—Venga ya... No quiero meterme donde no me llaman.

—Ya te estás metiendo.

—¿Y me odias?

—Te odiaré durante el resto de mi vida.

Llegamos a un tercer semáforo y ella se me abrazó con más fuerza, más para evitar el relente que una caída.

—Tengo frío.

—Son las cinco de la madrugada. Siempre hace frío a las cinco de la madrugada.

—¿Adónde estamos yendo?

—Estabas convencida de que Oscar está agonizando en el piso y vamos a salvarle la vida.

—¿Oscar y yo te resultamos empalagosos?

—Como beberse de un trago un bote de almíbar.

En el cuarto semáforo permaneció callada. Pensé que tal vez se había dormido porque su deslavazada conversación, lo pastoso de su forma de hablar, el olor dulzón de su aliento y cómo se le tambaleaba el cuerpo de un lado a otro cada vez que metía primera y aceleraba tras un semáforo no dejaban duda de que hasta Blanca, la Blanca inmune al alcohol, había bebido por encima de su aguante aquella noche. Y eso, en ella, era una cantidad de bebida difícil de imaginar.

Quinto semáforo. Blanca despertó.

—Eres un tío estupendo.

—Ya pasó la hora de la exaltación de la amistad.

—Tengo una amiga que te encantaría.

—Conozco a todas tus amigas, Blanca.

—Y todas son mejores que esa...

—¿Que quién?

—No te hagas el idiota conmigo.

Al menos, no optaba por hacerme alguna de las bromas habituales. «Javi, ¿has quedado con Silvia? Ay, no, que ha vuelto a dejarle por otro antes incluso de empezar a salir con él». Y todos se reían. Era para partirse de risa.

Llegamos a casa y Blanca esperó mientras le ponía el candado a la moto y me siguió cuando abrí el portal y avancé hasta el viejo ascensor de verja de hierro y puerta corredera de madera.

—Oscar no va a estar aquí —protesté con un inicio de mal humor originado por el cansancio y la resaca.

—Jorge dijo que sí. Solo serán cinco minutos. Para quedarme tranquila —se disculpó ella.

Entramos en el piso y estaba a oscuras. Pasamos del recibidor al pasillo y apenas nos iluminó la escasa luz que llegaba del fondo, que salía por la rendija abierta de la puerta de su dormitorio.

—Ahí le tienes —susurró Blanca con alivio por haber acertado y que aquel paseo no fuese a resultar inútil.

Recorrimos el estrecho y breve pasillo. Fuimos hasta la habitación del fondo, el dormitorio de Oscar, de donde salía aquella tenue luz.

Abrimos la puerta.

Y, a partir de aquel momento, ya nada volvió a ser igual.

La radio se encendió, como todos los días, a las siete y media. Aunque no tenía ningún trabajo al que acudir, me gustaba despertarme siempre a la misma hora. Abrí los ojos y, en la penumbra, solo vi la grisura del techo de la habitación y durante unos segundos tuve esa peculiar sensación, entre angustiosa y placentera, de no tener ni idea de qué hora es y de dónde estás. Estiré el brazo y toqué el lado vacío de la cama. Aquella había sido nuestra cama de matrimonio. Ahora me sobraba la mitad y a veces aún tenía el acto reflejo de verificar si Jackie se había levantado antes que yo, a pesar de que hacía ya meses que no dormía a mi lado.

Por fin, en mi adormilado cerebro logró abrirse paso el sonido de la radio. Primero sonó la sintonía previa al resumen de noticias de las siete y media. Después se oyó la voz del locutor, que en mi pequeño aparato tenía un ligero retumbar metálico. Al principio, en la somnolencia, la voz solo me llegó como un monótono zumbido. Después, poco a poco, aquel sonido sin sentido empezó a transformarse en palabras según me iba despertando.

—Comenzamos el repaso de la actualidad de este día...

Volví a cerrar los ojos. No tenía nada que hacer, ningún sitio al que ir. Mi cerebro inició el viaje de regreso al sueño. Fue en ese momento, cuando cruzaba la frontera camino de la inconsciencia, cuando oí el nombre.

Oscar Saavedra.

Me incorporé de un brinco en la cama. Escuché y, en una milésima de segundo, todos mis sentidos se habían espabilado por completo.

Me abalancé a coger el móvil, que, al acostarme, solía dejar en la mesilla. Lo tiré al suelo de un manotazo, se coló debajo de la cama y, en mi afán por cogerlo, me incliné y retorcí el cuerpo de más y acabé por caerme yo también. Busqué en las llamadas recientes sentado en el suelo.

—¿Jorge?

El locutor seguía hablando, con un tono carente de emoción, dando detalles.

Una voz espesa me respondió al otro lado del móvil.

—Jorge, soy Javi.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—Javi, ¿tú sabes que hoy es domingo?

No lo sabía. En aquella época, todos los días de la semana eran iguales para mí.

—¿Estás oyendo las noticias?

—¡Claro que no! Joder, Javi, estoy durmiendo. ¡Es domingo!

Pude oír con absoluta nitidez la voz de Raquel preguntándole quién era. Jorge no supo a cuál de los dos atender, pero ella repitió la pregunta con más insistencia y él acabó por decantarse por su mujer. Le dijo que era yo y que, por favor, pusiera la radio. Oí que Raquel le preguntaba si el gilipollas de su amigo —o sea, yo— sabía que era domingo.

La voz del locutor que sonaba en mi radio se repitió en el móvil. Jorge escuchaba la misma emisora que yo, así que ahora aquella voz llegaba por dos vías a mi cerebro en un burdo estéreo.

Jorge escuchó la noticia y se quedó callado. Raquel tampoco volvió a hablar. Solo se oía a través del teléfono al locutor desgranando la información, añadiendo detalles de interés menguante.

—Voy a llamar a David —dije cuando el silencio era ya demasiado largo.

—Claro —fue lo único que Jorge acertó a decir.

Colgué y volví a buscar en el registro de llamadas recientes. En aquel momento no tuve tiempo de pararme a pensar qué decía de mi vida social el hecho de que dos de mis números más recientes fueran mis dos amigos de la universidad, junto con los de mi exmujer, con la que solo hablaba sobre asuntos relacionados con la salud de mi hijo; mi madre, con la que solo hablaba sobre asuntos relacionados con la salud de mi padre; y un servicio de reparto a domicilio, con el que solo hablaba para pedir *pizza* y hamburguesas.

David tardó en contestar más aún que Jorge y, cuando lo hizo, su voz sonó más inarticulada. El diálogo fue parecido.

—David, ¿me has entendido lo que te he dicho? —le insistí antes

de colgar.

—Solo me has dicho que ponga la radio.

—Pues hazlo.

—No tengo radio.

—¿No tienes radio? ¡Trabajas en la radio!

—Por eso. No me gusta traerme trabajo a casa.

Me habría reído, pero estaba demasiado bloqueado como para pillarle la gracia a aquello.

Le colgué. Cerré los ojos. Hice pinza con los dedos en el arco de la nariz. Apoyé la espalda contra la cama y me quedé allí, sentado en el suelo, en una penumbra que iba diluyéndose, aferrado al móvil, mientras el locutor pasaba a hablar, con el mismo tono neutro, de cosas que me sonaron lejanas e intrascendentes: la salida de soldados de Irak y los últimos rumores aún por confirmar sobre la posible marcha del entrenador del Real Madrid. Luego, por si aún quedaba alguien dormido, sonó una canción de Bisbal que apetecía poco a esa hora. «Bulería, bulería». Vaya mierda de día, pensé, haciendo sin pretenderlo un pareado con el estribillo de la canción.

Dudé. Supe que solo tendría unos segundos antes de que Jorge y David por fin reaccionasen y me devolvieran la llamada una vez asimilada la noticia. La veía poco por entonces. Cada uno estaba a lo suyo. Pero pensé que debía ser yo quien se lo dijera, que no le gustaría enterarse de otra forma.

Llamé y Blanca contestó al instante.

—¿Qué haces llamando un domingo a estas horas? ¿Pasa algo?

Y se lo dije.

—Blanca, Oscar ha muerto.

Él estaba de espaldas. Echado hacia delante en la cama, la espalda arqueada y la columna marcada vértebra a vértebra en la tensa piel. Sus nalgas asomaban por entre las sábanas. Las piernas de ella le rodeaban la cintura.

Oscar se volvió, más porque sintió nuestra presencia que porque nos oyera, ya que los dos nos habíamos quedado paralizados a la entrada del dormitorio sin hacer ruido alguno.

Al enderezarse nos dejó ver la cara de ella, que ladeó un poco la cabeza para esquivar el cuerpo de Oscar y poder ver también quiénes éramos.

Primero puso cara de sorpresa. Luego, me miró con su mirada de lo he vuelto a hacer, no sabes cuánto lo siento, me dejé llevar, recuerda aquello de que siempre hay un tipo a mi lado.

Para entonces, apenas cinco segundos desde que los viésemos, Blanca ya se había dado media vuelta y se había ido sin decir una sola palabra.

Me había dejado solo, en el marco de la puerta, mirándolos a los dos.

SEGUNDA PARTE

Esto fue lo que dijo el locutor:

> Las confusas noticias que por ahora se tienen apuntan a un accidente de helicóptero en el que habrían fallecido Oscar Saavedra y otras cuatro personas: los pilotos y dos colaboradores suyos. Saavedra ha muerto en el mismo lugar al que había dedicado tantos años de su vida: las verdes praderas de África.
>
> La muerte de Oscar Saavedra es, sin duda, una pérdida irreparable por todo lo que ha significado como ejemplo y símbolo de lo que debe ser una cooperación al desarrollo activa y comprometida con los más necesitados.
>
> A lo largo de estos años, levantó lo que él mismo bautizó como los Poblados de la Esperanza, la mayor red de centros de formación, asistencia sanitaria y desarrollo del comercio local sostenible del continente africano. Su encomiable labor le llevó incluso a ser candidato al Premio Nobel de la Paz el pasado año y muchos lo han comparado, por el trabajo que ha hecho en favor de los más necesitados del planeta, con la mismísima Teresa de Calcuta.
>
> Sin haber cumplido aún los cuarenta años, cuando el proyecto personal por el que tanto había luchado estaba ya a pleno rendimiento, se marcha un hombre que solo supo hacer el bien a los demás, un visionario y un emprendedor que deja un legado inigualable en beneficio de los más pobres de la Tierra. Descanse en paz.

Una imagen de Oscar, sonriente, con su barba de aventurero, vestido con una camisa ligera y un pantalón plagado de bolsillos, ambas prendas de color caqui, acompañado de tres niños y dos mujeres jóvenes, los cinco negros y de ojos muy redondos de mirada curiosa, vestidos con ropas coloridas, sería usada ese día por todos los periódicos para ilustrar la noticia en primera plana. Las televisiones mostrarían fragmentos de una entrevista suya donde contaba, logrando con su simpatía natural que no sonara petulante, cómo a lo largo de aquellos años, paso a paso, venciendo todo tipo de dificultades logísticas, económicas, burocráticas y políticas, había conseguido abrir uno tras otro aquellos Poblados donde se acogía a familias y pueblos enteros de refugiados, desplazados, expulsados de sus tierras, y se les daba techo y los niños podían recibir una educación y sus padres aprendían un oficio y se montaban pequeños hospitales y modestos comercios llevados por los propios habitantes, lo que los convertía en núcleos de población autosuficientes a los que

nunca les faltaban ni agua ni alimentos ni luz. ¿Cómo se le ocurrió ese proyecto?, le preguntaba una presentadora que no podía disimular su arrobada admiración por la grandeza de aquella obra, pero también por el encanto personal de su creador. Y Oscar se encogía de hombros, exhibía su sonrisa humilde y carismática, le rodeaba un halo heroico que rezumaba una virilidad que le alejaba del prototipo de misionero santurrón y decía, sin dar más detalle: «Siempre he soñado con hacer algo que quedase para siempre».

Frente a aquello, desde luego, las vidas de Jorge o David o la mía tenían poco de relato de aventuras que contar en una entrevista en televisión. Nuestro esfuerzo durante aquellos años no estuvo orientado a la salvación de la humanidad, sino, más bien, a ir saliendo adelante cada uno a nuestra manera.

Ninguno merecemos una narración en detalle más allá del boceto rápido de unas vidas ordinarias, una sucesión a cámara rápida de escenas e imágenes poco trascendentes. Liquidémonos rápido, a ritmo de película muda, vidas en elipsis, tres cortometrajes que no pasarán a la posteridad.

Jorge. Don Miguel, paternal, le pasa el brazo por los hombros. Pupilo y lugarteniente del gran hombre. La Bolsa sube, la vida es bella. Nace pronto Miguelito. Menos pelo y más tripa. Casa junto a la de sus suegros. Raquel, feliz pasando la Nochevieja en Nueva York. Vuelve con Raquelita en la tripa. Coches de tamaño creciente, como la tripa de Jorge. Tenis, puro, móvil último modelo. Don Miguel pisándole el cuello. Le hace callar en reuniones con clientes, le desautoriza en reuniones con subordinados, le da lecciones, le llama «el joven aprendiz», se burla hasta de que haya necesitado ir a la universidad para aprender un negocio que él domina sin tener ni el bachillerato. El gesto de Raquel se va haciendo más arisco. No te quejes, mi padre te ha hecho rico, sin él no serías nada. Nace Julito, un desliz inesperado. El cardiólogo visita la casa nueva de su hijo en Sotogrande. Raquel sonríe, victoriosa en una guerra que no era la suya. Jorge calla. Don Miguel y el cardiólogo se caen de maravilla. Bromean sobre Jorge. Va espabilando poco a poco, dicen de él, como si fuera un crío lento. Jorge levanta la empresa cuando está empezando a declinar, la salva un par de veces de decisiones equivocadas de un suegro en decadencia que les iba a hacer darse batacazos irrecuperables, se convierte en el cerebro, en el experto, en

el nuevo genio de hacer dinero invirtiendo en intangibles, futuribles, puntocoms o qué sé yo. Don Miguel chochea, es un lastre. Esto es como vender ovejas y cabras, gusta de decir, confirmando sus orígenes. Don Miguel grita. Se equivoca. Humilla. Doce años soportándole. Un Audi nuevo. Trece, catorce. Raquel se aficiona a comprarse joyas que valen una fortuna. Quince años soportándole. Jorge trabaja más horas de las que tiene el día. Ama su trabajo, odia a don Miguel. Lo tiene decidido. Quiere matarle. Asesinato. A veces empieza a preguntarse si su vida no habrá sido un error.

David nunca acabó sus estudios aeronáuticos. Nunca pasó de segundo arrastrando varias de primero. Fuma hierba. Escucha música. Las dos cosas, a todas horas. Él sigue ansiando amores mitológicos. Ana Curra pasó, ley de vida. Empezó a preferir mujeres de otro tipo. Quedar deslumbrado, como todos en su momento, con la Natalie Portman de *Beautiful Girls* le hizo sentir pecaminoso, encapricharse con Cindy Crawford tenía algo de rollo edípico y, al menos, Christina Rosenvinge le llevó de regreso al *rock and roll*. Pero aquellos eran amores de sexo fantasioso que él mismo sabía que serían pasajeros mientras seguía a la espera del definitivo. Aún estaba por llegar a su vida Amy Winehouse para hacerle volver a sentir amor verdadero. Fuma hierba. Escucha música. Las dos cosas, cada vez más. En lugar de ir dejándolas, el paso del tiempo aumenta sus adicciones juveniles y a la vez las ancla, porque nunca irá más allá ni en drogas ni en gustos musicales. Cumple los treinta. Su pelo sigue siendo una madeja imposible de desenmarañar. Su aspecto de perro apaleado no se ennoblece con los años. Tiene pinta de genio en las nubes, pero no lo es. Solo está en las nubes sin genialidad. Solo fuma y escucha música y vive con papá y visita con desgana a mamá. El rostro de mamá va hinchándose día a día. La ciencia estética va descubriendo nuevos productos y ella los va probando todos, cobaya a la desesperada, hasta que su cara es como el neumático de un camión. El dulce pájaro de juventud voló para no volver. Papá es una carga en su vida. Demasiado mayor ya para seguir presentando galas de copleras y humoristas y para seguir seduciendo a actrices de reparto o a jóvenes aspirantes a azafatas de concurso. Va camino de acabar en la teletienda. Se ve presentando juegos de cuchillos que no hace falta afilar jamás. Llora por las noches mientras mira álbumes de fotos. David fuma y escucha música para soportarle. Se entrega a sus

amantes mitológicas mientras inicia su primer noviazgo en el mundo real a los treinta y dos, una antigua teclista de un grupo gótico que nunca llegó a triunfar. El dinero se acaba. Papá mueve alguno de los pocos hilos que le quedan. Consigue que un tipo con pinta de estraperlista de posguerra le haga una oferta a David. Me dicen que lo sabes todo de música, ¿te interesaría hacer un programa musical en mi emisora? Iba a ser ingeniero aeronáutico, recuerda. Pero David no es persona de coleccionar frustraciones. A papá no le acaba de salir el contrato en el canal de teletienda. David tiene ya treinta y cinco y nunca ha trabajado. Acepta. Le piden que pinche en la radio los *singles* de los cantantes de *Operación Triunfo*. Odia los CD. En casa, escucha vinilos cuando los vinilos hacen la travesía del desierto, pasados ya de moda y aún no resucitados con la aparición de los *hipsters*. En sus ratos libres deambula por La Metralleta y otras tiendas de discos viejos donde al menos no se topará con los *singles* de los cantantes de *OT*. Un día decide que se acabó. Deja de poner esas canciones en su programa y recupera las de antes. Pone a Loquillo y a Antonio Vega y a los Ilegales y a Celtas Cortos y a Luz Casal y nadie le dice nada, el dueño ni le llama, no recibe ninguna instrucción. De pronto, es feliz.

Yo también tengo mis imágenes congeladas de aquellos años, mis suvenires de la memoria. Y en todas ellas está Jackie. Me ocupó aquellos años. Los días intentando quererla, esforzándome para que yo le mereciese la pena. Las noches entregado a una vida paralela con la escritura de mi novela. No sabría decir en cuál de esas dos vidas había más ficción. Jackie nunca miraba a la cámara cuando le hacía una foto. Había que pillarla desprevenida para que no se tapase la cara con la mano o con un mechón de pelo. Entonces me hacía rabiar aquella manía, pero ahora me gustan todas esas fotos en las que solo se la ve a medias mientras se ríe, esquivando el objetivo, esquivándome a mí. Viendo juntas aquellas imágenes, Jackie se muestra como lo que siempre fue, una mujer cosmopolita, de mundo, con un estilo natural que no requería de artificio alguno. El fondo de las fotos es un escenario cambiante. Una pradera de Devon de un verde grisáceo. Llueve en Inglaterra, para variar. Yo odiaba ir a casa de sus padres. Era como convertirte de pronto en un personaje de *Retorno a Brideshead*. En mi nuevo rol de escritor, me alejé durante un tiempo de la música. Me dedicaba a leer. Pensaba que eso era lo que me correspondía. La literatura lo era todo. Medía mi propia vida con

referencias literarias. Pasamos por una etapa esnob. Solo viajábamos a ciudades asociadas a escritores a los que ambos admirásemos. Convertimos nuestros viajes en pedantes peregrinaciones literarias. Fuimos a Praga por Kafka, a Alejandría por Kavafis y a Corfú por los hermanos Durrell. Jackie con el Bois de Boulogne al fondo, con un abrigo recto de áspera lana marrón que le encantaba. Ahí yo nos veía como Sartre y Simone de Beauvoir. Ella no mira a la cámara, fuma y aunque es una foto en blanco y negro se nota que la punta de su nariz está colorada por el frío. Jackie en Riga, delante de la catedral. Yo no la he acompañado. Ha ido para hacer de intérprete en una cumbre sobre el medio ambiente y en esa imagen, no sé por qué, pienso que tiene pinta de personaje de Milan Kundera. Por una vez ha aceptado posar, por no hacerles un feo a los compañeros que están con ella en la foto. A su lado está Klaus, un intérprete alemán, grande como un armario, un bávaro sanote y rubicundo al que yo sospechaba que se tiraba, a pesar de que por entonces aún no nos odiábamos. Jackie con un fondo de Brujas, de Lugano, de Florencia. A veces excursiones en nuestro Nissan, a veces viajes en avión. Al ver esas fotos la echo de menos, recuerdo quererla más de lo que realmente la quería cuando se las hice. Me empeñaba en hacerle fotos como si temiese necesitar en el futuro pruebas gráficas de que hubo un tiempo feliz entre nosotros. Yo salgo en pocas. No sonrío. Pongo cara de escritor atormentado. *Luces de atardecer*. Para entonces ya tenía elegido aquel espantoso título. Me pasé los noventa haciéndole fotos a Jackie por toda Europa. Hasta que las fotos terminaron. En la más reciente, lleva a Hugo de la mano. De fondo, unas fachadas de South Kensington, el barrio residencial de Londres. Viven allí. Esa foto no la he hecho yo. Me la mandó porque le gustaba cómo salía el niño. Debe de haberla hecho Klaus. Ya me había dicho que estaban juntos.

Y mientras nosotros tres íbamos acumulando esas imágenes, Oscar puso en marcha su proyecto. Por supuesto, cuando nos lo explicó, los tres pensamos que había perdido el juicio. Nuestra pregunta era la misma, pero en diferente tono que el de la encandilada entrevistadora de antes: Pero ¿cómo se le había podido ocurrir semejante disparate? ¿Acabar él solito con el hambre y la pobreza de África? Como con todo, solo lo contó a medias. Generando intriga una vez más. Nos sentimos decepcionados. Siempre habíamos estado convencidos de que el gran Oscar llegaría lejos y al final iba a tirar su

vida por la borda con aquel plan descabellado, un irrealizable sueño mesiánico. Me voy a Zambia, ¿alguien se viene? Le ignoramos, claro. Regresó de su primer viaje con chinches, unas fiebres, ningún resultado y el entusiasmo intacto. Estudió. Lo aprendió todo sobre asuntos que apenas sé siquiera enumerar: créditos blandos, patrocinios desgravables, subvenciones europeas, redes solidarias, cosas así. Poseído. Llamó a un millón de puertas y con un millón de puertas le dieron en las narices. Se quedó en los huesos, desapareció de nuestras vidas, dedicaba todas las horas del día a su obsesión. Hasta que reapareció. Treinta y tres años solamente. Barba cuidadosamente recortada, ropas de aventurero, estudiado aspecto de doctor Livingston, supongo. El mundo se rindió ante su hazaña. Diez Poblados. Todas las grandes empresas que le habían despreciado cuando había ido a contarles su proyecto querían ahora poner su capital y su logo en los Poblados de Oscar. Quince Poblados. Los Gobiernos le invitaban a eventos y recepciones con tal de que sus dirigentes pudiesen hacerse una foto con él. Veinte Poblados. Se convirtió en una estrella. Nuestro Oscar. Hasta que a aquel helicóptero se le atoraron los rotores y se estrelló contra algún monte sin nombre de Zimbabue y, a los treinta y nueve años, Oscar dejó esta tierra con un billete de ida a la leyenda.

La muerte de Oscar detuvo nuestra vida. Nos acercábamos a los cuarenta, a la madurez, otra etapa vital tan llena de engaños y tópicos como las demás, otra sarta de promesas, como la infancia, la adolescencia o la juventud, la vida fragmentada en tramos en los que siempre se espera algo de ti y siempre hay alguien —familia, amigos, pareja, profesores, tutores y jefes— que te vigila para decidir si estás a la altura de lo esperado. No iba a ser fácil hacer frente al inminente juicio de los cuarenta cuando el mundo rompía a llorar por la muerte de un amigo que había inspirado a media humanidad. Comparado con eso, ahí apareció la pregunta, desde el primer momento, desde el instante mismo en que las hélices del helicóptero fallido dejaron de girar: Y tú, en cambio, ¿qué has hecho últimamente? Mala pregunta para dejar de estar tan ocupados construyendo cada uno nuestra vida y pararnos, por un momento, tan solo a contemplarla.

Cada uno lo digerimos a nuestra manera. Blanca nos dejó. No solo a Oscar, sino a todo el grupo. Tras llevar semanas incorporada a nuestra pequeña comunidad con una presencia constante, una más de la familia, compañera de sesiones de cocina, de cabezadas de sobremesa, de pelis tirados en el sofá y de repasos de anécdotas de la noche previa mojadas en café matinal, Blanca abandonó el piso de Fernández de la Hoz sin hacer ruido, sin decir palabra, igual que se dio media vuelta y se marchó aquella noche. La veíamos. Nos la encontrábamos y saludaba con una sonrisa y se interesaba por cómo nos iba. Con la cordialidad de una vieja conocida, pero sin demostrar que conservase recuerdo de la intimidad perdida. Solo charla convencional: qué tal los exámenes, cómo fue el verano, qué planes tienes para cuando acabes, lo que se hablaba con cualquiera. Hasta que un día la llamé y le propuse ir a tomar una cerveza y nos vimos en un bar cutre de Moncloa donde solo merecían la pena las patatas bravas y el precio de un macetón de Mahou. Allí hablamos, más de dos años después de aquella noche, como ocurriría otras veces en el futuro a partir de entonces, dispuestos a reconstruir, a ofrecernos respuestas el uno al otro. Le dije que me negaba, que no iba a perder su amistad, que ya había pasado el tiempo suficiente para que pudiésemos volver a mirarnos a la cara. Ella no entró en detalles ni del pasado ni de su presente, solo me dijo que ya no confiaba en nadie, que ya no era tan tonta. Aquella fue la primera vez. Aquel fue el primer encuentro que tuvimos, el primer paso para empezar a crear ese acuerdo nunca hablado de auxilio mutuo, que nos llevaría más de treinta años después a tomar cubatas al atardecer en la planta de arriba de La Vía Láctea. Con Blanca hice lo que nunca me decidí a hacer con Silvia. Tomar la iniciativa. Romper el hielo, saltar el muro, rebuscar entre los restos. Con Blanca era más fácil. La amistad siempre es menos drástica que el amor.

A Silvia también la seguimos viendo. Nos encontrábamos por la

ciudad universitaria o algunas noches en locales. Como con Blanca, nos hacíamos las preguntas de rigor sobre estudios y planes y luego sobre trabajos y poco más. La intimidad que hubo entre ella y yo se disolvió, se evaporó como un charco sin dejar huella, con una facilidad que me hizo dudar que alguna vez hubiese sido real. Nos veíamos y ella me sonreía con esa sonrisa suya disfrazada de inocencia. Siempre nos prometíamos que teníamos que llamarnos y vernos, pero iban pasando los años y nunca lo hacíamos. Entre nosotros cuatro, dejamos de mencionarla. Silvia pasó a ser un tabú, se la tragó la tierra, asunto liquidado, no removamos la mierda, e incluso cuando nos la encontrábamos juntos y charlábamos con ella, después, al separarnos, ninguno de nosotros mencionaba nada, como si el encuentro no hubiese ocurrido. Hasta Oscar cuando la veía la saludaba y mantenían breves charlas de indiferente cortesía, como si nunca hubiese existido aquella noche, como si no lo recordasen, como si nadie hubiese salido herido. De alguna manera, Silvia se quedó ahí, reducida a una sombra, un espíritu que nos acompañaba en los silencios, una mina antipersona que todos sabíamos que estaba enterrada bajo nuestros pies y que solo nos cuidábamos de no pisar. Yo le seguí la pista a pesar de aquel silencio. Recababa como buenamente podía datos que me permitieran ir reconstruyendo su vida. El futuro dentista la había cambiado. Eso te decían todos. Irreconocible. Y cada vez que me la encontraba sentía ese ramalazo de rabia que estaba más allá de los celos, que era sobre todo nostalgia de aquella Silvia loca a la que yo reconstruía una y otra vez con la pericia de un meticuloso artesano. Ahora, lo peor de esa Silvia a la que veía en los bares —siempre lo mismo, sonando ya a frases hechas: ¿sabes que he conseguido dejar de fumar?, no soporto las discotecas, no quiero otra copa, Víctor y yo estamos dando clases de sevillanas— no era solo que fuese otra. Lo que me dolía era que esa otra ya no me necesitaba. Hablábamos, a veces incluso un rato más largo que aquellos apresurados diálogos de antaño en que pasaba a mi lado y me prometía que enseguida nos tomaríamos algo juntos y no volvía a verla más. Nos poníamos al día, con más cortesía que interés, de una vida que ya no compartíamos, manteníamos un débil hilo de amistad que solo sobrevivía dependiendo de que el azar nos hiciera coincidir. Y yo la odiaba, la maldecía, la despreciaba y la añoraba, demasiado herido para luchar por recuperar lo poco que tuve de ella, demasiado

atrapado en el despecho del novio abandonado que nunca fui, resignado a saberme incapaz de dejar de amarla.

Es sorprendente la velocidad con que a veces corre el tiempo. Decides mantener una situación —la distancia curativa de Blanca hacia nosotros, mi distancia herida hacia Silvia— y lo que pensabas que solo sería una breve temporada de sanación, tan solo un paréntesis, se acaba estirando durante años. Cuando te quieres dar cuenta, el escenario anterior a la decisión de tomarte un tiempo se ha convertido ya en un pasado lejano, los rasgos de la amistad empiezan a difuminarse en la memoria como los del rostro de alguien al que hace demasiado que no ves y, cuando quieres darte cuenta, aquello de lo que decidiste separarte solo por un tiempo, convencido de que podrías recuperarlo en cuanto te sintieras preparado para ello, pasa a ser no ya algo inalcanzable, sino, directamente, algo que ha dejado de existir. Eso me ocurrió a mí con Silvia y nuestra amistad, aquella amistad interesada en que ella buscaba un refugio en los días oscuros y yo un sucedáneo del amor que nunca me dio.

Con Oscar fue diferente. Vivíamos en el mismo piso y, al fin y al cabo, yo no era Blanca, no tenía ningún motivo para sentirme engañado, al menos oficialmente, porque nada había entre Silvia y yo. Y supongo que con él se impuso, *mea culpa,* el machismo atávico, la injusticia ancestral, el veneno que nos han inoculado siglos de prejuicios injustos. Ya se sabe: el hombre que comete un error puede ser un pichabrava envidiable o un tontaina engatusado, la mujer que se da el gusto de una golfada es por pura lógica una golfa. El hombre merece admiración o condescendencia, la mujer solo merece deshonra.

Oscar y yo no hablamos mucho de lo sucedido. No había mucho que decir. Tan solo, unos días después, tras habernos esquivado con disimulo, incómodos ambos aún, estaba yo en la cocina del piso preparando un café y él entró y sin más me dijo:

—No fue algo planeado ni que viniese de atrás. Fue una estupidez, un error. He sido un imbécil.

—Solo te agradecería que no me vengas a dar explicaciones, no hay por qué.

—Ya he perdido a Blanca por esto. No quiero perderte también a ti.

—Soy tu amigo, Oscar. Te mataría. Te empezaría a dar de hostias

y no pararía en una semana. Quiero patearte la cara y escupirte después un rato. Pero soy tu amigo, ¿vale?

Algo se rompió, claro. Es como un motor de un coche que hiciese un ruidito. El motor funciona, todo va bien, pero algo suena sin pausa desde que lo enciendes hasta que lo apagas. Lo llevas cien veces al taller, tratas de averiguar qué es y de arreglarlo, te molesta y te da rabia que no haya forma de dar con lo que le ocurre. La vida sigue, el motor sigue funcionando, el coche sigue avanzando, pero ese ruido ya nunca se va. Algo así me pasó a mí con Oscar. Le quería, le admiraba, sabía desde antes y seguí sabiendo después de aquello que había algo en él que lo hacía diferente al resto de nosotros, una determinación, una visión, una energía que le hacía volar mientras los demás caminábamos. Nunca supe ponerle nombre. Talento, carisma, seguridad en sí mismo. Lo que fuera. Pero apareció aquella tara en nuestra relación. Un ruidito, un runrún. Su cuerpo inclinándose sobre Silvia, las piernas de ella rodeándole, un último gemido de ambos que tuve tiempo de oír antes de que se diesen cuenta de nuestra presencia. Demasiada tortura pensar en ello, revivir la imagen, recrear el momento. Demasiadas noches viendo una y otra vez la misma película de una sola escena en la oscuridad y el silencio de mi dormitorio. Algo se rompió, sí. No fue ni la amistad ni la admiración, fue la confianza. Ya no podía fiarme de él, no podía confiar en alguien que hacía suyo así, por mero capricho, lo que sabía que era mi mayor deseo. Oscar nunca amó a Silvia, nunca quiso ni buscó de ella nada más allá de aquella noche. Ella estuvo a su alcance y lo aprovechó y me daba igual el proceso, cómo o por qué. No significaba nada más allá de una locura, una pérdida del sentido, una oportunidad de la que se habría arrepentido horas después, aunque Blanca y yo no hubiésemos aparecido. Pero le compensó. Le mereció la pena poner en riesgo aquel noviazgo mimado paso a paso con Blanca, le compensó arriesgarse a que pasara lo que pasó y que su novia y su mejor amigo pudieran salir heridos de aquel capricho. Ya no podía fiarme de él y cuando, años después, se plantó ante nosotros y dijo que se iba a Zambia y que si íbamos con él, ofreciéndonos sumarnos a su loco destino, yo no contesté. Años antes, habría saltado del sofá y le habría dicho que le seguía sin necesidad de hacer el equipaje, desnudo, a muerte, donde tú vayas voy yo, porque aquel era un tipo de fiar, porque su estela era tan potente, tan radiante, que sabías que seguirla

te acabaría llevando muy lejos. Pero eso habría sido antes. Aquella noche dejé de confiar. Seguí, desde una protectora distancia física y también emocional, cada uno de sus pasos y me sorprendí y aplaudí y me sentí orgulloso de todos ellos, de cada éxito, de cada avance que iba conociendo de su proyecto. Yo solo era un corresponsal que mandaba anodinas crónicas desde Bruselas y él se estaba convirtiendo en el gran benefactor de todo un continente y Dios sabe que nunca tuve ni un segundo de envidia y sí millones de sincera alegría y admiración. Pero, a la vez, ya nunca volví a confiar en él.

Así cambió para siempre el escenario, así dio un giro el guion que parecía estar ya escrito para los principales personajes de aquella historia que tuvo por final una sesión de sexo interrumpido y con testigos. Seguimos adelante, sobrevivimos, pero nunca volvimos a ser los mismos. Nos echamos de menos los unos a los otros, pero ninguno peleamos por recuperar lo que habíamos tenido y no sé hasta qué punto cada uno nos arrepentimos de ello. En mi caso, lo que me permitió mantener aquella distancia cada vez mayor con Silvia fue tener la certeza de que ella no me echaba de menos. O tal vez sí, pero, de nuevo, se dejaba llevar, seguía adelante sin molestarse en marcar el rumbo de su vida, decía que sí a lo que iba surgiendo y prescindía de todo lo demás.

Cuando Oscar murió, parecían haber pasado un millón de años desde aquella noche. Yo estaba de vuelta en Madrid, había hablado por teléfono con él pocos días antes, como hacíamos periódicamente para asegurarnos cada uno de que el otro estaba bien, me había reiterado que aquella Navidad pasaría por Madrid y nos veríamos, que hacía ya demasiado desde la última vez. Blanca y yo seguíamos manteniendo ese contacto no frecuente pero sí regular de dos personas que se saben ahí, que se quieren sin necesidad de convivencia. Y en cuanto a Silvia, tras castigarla con mi indiferencia durante tantos años sin que ella tuviera siquiera idea de que estaba siendo castigada, el contacto entre nosotros había resucitado desde que, por causa de fuerza mayor y en contra de mi voluntad, yo me había zambullido en su piscina.

—Fue el primer golpe a lo previsible. Un puñetazo seco. Directo al mentón. No sé nada de boxeo, pero supongo que cuando un púgil recibe un golpe tan contundente cae al suelo inconsciente, noqueado en un segundo, y cuando abre los ojos ya tendido en la lona el golpe le ha dejado idiota por completo y no es capaz de ver nada. Eso vi yo al marcharme de aquel dormitorio y apresurarme a salir del piso y el edificio y al trotar calle arriba sin más destino que el de poner la mayor distancia posible entre la pareja de la cama y yo. Nada. Miraba hacia delante y solo había vacío, todo había desaparecido. Lo teníamos hablado una y mil veces. La idea era ser novios cinco o seis años. En ese tiempo, yo comenzaría con mi carrera de arquitecta sostenible y él empezaría a concretar en alguna empresa, donde fuese, su indefinido afán de posteridad. Casados a los veintiocho. Un pisito, ¿puede ser en la zona de la plaza Mayor, que me encanta?, salidas con los amigos de siempre, tus tres inseparables mosqueteros y mis chicas monas del colegio mayor, también haremos nuevas amistades seguro que interesantes en nuestra nueva vida laboral, un grupo de jóvenes y talentosos arquitectos y publicistas con los que iremos a conciertos de Phil Collins o de Sting, a cenar en restaurantes tailandeses recién abiertos y a pasar fines de semana buceando en calas de Menorca. ¿Qué opinas de tener un hijo a los treinta? Él me planteaba dudas, un poco reales, un poco burlándose. Simulaba titubear, hasta que yo empezaba a enfurruñarme y él se echaba por fin a reír. Que sí, mujer. Y será niña. Una niña con mal carácter, porque saldrá a ti. ¿Y en total? Pues no sé, Blanca, ¿qué opinas tú de que paremos cuando ya sean seis niños y seis niñas? Sí, me gusta hacer planes, me gusta reducir los márgenes de improvisación. Ya se lo he dicho: me sentía a gusto viviendo dentro de lo previsible. Y de pronto me encontré sola, sin planes, sin piso en Cuchilleros, sin mi bebé malhumorado y sin cena en el restaurante tailandés de moda. Daba vértigo. No veía nada. Estaba tendida en la lona. Y abrí los ojos y escuché el conteo del

árbitro. Uno, dos, tres... Hacia la derrota total. A toda velocidad. No podía ser. Jamás he visto un combate de boxeo. Era impensable que, en cambio, me viese a mí misma como un boxeador grogui y acabado. Era una niña buena de veintiún años con las fechas del calendario de mi vida ya marcadas. Eso que ahora veía. La nada. Era mi futuro. Marta, siempre ella, ¿comprende que la adore?, me lo dejó bien claro: puedes perder una enorme cantidad de tiempo en lamentos inútiles o puedes empezar a reconstruir desde ya. Marta era una aparente mosquita muerta llena de determinación. Primer paso: retirar los escombros. Marta dirigía las obras, ella era la capataza y yo la obediente operaria. A empezar de cero. Eché de menos a Javi, a Jorge y a David. No era fácil dejar de verlos, pero Marta lo consideró imprescindible. Eché de menos ir por el piso, ser novia de uno y madre del resto, preparar en aquella diminuta cocina mi especialidad, unos espaguetis carbonara que les enloquecían, jugar a un limón y medio limón o a cualquier otra memez de juego de borrachines hasta tumbarlos a todos, ser la chica del grupo, tan mona, tan mimada. Me resistí y entonces Marta ascendía al rango de mariscal de campo dirigiendo una guerra: Es necesario, tienes que hacerlo. Ponía voz de Churchill exigiéndome sangre, sudor y lágrimas hasta la victoria final. También echaba de menos a Oscar, claro. Le odié, me convencí de que todo era mentira, que nuestros polvos con fuegos artificiales y banda sonora de epopeya bíblica no eran para tanto, podían ser fácilmente sustituidos por un aquí te pillo, aquí te mato con esa zorra de Silvia. Le quería. Y una no deja de querer en un segundo, ¿no? Le quería matar, le quería abofetear, le quería desfigurar la cara con un cincel... y le quería. Me encontré con Silvia por la universitaria solo tres semanas después. Yo salía del metro y nos topamos de frente sin tiempo para esquivar miradas. Nunca habíamos sido amigas. Antes, coincidíamos en los bares a los que iba todo el mundo, a veces en el piso de los chicos, en aquelarres de Oscar, en algún concierto y en fiestas de cumpleaños en las que, sorpresa, se acababa tirando a mi novio. Nos llevábamos bien y ya está, juntas en grupo pero sin haber mantenido nunca una conversación de más de un par de minutos. Ahora, nos encontramos y ninguna de las dos supo qué decir. Ella abrió la boca, fue a hablar, se arrepintió y la volvió a cerrar. Yo también abrí la boca, con ánimo de decirle que estaba segura de que su madre y ella compartían una misma profesión. Me habría gustado

que me viniese a la cabeza alguna frase brillante, un insulto sofisticado, un bofetón dialéctico como solo Bette Davis habría soltado, pero como no se me ocurrió nada más original que llamarla puta, yo también la cerré. Así que solo nos miramos, una de esas breves miradas que nunca son tan elocuentes como una cree, y seguimos nuestro camino. Una curiosidad: probablemente nos hemos pasado las dos toda nuestra vida oyendo hablar la una de la otra, en conversaciones casuales, por amigos comunes, porque compartimos algunos círculos y relaciones, pero después de aquella mirada, nunca más nos hemos vuelto a ver. Solo deseo que ahora sea una vieja prematura y ridícula de labios recauchutados por el bótox, adicta al *limoncello,* con la vejiga desprendida, un culo como una mesa camilla y las tetas arrastrando. Venganzas femeninas, entiéndalo. Soy una niña buena, aún hoy, pero no soy ninguna tonta. Seguí mi camino, con Marta dirigiendo mis pasos. Y eso que ella no estaba para muchas alegrías. Ella me guiaba a mí, yo la guiaba a ella. Dos ciegas marcándole el camino la una a la otra, menuda pareja. Ambas vivíamos nuestros desastres amorosos llorando lágrimas que a veces eran también de risa porque la sensación de desgraciadas nos desbordaba, nos superaba hasta volvernos del revés. Marta había dado el paso. Había superado las barreras insuperables: los prejuicios, la vergüenza, la incertidumbre, la frustración de la clandestinidad, el miedo a ser rechazada, el vértigo de no serlo, el pánico de la primera vez, el terror al dedo que señala, las miradas de censura, los comentarios a su espalda, todo lo que aún le quedaba por aprender a tolerar de una sociedad anticuada, retrógrada y menos permisiva de lo que presumía de ser. Había luchado contra todo ello en silencio, ella sola, y eso la había hecho fuerte, le había forjado una sólida personalidad —una deslumbrante mezcla de humor ácido, determinación incólume y capacidad de resistencia, todo ello oculto bajo un caparazón de precavida y protectora distancia— que por entonces aún empezaba a asomar por detrás de la timidez y la astenia de sus años de estudiante. Y se había atrevido al fin a tener sus primeras relaciones. Lo peor de cada casa. A lo que no había aprendido aún Marta era a elegir. Marta, tan inteligente para todo como inútil para elegir amores, tenía en aquellos años ese olfato infalible para dar con las chicas más retorcidas, tormentosas, traumatizadas o directamente zumbadas que una pueda imaginar. Y

era un imán para todas ellas. Chicas que ella misma admitía que tenían el físico y la sensibilidad de un camionero de Kentucky, chicas a las que les aterraba tanto ser vistas con otra que perdían más tiempo en superar paranoias y fabricarse coartadas que en quererse, chicas liberadas que te despreciaban por novata y chicas novatas que te despreciaban por experta. Finales tristes, precipitados, sórdidos, inesperados. Citas en locales de escasa luz, de escasa gente, de escasa alegría. Y solo te cuento la mitad, me decía siempre Marta, como una muletilla, ya tocase reírnos o llorar. Vivía atrapada en aquel proceso sin fin: ilusión, decepción, vuelta a empezar, ilusión, decepción... Era una romántica apaleada con una fe ciega, siempre convencida de que esa última chica a la que acababa de conocer, la de los tres pendientes en cada oreja y el septum en la nariz y brazos de medalla olímpica en halterofilia o la que mata el tiempo muerto haciéndose cortes en los antebrazos con una cuchilla de afeitar o esa otra con un problema de cleptomanía que la lleva a pasar las tardes robando siempre cosas de color rojo, lo que fuera pero rojo, por las tiendas de Preciados serían, esta vez seguro, la princesa azul de un cuento de hadas al que no estaba dispuesta a renunciar. «Romanticismo autodestructivo», lo bautizamos. Reía y sufría y se burlaba de sí misma y nunca se autocompadecía y se pasaba el día recogiendo del suelo los trocitos pisoteados de su corazón roto. Pero nunca perdía la fe. Y trataba de convertirme a mí a esa misma fe. Lo primero, me decía, es superar lo que ella llamaba el «trauma físico». Se le ponía un tono como de maruja resabiada: Bonita, no nos engañemos, un clavo solo lo quita otro clavo. Vamos, que su tesis era que tenía que hacerlo con otro tío cuanto antes para no mitificar el sexo con Oscar, lo cual según ella podía derivar a su vez en una penosa frigidez crónica. Y no queremos eso, ¿verdad?, me decía. Cosas de Marta. Ya sabe, todos nos creemos grandes terapeutas para los demás, competencia desleal para usted. Tardé cuatro meses en hacerle caso. Salía con mis amigas, el comando atrapatíos, Meme al frente, las futuras perfectas esposas, como nos llamaban Oscar y los demás, de batida el viernes por la noche. Fingía que me apetecía. Dejaba que se me acercaran. Rituales de apareamiento en el Madrid posmoderno. Da para un documental de animalitos. Todo era aburrido sin Oscar. Aquellos chicos no tenían ni idea de qué podría ser el afán de posteridad, no tenían fantasías grandilocuentes ni sabían decir te quiero con la mirada, no prometían

una vida de incógnitas emocionantes ni un amor de canción de Whitney Houston, no tenían nada que ofrecer más allá de meterte la lengua hasta la laringe. Me volví una chica dura para espantarlos y, curiosamente, cuando más los castigaba más les atraía. Había también una parte de reto, de desafío. Yo era, al fin y al cabo, la exnovia de Oscar. Caza mayor. Dicen que él le puso los cuernos. Cuenta, cuenta. La historia era demasiado suculenta como para que no recorriera a la velocidad del rayo todas las habitaciones de todos los colegios mayores de Madrid. Y ella llegó y ahí estaba él en la cama con otra... Una historia así no puede fallar. Éxito de audiencia asegurado. Podía contarse una y otra vez, siempre interesaba. Podía incluso adornarse, ponerle unas gotas de ficción, enriquecerla con brillantes giros argumentales, ella les echó un vaso de agua fría por encima, le prendió fuego a la sábana mientras ellos seguían haciéndolo, se unió y montaron un trío que acabó en pelea, todo funcionaba. Y ser la protagonista de una historia tan sabrosa, incluso siendo la derrotada, despertaba un morbo en los chicos que disparaba mi cotización en las noches de bar y discoteca. La chica dura y con cuernos se convirtió en el reclamo perfecto de hienas, buitres, cazadores nocturnos, pajilleros desaforados, amantes del riesgo y hasta rendidos fans. Elegí a uno. Casi al azar. Solo por ser obediente con Marta. Busqué a uno que fuera guapito, que tuviera buena dentadura, que no babease ni por el alcohol ni por las ganas y que no pareciese ocultar ni traumas ni perversiones. Visitamos en su Panda azul el aparcamiento del Instituto Anatómico Forense a las dos de la madrugada. Destino tradicional para los amores de asiento de atrás. Y ahora usted estará esperando que le diga que fue una decepción, que en vez de ayudarme a olvidar aquella experiencia me recordó más aún a Oscar, que aquellos besos buscones no me hacían sentir como la caricia de los labios de Oscar, que regresé esa noche al colegio mayor sintiéndome sucia y desgraciada... Y una mierda, doctor. Con perdón, claro. Lo pasé en grande. Descubrí que había otro sexo que también me gustaba. El sexo sin música de violines. El sexo de Jacinto que a los quince no había sabido apreciar. Sexo de arreón, de embestida, sin promesas de eternidad, de culo agarrado fuerte y de cuerpos que no se fusionan con armonía, sino que se aplastan el uno contra el otro, compartiendo bocanadas de un aliento ansioso y gruñidos de pelea igualada. Sí, sí, claro que seguí siendo la niña buena de provincias. En cierto modo, a

mi edad, aún lo soy. No me convertí en una furibunda ninfómana ni nada por el estilo. Mi historia no es tan apasionante. Pero, a lo largo de los años siguientes, no dejaba pasar un tiempo excesivo sin darme algún gusto, la verdad. Compañeros de la Politécnica, alguna cita a ciegas, un amigo de la infancia que estaba de paso en Madrid, algún otro amigo de amigas, y un par de tipos que prefiero ni mencionar. Marta y yo nos contábamos cada aventura. Las suyas seguían incluyendo siempre amor y desengaño. Marta era una promiscua contra su voluntad. Las mías siempre incluían sexo placentero y rechazo al compromiso. Yo era una promiscua contenida. No, no estaba dispuesta a enamorarme. Esa era mi secuela. ¿Si creo que aún seguía enamorada de Oscar? No sabría decirle, para ser sincera. Solo sé que durante todos esos años mantuve la decisión de que el amor no merecía la pena. Ni recordarlo ni desearlo. La chica cuyo sueño, ese eterno femenino, era edificar, como buena arquitecta, un amor tan alto como el mayor de los rascacielos, desafiante en su firmeza, ostentoso en su esplendor, había dejado de soñar. Ninguno de aquellos amoríos efímeros llegó a ser siquiera una auténtica relación. Al menos, aquella fue la única etapa de mi vida en que viví sin la carga de secretos. Como mucho, una culpa apenas latente, estigma del colegio de monjas, por incumplir con demasiada frecuencia el sexto mandamiento. Suena bastante bien todo, ¿no? Una mañana abrí la puerta de mi pequeño y coqueto apartamento de soltera (nunca llegué a vivir en la zona de la plaza Mayor, me instalé en la más prosaica calle de Guzmán el Bueno), de vuelta de pasar un fin de semana en Córdoba, AVE y mezquita, patios de flores, fino y salmorejo, dos polvos nocturnos y uno matinal y un profesor de Bellas Artes que sabía más de arte islámico que de dar placer a una mujer. Dejé la bolsa de viaje encima de mi cama y me desnudé y me metí en la ducha y cuando salí de debajo del agua me di cuenta de que, de pronto, era otra persona. Créame, fue así de repentino. No era ninguna fecha señalada, no había ningún motivo especial, pero fue en ese instante que le digo. Salí de la ducha y me miré en el espejo y me sonreí. El duelo acababa de terminar. Lo comprendí de inmediato. Había estado jodida. Mucho más de lo que pensaba y de lo que nunca me habría admitido a mí misma. Durante aquellos años, había vivido sin sueños, sin secretos, pero también sin alma y sin ser yo. Desde aquella noche de la fiesta de cumpleaños, desde aquella putada de

dimensiones colosales. Había tenido que recorrer todo aquel trecho de vida, arrancar en mi carrera como arquitecta, pasar por dos estudios y un máster, acostarme con un puñado de desconocidos que siguieron siendo desconocidos después de acostarme con ellos, dar consuelo a Marta sin entender sus desconsuelos porque yo ya no jugaba a enamorarme y perder, abandonar a amigos a los que quería, construir una nueva red de afectos superficiales, en definitiva, había tenido que crecer. Y ahora estaba allí. Y todos esos años que en apariencia habían sido intensos e interesantes, repletos de vivencias, de anécdotas, años de libertad y de aprendizaje, aquella mañana solo me parecieron un tiempo infinito de soledad. Pero ahí estaba y había sobrevivido. Lista para dejar de ser quien no era. Es curioso, ¿no le parece? Estaba lista para abandonar una vida que cualquiera consideraría envidiable (apartamento, trabajo, sueldo, amantes a escoger, ninguna esclavitud) para volver a una vida de compromisos, dudas y apuestas inciertas. Pero esa era yo. Y quería volver a ser yo. Llamé a Marta. Tomé el mando. Le dije que solía escucharle sus escabrosas y siempre fallidas historias amorosas sin juzgarla ni aleccionarla, pero que ya estaba bien. Le dije que tenía que dejar de inmediato a la imbécil con la que estaba en ese momento, una decoradora de interiores siete años mayor que ella, malencarada y dominante, que la tenía sometida con su ordeno y mando de estricta gobernanta. Se acabó. Para las dos. Podíamos vivir sin pareja hasta que apareciese alguien que de verdad mereciese la pena. Y Marta me hizo caso. Llamé a Javi. Le dije que ya estaba bien de vernos solo él y yo en citas casi secretas, culpables, como si fuésemos nosotros los traidores, y que se encargase de montar una cena con Jorge y David y que yo llamaría a Pilar, a Meme y al resto de las amigas del pasado y que, a partir de ahora, recuperaríamos todos el contacto porque era imperdonable que nuestra amistad se perdiese para siempre. Llamé a mi jefe en el estudio, un arquitecto casado que se me había insinuado unas quinientas veces y al que había rechazado las quinientas porque nunca he tenido querencia por los mediocres engreídos y eso era él, como arquitecto y como candidato a amante, y le dije que dejaba el estudio, que ya me había hartado, que no quería renunciar al tipo de arquitectura a la que deseaba dedicarme y que, desde luego, este no consistía en diseñar urbanizaciones en las afueras preocupándonos más de que cupieran piscina y pista de pádel que un puñetero sistema

de energía solar. Y por último llamé a Arturo. Arturo era un ingeniero de caminos con el que había tenido trato durante la elaboración de un proyecto a medias entre su despacho y mi estudio. Era alto, guapo, serio y con pinta de no ir a ponerte los cuernos con un zorrón al final de su fiesta de cumpleaños. Nos habíamos caído bien durante las semanas que trabajamos juntos. Tenía un sentido del humor simplón. Nada que temer a la vista: le gustaban Bach, Stephen King y Julia Roberts. Había tenido la sensación de que yo también le gustaba. Pero nunca había dado un paso. Quise pensar que era de los que respetaban la regla esa de no mezclar trabajo y placer y que solo por eso no intentaba nada. Yo también lo respeté. Parecía noble y vulnerable. En la época en que le conocí, no me veía a mí misma como una compañía recomendable para hombres nobles y vulnerables. Tuve la sensación de que si forzaba las cosas acabaría partiéndole el corazón y aquel buen chico no se merecía eso. Ahora sería diferente. Le llamé y le dije lo clásico, que hacía mucho que no nos veíamos, que me había acordado de pronto de él, que si le apetecía que nos tomásemos algo uno de estos días. Nos casamos dos años después. En la iglesia de Santa María la Antigua de Valladolid. Yo llevaba un precioso traje de novia, blanco por supuesto, él un chaqué que le sentaba de maravilla. Doscientos cincuenta invitados. Mis padres, entusiasmados. Mi madre me confesó que ya había perdido la esperanza de que algún día me casase como es debido, es decir, como lo hice, respetando todas las tradiciones sin dejarme ni una. Eterno femenino a tope. Vals con papá, vivan los novios, una conga y *Paquito el Chocolatero* como gran desmadre final. Aquella noche, Meme, que aún no se había casado con su viejo rico y moribundo, aunque ya le había echado el ojo, se lio con uno de los guitarristas de la orquesta, que probablemente iba a recordar aquella conquista durante el resto de su vida. Marta se enamoró perdidamente de una prima mía con la que vivió una historia clandestina durante un par de meses que, para variar, acabó dejándole el corazón hecho migas. Arturo y yo nos compramos un piso en Príncipe de Vergara y nos hipotecamos de por vida. Esa era yo ahora. Una mujer de treinta años con la vida hipotecada. Lo que siempre había soñado. Incapaz de comprender que esos años que entonces me parecían un oscuro túnel del que había logrado salir habían sido, en realidad, los mejores de mi vida. Somos tan ciegos a veces, ¿verdad? Cumplí mis sueños. Arquitecta y esposa. Un año y medio después de la

boda, tuve a mi primer hijo. Una niña. Había retomado la senda de lo previsible. Y, con ella, los secretos estaban de vuelta en mi vida.

Me miré en el espejo. El *blazer* era de una tela suave de color marrón claro. La camisa, de un agradable lino azul pálido. El pantalón, un chino de un *beige* verdoso. Hay que joderse: estaba guapísimo. Aquel estilo entre informal y elegante me quedaba de maravilla, me daba el aspecto de uno de esos cuarentones atractivos que aparece en la televisión paseando por su jardín, mira a la cámara con confianza y te dice «le voy a recomendar el plan de pensiones que usted necesita» y tú le escuchas y haces caso a su recomendación porque, caramba, el tipo es guapo y resulta de fiar y tiene aspecto de estar encantado con su vida y con su plan de pensiones.

En aquella casa todo tenía pinta de anuncio, ahora yo también.

Salí del baño y bajé al salón y Silvia sonrió al verme porque, claro, con sus ropas, debía recordarle al arrollador dentista que tan feliz la hacía.

—Ya te dije que te valdrían —me dijo echándome un vistazo.

—De verdad, no hacía falta.

—Claro, era mejor que te quedaras con la ropa empapada.

Quería irme de allí. Y no solo porque me sintiese incómodo. Nada más salir de la piscina, aún en el jardín, mientras ella llevaba en brazos a su hija al interior de la casa, mi cerebro ya se había puesto a funcionar a toda velocidad por puro instinto de supervivencia. Construí la historia en un segundo. Conducía por la zona casualmente, camino de casa de un amigo, y al pasar por delante de la casa recordé que un conocido me había comentado que ella vivía allí y pensé: «¿Por qué no?». Iba sin prisa, solo sería un minuto, sería agradable saludarnos después de tanto tiempo. Aparqué y estaba yendo a la entrada y me asomé un momento por encima del seto y justo en ese instante vi a la niña caer a la piscina. Silvia lo aceptó sin pestañear. Esa parte de la incomodidad superada, al menos esa. Me insistió en dejarme ropa seca de su marido y, ahora, al verme con ella, sonreía encantada, como si fuese lo más normal del mundo que yo estuviese

allí, en el salón de su casa, disfrazado del dentista, después de unos diez años sin vernos y unos veinte sin haber hablado más de una hora seguida.

Arrancamos a trompicones.

Ella: Esta es la pequeña, tenemos otro que ahora está en clase de judo y luego se va a dormir a casa de un amiguito, les encantan esos planes, la niña pinta ya acuarelas, ahora te enseño, ni te imaginas lo bien que lo hace, ¿tienes también hijos?, te casaste, ¿verdad?, ¿hace mucho que volviste a Madrid?, ¿y escribiste por fin alguna de esas grandes novelas que asegurabas que ibas a escribir?, Dios mío, sé tan poco de ti.

Yo: Mi hijo se llama Hugo y no sé si pinta o si le gusta prenderles fuego a los gatos porque vive en Londres y le veo un fin de semana cada mil años, Klaus podría informarte mejor, y sí, escribí una mierda de novela con una mierda de título que ya veo que ni has oído hablar de ella, igual que el resto del mundo, y me da igual cuántos hijos tienes y sus talentos, me da igual si son los nuevos Bruce Lee y Frida Kahlo porque no son hijos míos y deberían serlo porque yo te quería, pero tú no me hiciste ni puñetero caso.

No, por supuesto que no dije nada de eso.

Sonreí y le tracé un superficial esbozo de una vida tranquila y feliz que sí, incluía un dulce proceso de divorcio amistoso y a un niño al que le estaban haciendo unas pruebas porque tenía problemas en el colegio, ya que al parecer era superdotado, y le prometí que le regalaría un ejemplar dedicado de *Luces de atardecer*.

Ella se emocionó de pronto y hasta se le escapó una lagrimilla cuando su hija apareció en el salón, ya seca y cambiada de ropa también, acompañada de una criada filipina (no dominicana, como habría apostado, pero a la que en todo caso odié porque, si hubiese hecho bien su trabajo de cuidar de una niña de cuatro años que monta en una moto de plástico junto a una piscina, me habría librado de aquella espantosa situación).

—Dios mío, Javi, le has salvado la vida a mi hija.

Quería irme. Quería salir corriendo de allí. Pero no, no por la humillación que sentía a causa de todo el numerito de la piscina. Ni porque me cabreara llevar puestas unas prendas que seguro que ella le arrancaba al dentista, enfebrecida de amor y pasión, y que a mí me iba a dejar puestas. Ni por lo repelente que me parecía todo en aquel

salón (sí, propio también de un anuncio, este de tienda de muebles para felices familias de clase media alta, claro) con sus enormes libros de Taschen sobre pintura impresionista y escultura renacentista en la mesa de centro que nadie abriría nunca y un sólido elefantito hecho con piezas de cuero ocre cosidas con bastos costurones, traído probablemente de un viaje a la India (donde seguro que también hicieron el amor a la luz del atardecer de Jaipur y del amanecer de Udaipur) y un espejo de reflejo ahumado cubriendo toda una pared y devolviendo mi imagen vestido de dentista en fin de semana y la de la niña válida para todos los anuncios y la de la mamá preciosa, espléndida, feliz esposa, mamá ejemplar, sin un gramo de más bajo sus mallas ni una sola cana en sus mechas impecables. No, no quería irme ni por la envidia ni por los celos ni por el ridículo. Era aún peor. Quería irme porque nada más salir de la piscina, de pie en el borde, formándose un charco alrededor de mis pies, pensando ya a mil por hora a ver qué digo yo ahora, miré a Silvia, la primera vez tras años, tras los millones de minutos acumulados de vidas distanciadas, y comprobé que seguía loco por ella, que al instante había vuelto a convertirme en un estúpido pelele enamorado, una marioneta desarbolada esperando que ella moviese sus hilos, todavía un idiota a su servicio deseando que hiciese de mí lo que quisiera. Quería irme. Salir corriendo de allí y seguir corriendo durante horas, aterrado, presa del pánico, sin mirar atrás ni una sola vez.

—¡Dios mío, Javi, le has salvado la vida a nuestra hija!

Lo dijo exactamente con la misma entonación que la primera vez. Tan solo cambió el «mi» por «nuestra». También había cambiado que ya no estábamos los dos y la niña. Habíamos pasado media hora actualizándonos, a la niña se la había llevado la filipina a cenar a la cocina, había sonado el crujido de la cerradura de la entrada al abrirse y había aparecido el dentista en el salón.

Me miró con curiosidad, sin identificarme, supongo que solo intrigado de por qué estaba en su salón un tipo vestido con una ropa que le recordaba a la suya. Silvia se emocionó al contarle lo ocurrido. Él puso cara de pasmo. Yo dije: «Por favor, no ha sido para tanto». Y Silvia ya no pudo contener más las emociones de la tarde, la barbilla le tembló descontrolada, las lágrimas fluyeron sin freno, y lo dijo:

—¡Dios mío, Javi, le has salvado la vida a nuestra hija!

Y las cosas siguieron empeorando. Víctor vino hacia mí y yo temí

que fuese para pedirme que me quitase en ese mismo instante la chaqueta o, peor aún, sus pantalones. Pero, en lugar de eso, me dio un fuerte, sentido, interminable abrazo al que no respondí, primero porque me pilló por sorpresa y, segundo, por mi bloqueo con las efusiones físicas, en especial con el tipo al que amaba el amor de mi vida.

—Bueno, pues ahora que ya he salvado a vuestra hija, creo que es hora de irme. Puede haber otros niños por ahí que también necesiten que los salve...

No lo logré. Al contrario, la situación empeoró. Por favor, quédate a cenar. Cancela tu otra cita. Tenemos tanto que contarnos. Víctor dijo que subía a cambiarse. Le dije que no buscase su chaqueta marrón y su pantalón *beige* verdoso porque los llevaba puestos yo y le pareció graciosísimo. Silvia se acercó a la cocina a dar instrucciones para la cena. Yo me quedé solo en el salón, se suponía que llamando al amigo que me estaría esperando para decirle que ya no me esperase nunca más, que había encontrado un hogar maravilloso y a una familia maravillosa que parecía dispuesta a adoptarme y que me quedaría allí con ellos para siempre, colorín colorado. Miré a través de la cristalera, al jardín ya iluminado por unos focos de luz cálida, y me planteé echar a correr deshaciendo el camino hecho cuando corrí a salvar a la niña.

Cenamos los tres. Yo me había negado a ir a su boda, me había ido a Bruselas durante toda una década para poner distancia con ellos, me había casado, había recorrido el tortuoso sendero hasta el fracaso matrimonial, había luchado conmigo mismo por superar rencores y alegrarme sin lastres por el éxito de Oscar, había fracasado como escritor, estaba de nuevo en Madrid y mis dos únicos amigos cercanos seguían siendo Jorge y David. Todo eso era toda una vida. Y, al final, resultaba que la había vivido para nada, para acabar cenando con Silvia y el dentista al que conoció en La Vía Láctea apenas dos horas antes de acostarse con Oscar y poner con ello patas arriba la vida de todos nosotros. Dios se divertía a mi costa, estaba claro.

Lo peor fue que Víctor me gustó. Era menos estirado, menos acartonado, menos monocromático de lo que yo siempre había pensado y deseado. Llevó el peso de la conversación y lo hizo con soltura. Al menos, no hablaba solo de caries, coronas y endodoncias. Aunque apenas conservé recuerdos concretos de lo que hablamos, me

quedó el regusto de una conversación fluida y amena. Me preguntó a qué me dedicaba en ese momento y le contesté que estaba sin trabajo (verdad) y barajando opciones (mentira), contó varias anécdotas familiares, algo sobre un accidente doméstico en vacaciones relacionado con la repentina explosión de una barca hinchable y sobre un perro que tuvieron que se alimentaba de comerse los zapatos de Silvia y sobre cómo el niño o la niña, no me enteré, le dio una vez una patada en la entrepierna a un colega cuando fueron a hacerle su primer empaste y salió huyendo del sillón y los dos rieron con cada recuerdo, así que yo me reí también. No le prestaba verdadera atención. Estaba demasiado ocupado en evitar que mi mirada se quedase atrapada en la cara de Silvia, que estaba guapa a rabiar, con una belleza nueva, una belleza pausada, sin la picardía de antes, belleza de mamá de niño judoca y niña pintora, la belleza que uno empieza a apreciar cuando ya tiene treinta y nueve. Me daba miedo que si me descuidaba y la miraba de más acabaran él o ella dándose cuenta de lo mismo de lo que ya me había dado cuenta yo: que aún me temblaban las piernas y el alma con solo mirarla.

Hubo breves instantes incómodos. Víctor dio un par de saltos al pasado, a los años de universidad. No te recuerdo en aquella época apenas, me dijo. Claro que no, pensé yo, porque desde que tu adorable esposa se acostó con mi mejor amigo la misma noche que te conoció, decidí mantenerme lo más lejos posible de ella, y así ha sido hasta hoy. Claro que no, pensé también, porque ella nunca te habrá hablado de quién fue durante casi todos aquellos años su mejor amigo, su seguro servidor, el que la recogía del suelo, la ponía en pie y la hacía echar a andar otra vez, siempre en dirección a los brazos de otro, y ella tampoco habrá mencionado que nunca volvió a llamar, a buscarme, a necesitarme, una vez que apareciste tú.

Cada vez que Víctor mencionó el pasado, Silvia hizo un quite habilidoso. Él hablaba con la despreocupación del ignorante. Ella lo esquivaba con el azoramiento del culpable. Pero, más allá de esos momentos, aquella perturbadora cena acabó teniendo un clima acogedor y entretenido. Ambos demostraron ser entrenados anfitriones y el brindis final con un tinto de primera fue por el héroe que había salvado a su hija y por una amistad recuperada por aquel avatar del destino.

Cuando, una vez terminada la velada, regresé del baño, de haber

vuelto a ponerme mi ropa, ya seca, Víctor me pidió mi número de teléfono y me aseguró que seguiríamos en contacto. Silvia se ofreció a acompañarme hasta el coche. Hace una noche agradable, me vendrá bien caminar un poco después de tanto vino, dijo. Víctor me despidió en la puerta de la casa, nos dejó aquellos minutos a solas a los dos viejos amigos.

Silvia y yo caminamos bajo la escasa luz de unas farolas distantes.

—¿He cambiado mucho? —me preguntó con la coquetería inocente e inevitable de una mujer asomándose a los cuarenta.

Le dije que no, claro, que estaba estupenda, con el tono de piropo inocente de un hombre inofensivo. Pero ella lo repitió, y esta vez no fue pregunta, sino afirmación:

—He cambiado mucho.

Entendí y asentí.

—Todos hemos cambiado mucho —dije yo, sin buscar dobles sentidos, tan solo para consolarla, aunque en aquel momento yo tenía la sensación de no haber cambiado ni lo más mínimo, de seguir siendo aquel mismo bobo que solo deseaba abrazarla, cuidar de ella, protegerla a pesar de que ella nunca necesitó ser protegida.

Llegamos hasta el coche y nos despedimos con dos besos y yo estaba ya a medio subirme, reteniendo las ganas voraces de decirle que abandonara aquella casa que daba repelús de tan perfecta y a aquella niña que podía ser toda una artista pero que no tenía ni idea de montar en motos de plástico y a aquel dentista, aunque tuviese que admitir que me gustaba, y que se subiese al coche conmigo porque quería irme con ella a cualquier sitio porque, ya se sabe, siempre quise dejar un día esta ciudad, cruzar el mar en su compañía. Y ella me miró y sonrió comprensiva, y dijo:

—No ha sido casualidad, ¿verdad?

Me encogí de hombros y terminé de subirme al coche. Ella me dijo adiós con la mano, se dio media vuelta y regresó a su casa.

Arranqué y me marché y mi pequeño Peugeot 207 de segunda mano, cinco velocidades, noventa y cinco caballos y varios arañazos en la carrocería porque nunca se me dio bien aparcar, me pareció aquella noche un Cadillac solitario.

El castillo se alzaba en medio del jardín en todo su esplendor. Los muros, almenas y torreones estaban decorados con reproducciones de personajes de Disney de todas las épocas. Tarzán se encaramaba a una de las torres, Lilo era perseguida por Stitch bajo un balcón también dibujado, Blancanieves se asomaba con expresión de inocente sorpresa desde detrás del puente levadizo y una sensual Pocahontas se apoyaba en una almena viendo pasar nadando en el aire a Ariel, la sirenita. Tratar de epatar a tus invitados con el casoplón, la pradera que era tu jardín, la piscina de dimensiones casi olímpicas, el Audi y el Cayenne aparcados en un garaje abierto que permitiese verlos al entrar, el mobiliario de lujo barroco o el cuerpo de servicio uniformado podía ser una horterada. Querer impresionarlos también con un castillo hinchable que buscaba competir en tamaño y grandeza con los de Chambord o Chenonceau tenía algo de ruin.

Se celebraba la fiesta de cumpleaños de Julito, el hijo menor de Jorge y Raquel. Por supuesto, en la casa de los abuelos maternos del niño. Los asistentes éramos una mezcla de amigos de los padres (los menos), invitados por uno u otro con la esperanza de que lo pasásemos bien, y de clientes y colegas de don Miguel (la mayoría), con los que lo único que le importaba a este era quedar bien. El suegro de Jorge nunca hacía nada sin tratar de sacar algún tipo de rédito profesional, incluida aquella fiesta para más de cien invitados reunidos para celebrar que un niño cumplía cuatro años.

A la treintena de niños los entretenía una joven animadora disfrazada de la Bella Durmiente que atraía las lujuriosas miradas de todos los papás y un mago de frac y bombín que no conseguía atraer la atención de ningún crío hinchando globos de colores a los que daba forma de perro salchicha o de espada medieval. Los invitados adultos, cerca de ochenta, nos distribuíamos en grupos pequeños alrededor del castillo, rondando las mesas con canapés y vaciando en cuanto aparecían las bandejas con bebidas que traían las chicas con cofia

desde el interior de la casa.

Mi grupo lo formábamos Blanca y Marta, Laura y su marido, cuyo nombre nunca he logrado memorizar, David y su novia en el mundo real, la teclista de carrera fallida Cecilia, y yo, que había acudido sin pareja ni hijo porque hacía ya meses que la primera se había ido a Londres llevándose al segundo. Blanca había ido con sus dos hijos, que también estaban en edad de castillos y princesas, pero en un alarde de generosidad había liberado a su marido, Arturo, de la obligación de acompañarla con no recuerdo qué excusa, que en todo caso sonó a muy falsa, y había logrado convencer a Marta de que viniera en su lugar. Laura y su marido eran una agradable aunque sosaina pareja de abogados, ella compañera de las otras en el colegio mayor y asistente habitual a nuestras periódicas cenas de grupo, que habían aportado también dos niñas. A Cecilia la conocimos todos aquel día. Era la primera vez que David aparecía con pareja. Cecilia era un nombre que a mí me sonaba a mujer encantadora, así que me pareció que no le pegaba nada a aquella chica vestida con un pantalón y una camiseta negros, sin más, sin ninguna decoración o dibujo o estampado o siquiera botones que los alegrasen un poco, con el pelo recogido en algo a medio camino entre el moño y la coleta, labios también muy oscuros aunque los llevaba sin pintar, un ligero sobrepeso que la poca gracia de su ropa hacía parecer mayor, un pequeño brillante incrustado en la aleta derecha de su nariz y una permanente expresión facial a medio camino entre el asco y el aburrimiento que durante la primera hora creí que la inspiraba aquella fiesta hasta que me di cuenta de que no era realmente una expresión, sino su cara normal cuando no mostraba expresión alguna. David y ella no se separaban ni un segundo, pero apenas cruzaban palabras o miradas.

Me dediqué a charlar con Marta. No nos veíamos desde los tiempos de la universidad, porque ella no solía venir a los reencuentros de los de entonces. Marta, según me contaría Blanca después, tenía unas reglas de comportamiento social muy estrictas y practicaba una peculiar sociopatía que, entre otras muchas manías, la hacía rechazar cualquier comida o cena con más de tres personas que la obligase a permanecer atrapada en una mesa. Nuestro trato, ya en el pasado, había sido escaso después de que quedáramos un par de veces para ir al cine, unas citas promovidas por Blanca, que durante una temporada estuvo intentando emparejarnos. Para la primera de

aquellas salidas, había invitado a Marta a ver en el cine Dúplex un programa doble de los Hermanos Marx, en la ópera y en el Oeste, y la segunda vez eligió ella un rollazo polaco subtitulado en los Alphaville, cuyo título ni siquiera retuve. Esa segunda tarde, nos tomamos algo en la acogedora cafetería de los cines y allí admitimos ambos que no le veíamos ningún futuro romántico a aquellas citas, agradables pero asépticas, y nos reímos decidiendo quién se ocuparía de darle la mala noticia a Blanca, que parecía estar más ilusionada con nosotros que nosotros mismos, y concluimos que seguiríamos buscando en otras partes a alguien mejor que cada uno para el otro. Aquella honesta conversación de ruptura sin haber sido antes una pareja acabó siendo más divertida y haciéndonos reír más que todas las agarrotadas conversaciones anteriores. Quitada la presión, vi a Marta como no la había visto hasta entonces y, volviendo en el metro a la zona universitaria, estuve incluso a punto de intentar besarla. Ahora, pasados tantos años desde aquello, Marta había dejado de ser la chica retraída, con un aire entre triste y asustado, de entonces. Me gustó cómo había crecido. Era una mujer endurecida, bien plantada, con una sólida presencia y un sentido del humor con un sarcasmo sin compasión. Me definió al mago como una mezcla entre un nieto de Charles Chaplin abandonado en un hospicio y un alumno repetidor del primo torpe de David Copperfield. De la Bella Durmiente me dijo que, bajo su angelical sonrisa enmarcada en bucles dorados, tenía pinta de estar acostumbrada a convertir con su varita a aquellos padres fetichistas en canapés de carne cruda. Y de don Miguel, que se paseaba ufano ante nosotros de grupo en grupo, puro en mano, palmoteando espaldas y riendo con estruendo a comentarios sin gracia, me comentó que solo había que mirarle para ver que se relacionaba con la gente como un tratante con el ganado, que podía imaginarle abriendo la boca a sus invitados para comprobar el estado de su dentadura y escrutando la limpieza del interior de sus orejas y hasta sopesando manualmente sus genitales para ver si le podía interesar adquirirlos o no. Blanca tenía razón cuando me insistió en que viniera, me dijo, aquí hay toda una fauna que resulta apasionante contemplar. No quise saber si eso nos incluía a sus compañeros de grupito. Pero ella me gustó. Hasta me planteé intentar algo. Al fin y al cabo, desde que Jackie se había marchado yo había vivido en la abstinencia, que no consideraba interrumpida por varios encuentros

imaginarios aunque culminados con Julie Delpy, la cual me tenía por entonces cautivado desde que había ido al cine a ver *Antes del amanecer,* una tarde en que el ánimo me pedía una sesión de melancolía y autocompasión a solas. Además, acababa de cenar en casa de Silvia con ella y su marido y los celos me incitaban a buscar un sexo vengativo que poco tendría de venganza porque era obvio que, de tener conocimiento de ello, a Silvia le traería por completo sin cuidado. No llegué a dar paso alguno y cuando la fiesta ya estaba avanzada y todo nuestro grupo (a excepción de Blanca, que seguía teniendo una resistencia sobrehumana al alcohol, y el marido de Laura cuyo nombre no dejaba recuerdo, que solo bebía Bitter Kas) estábamos ya algo borrachos, Marta tuvo la generosidad de decirme, conteniendo más la risa y menos su afilado sarcasmo: «No te sientas fracasado ni porque no consiguieras ligar conmigo entonces ni porque tampoco vayas a conseguirlo hoy. Soy lesbiana». Le agradecí, imitando su sorna, que le evitara aquel pesar a mi ego, tanto por mi fracaso de antaño como por el inminente, y le pregunté si, una vez puestas las cartas sobre la mesa, le importaría que lo intentase por si acaso y a ella eso le hizo gracia y a mí me gustó que se riera (siempre he disfrutado haciendo al menos reír a las mujeres, dada mi dificultad para hacerlas amarme) y me dijo que me situaba en cabeza de la lista de candidatos si alguna vez decidía regresar a la ortodoxia sexual judeocristiana, pero que no tuviera demasiadas esperanzas de que eso ocurriera, que solo había que echar un vistazo al ganado masculino que nos rodeaba para desechar de inmediato la idea, y nos caímos aún mejor.

Nos llegó —y se suponía que eso era un gran honor— el momento en que don Miguel se acercó a nuestro grupo (que en un alarde de antipatía no había hecho el menor esfuerzo por socializar con ningún otro) a agasajarnos con su invasiva presencia. Aunque le conocía como si compartiéramos el día a día, dado que Jorge se dedicaba a hablar de él —sobre todo como objetivo de su vocación de asesino— buena parte de nuestras comidas, en realidad yo había coincidido con don Miguel muy pocas veces, en la boda de Jorge y Raquel, en algún otro evento infantil previo y poco más, y en todos se había esforzado con ahínco en demostrar lo mucho que nos despreciaba a los amigotes de ese yerno al que también despreciaba, a excepción, por supuesto, de Oscar.

—¿Y qué, muchacho? —me dijo, cuando llegó mi turno de palmada en la espalda, con ese tono de paternalista superioridad con el que a lo sumo se puede hablar a un adolescente, pero que me resultaba inadmisible con un tipo como yo, que peinaba ya sus primeras canas—. ¿Tú, qué? ¿Sigues sin trabajar? Porque a vuestra edad hay que ir pensando en arremangarse un poco y hacer algo útil, ¿me entiendes?

—Le entiendo, don Miguel. Solo estoy pasando una etapa de transición.

—¡Hay que joderse el muchacho con la etapa de transición de los cojones! —bramó con tal fuerza que me pareció que buscaba ser oído por todos los invitados—. ¡Cincuenta y tres años llevo yo dejándome la piel en el trabajo! ¡Desde los trece años! Y ni un solo día de etapa de transición he tenido, ¿me entiendes?

Luego, le tocó el turno a David.

—¿Y tú? —le espetó con mayor desprecio aún que a mí.

—Yo nada, señor. Yo sigo siendo un parásito social, como usted mismo me definió con tanto acierto y precisión la última vez que nos vimos, ya borracho usted y ya drogado yo, para más señas en el bautizo de este mismo nieto suyo que hoy cumple años.

Don Miguel se le quedó mirando sin saber si aquel tono de engolado respeto era sincero o burlón y, sin ser capaz de decidirse, respondió con una de sus sonoras risotadas.

—Mira que se lo tengo dicho a Jorge. El que vale es ese otro amigo vuestro, el que anda por África. Una pena que le haya dado por la caridad con los negros, ¿me entiendes? Si quisiese dedicarse a las finanzas, tardaba yo poco en despedir al pichafloja de mi yerno y contratarle a él.

Otra alborozada risotada subrayó aquella muestra de cariño y lealtad a Jorge y, con eso, dio por terminada su audiencia con nosotros y se fue en busca de otro grupo. Nosotros nos apresuramos a llamar a una de las chicas con cofia y bandeja y le pedimos que nos trajese una ronda de copas, lo que fuese, cuanto antes, pero en todo caso muy cargadas.

Acabamos muy borrachos, con esa precaria seriedad con que uno oculta las borracheras en presencia de niños. Nosotros y buena parte de los invitados adultos. Habíamos llegado a esa edad en la que ya no te emborrachas en oscuros garitos de madrugada, sino en fiestas

infantiles de media tarde. En aquella, interminable, no faltó de nada y todo ello habría sido difícil de soportar permaneciendo sobrio. Hubo tarta de cuatro chocolates, una piñata con forma de burrito azul tan enorme que el pequeño Julito no lograba reventarle las tripas con un bate y, cuando estaba a punto de estallar en un llanto desesperado, su abuelo consintió en que le ayudara su hermano mayor, Miguelito, un niño de once años al borde de la obesidad mórbida que era clavado a su padre, pero que todos decían en la familia que era igualito que su abuelo para darle gusto a este. A Jorge le vi separar varias peleas entre niños y correr despavorido en busca de gasa y tiritas y agua oxigenada para una niña que tropezó y se hizo un raspón, pero berreaba como si le hubiesen amputado la pierna de cuajo. Al mago le tocó actuar cuando el ambiente empezaba a desbocarse para tratar de calmar un poco a los niños y pareció quedar al borde del llanto cuando una cría con cara de sabionda descubrió uno de sus trucos con unas monedas y lo desveló a voz en grito y todos los demás niños aplaudieron a la cría y le abuchearon a él. Marta y yo nos lo pasamos en grande contemplando a los papás que, envalentonados por la bebida, se acercaban con intenciones poco limpias a hablar con la Bella Durmiente, la cual, a pesar de su juventud, y principesca inocencia, se los quitaba de encima con soltura y habilidad, sin duda curtida ya en muchas fiestas infantiles.

Raquel, a la que no se veía tan atareada como a Jorge, refugiada en un grupo de amigas que se parecían todas a ella, no se nos acercó hasta muy avanzada la fiesta. Nunca le habíamos caído bien y nunca había sentido la necesidad de disimularlo. Nos saludó con un escueto «hola» y luego se encaró a David.

—Oye, ¿qué es lo que has fumado en el baño? He ido detrás de ti y lo he olido.

—¿Entras a oler los baños después de cada persona que los usa? —le preguntó David.

—Te has fumado un porro en el baño que usan los niños.

—Pensé que no querrías que me lo fumara aquí en el jardín, a la vista de todos.

Fue la primera vez en toda la tarde que vi a Cecilia sonreír y, a pesar de ello, no se le quitó de la cara la expresión de aburrimiento y desdén. Era complicado descifrar aquella sonrisa aburrida y desdeñosa.

Jorge acabó hartándose de estar al servicio de niños cada vez más exigentes y protestones, abandonó a su suerte a dos de ellos que se peleaban por la última piruleta aún sin dueño surgida de los intestinos del burrito azul y vino a buscarme.

—Quiero enseñarte algo.

Fui tras él. Rodeamos la casa hasta llegar a la parte delantera, a una explanada lateral de suelo de gravilla donde estaba aparcado su coche. Pulsó un pequeño mando a distancia y los cuatro intermitentes pitaron y parpadearon a la vez para anunciar que estaba abierto. Nos sentamos en los asientos delanteros, él tras el volante, yo a su lado.

—No debería haber aceptado acompañarte —le dije—. No pienso acabar esta fiesta enrollándome contigo en tu coche, que lo sepas.

—No seas tan gracioso y mira esto.

Estiró el brazo y abrió la guantera y sacó un estuche negro de piel. Descorrió la cremallera y me mostró su interior. Una pistola de color plateado. No entiendo nada de armas, pero aquella era una pistola buena, de protagonista de película de policías de alto presupuesto.

—¿Qué te parece? —me preguntó Jorge mostrándome el arma con la ilusión y el deseo de impresionar de quien muestra su más preciada posesión.

—Me parece que estás como una cabra, tío.

—Acabo de comprarla. Sin papeles, sin registro, sin licencia... No me preguntes cómo —añadió, deseando que se lo preguntase.

—No pensaba hacerlo.

Cerré los ojos y respiré hondo, como si la entrada de oxígeno en mis pulmones fuese a quitarme la borrachera y despejarme, que era lo que deseaba ahora.

—Oye, esto ya no es una broma.

—Nunca lo fue.

—No puedes cargarte a tu suegro.

—Tú has visto esta tarde cómo es.

—Le he visto. Y es un tipo que te da ganas inmediatas de someterle a algún tipo de tortura, de las más dolorosas. Pero no puedes asesinarle.

Jorge observó su pistola con admiración.

—No lo sé, Javi.

—Líbrate de esa mierda cuanto antes —le dije señalando la

pistola, que a la luz del atardecer tenía un brillo metálico siniestro—. No me parece gracioso.

—No sé si me decidiré a hacerlo, Javi —me dijo Jorge sin escucharme—. Solo quiero estar preparado. Por si me decido. Esta pistola me da esperanza.

Jorge era tonto. Era un genio para las finanzas, pero era tonto. Siempre lo había sido. No entendía las reglas que rigen el universo. No sabía aplicar su justa medida a las cosas. Conocía a una chica y a la media hora había decidido que su principal objetivo en la vida era casarse con ella. Conocía a don Miguel y a la media hora se había convertido en su perruno lacayo. Acumulaba una riqueza que no le servía para nada, esclavo de una esposa, un suegro y tres hijos exigentes que le exprimían el alma y la vida. Decidía rebelarse y su absurdo plan para hacerlo era comprarse una pistola plateada. Era muy tonto.

—Guarda esa mierda y líbrate de ella en cuanto puedas —le dije —. Y ahora, vamos a pedirle a David que nos dé algo que merezca la pena fumárselo.

No remonté el vuelo. Volví al jardín trasero. La borrachera se quedó atrás. Perdí a Jorge por el camino porque Raquel le llamó desde el interior de la casa reclamándole que fuese a ocuparse de algo.

Observé a mi grupo mientras caminaba hacia ellos. Blanca y Marta, con su aspecto de mujeres que no necesitaban nada ni a nadie, solventes y suficientes, charlaban con Laura y su marido de nombre borroso, que formaban una pareja tan atractiva como poco estimulante. A su lado, David y Cecilia seguían sin cruzar palabra, contemplando lo que los rodeaba, él con su cara de ido, ella con su cara de asco. A lo largo de la pradera, decenas de niños corrían de un lado para otro sin que su carrera pareciese tener más finalidad que correr, padres y madres mantenían discusiones con pasión y sin ira sobre los mejores lugares de vacaciones o los mejores restaurantes o los mejores monovolúmenes. En una esquina, el mago torpón metía su varita y su baraja y sus monedas y sus pañuelos de colores en un maletín de piel avejentada como de practicante a domicilio, tal vez preguntándose si no le iría mejor siendo practicante a domicilio. A su lado, la Bella Durmiente se tomaba un respiro y celebraba haberse librado al fin de niños pegajosos y padres más pegajosos aún, bebiéndose en tres tragos un ron con limón tan dulce como ella

misma.

En eso nos hemos convertido, pensé. Ahora, nuestras fiestas son fiestas infantiles de cumpleaños con mago y Bella Durmiente. ¿Qué esperabas?, me pregunté. Nunca fuimos chicos salvajes, nunca nos saltamos las normas ni nos salimos del camino, nos creíamos osados y rebeldes porque conducíamos con dos copas de más y malotes irreductibles porque nos fumábamos los petas mal liados de David. Nunca nos arriesgamos. Nunca nos atrevimos. Por eso estábamos ahora allí. Ese era nuestro premio y nuestro castigo por haber sido lo que se esperaba que fuésemos. Pasar la tarde del sábado en una fiesta con tarta de cuatro chocolates, un burrito azul de piñata, sin hacer nuevos amigos y deseando a una Bella Durmiente que no se iba a dejar besar. Pensé en Silvia como si no hubiese estado pensando en ella toda la tarde. Recreé la imagen de su sonrisa acogedora, divertida, resucitada cuando me vio bajar las escaleras de su casa vestido con ropa de su marido. Aquella sonrisa era todo un hogar por sí sola, la vuelta a casa tras un largo y decepcionante viaje. Nada había cambiado. Otra fiesta más pensando en Silvia. ¿Qué era lo que esperabas, pobre imbécil?, me repetí. Aquí tenéis lo que tanto perseguisteis. Tú y David y Jorge, unos inmaduros casi cuarentones, incapaces ya de pasar de la tercera copa o el primer canuto, planeando crímenes con pistolas plateadas y fantasías lúbricas con princesas Disney junto a otro puñado de tipos de los que no os diferenciáis en nada. Eché de menos a Oscar. Él sí había sabido escapar.

Unos días después de aquella fiesta, la radio se encendió, como todas las mañanas, a las siete y media. Sonó la breve sintonía previa a las noticias y, aún medio dormido, escuché que el único de nosotros que había volado libre se había matado, caprichosas paradojas de la vida, en un vuelo fallido.

Bajé a pedir bebidas y aproveché para ir al servicio y esperamos después en silencio a que nuestro amigo el camarero nos las subiera y todo ello me permitió recobrar fuerzas, asimilar información y templar emociones. Blanca también pareció dedicar aquellos minutos a recuperar cierta serenidad. Cuando ya tuvimos su segundo cubata y mi segunda cerveza en la mesa, aquello parecía un encuentro relajado de dos amigos sin nada especial de qué hablar, sin ninguna angustiosa sombra acechándolos. Al bar empezaban a llegar otros clientes: parejas o tríos de oficinistas de la zona de los que no perdonan una copa al día, una pareja por encima de los cincuenta que podrían pasar, como nosotros, por nostálgicos de los días dorados del bar, tres tipos con bermudas y chanclas y riñoneras, sin duda turistas despistados, y un grupo de chicos y chicas con aspecto de estudiantes aplicados, fauna variada de una noche de martes cualquiera. Sonaba Van Morrison cantando *Georgia On My Mind* y solo eso bastaba para que te entraran ganas de charlar y para que no quisieras irte nunca de aquel local.

—¿Cómo lo lleva Arturo?

—No lo sabe.

—¿No se lo has contado aún?

Blanca negó con la cabeza, sin darle mayor importancia, como si mi pregunta se refiriese a la compra de un bolso nuevo o a una mancha de humedad en el salón, nada que ver con su «me voy a morir» seco e inapelable.

—¿Estáis bien?

Puso cara de sorpresa.

—Pues claro. Arturo y yo siempre estamos bien. Ese es el resumen de nuestro matrimonio. Estamos bien. Si aguanto un poco sin morirme, solo un poco, cumpliremos las bodas de plata de «estar bien».

—Lo dices con cinismo.

—No, no, te prometo que no. Solo con un poco..., no sé cómo llamarlo, ¿de impaciencia?, ¿de desesperación? Arturo es un hombre bueno, complaciente, odia el conflicto. Su gran objetivo como marido, como padre, como todo, no es tanto la felicidad como la paz. Nunca discute, nunca polemiza, nunca te lleva la contraria. En caso de disputa, da igual sobre lo que sea, prefiere rendirse a ahondar en la discrepancia. No levanta la voz, no se deja llevar por arrebatos de ira, nunca le podrás acusar ni de ser injusto ni de tener reacciones desproporcionadas.

Blanca buscó con la mirada por la mesa probablemente el mechero que hacía girar, pero no estaba allí. Tal vez no recordó que lo había devuelto al interior de su bolso en algún momento, en esos movimientos que hacía de manera inconsciente para aliviar nervios. Se conformó con darle un sorbo a su copa y después se rio con el asalto de un recuerdo.

—Una vez, estábamos en la cama, íbamos a hacer el amor y le dije: «Pégame». Él me miró anonadado. «No quiero hacerte daño», me dijo. Y yo tuve que explicárselo: «Me pone, me excita, quiero que lo hagas, que me des un azote, que me tires del pelo». La verdad es que no me apetecía tanto. Solo le estaba poniendo a prueba. Ver si era capaz. ¿Y sabes lo que ocurrió? Me miró, con una mirada entre la ofensa y la reprobación, y me dijo, como si estuviese regañando a un niño encaprichado: «Blanca, sabes que no me gusta la violencia», y se levantó de la cama y se fue. —Blanca se echó a reír, sin cinismo, de verdad divertida por el recuerdo—. Ese es mi Arturo. El hombre tranquilo. El hombre sin pasión. El hombre con el que es imposible no estar bien.

—¿Le quieres?

Me miró. Asintió. Pero no asentía como respuesta, sino como aprecio a mi pregunta, como si le alegrase que se la hubiese hecho.

—Con toda mi alma, Javi.

Se sentía a gusto. Lo noté. Llevábamos ya un buen rato allí y solo entonces la vi relajada, casi me habría atrevido a decir que por un momento, si no olvidado, sí al menos esquinado el miedo. Pac Man se había detenido por un instante para disfrutar de un cubata de ginebra. Y me sentí orgulloso al pensar que quizá lo habíamos conseguido a medias Van Morrison y yo.

—¿Tú crees que el amor puede durar para siempre? —me

preguntó, sin dramatismo, con la misma tranquilidad con que uno preguntaría si crees que la semana que viene lloverá.

—¿Volvemos a las preguntas difíciles?

—Estamos aquí para encontrar respuestas a preguntas difíciles, ¿recuerdas? —Sonrió y, luego, decidió echarme una mano, hablando como quien da una pista ante una compleja adivinanza—. Todos aspiramos a eso, ¿no? A sentir un amor que no se acabe nunca. Por supuesto, sabemos que la pasión inicial es algo pasajero, que la ceguera irracional solo dura una temporada, que luego descubriremos que ese ser amado tan perfecto huele mal cuando suda como todos los demás. Pero también, una vez recobrada la racionalidad, aspiramos todavía a seguir queriéndole para siempre. Creemos que eso es lo bueno, lo deseable, lo que debe ser. Creemos que estamos hechos para vivir en un amor estable y sin final. Pero a lo mejor estamos equivocados. Tal vez, el amor es un sentimiento que, por su propia naturaleza, si es real tiene que arder y consumirse. Es un fuego que se consume y no un río que fluye para siempre.

—Blanca, empiezas a hablar como Confucio.

Los dos nos echamos a reír. Ella levantó su copa y brindamos, no sé si porque el amor fuera un fuego o un río, más bien solo porque a veces ponerse pomposo tiene su gracia.

Continuó en tono menos solemne:

—Lo que a todos nos gusta es ese principio. La explosión. Cuando el amor es retortijón de tripas y la sola visión de la persona amada te produce taquicardia. Esa es la droga que buscamos, para luego seguir amando como quien sigue leyendo un libro de mil páginas que está escrito con un estilo agradable, pero que dejó de interesarte en la página cien. Entretiene, pero hace mucho que te da igual cómo termina.

—De acuerdo —acepté—. Pero, entonces, déjame que me aclare: ¿estamos a favor de los amores eternos o de la pasión perecedera?

Blanca meneó la cabeza, como la profesora que se sorprende una vez más de la torpeza de su alumno.

—De las dos cosas. Eso es lo malo. Yo no cambiaría por nada mi relación con Arturo y, al mismo tiempo, el mayor reproche que me hago a mí misma es el haber renunciado a vivir esa pasión que te deja tan baldada como la peor de las fiebres.

—¿Estamos hablando de Oscar otra vez?

La miré. Ella bajó los ojos. Van Morrison se calló y dejó paso a Lou Reed para que se arrancara con *Sweet Jane*. Eché un rápido vistazo al grupo de estudiantes, que charlaban hablando todos a la vez, ignorando la música, y me pregunté si no acabarían protestando por que sonasen canciones tan pasadas de moda. Luego pensé que aquellos jóvenes eran otra generación, que ya no se le daba tanta importancia a la música que sonaba en un local como para hacer ni reclamaciones ni peticiones, como hacíamos nosotros.

—¿Aún quieres a Silvia?

La pregunta me pilló por sorpresa. Ella se rio al ver mi cara.

—Eres mi versión masculina, no lo olvides —me dijo—. Mi versión en el espejo con pene y canas sin teñir. Contéstate a ti mismo esa pregunta y tendrás mi respuesta.

—Oscar murió, Silvia aún vive —dije, más por evitar responder que por iniciar una respuesta.

—Yo ya no quiero al Oscar muerto ni tú a la Silvia viva. Los dos queremos a lo que fueron. Queremos el recuerdo de aquel dolor de tripas que ahora echamos de menos, ese delicioso dolor que solo eres capaz de sentir cuando aún eres joven e imbécil. Esa es una capacidad de sufrimiento que se atrofia con los años. Cuando Oscar murió, sentí que me arrancaban el alma. Recuerdo aquella mañana, cuando me llamaste por teléfono y me lo dijiste. Te colgué y me encerré en el baño y abrí la ducha y estuve a punto de sufrir una lipotimia, sentada en el suelo, ahogada en vapor, tirándome del pelo hasta arrancarme mechones, sin poder contener el llanto más salvaje que he tenido nunca. Pero ahora pienso que en realidad no lloraba por aquel Oscar que iba en el helicóptero, el gran descubridor de un modo de vida que salvaría a todo un continente y todo ese rollo. No. Lloraba por aquel otro Oscar, por el que me partió en dos a los veinte años, el cabrón al que adoraba. Porque aquel Oscar ya nunca iba a volver. Lloraba porque, en el fondo de mi alma, soñaba aún con que un día llamaría a mi puerta, ding-dong, sonaría el timbre de mi casa y yo abriría y ahí estaría él, otra vez con veinte años, con aquella desarmante sonrisa, la mirada llena de luz, su engreimiento y su encanto, y yo me iría con él a pasear en moto, otra vez con una cinta en el pelo y una fe intacta en el amor eterno. Pero eso solo era un sueño, algo más volátil, más intangible aún que un secreto. Porque con quien me he quedado, con quien siempre elegiría quedarme es con Arturo, al que quiero sin

necesidad de preguntarme ni por qué ni hasta cuándo le querré y que me ha hecho feliz. Y es todo absurdo porque, si ahora mismo me llamaran al teléfono y me dijesen que es Arturo quien ha muerto, creo que no aullaría de dolor ni me arrancaría el pelo a tirones. Porque con Arturo no se iría ese sueño del amor eterno, como se fue con Oscar. Y ni sé ni me importa si todo esto tiene sentido o si solo es un laberinto de contradicciones.

Le dio un largo trago a su copa. La Velvet siguió cantando a esa droga dulce llamada Jane. Ella contempló el fondo de su vaso y sonrió antes de mirarme a mí.

—No me has contestado.

—¿A qué?

—A lo de si aún quieres a Silvia.

Había llamado a Blanca para uno de nuestros encuentros periódicos de lamentos y confesiones poco después del incidente en la piscina de Silvia. Se lo había contado, esperando que como siempre, como ahora, masticásemos juntos lo que fuese que nos hacía vernos, le diésemos vueltas y, en este caso, fuese ella quien me aportase alguna reflexión o consejo o consuelo que me ayudase a procesar lo ocurrido o a afrontar lo por venir. Pero aquella vez no hizo nada de eso. Cuando le conté lo de la piscina y la ropa del dentista y la cena para tres y las posteriores llamadas de ambos, deseosos de volvernos a ver, lo único que hizo Blanca fue echarse a reír. En aquel momento, me había dolido su risa. Ahora, al recordarlo tantos años después, me hizo reír a mí también.

Seguí sin contestarle.

Blanca me propuso que la acompañase a fumar un cigarro. Se colgó el bolso del hombro, bajamos la escalera y advertimos al camarero de que aquello no era un *simpa,* sino una pausa. Nos quedamos frente a la puerta del local contemplando la estrecha franja naranja en el cielo que unía las fachadas de las dos aceras partiendo por la mitad el anochecer.

—Hubo alguien más.

Blanca exhaló el humo de la primera calada, que se tiñó de aquel reflejo anaranjado.

Habló sin mirarme, ofreciéndome su perfil, protegiéndose de mi propia mirada.

—Se llamaba Nacho. Tenía veinticinco años. Un arquitecto

jovencito que entró en el estudio. Yo ya tenía los cuarenta y cinco y a Arturo y a los niños y me empezaba a sentir mayor. Oscar había muerto hacía ya unos años y aquel chico era todo ganas y juventud. Yo era su tutora y él mi pupilo. Y no hagas un chiste fácil sobre eso, que ya sé que suena a argumento de peli porno. Pasábamos muchas horas juntos. Una noche que no lograba dormir me di cuenta de que estaba fantaseando con él, ya me entiendes... Aquella noche acabé haciéndomelo y riéndome de mí misma: vieja, loca y salida... No le di más importancia. Pero ocurrió más veces. Aquel chico simpático, brillante, que me hablaba con una encantadora mezcla de respeto y compañerismo, se había metido en mi cabeza y en mi cuerpo. Me moría de ganas de verle cada día, me arreglaba para ir a trabajar, aceleraba el paso para llegar al estudio lo antes posible por las mañanas, no me daba cuenta si nos daban las tantas trabajando aún, ni siquiera me acordaba de parar para comer, como mucho nos tomábamos un descanso sin separarnos y charlábamos. Él me contaba que ese verano tenía pensado irse de mochilero a Inglaterra, al festival de Glastonbury. Yo le decía que sonaba genial, aunque no tenía ni idea de qué era eso, y le contaba que Arturo y yo (porque siempre le mencionaba a Arturo, como si repetir su nombre en voz alta fuese algo parecido a ponerme un cinturón de castidad) hacíamos todos los años lo que llamábamos una «descompresión», niños en campamentos y él y yo tres días de viaje, este año quizá a Madeira, ¿conoces, Madeira?, él decía que no y yo le decía que Arturo, que dedicaba a elegir el destino y hacer los preparativos de aquellos tres días más de tres meses, aseguraba que era un sitio precioso. Yo era feliz. Compartiendo con él el día y disfrutando mis fantasías con él de noche. No, aquello no era amor. Era ilusión y nervios y vértigo, todas esas cosas que a los cuarenta y cinco empiezas a temer que podrían haberse ido para no volver jamás.

Blanca calló, meneó la cabeza, como si se reprochase algo a sí misma, tal vez haber contado demasiado, tal vez haberse permitido recordar.

—Ya te lo dije antes, Javi. Siempre he vivido acompañada de un secreto. Y los secretos son una pesada carga. A pesar de haber sido mis compañeros inseparables, siempre he odiado los secretos.

Blanca se había fumado el cigarro. Tiró la colilla al suelo, la pisó y la seguí de vuelta al interior del local. Le pedimos al camarero que

nos sirviese una nueva ronda de bebidas, yo abandoné la cerveza y me sumé al cubata, y subimos de regreso a nuestra mesa. En esos saltos caprichosos del DJ, que en eso recordaba a Oscar, ahora sonaba Leiva, que hablaba en su canción de una tal *Lady Madrid*.

—A veces, nuestro pasado lo forman más las cosas que decidimos no hacer que las que hicimos.

—¿Es tuya la frase?

—La verdad es que no lo sé. Supongo que no. Lo que quiero decir, Javi, es que ahora, aquí, al buscar respuestas, al tratar de contestar a la última pregunta, ¿he vivido?, creo que si he vivido ha sido tanto a través de las cosas que decidí hacer como de aquellas a las que decidí renunciar.

—Entonces, ¿nos estamos acercando ya a una respuesta?

—No te burles otra vez.

Blanca estaba tranquila. No sabía si por los dos cubatas previos, porque acababa de calmar el mono de tabaco, por la música o por la conversación conmigo. Pero tuve la impresión de que se sentía todo lo bien que se podía sentir. Con miedo, eso siempre, pero sin rabia, y eso estaba bien.

—No —me dijo o, quizá, esta vez se lo decía a sí misma—, no creo que exista el amor eterno. Creo que solo acabamos amando el recuerdo de un amor que dejó de existir.

—¿De quién hablamos ahora?

—De nadie. De todos.

Me miró con sonrisa triste.

—Querría morirme amando aún a alguien.

Una lágrima impertinente trató de tomar al asalto su mirada. Apretó los labios y la contuvo con firmeza. Estaba tranquila. Con miedo, sin rabia y sin ganas de llorar. Solo le dije que entendía lo que quería decir. No añadí nada más: esa tarde no habíamos quedado para hablar de mí. Yo deseaba lo mismo, ¿acaso hay alguien que no?

Se presentó a las nueve en punto, la hora exacta a la que Jorge la había citado. Este la hizo esperar unos minutos en la salita para las visitas de Finance Consulting and Investment Planning (o como demonios se llamase la firma de don Miguel, que era algo imposible de memorizar), no por hacerse valer, sino porque estaba embebido en el repaso de la prensa, donde Oscar seguía copando, varios días después de su muerte, las páginas de opinión, las de Nacional y los editoriales.

La muerte de Oscar se había convertido en una de esas noticias que parecen enloquecer a los medios de comunicación, esas noticias en que la prensa detecta el sabroso olor a melodrama, a lágrima fácil, a épica, a leyenda y gloria, que enloquece a los periodistas como la sangre a las moscas. Durante la semana siguiente al accidente del helicóptero, pareció que no se hablaba de otra cosa. Acaparaba titulares y se desmenuzaba hasta el más nimio detalle de lo ocurrido y de su significado y consecuencias, rellenando páginas de periódicos, tertulias radiofónicas y programas de televisión. La gente quería saber más y más, con esa voracidad insaciable que despierta el morbo bien alimentado, sobre la repentina y dramática muerte del admirado y querido Oscar Saavedra, un héroe popular y, para colmo, un hombre atractivo que daba de maravilla en las fotos y la pantalla, lo que fue decisivo para que se montara semejante revuelo. Estaba claro que era un interés inflado que duraría hasta que apareciese cualquier otra noticia de impacto: un escándalo de corrupción, un animal que matase de la forma más salvaje imaginable a su mujer e hijos o un romance destapado entre dos exconcursantes de *Gran Hermano,* lo habitual.

Las cadenas de televisión emitían reportajes sobre su figura, la labor que había realizado en África, la trascendencia humanitaria de su proyecto y cómo Oscar se había convertido en símbolo y esperanza de un nuevo mundo más humano y solidario. El ansia por saber hizo que los reportajes se ampliaran a su infancia, sus orígenes de niño

solitario en un pequeño pueblo leonés, nacido en una familia de extrema humildad que, con gran esfuerzo, habían logrado enviarle a estudiar a la capital. El Oscar niño era presentado como una mezcla entre Oliver Twist y Marcelino Pan y Vino. Se cubrieron también sus años de juventud, durante los cuales aquel chaval pueblerino se transformaba en un joven que ya apuntaba maneras, descrito por supuestos compañeros de universidad que decían haberle conocido muy a fondo, buscando con ello sus quince segundos, que no minutos, de fama, como un joven con dotes de liderazgo, una admirable conciencia social y una permanente predisposición a desvivirse por los demás (ninguno de sus tres compañeros de piso aceptamos las solicitudes para aparecer en aquellas hagiografías televisivas, en cambio nuestro viejo amigo Pato se convirtió en algo así como el biógrafo oficial de Oscar). En una tercera etapa vital, Oscar aparecía ya como esa mezcla de explorador de tierras salvajes, venerado mesías y revolucionario social, todo ello un poco cargante de tan perfecto: Gandhi, Elcano, Bolívar y Martin Luther King, todo en uno. Cuando tocaba mezclar el azúcar con casquería, se mostraban imágenes rodadas cámara en mano de la expedición que había partido para recuperar, por ahora sin éxito, su cadáver y el de sus compañeros de vuelo de la colina de difícil acceso donde se estrelló el helicóptero y hasta se discutía sobre si los cuerpos habrían empezado ya a descomponerse, si serían devorados por alimañas o si se llegaría a tiempo de encontrarlos aún intactos.

En los editoriales y tertulias con pretensiones de plantear debates más elevados, se trataba de glosar el legado moral que dejaba su figura. En el *ABC,* un reputado escritor y comentarista de actualidad se lanzó a plantear si el Gobierno no debería instar desde ya al Vaticano para que se iniciase cuanto antes el proceso para su beatificación, mientras que en *El País* publicaron a doble página una sesuda reflexión sobre lo que llamaron el «humanismo laico» que representaba Oscar Saavedra como paradigma de un nuevo sistema de valores que renovaría la sociedad de la posverdad. Hubo de todo. Varios cantantes y grupos de música anunciaron que se unirían para organizar un concierto benéfico con el que recaudar fondos para los Poblados de la Esperanza, una influyente presentadora de un programa matinal de televisión abrió una cuestación pública para que la audiencia hiciera donativos para la causa y pronto contaron lo

recaudado por cientos de miles y un actor muy popular que por entonces protagonizaba un culebrón de sobremesa se puso al frente de una iniciativa para reclamar que a alguna plaza de Madrid se le pusiese el nombre de Oscar.

Jorge repasaba aquella mañana los periódicos esparcidos sobre la mesa de su despacho, entre la admiración, la incredulidad y un cierto hartazgo. Su secretaria se asomó para recordarle que tenía una visita esperando y él reparó al fin en que se le había ido el santo al cielo hojeando las noticias y tardó unos segundos en recordar con quién era su cita. La llamada del día anterior. Usted no sabe quién soy, pero necesitaría verle. Es por Oscar Saavedra. Algo hubo en aquella voz de mujer que tenía su número de móvil que le hizo acceder a pesar de la escasa información. ¿Mañana a las nueve? Esperaba en la sala de visitas de la planta 27 de la torre de Azca, donde estaban las oficinas de Planning Investment and Consulting Partners (suponiendo que se llamase así).

Claudia entró en el despacho de Jorge siguiendo a la secretaria. Esta los dejó solos. Claudia permaneció de pie frente a la mesa y Jorge se quedó observándola unos largos segundos antes de reaccionar. Luego, se levantó y le estrechó la mano. En la cercanía, Jorge y Claudia podrían haber pasado por miembros de especies diferentes. El físico de Jorge avanzaba sin pausa hacia su conversión en una fiel reproducción de una barrica de vino. A medida que su tripa crecía, iba pareciendo cada vez más bajito, sus brazos y piernas también daban la impresión de irse acortando y hasta su cabeza parecía ir menguando, convirtiéndose en poco más que un menudo adorno rematando el tonel. Ella, en cambio, era alta y espigada y, al estar junto a Jorge, parecía ser ambas cosas más aún. Su pelo era muy negro y lo llevaba cortado en líneas muy rectas que enmarcaban un agradable rostro con un aire aniñado. Vestía con una modernidad pasada de moda que tenía pinta de ser más fruto de un desinterés real por su imagen que de la búsqueda de un estudiado estilo retro: una camisa jaspeada de fino hilo verde claro, un chalequito abierto y sin botones de estilo turco o quizá hindú, unos vaqueros muy gastados y poco ceñidos y de calzado unas chirucas de un color mostaza desvaído. Habría podido pasar por una excursionista que hubiese terminado por error en pleno centro urbano en lugar de en alguna cañada rústica o por una de esas *hippies* un poco trasnochadas de sonrisa perenne que venden bisutería

diseñada por ellas mismas en mercadillos de domingo por los pueblos.

—Pues encantado... —dijo Jorge, regresando tras su escritorio, después de ofrecerle asiento en uno de los dos confidentes que tenía enfrente, sin saber por dónde empezar—. Solo tengo unos minutos porque...

—Solo serán unos segundos —le detuvo ella en su excusa, con una voz más firme, con más personalidad, de lo que su aspecto desdibujado haría presagiar.

Jorge asintió y esperó, entrelazando las manos sobre la panza, un gesto que había adoptado en los últimos tiempos, creyendo que eso le daba una imagen de hombre reflexivo y respetable.

—Me dijo que necesitaba transmitirme información de importancia sobre Oscar Saavedra.

—Así es —dijo ella—. Oscar me dio el número de teléfono de sus tres mejores amigos hace ya tiempo y me dijo que, si alguna vez le ocurría algo, los llamase. Por puro azar, he escogido empezar por usted.

Jorge asintió pensativo, simulando que calibraba aquellas palabras, aunque en ese momento solo pensaba que aquella chica y él tampoco se llevaban tantos años como para que le tratase de usted, y eso, que en otras circunstancias podía incluso haberle agradado como reconocimiento de un cierto estatus, en aquel momento casi le ofendió por la distancia que ponía entre él y una mujer que, desde la primera impresión, le había parecido atractiva.

—De acuerdo —le dijo al fin, sin prisa—. ¿Y usted es...?

La cara de niña de Claudia se aniñó aún más cuando sonrió al ir a decir lo que iba a decir. Se diría que incluso a ella le sonaba extraño, un poco cómico, casi irreal, ser lo que era:

—Soy la mujer de Oscar.

Día y medio después, en un estrecho bar de la calle Moratín que olía a fritanga y a vinagre, una vez que nos habían servido en la barra tres cubatas, David y yo repetíamos aquellas mismas palabras con el mismo tono de sorpresa e incredulidad con que ya las habíamos repetido antes una docena de veces:

—¿La mujer de Oscar?

Y, una vez más, Jorge lo matizó como si no lo hubiese hecho ya la docena de veces anteriores en que habíamos repreguntado con igual incredulidad lo mismo:

—Exmujer. Al parecer se habían separado hace siete u ocho meses. Ella dejó África y se vino a Madrid y ahora, al morir Oscar, recordó lo que él le había pedido que hiciese si algún día le pasaba algo y le pareció que, a pesar de la ruptura, debía cumplir con la petición.

Eso fue lo único que Claudia le había explicado en su despacho. Aquel primer encuentro había sido breve. Jorge no había sabido bien qué decir y ella se había dado cuenta de que este necesitaba tiempo para asimilar su existencia. Claudia había decidido dárselo: le propuso que se viesen de nuevo al día siguiente, que estuviesen también presentes los otros dos amigos que Oscar le había enumerado como destinatarios de su mensaje póstumo, y Jorge aceptó con alivio el aplazamiento de cualquier conversación a un segundo encuentro, incapaz de afrontar aquella novedad sin tener el respaldo de David y mío. Por eso estábamos a la tarde siguiente en un bar infecto, justo enfrente del edificio en el que vivía Claudia, donde habíamos quedado para vernos.

—¿Cómo es ella? —preguntó David, lo cual confirmaba lo intrigante que resultaba todo aquello, dado que David rara vez mostraba curiosidad por nada ni por nadie.

—Es la última chica con la que, en los tiempos del piso, habría imaginado que Oscar se pudiese casar.

—¿Por fea?

—No, imbécil, por diferente. A Oscar te lo imaginabas más con el tipo de chica que no desentonaría en un reportaje del *Hola*.

—Bueno —dije yo—, ya sabéis: le gustaba sorprender.

—Empiezo a pensar que, en realidad, no conocíamos a Oscar tanto como creíamos.

Alzamos nuestras copas por aquella sabia aseveración de Jorge.

—¿A alguno de vosotros os había dicho que se hubiese casado?

—Oscar no contaba nunca mucho.

—¿Y a ti? ¿Qué te pareció la chica, Jorge?

—Ya te lo he dicho. Diferente.

—¿Y eso es bueno o malo?

Jorge dio una tanda de sus saltitos de impaciencia.

—¿Acaso no hemos querido todos ser alguna vez eso? ¿Diferentes? Se supone que ser diferente es bueno, ¿o ya no?

Alzamos nuestras copas por la diferencia.

—Yo creo que Oscar era un tipo cojonudo —dijo David, sin venir del todo a cuento, en el mayor alarde de sentimentalismo del que era capaz.

—Yo también —confirmó Jorge—, pero, y esto quizá os sorprenda, no cambiaría mi vida por la suya.

—Claro, porque desde hace muchos siglos es bien sabido que es mucho mejor vivir como esclavo de un patán en Madrid que como un hombre libre en África.

—Que sepas que pronto mataré a ese patán.

—Seguro que sí.

—Lo que quiero decir es que yo no habría sobrevivido llevando la vida de Oscar.

—Él tampoco ha sobrevivido.

El humor negro de David nos hizo reír y alzamos nuestras copas por ello.

Seguimos alzando nuestras copas por algunas cosas más, imposibles de recordar después, porque el camarero nos sirvió varias rondas de aquellos cubatas que sabían a colonia varonil y para cuando fueron las siete, la hora a la que habíamos quedado con Claudia en su apartamento, estábamos ya borrachos. La muerte de Oscar y la confusa mezcla entre el dolor íntimo por la pérdida de nuestro amigo y el circo colectivo que se había montado en torno a su muerte nos tenía a los tres aturdidos, nos llevaba a reacciones inesperadas, como emborracharnos en un bar con un complejo aroma, fusión de olor a calamares y a boquerones, para afrontar la sorpresa de conocer a la mujer con la que se había casado Oscar sin molestarse en contárnoslo.

Claudia vivía en un edificio antiguo. No era un edificio con solera ni con encanto ni con ese abolengo decadente que aporta una magia especial a algunos barrios de Madrid. Incluso calificarlo tan solo de «antiguo» resultaba condescendiente. Era un edificio cochambroso. Se sostenía a duras penas en pie entre un solar con aspecto de abandono y una casa de un estilo más funcional, más años sesenta que siglo XVIII. Tenía amplios desconchones por toda la fachada, las cornisas que remataban cada una de sus seis plantas amenazaban con desplomarse en cualquier momento y sus balconcitos no ofrecían la menor garantía de aguantar el peso si algún inquilino incauto osaba asomarse.

Entramos en un portal donde hacía frío a pesar de que fuera hiciese calor y subimos en fila india hasta el tercer piso por una

escalera de madera con todos los escalones combados. El interior superaba en número y tamaño de desconchones a la fachada y el aire allí estancado olía a una mezcla de humedad y repollo. Tropezamos varias veces, tanto con los escalones como entre nosotros mismos, más por efecto de la bebida que porque no fuésemos capaces de abrirnos paso en aquel entorno hostil.

En el tercer piso, Jorge, que lideraba la expedición, se encargó de golpear la puerta izquierda, que tenía un pequeño aldabón dorado que representaba una cabeza de león rugiente.

Claudia no tardó en abrir. Y su aparición dio un soplo de vida a aquel lúgubre escenario. Llevaba el pelo recogido en una coleta tirante, lo que le achinaba un poco sus rasgos. Vestía una ajustada camiseta de licra de color fucsia que marcaba hasta el menor detalle sus costillas y el resto de sus escasas curvas y unas mallas violetas que perfilaban unas piernas de líneas suaves y longitud extrema. Sobre los hombros llevaba una pequeña toalla blanca que sujetaba con una mano. Algunas diminutas gotas de sudor brillaban en su frente y jadeaba con suavidad.

—Soy Claudia, sois vosotros —dijo, como toda ceremonia de saludo—. Por favor, pasad y sentíos como en casa.

Era difícil sentirse como en casa en aquel apartamento. Tras la puerta, se extendía un largo y estrecho pasillo cuyo suelo de madera crujía más aún que los escalones de fuera. No había luz directa o indirecta ni ningún objeto de decoración. Era como entrar en un túnel en penumbra, solo iluminado por la luz natural que llegaba agónica desde una habitación del fondo, que fue a la que seguimos a Claudia.

En aquella habitación, concebida para ser el pequeño salón de la casa, no había ni un solo mueble. Absolutamente nada. Tan solo una esterilla de esparto extendida en el suelo.

—Bonita casa, ¿verdad? —comentó ella, y los tres cruzamos miradas preguntándonos si era una broma o una pregunta que esperara respuesta.

—Diferente —fue lo que dijo con cautela Jorge, recurriendo de nuevo al adjetivo al que parecía aferrarse como a un mantra.

A ella no pareció decepcionarla aquel veredicto, así que David y yo, borrachos y por tanto temerarios, decidimos sumarnos:

—Diáfana.

—Conceptual.

Claudia extendió los brazos dando a entender que nos ofrecía asiento. Los tres miramos a nuestro alrededor, como si esperásemos encontrar unas sillas que se nos hubiesen escapado en el primer vistazo. Ella advirtió con sorpresa nuestro desconcierto.

—En el suelo —nos aclaró—. Me gusta sentarme en el suelo. Influencias tribales, supongo...

Acabamos sentados como indios en el desgastado parqué de la habitación. Ella se sentó frente a nosotros, sobre la estera, y al instante adoptó la posición del loto.

—¿Sabéis algo de yoga *vinyasa*?

Intercambiamos miradas. Claudia aceptó reconvertir su pregunta en retórica, se agarró una pierna por el tobillo y, sin el menor esfuerzo, se colocó el pie en la nuca.

—Bueno —siguió—, pues ya nos conocemos..., ¿y ahora, qué?

Miré de reojo a David y Jorge, ambos atendían a Claudia con la misma cara de lelos, atontados por igual por la demoledora ginebra del bar de abajo y por la hipnótica contemplación de las sinuosas contorsiones de aquel cuerpo de flexibilidad inaudita.

—No teníamos ni idea de que Oscar se hubiese casado.

Fue lo único que se me ocurrió decir para romper el hielo.

Claudia sonrió mientras iba retorciendo lentamente su cuerpo con unos giros de brazos, piernas y tronco impredecibles que también a mí me mantenían hechizado. Cuando se detuvo, lo hizo en una postura imposible de describir porque era imposible de desentrañar.

—Conocí a Oscar hará cosa de cinco años. Me había ido a África. Pasaba una etapa de crisis, un mal rollo con un antiguo novio, os podéis imaginar. Me largué con un holandés al que conocí una tarde de verano en el museo Reina Sofía. Coincidimos contemplando una obra de Juan Gris y antes de salir del museo ya me había contado que estaba de paso en Madrid camino de Mauritania y antes de besarnos por primera vez yo ya había decidido que me iría con él. Durante seis meses, vagabundeamos juntos por África. Luego, decidimos que seríamos más felices vagabundeando cada uno por nuestro lado. Una mañana entré en uno de los Poblados de la Esperanza y me ofrecí a trabajar en lo que fuera necesario y allí nos conocimos Oscar y yo.

Volvió a retorcerse con una extraña gracia. Cuando se volvió a detener, el pie que había estado en su nuca pasó a mantenerse en un firme equilibrio casi vertical por encima de su cabeza.

—Fuimos felices. Yo era maestra en uno de los Poblados mientras estudiaba medicina Ayurdeva. Él viajaba de un país a otro peleando por su proyecto. Cuando aparecía, era maravilloso estar con él. Te encandilaba. Te absorbía. Desaparecías como persona para ser solo una parte de él. Era como quedar atrapada en un campo magnético. ¿Habéis sentido algo así por alguien en vuestra vida?

Volvimos a cruzar miradas intentando, sin palabras, elegir un portavoz. No lo logramos. Yo me había sumado con la mía a las expresiones de idiotas de Jorge y David. Éramos un público entregado, espectadores que no necesitábamos siquiera entender el argumento de lo que estábamos viendo para disfrutarlo. Era agradable, relajante, adormecedor contemplar a Claudia y escuchar su voz, y lo que decía solo iba entrando en nuestros cerebros y quedándose allí almacenado para ser escuchado y entendido más tarde.

—Un día comprendí que no era bueno para mí seguir así, que me estaba disolviendo, que había dejado de volar. Oscar no era como yo pensaba. Recogí mis cosas y me fui. Vine aquí, a esta casa, que perteneció a mi abuela y donde creo que aún permanece su espíritu, y aquí estoy desde entonces, sin mirar atrás, hasta que Oscar ha muerto y me he sentido obligada a cumplir con aquella petición que en su día me hizo y localizaros.

Claudia nos miró uno a uno.

—Oye, ¿os interesaría practicar el yoga *vinyasa*? Necesito dar clases para sacarme algún dinero.

Esta vez sí esperó hasta que respondimos. A David se le escapó una breve risita y Jorge y yo le fulminamos con la mirada, porque no queríamos correr el riesgo de ofender a aquella chica de cuerpo de goma, voz inocente y sonrisa de niña.

Claudia fue deslizando, en una suave danza sin música, brazos y piernas hasta que su cuerpo recuperó una posición más propia de seres humanos. Como único gesto de cansancio o esfuerzo tras aquellos malabares corporales, se permitió un pequeño bufido y luego dijo:

—Bueno, ahora me voy a duchar. Si queréis, podemos seguir con la conversación mientras me ducho, pero, si no tenéis prisa, esperadme y ahora vuelvo y nos tomamos un zumo de apio y calabaza. Y pensaos mientras lo de las clases de yoga, ¿vale?

Creo que los tres estuvimos a punto de decir que preferíamos acompañarla a la ducha, pero ninguno se atrevió. Ella recogió la

esterilla, se apartó de la frente un escaso mechón que se había escapado de la coleta y salió de la habitación.

Durante unos minutos permanecimos en silencio, un poco sobrecogidos, respetuosos como si estuviésemos en un templo budista o algo parecido.

Después, cuando ya reaccionamos, los tres compartimos risitas estúpidas, expresiones de pasmo y comentarios a media voz, de vuelta por un instante a los tiempos en que éramos unos veinteañeros cómplices e impresionables.

—¿No os parece que esta tía está un poco pirada?

—Pues a mí me gustaba cómo se le marcaban los pezones con esa camiseta.

—Yo sigo pensando que a Oscar no le pegaba casarse con alguien así.

—¿Y si nos apuntamos a sus clases de yoga?

—Yo creo que me he enamorado.

—Ya, pero en tu caso no cuenta, tú te enamoras de todas.

Se entrometieron en mi vida. En contra de mi voluntad. Cada uno por separado y los dos al mismo tiempo. No supe cómo evitarlo, pero no quería algo así con ellos. Con él porque no me despertaba interés alguno, con ella porque no me interesaba que me interesase. Habían aparecido en un momento en el que yo estaba instalado en una reconfortante anestesia emocional. Jackie se había ido, me había despojado de mi papel de marido y de padre. Nuestro apartamento, siempre ruidoso entre los gritos de nuestras peleas y los llantos de Hugo, era ahora un silencioso oasis, desprovisto de aquellos sonidos que antes me habían parecido desquiciantes y ahora en cambio no podía evitar echar de menos. Era extraño no tener con quien discutir, no tener un niño que todas las noches me exigía sin saltarse ni una sola que le leyese el mismo cuento en el que Donald cocinaba un pastel mágico con una bruja. No tenía siquiera televisión ni oía la radio más allá de las noticias de las siete y media que utilizaba para despertarme. Había dejado de escuchar música porque todas las canciones parecían hablarme de vidas que había dejado atrás o de vidas que jamás llegaría a vivir. Todo era silencio. No estaba ni deprimido ni sentía ansiedad, no tenía impulsos suicidas ni me rebozaba en mis desgracias. No me regañaba ni me reprochaba ni me exigía nada a mí mismo. Estaba en silencio. Mi vida solo estaba callada. *Comfortably Numb*. Pink Floyd había definido bien con aquel título de canción ese estado de ánimo, pero tampoco hubiese sido capaz de traducirlo con exactitud porque para hacerlo bien habría necesitado analizar cómo me sentía y eso era algo que tampoco estaba dispuesto a hacer. Comía con regularidad con Jorge en sus restaurantes de ejecutivos, visitaba con regularidad a David en su estudio de radio, regresaba a mi apartamento y me quedaba en silencio y todo iba bien. Hasta que cometí aquella insensatez, el impulso estúpido, la necesidad repentina, quién me mandaba a mí, de ir a espiar a casa de Silvia y acabé con ella y su marido el dentista

entrometiéndose en mi vida.

El primero en llamarme fue Víctor. Me invitaba a comer. Las buenas excusas siempre se me ocurren con un minuto de retraso, justo después de decir sí. Me citó en un encantador restaurante junto a la plazuela de Santiago. Me recibió con un firme apretón de manos. Un hombre de anuncio, ya quedó dicho. Impecable. Ni una sola arruga en su ropa ni en su cara. Ni un solo pelo fuera de lugar. Ni un solo diente, faltaría más, descolocado en su espléndida sonrisa. Me empeñaba en odiarle y no había manera. No lograba encontrar un motivo más allá de haber enamorado a la mujer con la que hubiese deseado compartir mi vida.

Comenzó por reiterarme su agradecimiento por lo que había hecho por su hija. La providencia había querido que estuviese en el sitio justo en el momento adecuado. Agradecimiento infinito, deuda permanente y todo lo imaginable. He estado pensando cómo podía corresponderte, me dijo. No necesito que hagas nada, le dije. Me dijiste que estabas sin trabajo, me dijo. Y estoy bien así, le dije. No me creyó. Un hombre de vida ordenada, de amor ordenado, de aspecto ordenado como él no podía creer que alguien quisiese vivir en el desorden del desempleo. Salvaste la vida de mi hija, insistió. Te lo debo, insistió más aún. He hablado con algunos conocidos.

Dos entrevistas de trabajo. Una agencia de comunicación y el departamento de prensa de una multinacional del automóvil. Ese fue el regalo que me hizo a los postres. Había echado mano de su agenda de amigos, a quienes imaginé atractivos triunfadores como él, propietarios de chalés con piscina, compañeros de sus veraneos en barco propio recorriendo calas de agua color esmeralda, esposos fogosos de bellas mujeres más fogosas aún, como Silvia y él. Yo hubiese preferido que aquel tipo afable, con un encanto tranquilo, una charla entretenida y una bondad natural, dentista y caballero, saliese de aquel restaurante tan bien elegido y fuese atropellado por un camión y así su mujer se hubiese convertido en una viuda necesitada de consuelo y amor. Iba a arreglarme el futuro y yo solo le deseaba la muerte. Aquel tipo era el amigo perfecto, mucho mejor que el pelmazo de Jorge o el sonado de David, y yo solo deseaba que me dejase en paz. No quería que me cayese bien y no podía caerme mejor.

Antes de que me saliese con lo de aquellas entrevistas, habíamos pasado una entretenida comida en la que yo trataba de encontrarle

puntos débiles. Ni un defecto, ni un error. Hablamos de música. U2 y Crowded House. Hablamos de cine. Los hermanos Coen y, qué remedio, por los niños, Harry Potter. Gustos predecibles pero intachables, no criticables, como todo en él. Hablamos de libros. *Luces de atardecer*. Se lo había comprado al día siguiente del incidente de la piscina y lo había terminado la noche anterior a aquella comida. Javi, es una novela maravillosa. Describe a la perfección el ambiente y el espíritu de nuestros años de juventud, retrata con precisión los conflictos de identidad del final de la adolescencia y las confusas incógnitas que acompañan al comienzo de la madurez. Eso dijo, sonando a sinopsis de contraportada, algo redicho para cualquiera, música celestial para un autor falto de elogios como yo. Me preguntó cuánto había en el libro de autobiográfico. Estuve a punto de decirle que Silvia estaba en cada una de sus páginas, a ver si así conseguía hacer saltar por los aires aquella incipiente amistad que me encandilaba tanto como detestaba. Lo que faltaba: había leído mi novela y encima parecía haberle gustado. ¿Cómo demonios iba a odiarlo?

Silvia me llamó un día después de aquella comida con Víctor. Quedamos en el Café Comercial. Un clásico. Lo elegí yo. Me parecía un sitio neutral, sin connotaciones del pasado, que daría al encuentro la apariencia de una cita sin emoción, una enorme mentira, porque desde su llamada hasta que nos vimos estuve hecho un manojo de nervios, agotado por recurrentes fantasías en que, con escenarios diferentes pero siempre con palabras semejantes, ella me confesaba que llevaba años pensando en mí, arrepintiéndose de no haberse decidido nunca a decirme que era a mí y solo a mí a quien había amado siempre, por más que se hubiese tirado a Oscar o se hubiese casado con el dentista, y que antes de que siguiese escapándosenos la vida necesitaba que yo lo supiese por si estaba dispuesto a perdonarla y a permitirle que a partir de entonces se dedicara para siempre a amarme y a nada más. A la mierda la anestesia emocional. Estaba desatado. Era ridículo e indignante volver a sentir aquel enardecimiento adolescente a los treinta y nueve. Era como padecer un repentino retraso mental, como hacer un viaje en el tiempo de vuelta a la estupidez de una época en que aún creía en el amor.

Tomamos un café, como aquella vez en VIPS. Y, al igual que me había ocurrido en su casa, estar con ella me volvió a producir una

contradictoria sensación, me hacía sentir a la vez como si todo lo vivido en medio no hubiese existido y, al mismo tiempo, me hacía aún más consciente de la enorme distancia que existía entre nosotros. Ya no éramos aquellos, ya no teníamos ni veinte ni treinta, lo que entonces eran solo planes ahora era presente y el presente solo era un reflejo distorsionado de lo que entonces eran planes.

No hablamos de nada relevante. Ni miramos atrás ni desmenuzamos cómo eran ahora nuestras vidas. Era extraño que la conversación con Víctor, alguien que me era indiferente, resultase más interesante que la que tenía con Silvia tras tantos años soñando con volver a verla. Ambos se mantenían en ese territorio seguro y confortable en que las intimidades nunca son tales, las confesiones son solo de pecados veniales y las frustraciones, las desilusiones, los fracasos y los deseos nunca alcanzados quedan ocultos bajo anécdotas con gracia, reflexiones prescindibles y conclusiones sin compromiso. Pero, al menos, Víctor quedaba por encima de las expectativas que pudiese tener de él. En el caso de Silvia, no fui capaz de atisbar nada más allá de territorios ya conocidos. Preocupaciones cotidianas, inquietudes domésticas, ninguna pregunta sin respuesta. No mencionamos a Oscar ni hicimos referencia alguna a nuestra amistad abandonada en alguna cuneta del camino. No encontré en el apacible relato de su vida actual ninguna carencia que yo pudiera cubrir, ningún hueco por el que colarme en su mundo. Pero, aun así, creo que no me había sentido tan a gusto en mucho tiempo como durante aquel rato que pasé con ella en el Café Comercial, dejándola hablar mientras yo paseaba por la ladera de su cuello, por el valle de su barbilla, por el monte de sus labios, por el bosque de sus pestañas y por la sima de su mirada. Veámonos otra vez pronto, le dije cuando nos despedimos y supe que me estaba delatando, que se percibía el deseo en cada sílaba de mis palabras. Ella no dio muestras de notarlo. Solo dijo: «Claro que sí». Pero a mí aquello me sonó como un te quiero.

Nos habíamos separado ya cuando caí en la cuenta de que no le había comentado que hacía solo unos días que había comido con su marido. Y después caí en la cuenta de que ella tampoco había comentado en ningún momento que Víctor supiese que ella había quedado conmigo. Y sentí un estúpido entusiasmo. Ella le ocultaba a Víctor que nos veíamos, decidí, deduciendo según mi conveniencia. Eso cambiaba por completo aquel encuentro de charla sosa y todo lo

que pudiese estar por venir. De pronto, aquel café y los que pudieran venir después se habían transformado en encuentros secretos, en citas clandestinas. La idea me entusiasmó hasta acabar creyéndome que Silvia y yo nos habíamos convertido desde esa misma tarde en algo muy cercano a amantes.

Y después, desbocado en una montaña rusa emocional, pasé de la euforia al enfado. Me enfadé conmigo, con ella, con todo. No me quería sentir así. No quería volver a ser el mismo imbécil de entonces. No cometería los mismos errores. Me juré que no sería servil ni adulador ni estaría siempre disponible ni le reiría todas las gracias ni le daría consejos ni le resolvería sus dudas ni la animaría en los momentos bajos ni me sentiría recompensado por su risa ni me daría miedo encontrar nuestras miradas ni buscaría mensajes ocultos en roces casuales ni le desmontaría complejos ni le reafirmaría decisiones ni le argumentaría motivos para sentirse mimada o afortunada o bendecida o premiada por la vida. Y al pensar todo aquello me descubrí haciendo planes para futuros encuentros, eligiendo cafés y temas de conversación, fechas y formas de proponérselos para los próximos veinte años, como quien planea toda una carrera o una vida en común. Y ya supe que acabaría haciendo todo aquello que ahora incluía en la lista de cosas que no hacer. Y me volví a sentir el imbécil de entonces porque no, no me quería sentir así, porque era feliz sintiéndome así.

Aquella noche, después de verme con Silvia en el Café Comercial, llegué a mi apartamento y de pronto caí en la cuenta de una cosa más: sonaba un CD. Sam Cooke cantaba *What A Wonderful World,* una de esas canciones que uno solo elige en los momentos de felicidad bobalicona, cuando sientes que tu vida es como un número musical en el que podrías bailar mejor que Harrison Ford vestido de *amish*. Era yo quien había puesto el CD en el aparato de música que llevaba meses callado sin siquiera ser consciente de ello. La música había vuelto.

Oscar murió tan solo unos días después de aquel primer encuentro. Silvia me llamó a las pocas horas de conocerse la noticia.

—Puedo imaginarme cómo estarás —me dijo—. Lo siento tantísimo...

Me sonó a pésame convencional. Pero no me importó. Me dio igual lo que ella pudiese sentir, lo que significase para ella Oscar o su muerte o aquella noche en que su cara asomó desde debajo de él para

mirarnos a Blanca y a mí. Nada de eso me importó. Porque lo único que me importó fue que ella dijo:

—¿Te ayudaría en algo que nos viésemos?

Y yo contesté:

—Sí.

Eran más de seis kilómetros. Había un poco de todo: puentes, túneles, subidas y bajadas, largas rectas y un par de curvas apuradas. Los días laborables, a partir de las diez de la noche, el tráfico empezaba a ser escaso y a veces, en algunos tramos, ibas en solitario. Si alcanzabas la velocidad adecuada, muy por encima del límite legal, se podía hacer aquel recorrido sin que te pillara ningún semáforo en rojo. Desde la Castellana a la plaza de Conde de Casal. Un trazado de circuito. Seis kilómetros para volar.

A Oscar le entregamos el regalo por su veintiún cumpleaños unas semanas antes de que se celebrase su fiesta. No teníamos dónde meterlo, así que se lo dimos antes de tiempo. Una vespa que parecía a estrenar. Se la habíamos comprado por dos duros a un opositor a Notarías del colegio César Carlos que ya apenas la usaba. Estaba hecha un asco. La hicimos pasar por un repaso de chapa y pintura en un taller de la universitaria acostumbrado a resucitar motos de estudiantes castigadas por la mala vida. Seguía estando hecha un asco, pero ahora solo de motor. Así, con una pequeña aportación de su nutrido grupo de amigos, pudimos darle toda una sorpresa: una moto de motor agonizante pero aspecto reluciente.

Oscar llevaba a Blanca a volar en aquella moto. Así lo llamaban. Llévame a volar, le decía Blanca. Y Oscar ya sabía lo que ella quería. Habían descubierto aquel recorrido el primer día que salieron a probar la moto, el trayecto mágico con el que se podía atravesar volando el centro de Madrid, y desde entonces, cuando uno de los dos necesitaba olvidarse de todo, soltar adrenalina, dejar atrás un mal día o, tan solo, disfrutar del viento en la cara, recorrían volando aquellos seis kilómetros.

Blanca se abrazaba a Oscar y acercaba la boca a su oreja, acariciándola con la voz y con los labios, y se lo decía en un susurro.

Corre.

Y Oscar giraba la muñeca, aceleraba, y aquella moto

quejumbrosa, aquel motor que solía sonar a tos mal curada, aquel montón de chatarra sabía lo que le estaba pidiendo. Un esfuerzo final. Una muerte digna. Y, como un potro encabritado, la vieja moto rugía, escupía sus miasmas, aullaba de placer como un anciano suicida y feliz, y echaba a correr.

Blanca sentía el tirón en el estómago y el viento en la cara. Oscar reía, ella también.

Más rápido.

La moto se envalentonaba tras cruzar la Castellana, cuando enfilaba el puente de Joaquín Costa. Dejaba de renquear. Su cuerpo crujía a medida que la velocidad iba a más. Artrítica, oxidada bajo la engañosa pintura roja. Aquella vespa decrépita se creía un caza supersónico.

Blanca subía las manos, se sujetaba apoyándolas en el pecho de Oscar. Oscar entornaba los ojos. Finos regueros de lágrimas corrían hacia sus sienes, arrancadas por el aire que le golpeaba en la cara y por la felicidad que no le cabía en el cuerpo.

Blanca quería más. Lo quería todo.

Vuela.

Oscar fingía protestar: ¿Aún más rápido?, ¿estás loca?

Ella le ordenaba: Vuela, vuela.

Y él se echaba a reír y obedecía.

Por el ruido de su motor y de su chasis, no habría sido impensable que la moto se deshiciera de pronto en pedazos. Parecía incapaz de llegar a su destino. Pero, al llegar a la larga recta de Francisco Silvela, Oscar aceleraba más aún porque sabía que no le iba a fallar. Podía sentir la moto en sus manos, podía sentirla entre sus piernas. Viva. Tan feliz como ellos dos. Los tres eran uno. Blanca, la moto y él. Inseparables. Volaban.

Blanca volvía a abrazarse con fuerza. Iban demasiado deprisa. Dejaban atrás los semáforos dos segundos después de que la luz ámbar cambiara por la roja, atravesaban cruces sin tiempo para reaccionar a un imprevisto, se les llenaban de aire los pulmones hasta no poder respirar. Los tres juntos eran invencibles, inmortales.

Más. Más.

No era posible. Una vespa no era capaz de ir tan deprisa. Solo esa. Alcanzaba una velocidad que ni siquiera había conocido en sus años de juventud, más rápida ahora siendo un viejo penco que cuando

era un corcel. Alcanzaba una velocidad a la que solo se llega por orgullo, por rabia, porque no tienes nada que perder y, en cambio, aún sientes un hambre insaciable de libertad.

Bajaban a los túneles de Manuel Becerra y el sonido del motor reverberaba contra las paredes, un sonido pretencioso, un eco exagerado de un motor que se creía mucho más de lo que era.

Vuela, vuela, vuela.

Y volvían a salir a la noche, al viento, al abrazo. Y ya no había asfalto bajo ellos. Volaban.

Blanca cerraba los ojos. Oscar también. La moto ya no necesitaba que nadie la condujese porque sabía adónde ir. Arriba, muy arriba. Directa hacia el cielo iluminado, dejando abajo, pequeña, la ciudad. Arriba, más arriba. Directa hacia la Vía Láctea.

Blanca abrazaba a Oscar, cerraba los ojos y era feliz. Quería quedarse allí, con él, solos: la moto, la noche y ellos dos. Viajando a toda velocidad hacia ningún lugar.

—Los malditos secretos. Ya le dije que habría más. Nacho. Mis secretos siempre tienen nombre de hombre. Era joven y, por tanto, ingenuo y, por tanto, muy diferente a una mujer de cuarenta y cinco años que se empeñaba en querer a su marido, en fingir que el sentido de su vida estaba en batallar con dos preadolescentes ingobernables y en tratar de trasladar su fanatismo ecológico a sus proyectos arquitectónicos. No teníamos nada que ver, ningún parecido, nada en común al margen de nuestra profesión. Sí, él era joven, demasiado joven y, por tanto, podía arriesgar y, por tanto, podía saltar sin red, sin paracaídas, sin molestarse en mirar a ver qué le esperaba abajo. Me he enamorado de ti, me dijo. ¿Se lo puede creer? Yo estaba revisando una carpeta con sus dibujos. Me había pedido mi opinión. De pupilo a tutora. Así funcionábamos en el estudio, a la antigua usanza, a cada aprendiz se le asignaba un maestro y yo era la suya. Así se relacionaba conmigo. De principiante a arquitecta con experiencia, madura, mayor, demasiado mayor, vieja, pero ¿cómo iba a gustarle yo a un crío que siempre llevaba las mismas zapatillas de deporte, que solo se afeitaba una vez cada quince días y que era fan de Tarantino y de Green Day? Sus dibujos. Intentaba concentrarme en ellos, ignorar su cercanía, su respiración, su olor. Intentaba convertirle en alguien inodoro, incoloro e insípido. Su gran proyecto personal: una iglesia futurista. Nacho iba a ser un gran arquitecto. Talento, energía, creatividad, valentía. Lo tenía todo. Ya, ya lo sé, no me mire con esa cara de listo, que es obvio lo que tiene ganas de decir: ¿a quién me recuerda? La carpeta de dibujos de Nacho rebosaba de alzados atrevidos, bocetos caóticos, proyectos con una maravillosa porción de delirio visual, a los que se dedicaba con pasión en cuanto tenía un rato libre. Veías su iglesia futurista y pensabas que Jesucristo estaba llamado a sufrir un cambio estético radical con estas nuevas generaciones. Nada de melena y barba y túnica. Algo más cercano al señor Spock dirigiendo a los fieles desde el puente de mando de la

nave Enterprise. Estaba repasando las láminas cuando se lo oí decir. Me he enamorado de ti. Y luego, sin pausa: Quiero acostarme contigo. Si no hubiese sido porque quedé paralizada por un ataque de pánico instantáneo, me habría echado a reír. No había la menor desfachatez o chulería en sus palabras. Solo había inocencia, entrega, una naturalidad que yo no conocía. Los jóvenes parecían venir con prisas. No hay tiempo que perder: declaran su amor y proponen sexo en la misma frase. Todo eso del romanticismo, el cortejo, hasta los preliminares, siempre fue una pérdida de tiempo, ¿no? No he sentido más miedo en mi vida. Creo que me puse a temblar de arriba abajo. Nacho me miraba tranquilo, decidido, esperando una respuesta. O dos: mi opinión sobre sus dibujos y sobre su proposición de acostarnos. Con la misma serenidad las dos, no quise preguntarme cuál le importaría más. Le contesté diciendo lo que se espera que diga una mujer de cuarenta y cinco años. Podría ser tu madre. Hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente y eso te ha confundido. Lo que sientes no es amor, sino una inflamación de hormonas. Por supuesto, le habría querido decir que sí, que adelante, que me iba disparada a comprar una mochila para irnos juntos ese mismo día a cualquier festival de *rock,* a pasar las noches durmiendo y haciendo el amor en una tienda de campaña y los días dando botes en medio de una multitud y cantando que ya, si eso, nos despertaran cuando terminase septiembre. Pero una esposa y madre de cuarenta y cinco no dice semejantes cosas. Me atuve a lo otro, a lo predecible, siempre lo predecible. Y él no me hizo ni caso. Dime que te lo pensarás, me pidió. Yo estaba tan aterrada que ni le entendí. ¿Pensarme el qué? Lo de acostarte conmigo, me aclaró sin inmutarse. No titubeaba. Y eso le hacía adorable, qué demonios. Claro que no me lo pensaré, le dije. Tú también lo deseas, me dijo él, y ni siquiera al decir eso sonó arrogante porque los dos sabíamos que era verdad. Ahora debes irte, le dije, porque notaba cómo mi voluntad se resquebrajaba, no era más que un *iceberg* de espuma. No era que desease hacerlo algún día. Era que deseaba abalanzarme en ese mismo instante sobre él y hacerlo allí mismo. En la silla, en el suelo, contra el tablero de dibujo, donde fuese. Deseaba un sexo fiero, de maestra a aprendiz, enseñarle lo que sabes a los cuarenta y tantos. Él insistía: ¿Lo pensarás? Acabó haciéndome reír: Vale, lo pensaré y te diré que no. Y él terminó la conversación tajante: Te quiero. Eso dijo, doctor. Aquel niño, que no

sabía aún nada de la vida, porque a los veinticinco ni siquiera entiendes por qué sangras cuando te hacen daño, qué me van a contar a mí, doctor. Te quiero. Y ahí dio comienzo el nuevo secreto, que se llamaba Nacho. Y ese secreto llegó con toda la compañía habitual, con el séquito inseparable. Porque los secretos, como sé bien, que para eso soy una experta en ellos, nunca viajan solos. Son como una invasión de bacterias que se te instalan dentro y se reparten como un botín tus pensamientos, tus sentimientos, tu cerebro y tu estómago. Se acabó el dormir, el comer, el pensar con claridad. Se acabó la paz, la templanza, el bienestar. Había regresado: esa ilusión, esa felicidad contaminada, infectada por todas esas corrosivas células caníbales que te van devorando por dentro. La tentación, el deseo, la culpa. Toda una pandilla de viejos amigos con la que me reencontré a partir de ese te quiero. ¿Quiere que le vaya presentando a cada uno de ellos? Aquí tiene a la primera invitada. Radiante, cegadora, una loca tan divertida como llena de peligro que en cuanto la ves venir sabes que no te llevará a nada bueno y aun así eres capaz de dejarla que te arrastre al fin del mundo: la tentación. Los años la han cambiado. La tentación juvenil no pide nada a cambio, no pone precio, no cobra peaje. Es como sentir hambre, calor, mono. Fácil y agradable de satisfacer. La tentación en la madurez, en cambio, es una sucia chantajista. Te amenaza: no me ignores porque quizá esta sea la última vez, quizá ya nunca vuelva a tu vida. Te provoca sin piedad: mírate, ya no eres como antes, mira esa cara, mira ese cuerpo, pronto solo serás capaz de darte placer a ti misma y a duras penas. Te acerca un espejo y te pone delante de él y te quieres morir por lo que ves: arrugas, carnes blandas, estrías, celulitis, varices. Ves a una anciana, una bruja de cuento. Ves lo que aún no eres porque la tentación te engaña, te enloquece, distorsiona tu visión. Y también se pone poética: el último tren, el final del amor, las oportunidades perdidas. Todo vale para convencerte. Y, claro, picas. Ya no te basta con transformar la tentación en fantasía y vivirla a solas. No, ya no, ahora quieres más. Quieres droga dura. Quieres realidad. Quieres sentir en ti ese cuerpo joven, esos brazos que has tocado en contactos casuales y sabes duros, esas manos grandes de niño grande, quieres comerte su boca de sonrisas sin cautelas y quieres que esa boca te recorra, te explore, te encuentre. Eso es la tentación. La necesidad desesperada de gustar, de desear y de saberte gustada y deseada, la poesía de la última estación

y el barco que está a punto de zarpar, la prosa de un sexo renacido con un cuerpo juvenil. Y cuando la tentación crece, cuando al fin explota, cuando caen las barreras y se esconden los remilgos, deja el sitio a otro viejo amigo, a su hermano mayor. Se lo presento. Este no se anda con medias tintas, este lo quiere y lo quiere ya. Es el deseo. Follar. Dejémonos de tapujos y eufemismos, doctor. Toda la envoltura idílica de la tentación se concreta en un deseo único. Una sola palabra lo resume. «Follar». Algo que nada tiene que ver con lo que ocurre esas noches en las que, cuando estás a punto de quedarte dormida, tu marido se inclina hacia ti en la cama y te busca los labios para darte un beso que tiene más de tanteo que de hambre y te arrima la pierna y, solo con eso, tú ya sabes lo que viene buscando y te giras y respondes a su beso con otro, que es más un permiso que una búsqueda, y te dejas abrazar y le dejas hacer y, si estás con ánimo, pones también de tu parte. No es que esté mal. Pero eso no es follar, ya me entiende. Follar era lo que hacía con Oscar a los veinte años. Follar era lo que deseaba hacer con Nacho entonces, a los cuarenta y cinco. Y perdone la crudeza, doctor, pero no hay otra manera de llamarlo porque lo que uno desea en esos momentos no es hacer el amor, dejémonos de tonterías. Pero también es cierto que esa tentación, ese deseo no eran ya los de antes. No venían solos, con los ojos cerrados, con la razón perdida, sin hacer preguntas. Traían de la mano a su hermana oscura, a su némesis, a otra vieja conocida que ya en mi juventud hacía bien su trabajo, cuando mi secreto se llamaba Jacinto, pero que ahora, con los años, había aprendido, venía más sabia y, por tanto, más resabiada, más retorcida, más canalla aún. Le presento a continuación a la gran aguafiestas, doctor. La culpa. El veneno, el ácido, el cáncer más corrosivo que existe, y yo de eso ya sé algo. Cena en casa, en la mesa de la cocina. Arturo acaba de llegar y está cansado y poco hablador. Ana, que ya es una quinceañera, insiste en contar al detalle la terrible pelea que ha tenido con sus amigas porque la han acusado de ser una creída. A Pablito, el pequeño, once años, hay que repetirle mil veces que deje de una vez la Game Boy y se coma las albóndigas. Y yo miro a Arturo con una sonrisa comprensiva con su cansancio y le digo a Ana que yo no creo que sea una creída, pero que no hace falta que vaya siempre con faldas tan cortas que más que faldas parecen cinturones y por fin le quito a Pablito el dichoso aparato y le aseguro que no se lo devolveré hasta

que haya vaciado su plato y pienso en Nacho y en lo mucho que le deseo y me siento como una mierda. Y al día siguiente de una cualquiera de esas cenas, voy al estudio con la decisión tomada. Le pediré a algún otro compañero que asuma la tutoría de Nacho alegando que ando demasiado ocupada con un nuevo proyecto para seguir corrigiendo los dibujos del novato. Le diré a Nacho que se acabó, que reduciremos el contacto al mínimo inevitable y a cuestiones profesionales. Con amabilidad. No quiero hacer sufrir al chico, pero sí dejarle claro que debe renunciar a cualquier expectativa. Es todo ridículo, me convenzo. Soy una mujer casada, ya no soy ninguna chiquilla. Soy una mujer a la que le gusta la vida previsible, entiéndelo de una vez, chaval. Y él está confundido. Es demasiado joven. No me quiere (y la idea, la sola idea, ya me da un retortijón de emoción, porque me da vida ser querida), solo ha malinterpretado una agradable amistad. Sí, estoy decidida. Pero no le veo en todo el día porque se lo pasa en una obra. No le veo hasta que me estoy yendo por la tarde. Me topo con él nada más salir del edificio donde está el estudio. Está en la acera esperándome. Está sentado en su moto. Una vespa. Nacho tiene una vespa roja, uno de esos modelos que imitan a los clásicos sin lograr del todo reproducir su encanto. Está allí esperando, con su pelo rizado revuelto y una camisa blanca y un pantalón de paño algo sobado. Necesitaba verte, me dice. Yo no sé si salir corriendo o gritar pidiendo socorro o qué. Pensé en Arturo. Acababa de hablar con él por teléfono. Había llegado pronto a casa. Me preguntaba a qué hora llegaría yo. Y no me dijo si me lo preguntaba porque no sabía qué había de cena, para esperarme y ver juntos una película de DVD o para que me ocupara de hacer unos deberes de mates con Pablito, que yo tenía más paciencia y a él le acababa sacando de quicio. No me dijo para qué me preguntaba cuándo llegaría a casa, pero, pensé, seguro que no era para follar. Y Nacho estaba ahí, frente a mí, a la espera. En una vespa. En una puñetera vespa roja. Y entonces pensé eso que uno piensa cuando quiere callar a la culpa, esa mentira piadosa y egoísta que lleva sirviendo de motivación, de coartada, de consuelo, en toda época y civilización, la gran justificación universal para dejarse llevar por la tentación y el deseo: Me lo merezco. Nacho me dijo que teníamos que hablar. Yo le dije que no había nada de qué hablar. Él me preguntó si me lo había pensado. Yo no le dije nada de lo que llevaba todo el día

pensando decirle. Solo señalé su moto y le pregunté: ¿Me das un paseo? Los secretos son una pesada carga, doctor. Cuesta llevarla encima cada minuto del día. Te van aplastando poco a poco si no te libras de ellos. Pero también, a veces, los secretos son lo único que te dan felicidad. Y así me sentí yo al subir a aquella moto. Borracha de felicidad. Y lo único que le dije a Nacho fue: Vuela, vuela, vuela.

Hay días en que tu vida cambia de repente. Las cosas van avanzando con una cadencia regular, sin sobresaltos, sin sorpresas, pero de pronto hay un día en que ocurre algo y, cuando llega la noche, tu vida ya no se parece en nada a como era cuando te despertaste esa mañana. Alguien a quien quieres cae fulminado por un infarto o subes a un ascensor y te enamoras de la desconocida que ha subido contigo, te toca la lotería o te atropella un autobús. Lo que sea, pero, sea lo que sea, ya nada volverá a ser igual.

Aquel fue uno de esos días para nosotros tres.

Estábamos sentados cada uno en una silla frente al escritorio. Esperando, sin tener muy claro qué esperábamos y para qué estábamos allí. Al otro lado de la mesa, había un tipo que me había desagradado nada más verlo. Debía de rondar los cuarenta, como nosotros. Todo en él era excesivo y carente del menor gusto. Vestía un traje de alpaca que parecía quedarle grande. En los puños de la camisa lucía unos gruesos gemelos de oro y en la muñeca derecha llevaba un aparatoso reloj, también de oro. Se peinaba hacia atrás con un exceso de gomina, lo que resaltaba más su ya de por sí prominente barbilla. Tenía ojillos de hurón, pequeños, inquietos, en permanente movimiento, incapaces de detenerse y mirar fijamente a una persona. Y fumaba como un poseso. Encendía el siguiente cigarrillo con la colilla del anterior y, nada más ponérselo en la boca, la boquilla quedaba aplastada entre sus estrechos labios. A pesar de que era evidente que le preocupaba y mucho su apariencia y del pretendido lujo de su despacho, decorado con repujados muebles de caoba y cuadros de bucólicos paisajes campestres, en un fallido intento de copiar lo que probablemente consideraba que debía de ser el estilo de un despacho de abogados con abolengo, había algo en aquel tipo, la suma de su aspecto y su manera atropellada de hablar y sus formas de forzada elegancia, que hacía sospechar que en realidad era un advenedizo, un picapleitos con un origen muy alejado de la riqueza de

la que, con desesperación, trataba de hacer ostentación de manera tan burda.

El bufete estaba en la calle Magallanes. Nos había recibido con cierto desdén, como si nos estuviese perdonando la vida o como si nos considerase tres iletrados que a duras penas podríamos entender lo que tenía que decirnos. Nos había sentado frente a su escritorio y, tras unas rápidas presentaciones, se había lanzado a soltarnos, con un repelente tonillo doctoral, un interminable discurso introductorio sobre derecho sucesorio, aderezado con innecesarios latinajos, con el que estaba claro que solo buscaba darse pisto. Fue Jorge quien le cortó. Pero no el Jorge bajito, calvito y gordito al que estábamos acostumbrados. Otro Jorge, uno con el que David y yo no solíamos tratar. Un desconocido. El hombre de negocios, el tiburón de las finanzas, el negociador implacable, el ejecutivo que se había hecho rico siendo el auténtico cerebro en la sombra de Consulting Finances and Partners Associates (sí, o como sea). Aquel era el Jorge que tenía una pistola plateada en la guantera de su coche con la que pretendía matar a su suegro. En mitad de la disertación con pinta de infinita del abogado, le interrumpió para decirle, con un tono que no dejaba espacio a la réplica, que ninguno de los tres teníamos tiempo que perder ni deseos de escuchar sus divagaciones. Oscar Saavedra había muerto. En su día, había hecho una petición a la que ahora era su exmujer. Que contactase con nosotros y que nosotros contactásemos con el abogado. Así nos lo había dicho ella misma en su piso diferente, diáfano y conceptual de la calle Moratín. Nos había dado una tarjeta del abogado para que viniésemos a verle. Y ahora estábamos allí y queríamos saber por qué, sin rodeos ni palabrería de leguleyo. Jorge se lo dijo al abogado como si cada frase fuese un guantazo.

El abogado quedó boquiabierto. Su actitud condescendiente desapareció al instante. Hubiese querido echarle un pulso a Jorge, que era más bajito, calvito y gordito que él y no llevaba tanto oro encima. Uno de esos momentos muy masculinos de a ver quién la tiene más larga. Pero fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que con aquella versión de Jorge era mejor no andarse con chorradas. Lo mismo pensaba yo. Miraba de reojo a mi amigo y me impresionaba su mirada de águila, su aplomo de perro de presa y su tono de instructor militar, todo ello nuevo para mí. Jorge era dos personas diferentes y yo no tenía muchas oportunidades de ver en

acción a una de ellas. Y me gustó.

El abogado se rindió sin pelear, abandonó su discurso sin alcanzar conclusión alguna y, tras un inseguro carraspeo y el encendido del enésimo cigarrillo, optó por atenerse de manera directa y precisa a lo que nos había reunido allí.

Y lo que dijo a partir de entonces fue lo que dio un giro inesperado a nuestras vidas.

Nos explicó que él era el depositario de una copia del testamento de Oscar y que, en él, en ausencia de descendientes, nos designaba a los tres como sus herederos universales a partes iguales. Una herencia de cojones, precisó en ese punto el abogado, tratando de recuperar el tono de campechana superioridad y buscando en vano una cierta complicidad por nuestra parte. Al parecer, según explicó, Oscar tenía una fortuna y el abogado había sido hasta entonces el administrador de su patrimonio. Oscar y él se habían conocido hacía ya muchos años por su común interés profesional en África. En aquellos años, dijo, solo eran un par de niñatos sin apenas experiencia. Oscar buscaba formas de arrancar con su proyecto y él trabajaba en una empresa de exportación e importación. Una mierda de trabajo, puntualizó, buscando de nuevo relajar la tensión. Podía sonar exótico, pero te pasabas media vida en un continente que solo es una inmensa pocilga, dijo. Hoteles malolientes, litros de sudor, mosquitos como caballos y diarreas periódicas. Ayudó a Oscar con algunas gestiones iniciales. Se conocía bien los vericuetos de las administraciones de esos países. Cómo acelerar un papeleo, cómo lograr una licencia, a qué puerta llamar, a quién untar, esas cosas. Cuando empezó a progresar, Oscar le financió la apertura de aquel despacho, del que en realidad el propio Oscar era prácticamente el único cliente. Más que suficiente, tanto por la cantidad de trabajo como por los ingresos que le generaba, aclaró, guiñando un ojo como si aquello fuese un chiste malicioso y con gracia. Desde hacía ya muchos años, se había dedicado a ser apoderado, contable, abogado y lo que hiciese falta del gran Oscar Saavedra.

Tras decir todo aquello, el abogado pareció volver a relajarse. Adoptó un tono menos prepotente y más familiar, como si hubiese decidido que ya se había convertido en nuestro amigo y no necesitase más para tratar de impresionarnos.

—Un trabajo de pelotas esto de organizarle los asuntos al cabrón

de Oscar. Hay que hacer de todo. Pagar los menos impuestos posibles. Negociar contratos de suministros. Organizar la red comercial para colocar aquí lo que se produce allá y para hacer llegar allá lo que se dona aquí. Yo me he ocupado de todo eso y más. Y, a la vez, he administrado su patrimonio personal, diversificando y multiplicando su fortuna. Le creaba sociedades patrimoniales, le abría cuentas en paraísos fiscales, le desviaba los ingresos a través de circuitos financieros seguros y conseguía la apariencia de que él, Oscar Saavedra, a título personal no ganaba un duro, cuando en realidad el hijoputa se estaba haciendo de oro. Cuando venía por aquí siempre me decía lo mismo: Ya falta menos, pronto pondremos todo esto en manos de otros y me volveré para disfrutar un poco de la vida. Pero nunca lo hacía. Estaba enganchado, un yonqui del dinero, de la fama, del poder, eso parecía a veces. Ya saben: hay que saber parar, no querer siempre más y más y más.

No movimos un músculo. Ni siquiera nos miramos entre nosotros. El abogado empalmó el cigarrillo que se acababa con el que iba a comenzar a fumar y soltó una bocanada de humo tan densa como el ambiente que de pronto se había creado en aquel despacho. Sonrió. Debía de ser gracioso ver nuestras caras demudadas. Supo que volvía a controlar la situación.

—El comercio justo puede generar negocios muy rentables si uno sabe capitalizarlo. Oscar y yo hemos puesto en pie empresas de todo tipo. Exportación a Europa de prendas textiles, cadenas de comercio en África de las prendas que se donan aquí, franquicias de tiendas de productos naturales y alimentos sanos e incluso, en los últimos tiempos, estábamos entrando en el mundo de los minerales, que ya se sabe que los chinos ahora los necesitan para fabricar sus móviles. Los Poblados son el núcleo de una serie de redes de negocio que llegan a toda Europa, Estados Unidos y Asia. Y este despacho y este humilde abogado son el centro, la sala de máquinas, de todo ello, ¿qué les parece?

Su sonrisa satisfecha se transformó en una risa incrédula, como si a él mismo le dejase pasmado lo que contaba. Ninguno de los tres le secundamos ni en risas ni en sonrisas.

—¿El señor Saavedra utilizaba esos negocios para financiar los Poblados de la Esperanza? —le preguntó Jorge, pero ya no sonó tan firme como antes, ahora sonó más a un débil intento, sin fe alguna, de

reinterpretar lo que aquel tipo nos contaba.

El abogado recobró su pose desdeñosa.

—Con la décima parte de la décima parte, amigo mío. Veo que no me está entendiendo. Esos Poblados son un negocio redondo. Un coste de infraestructuras mínimo. La materia prima, una ganga. Y una ingente mano de obra a precio de saldo. ¿Los ha visitado? Cientos de negritos viviendo en unas chocitas y trabajando para Oscar. El margen de beneficio es descomunal. Esos Poblados son auténticas minas de oro si se saben gestionar, créame lo que le digo.

—No me gusta lo que está insinuando... —dije yo con escasa convicción, más por secundar a Jorge que por rebatir aquel relato.

El abogado me miró aún más despreciativamente que a Jorge, irritado por nuestra resistencia para admitir la realidad.

—Yo no insinúo nada. Oscar era un genio de los negocios. Se había recorrido todo el continente, había estudiado a fondo las posibilidades, no dejó nada a la improvisación. Tuvo una idea empresarial magistral y la hizo realidad. Eso es todo. Un tipo con un talento descomunal. Con un olfato natural para el éxito.

—Los Poblados son una gran obra de caridad, una obra altruista...

—¡Claro que sí! —El abogado se echó hacia adelante en su asiento. Estaba disfrutando. Como el asesino vanidoso que por fin puede soltar los detalles de cómo cometió el crimen. Probablemente llevaba años queriendo contarle todo aquello a alguien—. Todos esos adorables negritos tienen techo y comida y aprenden a leer y todo queda cojonudo cuando van a visitarlos los periodistas. Lo más alucinante del proyecto de Oscar es que no solo es todo legal, sino que además toda esa parte caritativa es absolutamente real. Los negros comen y duermen calentitos y él hace dinero. Es perfecto. Los Gobiernos de los países donde creas Poblados te lo facilitan todo (precios del terreno, exenciones fiscales, tasas aduaneras, permisos de todo tipo) sin pararse a mirar el beneficio que generas. ¿Han visto lo que dicen todas las televisiones y los periódicos de Oscar? Es un santo. Un puto santo. Y no voy a ser yo el que diga que no lo es. ¿Lo van a ser ustedes?

Por fin, nos miramos entre nosotros. Miradas breves tras las que bajábamos los ojos, en parte derrotados, en parte avergonzados, como si esa historia que nos contaba aquel despreciable abogado fuese la

nuestra y no la de Oscar. Ninguno de los tres contestamos.

El abogado aprovechó aquel silencio para levantar el teléfono y llamar a su secretaria. Una chica de minifalda vertiginosa, peinado arrebolado y andares contoneantes entró en el despacho. El abogado le pidió que trajese la documentación que habían preparado. Cuando la chica volvió a salir, el abogado soltó una risita maliciosa.

—Un bombón, ¿eh? ¿Quién necesita a una secretaria con tres idiomas pudiendo tener a un pibón así?

Tampoco a eso contestamos.

Yo sentía que, de pronto, el aire se había agotado en aquella habitación. Me ahogaba. Jorge tenía una expresión pensativa. Calculaba algo mentalmente. Tal vez, el nivel de mierda que rodeaba la vida de Oscar. David miraba al suelo.

La secretaria regresó con tres abultadas carpetas y las dejó sobre la mesa de su jefe, que la despidió con una sonrisa y se quedó contemplándole el trasero hasta que ella volvió a salir del despacho. Luego, volvió a centrar su atención en nosotros.

—Ahí tienen lo necesario para situarse. Un resumen actualizado del sistema financiero de Oscar. Sociedades, cuentas corrientes, contratos, acciones, bonos y un balance de gestión. Una copia para cada uno. No les oculto nada. Como herederos, es necesario que lo conozcan a fondo. Esta primera carpeta los situará. Por supuesto, me tienen a su disposición para cualquier duda. De hecho, espero que podamos llegar a un acuerdo para que sigan contando con mis servicios en el futuro...

Nos fue mirando uno a uno según cogíamos las carpetas. Había una molesta conmiseración en su mirada. Había empezado tratando de impresionarnos, luego había creído con la reacción de Jorge que seríamos huesos duros de roer, después se había divertido sorprendiéndonos y tuve la sensación de que ahora solo sentía cierta compasión por nosotros, a los que consideraba tres pobres idiotas que no estaban a la altura del imperio que iban a heredar.

—Oscar era una gran persona —dijo poniéndose un poco solemne, como si se sintiese en la obligación de cerrar aquella reunión con algo parecido a un epitafio—. Los quería mucho a los tres. Siempre bromeaba con eso. Me decía que, si a él le pasaba algo, no quería que un pájaro como yo se encargase de gestionar su legado, que solo confiaba en tipos honestos como ustedes tres. Ya ven, ¿quién

nos iba a decir que acabaría ocurriendo esta desgracia?

El abogado pareció embargado por una repentina emoción. Su voz se quebró y, por un momento, pareció que se echaría a llorar. Aquello era más de lo que los tres podíamos soportar.

Nos levantamos a la vez sin haberlo acordado. Teníamos una imperiosa necesidad de salir de aquel despacho. Nos despedimos del abogado sin estrecharle la mano. Él se empeñó en acompañarnos hasta la puerta, la entereza recuperada, la verborrea también. Nos reiteró que estaba a nuestra disposición, que no dudásemos en contar con él para resolver todos los aspectos jurídicos que a partir de ese momento se iban a suscitar, que Oscar siempre había confiado en él, que no debíamos permitir que aquel maravilloso proyecto decayese, que esperaba que pudiésemos hacer equipo en el futuro...

Una vez en la calle, con el carpetón bajo el brazo, buscamos las respuestas al millón de preguntas pendientes.

—¿Pero qué demonios nos ha contado este tío?

—¿Pero a qué demonios se dedicaba Oscar?

Caminamos calle adelante hasta el primer bar que encontramos. Lo más parecido a un desfile de zombis. Tres zombis noqueados.

Otra barra. Otros cubatas. Desde que Oscar murió, parecíamos ir de barra en barra preguntándonos de qué demonios iba la vida.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer con qué?

—Pues con toda esta historia de la fortuna de Oscar y sus negocios...

—No tengo ni idea de qué vamos a hacer.

—Menudo cabrón...

—¿Creéis que Oscar...?

Jorge nos calló con un brusco ademán. Habló dando saltitos:

—Oscar era un gran hombre que ha hecho una gran obra humanitaria en África. Punto final.

Asentimos. Enrabietados. Ese había sido Oscar para nosotros durante muchos años. El ejemplo, la referencia, el orgullo. Y un abogadillo con ínfulas de nuevo rico no iba a cargarse eso en un segundo.

Miramos las carpetas que habíamos dejado en la barra. La verdad que pudiese haber dentro de ellas tampoco iba a cambiar todo eso.

Pero sabíamos que sí. Que nuestra vida había dado un giro

irreversible.

—Oscar Saavedra, el hombre del que todos deberíamos aprender algo...

Los tres levantamos la mirada otra vez. El televisor estaba encendido. Una voz masculina en *off* hablaba mientras en la pantalla aparecía otra de esas imágenes que los periódicos habían reproducido ya hasta la saciedad. Oscar sonreía a la cámara. Estaba en cuclillas. Junto a un niño adorable. Le pasaba un brazo por los hombros como muestra de camaradería. Una a una, aparecieron sobreimpresas las letras que formaban el título del reportaje: «Oscar Saavedra, un ejemplo de vida».

El camarero, al vernos a los tres mirando al televisor, comentó:

—Menudo hombre, ¿eh? Ya podía haber más como él...

Los tres asentimos, los ojos fijos en la pantalla. Aunque creo que, en realidad, ninguno de los tres veíamos ya lo que mostraba. Solo pensábamos. Y no entendíamos nada.

David estaba tirado en el sofá. Fumaba un porro y escuchaba a Golpes Bajos. *Malos tiempos para la lírica,* decía la canción. Pero no lo parecían. Aquellos parecían buenos tiempos para cualquier cosa. Para ser jóvenes, para estar a punto de embarcarnos en una noche más o para tumbarte en un sofá y escuchar una música que sonaba de maravilla a pesar de surgir de un pequeño casete. Buenos tiempos para hacer lo que te diese la gana. Oscar se había marchado del piso hacía ya un rato. Iba a La Vía Láctea, a terminar con los preparativos de la fiesta de su vigesimoprimer cumpleaños, que empezaría oficialmente un par de horas después. Jorge llevaba ya un rato en el baño. Acicalándose. Siempre se pasaba horas en el baño cuando tocaba noche fuera. Cuando salía, más allá de su escaso pelo mojado tras la ducha, tenía el mismo aspecto que al entrar, pero, al parecer, necesitaba todo ese tiempo para quedarse como estaba. Como solía decir David, no había mayor gasto de energía que el de Jorge intentando ponerse guapo.

—¿Sabes que esta canción se inspira en un poema de Bertolt Brecht?

—David, no empieces, por favor.

Me senté en el sillón a su lado y le pedí que me pasara el canuto. Solo di una calada. Escuchamos la canción en silencio unos segundos y yo me prometí a mí mismo que si empezaba a darme la paliza con sus interpretaciones, sus búsquedas de mensajes ocultos y sus apostillas culturales me largaría al instante. Aquella noche quería divertirme, no soportar a David. «Trabajo de banquero bien retribuido», decía la canción. Suena apetecible, le contestó David al casete como si el cantante le estuviese hablando a él.

—Dime la lista de tus cinco canciones españolas favoritas inspiradas en poemas —me dijo David.

—No pienso hacerlo —le respondí todo lo tajante que pude.

Varios años después, cuando Nick Hornby publicó su novela *Alta*

fidelidad, Oscar, Jorge y yo llegaríamos a mantener con total seriedad un debate sobre si su protagonista, Rob Gordon, podía estar inspirado en David. No era broma. Llegamos a investigar si Hornby podía haber salido de copas alguna noche por Madrid y haber conocido a David en alguna barra y que este le hubiese soltado alguna de sus teorías sobre en qué orden debían ponerse las canciones más lentas y más rápidas para grabar la mejor cinta del mundo o que le hubiese pedido que eligiese sus cinco canciones favoritas que incluyesen referencias a la literatura rusa del XIX o que mencionasen la palabra «frigorífico» o que las cantase una mujer enana, lo que fuera, y Hornby habría pensado entonces: Eureka, aquí tengo a un pirado perfecto para protagonizar mi novela. No logramos establecer un vínculo entre el escritor y David, pero siempre conservamos la íntima convicción de que si David hubiese demandado a Hornby por basarse en él sin su consentimiento habría tenido firmes posibilidades de llevarse una cuantiosa indemnización.

La inocente invitación de David a elaborar aquellas listas de canciones favoritas era una trampa. Aquellas listas solo eran un pretexto para iniciar una discusión interminable, mil porqués y por qué no incluías una u otra, mil comparaciones, mil duelos entre canciones, puro *Alta fidelidad* años antes de su publicación, hasta que acababas arrepintiéndote de tus elecciones, cambiándolas, intentando llegar así a un acuerdo y volviendo a lamentar haber reiniciado el proceso. ¿Habían sido tan decisivos The Clash en el punk como The Smiths en la *new wave*? Ni idea, pero las listas acababan generándole ese tipo de dudas metafísicas y podía establecerte un complejo paralelismo entre grupos y estilos con un millón de argumentos para el sí, para el no y para el quizá. Y si, como era el caso, estaba fumado, pasaban a ser dos millones.

A David le molestó que rechazase la oferta de enredarnos en tan apetecible lista. Pero no se alteró demasiado porque David nunca se alteraba demasiado.

—¿Qué busca Oscar? —me preguntó de pronto, porque también era muy suyo eso de saltar de un asunto a otro sin la menor vinculación.

—No te entiendo.

—Pues eso. Con su fiesta, ¿qué busca? Se ha dejado una pasta en alquilar ese bar. Ha invitado a media ciudad universitaria. ¿Qué

busca?

—¿Celebrar su cumpleaños? ¿Divertirse?

David aspiró con fuerza de su porro. Retuvo el humo dentro. Puso cara de estar peleando mentalmente por resolver un complejo enigma ancestral.

—En realidad, ¿qué busca en general?, ¿qué busca en la vida?

—¿De qué estás hablando?

David asintió, ignorándome, ocupado en atrapar las ideas dispersas que revoloteaban como mariposas en la humareda que era en ese momento su cerebro.

—Jorge, tú y yo aún no sabemos qué buscamos. Aún estamos en la etapa de prueba y error. Aún no hemos concretado nuestros objetivos más allá de alguna línea a medio trazar. Jorge busca huir de su padre sin conseguirlo. Tú buscas dar caza a Silvia sin conseguirlo. Yo busco no necesitar buscar nada.

—Suena todo muy alentador.

—Pero ¿y Oscar? Él es diferente a nosotros. Nosotros somos esbozos y él ya es un retrato completo. Él ya sabe lo que busca. Dime, ¿qué es?

David se lanzaba al interior de uno de sus bucles, a esos laberintos en que su mente se comportaba como un hámster que corre en su rueda. Empecé a impacientarme por que Jorge saliese de una vez del baño y así poder ir a ducharme y escapar de aquella conversación que, como tantas otras, sería una historia sin planteamiento, nudo y desenlace. Era demasiado pronto para estar ya listos para salir, pero seguro que Jorge, como siempre, empezaría a impacientarse, a protestar y a arrearnos y nos haría llegar con una antelación absurda, así que mejor huir de David e ir preparándome.

Aquella tarde, sin razón alguna más allá de que se aproximaba su esperada fiesta de cumpleaños, a David le dio por analizar a Oscar en lugar de lo habitual, la letra de cualquier canción. En la cinta que sonaba, grabada por él, por supuesto, a Golpes Bajos le había seguido *Arponera,* la canción de Esclarecidos, pero ni siquiera la extraña mención del ámbar gris de un cachalote, que tanto juego podía darle, distrajo su atención de Oscar. Más tarde sonaría *Perlas ensangrentadas* y eso por fin le condujo a otro dilema existencial que le iba a durar hasta ya comenzada la fiesta, pero eso aún tardaría un rato en ocurrir.

Aquella tarde no hice ni caso de lo que dijo. Mi pensamiento

estaba a otra cosa —la noche, la fiesta, Silvia, lo de siempre— y no estaba pendiente de sus desvaríos de fumeta. Lo normal habría sido que cinco minutos después de aquel momento yo hubiese olvidado para siempre lo que entonces había dicho. Pero no fue así. Contra toda lógica y probabilidad, iba a recordar mucho después, casi veinte años después, lo que sin venir demasiado a cuento David dijo aquella tarde:

—No me fío.

—¿De qué?

—De Oscar. Los demás nos limitamos a vivir. Oscar busca algo. Y creo que es algo oscuro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso. Que no me fío.

—Oye, ¿por qué te metes con Oscar?

—No me meto. Le quiero. Como a vosotros dos. Sois mis almas gemelas, sois como la canción: mis tontos inmaculados. Pero en él hay algo oscuro.

—Estás fumado.

—Sí. Pero también estoy lúcido. Sois vosotros los que no veis la realidad.

Así fue aquella breve y extraña conversación. David no volvió jamás a decir nada semejante. Y yo debería haberlo olvidado sin más. Pero después de todos esos años, me vino a la cabeza. La noche que llegué a mi apartamento tras vernos con aquel abogado de la calle Magallanes. La noche a partir de la cual empecé a preguntarme si no habría sido todo mentira. La misma noche en que empecé a repetirme las mismas preguntas que Blanca me haría muchos años después en aquella mesa de la planta de arriba de La Vía Láctea: ¿nos traicionó?, ¿nos engañó? Siempre despreciamos las máximas y aforismos de David, el porreta, el pasota, el tipo que vivía en su inaccesible mundo imaginario. Y solo el tiempo iba demostrando cuánta razón tenía en tantas cosas. Él fue quien comprendió, nada más verla por primera vez, que Madonna llegaría a ser mucho más grande que Cindy Lauper. Él fue quien aseguró que las películas de Alan Rudolph caerían pronto en el olvido cuando a todos aún nos entusiasmaban. Él fue quien vaticinó que Nacha Pop no tardaría en disolverse a pesar de que parecían estar más unidos que nunca por su mezcla de lazos musicales y familiares. Y él fue quien me dijo que no se fiaba de Oscar. Y aquellas palabras regresaron a mi memoria. Veinte años después. Al

comienzo de una noche que iba a pasar en vela, observando una carpeta que no quise abrir y haciéndome preguntas que ni siquiera me intenté responder. Malos tiempos para la lírica.

Jorge se obligó a no mirar a Claudia tan fijamente. Estaba sentada en una de esas sillas de tijera que uno asocia con los directores de cine. Con las piernas estiradas y los brazos caídos a ambos lados. Se cubría la cabeza con un sombrero de paja como si hubiese riesgo de insolación y ocultaba sus ojos tras unas gafas de sol que eran poco más que un alambre sujetando los redondos cristales. Llevaba unas sandalias de piel y unos pantalones tan cortos que apenas le cubrían el inicio de las piernas y se había quitado la camiseta de tirantes con la que había subido, dejando a la vista unos pechos menudos, de piel muy blanca y pezones pálidos, y un vientre algo remetido de tan delgado. Claudia tenía un cuerpo que se diría estirado, como una mujer de Modigliani, todo un viaje desde la cabeza a los pies por una piel que Jorge imaginó cálida y suave, tan lisa, tan igual, que habría tenido que acercarse más allá de la prudencia para encontrarle un solo lunar, peca o cicatriz. Parecía estar tan a gusto como si realmente aquello fuese una hermosa playa, cuando en realidad era una azotea donde los rodeaban ennegrecidos respiraderos y chimeneas que amenazaban con desplomarse desde la que solo se veían otras azoteas semejantes y una arboleda poco frondosa de antenas de televisión. No brillaba el sol. Eran las ocho y media de un templado atardecer, la luz comenzaba a degradarse del naranja al púrpura y una luna casi transparente se hacía ya sitio en el ocaso. Pero Claudia permanecía en su silla, muy quieta, levantando la barbilla hacia el cielo, tratando de absorber lo poco que iba quedando de luz.

Jorge se había presentado en su casa sin avisar. Le había propuesto ir a cenar o a tomar algo en alguna de las terrazas que empezaban a abrir ya por toda la ciudad, ansiosas de primavera. Claudia le dijo que no. Era noche de luna llena y no quería desaprovecharla, le dijo como razón del rechazo. Le había abierto la puerta vestida ya con el modelito playero y cargando con la silla, lista para subir a la azotea. Le invitó a seguirla y, ya arriba, a la vez que se

quitaba la camiseta y se instalaba en la silla, le propuso que también él se quitara la ropa y la acompañara en lo que ella llamó un «baño de media luna». Jorge declinó el ofrecimiento y prefirió quedarse cerca, sentado en un poyete, vestido de chaqueta y corbata, dando la espalda a la luna y el sol, sintiéndose fuera de lugar, incómodo porque no estaba acostumbrado a acabar la jornada junto a una mujer casi desnuda en una azotea y deslumbrado por la contemplación de ese cuerpo que le alteraba los sentidos, que le transformaba la vista en tacto, una excitante sinestesia.

Claudia le explicó que ella nunca tomaba el sol en el mar. Era una morena de piel blanca, le dijo, aunque no era necesario que lo aclarase porque eran pocos los centímetros de su blanca piel que no estaban a la vista de Jorge, y nunca se bronceaba. Por eso prefería tomar el sol al atardecer, cuando ya asomaba la luna. Un chamán etíope le había explicado que la luz de ese breve tiempo en que la luna aún está a medio salir y el sol a medio ocultarse no se detiene en la piel, sino que la atraviesa hasta llegar al espíritu. Los baños de media luna, según los llamaba el etíope, transmitían energía vital y limpiaban el cuerpo de malos humores. Te embellecían por dentro, no por fuera. Vitamina D para el alma, concluyó ella, quieta como una estatua, componiendo una figura que podría haber salido de un cuadro de Hopper de no haber sido tan descocada.

Después, le dijo que si esperaba a que cayese la noche y el baño hubiese acabado, podían bajar a su piso y compartir un «vapor de hierbas». Le aclaró sin que él lo preguntase que se trataba de un fino canuto que le pasaba un amigo suyo paquistaní que vivía no muy lejos de allí y que era, según lo definió, una mezcla de homeópata creativo y gurú tántrico, al margen de que en aquel momento trabajase como limpiador de oficinas por horas a la espera de poder regularizar sus papeles para abrir una consulta en que le había ofrecido trabajo, dados sus conocimientos de la medicina hindi. El vapor de hierbas era el complemento perfecto de los baños de media luna porque funcionaba como una corriente limpiadora del organismo.

Jorge asentía embebido, pero no tanto en sus palabras como en su visión, más pendiente de no mirarla tan fijamente que de todo aquel desbarre.

Por fin, Claudia trajo la conversación de vuelta al mundo terrenal y, aún inmóvil, la mirada escondida detrás de las gafas de sol, le

preguntó:

—¿Para qué has venido a verme?

Jorge tardó en decidir por dónde empezar. No lo sabía. Aquel día, como los anteriores, lo había pasado en su despacho sin hacer nada. Las horas habían transcurrido despacio, inertes, desperdiciadas en un vacío mental. Había llamado a David. Tío, estoy jodido, ¿cómo estás tú? Me había llamado a mí. Las dos habían sido conversaciones breves. Los dos habíamos contestado algo parecido. No sé cómo estoy, no consigo pensar. Fue en busca de Claudia. Y no sabía si lo que había ido a buscar al piso de Moratín eran respuestas, consuelo o esperanza.

—¿Por qué dejaste a Oscar?

Fue lo primero que se le ocurrió preguntar. Claudia torció ligeramente los labios.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora?

—No tenemos que hablar de nada que no quieras —se disculpó Jorge.

Claudia permanecía muy quieta. Como si mover un solo milímetro de su cuerpo fuese a hacer que la luz de la media luna dejase de cubrirla. Por fin, dijo:

—La música cesó.

—¿Música?

Ella giró levemente la cabeza hacia donde él estaba y Jorge supuso que le estaba mirando desde detrás de los opacos cristales de sus gafas.

—¿Has oído esa música alguna vez?

—No sé de qué música me hablas.

—Puede que sea porque nunca te has enamorado.

—Puede que sea porque yo no tengo alucinaciones.

Jorge se revolvió sobre el poyete, siempre incómodo cuando sentía que le daban lecciones. Claudia sonrió conciliadora. Él decidió seguir por otro camino menos comprometido.

—El otro día, cuando estuvimos los tres en tu piso, dijiste algo de pasada. Dijiste que Oscar no era como tú pensabas.

—Porque no lo era. La música te hace ver cosas que no son. Cuando deja de sonar, empiezas a ver la realidad.

—¿A qué te referías?

—A todo, supongo. Oscar no era ni la persona ni el marido que yo creía que era.

—¿Te era infiel?

A Claudia le hizo reír aquella pregunta.

—¿Es eso lo que más importa? —preguntó un poco burlona, y solo con decir aquello hizo sentir al Jorge de chaqueta y corbata sentado sobre el cemento, de amplia coronilla calva y ahora un poco sudada, barriga de urbanita bien alimentado y aspecto de marido satisfecho de serle fiel a su santa esposa aún más antiguo, convencional y aburrido de lo que era.

Claudia se bajó un poco las gafas por el puente de la nariz y observó el cielo con los ojos desnudos, calibrando si se podía aprovechar todavía algo de aquella luna llena que ya no era transparente, que empezaba a imponer su resplandor por entre los cirros.

—No creo que la fidelidad sea uno de los pilares esenciales de la pareja —dijo mientras hacía un análisis del cielo—. Y, desde luego, no lo es en África.

—¿A ti no te importaba?

Tardó en contestarle. Jorge comprendió que evaluaba diferentes opciones de respuesta.

—Cuando estás condicionada por todos los prejuicios y tabúes de nuestro mundo, no es fácil acostumbrarte a un cambio tan radical de cultura.

Claudia dijo aquello con un cierto automatismo.

Jorge no pudo evitar ver en su mente los rostros de aquellas mujeres que aparecían en los reportajes televisivos sobre los Poblados de la Esperanza. Mujeres vestidas con trajes de vivos colores. Mujeres que compartían la misma mirada curiosa de los niños que llevaban en brazos o de la mano. Mujeres que sonreían a la cámara con la esperanza recobrada, confiadas en poder aferrarse a un futuro que la vida se había empeñado en negarles.

Rechazó ese pensamiento. Optó por pensar en intrépidas reporteras de la BBC buscando un reportaje con encanto sobre el atractivo bienhechor español, en europarlamentarias holandesas de aspecto y apellido muy bóer tratando de compensar malas conciencias colectivas dando su apoyo a la obtención de ayudas con visitas diplomáticas *in situ,* en millonarias aburridas que deseaban llevarse consigo sus propias memorias de África a cambio de su generosa filantropía. Prefería aquello. Menos perturbador.

—¿Cuántas cosas me quedan por descubrir de Oscar que no me van a agradar?

Claudia se enderezó en la silla. Meneó la cabeza, lamentando la incomprensión de Jorge o, simplemente, arrepintiéndose de haber entrado en intimidades. Cogió la camiseta y se la puso. Jorge se había puesto de pie, las manos en los bolsillos, daba saltitos, contenía su impaciencia indefinida, miraba para otro lado, a esa luna llena, esa misma luna que había iluminado noches africanas que a saber en qué compañías solía pasar Oscar.

—Intenta no ser injusto —le dijo Claudia sin alterar la voz—. Oscar era alguien único. Era el mejor. Nunca observes un mundo con la mirada de otro. ¿Has visto esa película, *El hombre que pudo reinar*? Oscar era un hombre normal que se convirtió en rey y eso no es algo tan sencillo. Oscar reinaba y los reyes son diferentes al resto. No puedes juzgarle con tus mismas reglas. Oscar reinaba y la única forma de estar cerca de él era siendo un súbdito agradecido. Eso fue lo que yo tardé en comprender. Oscar no necesitaba a su lado a una mujer. Oscar necesitaba amar y que le amasen, pero no una sola persona, sino todos sus súbditos.

—¿Por eso te fuiste?

—Me fui cuando comprendí que no le hacía falta. Su luz brillaba cada vez más, la mía iba apagándose. No quise acabar convertida en polvo en el camino que solo está ahí para que camines sobre él.

La noche cayó a plomo. Escena final y bajada de telón.

Jorge siguió a Claudia hasta su piso. La esperó en el salón sin mobiliario mientras ella iba a cambiarse. Cuando reapareció, llevaba en la mano dos vasos de agua y le ofreció uno a Jorge. Ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora, él no se tranquilizó.

—Estuvimos con el abogado ese de la tarjeta que nos diste... —dijo Jorge.

Ella extendió dos esterillas en el suelo. Se sentó en una y Jorge en la otra. Su pantalón y su chaqueta se tensaron en aquella postura de indio.

Le hizo un breve resumen. La fortuna, la herencia, la perplejidad, la rabia, la decepción. Claudia le escuchó mientras se hidrataba con el vaso de agua tras su baño de media luna. Ella se mostraba tranquila, él contenía las ganas de dar sus saltitos, algo además imposible en la posición en que estaba sentado. Eran tan diferentes que una foto de

aquella escena habría resultado cómica.

Cuando Jorge calló, ella le repitió la misma pregunta que le había hecho en la azotea, como si no hubiesen hablado de nada entre tanto.

—¿Para qué has venido a verme?

Y esta vez, Jorge no dudó en la respuesta:

—Quiero saber la verdad.

Claudia sonrió.

—No hay una sola verdad. Nunca hay una única verdad.

—No quiero una respuesta de filosofía zen ni nada por el estilo —se impacientó Jorge.

Hubo un silencio antes de que ella volviese a hablar y, cuando lo hizo, en su voz se mezclaban un puñado de serenidad, una pizca de impaciencia y un pellizco de reprimenda.

—¿Qué necesitas oír de mí, Jorge? ¿Que Oscar era ese gran benefactor de la humanidad, idealista y altruista, que están pintando a todas horas los medios de comunicación? ¿O que era un buscador de fortuna que se valía de la desesperación de otros para enriquecerse? Piénsalo. ¿Qué es lo que de verdad prefieres escuchar? ¿Qué te hará sentir mejor? ¿Cuál es la verdad que tú necesitas? ¿Quieres seguir pensando que la vida puede ser una mierda, pero que al menos hay en el mundo algunas personas como Oscar, tu amigo del alma, al que siempre has admirado tanto, que son capaces de hacer algo grande con su vida? ¿O prefieres pensar de él que solo era otro tipo tan miserable y lleno de egoísmos como, en definitiva, lo estamos todos? ¿Prefieres admirarle e incluso, no pasa nada, admitámoslo, envidiarle o lo que necesitas es poder pensar que, después de todo, tu propia vida no es tan mala ni tú eres tan mal tipo si te comparas con él? ¿Qué quieres saber en realidad? ¿La verdad sobre él o la verdad sobre ti mismo?

El pequeño salón estaba iluminado por una bombilla que colgaba desnuda del techo. Una luz cálida, de un suave tono dorado, que perfilaba las siluetas. Sentada frente a él, en la posición del loto, quieta pero no rígida, con la espalda muy recta y las manos posadas sobre las rodillas, Claudia parecía una aparición, un oráculo con cara de niña y ese cuerpo que imaginaba de piel cálida y suave, lista para levitar. Jorge la observó y, por un segundo, se olvidó de todo lo demás.

—¿Le seguías queriendo cuando te fuiste?

Ella sonrió.

—Todo el mundo quería a Oscar. No podías evitar quererle. Pero, ya te lo he dicho, la música había dejado de sonar.

—¿Y eres más feliz ahora sin él?

—Ahora existo. Y en eso consiste la vida. En existir.

Lo digo medio en broma, medio en serio.

—Entonces, ¿crees que estamos ya preparados para hablar de Oscar?

—En realidad, ¿no hemos estado hablando de él todo el tiempo?

Blanca niega con la cabeza suavemente y no sé si con ello está asumiendo o rechazando algún pensamiento.

—Oscar siempre está ahí. De una u otra manera. Bajo el foco o fuera de plano. Pero siempre forma parte de todas nuestras historias.

—Recuerdo aquella tarde que nos vimos, unos días después de su muerte...

Lo digo con una sonrisa nostálgica, incongruente, como si fuera un recuerdo feliz. Ella también sonríe.

—Fuimos a pasear. Al templo de Debod. Nos habíamos visto apenas unos días antes. Me habías estado contando tu baño en la piscina de Silvia. Te sentías fatal. Gruñías.

—Y tú acabaste llorando de risa.

—La vida me parecía demasiado estúpida en ese momento para no tomármela a risa.

—Sí, volvimos a quedar y fuimos a pasear y te conté todo aquello. La historia de Oscar y los Poblados, el abogado, Claudia, la herencia... Yo te hablaba y tú no decías nada.

—¿Qué podía decir?

—Necesitaba que alguien me dijera lo que tenía que sentir. Todo era demasiado confuso. Años antes, cuando ocurrió lo de aquella noche en su fiesta de cumpleaños, yo me había obligado a superar las ganas de odiarle y seguir queriéndole. Después de saber la verdad sobre los Poblados, me sentía obligado a superar las ganas de quererle y empezar por fin a odiarle.

Blanca me escucha en silencio. Como durante aquel paseo por el templo de Debod. Cuando le hablo de Oscar, siempre calla.

—Te llamé para verte, unos días después de enterarme de todo

aquello, porque necesitaba hablar con alguien. Ocurría algo extraño con Jorge y David. No nos habíamos vuelto a ver desde la visita a aquel abogado. Justo cuando más debíamos haber estado juntos, ninguno hacíamos nada por vernos. Nos llamábamos por teléfono y las conversaciones no duraban más allá de unas cuantas frases cortas. Nos esquivábamos. Sentíamos una extraña incomodidad. Era como si cada uno sintiese vergüenza ante los otros dos. De pronto, no sabíamos qué decir, cómo comportarnos, qué debíamos hacer.

La iluminación del local ha variado hacia tonos rojizos. Se prepara para la noche. La pareja y los turistas se han ido. El grupo de jóvenes sigue enfrente. No ha llegado nadie más.

—Oscar era nuestra justificación. Gracias a él, todo nos estaba permitido, todo nos estaba perdonado. Nuestras vidas podían no ir a ningún sitio, no merecer la pena, pero daba igual. No importaba si a Jorge ya solo le interesaba ganar cada vez más dinero o si David hacía un programa de radio que no escuchaba nadie. No importaba que yo fuese como un coche esperando en el desguace después de mi divorcio y el fracaso del libro. Y no importaba porque ninguno sentíamos la obligación de alcanzar ninguna meta ni de llevar a cabo hazaña alguna. Nadie podía ni exigirnos ni esperar de nosotros que dejáramos ningún legado, que fuésemos útiles en cualquier sentido a la sociedad. Porque para eso ya estaba Oscar. Supongo que el razonamiento tiene algo de infantil. Uno de nosotros ya estaba haciendo mejor este mundo. Uno de cuatro, ¿cuántos grupos de amigos pueden decir eso? La gloria no nos estaba esperando al resto, solo a él. Y más nos valía no intentar nada parecido porque iba a ser imposible igualarle. Habría sido ridículo pretender siquiera acercarnos a su altura, mejor ni pensarlo. Podíamos permitirnos que nuestras vidas fueran insignificantes porque ahí estaba él, ocupándose de hacer un hueco en la historia en el que cupiésemos todos. Por eso ninguno de nosotros sintió nunca envidia de sus éxitos, por eso sentíamos una alegría sincera por todo lo que había conseguido. Porque eso nos aliviaba, nos redimía, nos servía de autojustificación facilona, nos daba a nosotros libertad para fracasar o, si lo prefieres, para no tener siquiera que iniciar una pelea que estaba perdida de antemano.

«Si pudiera borrar todo lo que yo fui», dice la canción. Blanca me escucha. No he venido a hablar de mí esta tarde, vuelvo a pensar. Solo un momento, me concedo.

—Su gran traición fue morirse. Nos abandonó, nos dejó solos. Aquel helicóptero se estrelló y, de pronto, tuvimos que dejar de aplaudirle a él y mirarnos a nosotros mismos. Tal vez por eso nos esquivamos esos días. Porque aún no sabíamos mirarnos los unos a los otros. ¿Qué hubiésemos visto? Un pirata financiero que solo aspiraba a matar a su suegro, un novelista sin lectores que no había sabido ni enamorar ni conservar a las mujeres de su vida y un porreta pasado de rosca cuya vida era como un disco rayado en el que sonaban una y otra vez las mismas canciones de su ya lejana juventud. Y ni siquiera íbamos a poder buscar consuelo en el recuerdo del triunfo alcanzado por nuestro amigo porque ahora resultaba que su traición era aún mayor, que no consistía solo en haberse muerto. Su gran obra, todo, era un enorme fraude, un gigantesco engaño, un profundo pozo de mierda. Y tuvimos miedo. Más allá de tristeza, decepción o indignación, lo primero que sentimos fue miedo. Porque, de pronto, se nos vino encima una avalancha de dudas, porque todas las excusas que nos poníamos al repasar nuestras propias vidas habían desaparecido.

Por los altavoces suena con aire triste la voz de Antonio Flores. Él asegura que no dudaría. Yo dudo. Me callo. Llega una pareja. Ella lleva una peluca o el pelo teñido de un rubio tan rubio que en realidad es blanco. Él es demasiado mayor para ella, demasiado mayor para todo. Detrás suben dos parejas que van juntas. Ríen. Son como los jóvenes de la otra mesa, solo que en el siguiente peldaño vital. Los treinta. Echo de menos tener su edad.

Blanca vuelve a girar su mechero entre los dedos.

—Creo que mis sentimientos no eran tan sofisticados —dice—. Oscar, por encima de cualquier otra cosa, me ha hecho sentir siempre como una idiota. Una chica ilusa y manejable.

Yo no puedo evitar pensar en Silvia. Y en lo que antes había dicho Blanca. Somos iguales, dos caras de la misma moneda. Iluso y manejable, me digo a mí mismo, reconociendo la sensación.

Ella detiene el giro del mechero.

—A los veinte, me tragué todo aquel cuento que escribíamos juntos sobre un futuro de felicidad doméstica. Me creí que era un sueño compartido cuando, en realidad, era solo un sueño mío. Y después, me volví a creer aquel otro cuento, el del héroe popular, el salvador del mundo necesitado. Hasta que me contaste la realidad,

igual que veinte años antes me habías llevado en moto para descubrir que nada era como yo creía.

—De pronto, suena como si hubiese sido siempre el aguafiestas de tu vida.

Blanca sonríe. Me mira a los ojos.

—¿Tú qué crees que nos hizo Oscar? ¿Nos traicionó después o nos engañó desde el principio?

Ella espera una respuesta y yo me encojo de hombros. No quiero decepcionarla, no quiero decirle que eso ya carece de importancia.

—Oscar tenía un sueño, un enorme sueño lleno de sombras. El sueño de quererlo todo. Era un sueño donde se confundían la nobleza y la codicia. Nosotros, la novia, el amigo, todo, solo éramos parte de ese sueño, tal vez personajes secundarios, tal vez solo trofeos, daba igual. Para conseguir lo que quería estaba dispuesto a hacer todo lo que fuese necesario, no importaba si tenía que ser héroe o villano, solo importaba conseguir todo lo que deseaba.

Me sorprende que ella se eche a reír.

—¿Ves? Con esa palabrería tuya de escritor vuelves a intentar justificarle. Siempre he tenido la sensación de que, más allá de perdonarle sus traiciones y mentiras, siempre te has empeñado en atribuirle unos motivos que salvaran su honra, su honor o qué sé yo.

Cierra los ojos y los aprieta un poco y las suaves arruguitas de sus sienes se marcan un poco más.

—No cuentes para eso conmigo, Javi. A mí déjame odiarle.

—No me creo que le odies.

Cuando abre los ojos, están humedecidos, no sé si por haberlos apretado o por un llanto que pugna por brotar.

—Creo que le he odiado tanto como le he querido. Y así es aún hoy. Le odio y le quiero, pero ya te he dicho que llega un momento en que el amor se vuelve tramposo, en que ese amor que sentías por una persona se transforma en amor por un recuerdo. Al final, puede ser que acabes amando a alguien que nunca existió. Lloré la muerte de Oscar hasta quedarme vacía por dentro. Pero no lloraba al hombre que iba en ese helicóptero. Lloraba por aquel chico perfecto de la vespa roja. Y, en cambio, al mismo tiempo sentía odio. Y a quien odiaba era a ese adulto traidor, a ese hombre que solo era un ladrón, un simple impostor.

Blanca calla. Llora en silencio y sin lágrimas. Los Planetas ocupan

el espacio de La Vía Láctea, lo cual, al fin y al cabo, tiene su lógica. Cantan: «Pero nunca, nunca más, estoy harto de esperar».

—Me he pasado toda la vida intentando ponerle un final a mi historia con Oscar. Y creo que ni siquiera con su muerte ni ahora, cuando llega mi turno, he sido capaz de hacerlo.

—Es tan difícil amar sin querer amar como odiar sin querer odiar.

Blanca rompe a reír.

—Para ser escritor, esa es una frase de mierda.

Río yo también.

—Sí que lo es.

Sin pensar en lo que hace, de manera instintiva, Blanca abre su bolso, saca un cigarro del paquete que lleva dentro, se lo coloca en la boca, aplasta de más la boquilla con los labios y luego lo coge y lo vuelve a guardar.

—No cuentes conmigo ni para perdonarle ni para justificar ninguno de sus actos —dice más resuelta que rabiosa—. Hay demasiadas cosas. Tú no las sabes todas, Javi. Para eso estás aquí. Para saber. Te lo contaré. Pero no busques ni absoluciones ni bendiciones. Déjame que le siga odiando. Estoy mejor así. Porque sin ese odio me habría muerto hace ya mucho tiempo de tanto como le he echado de menos.

Fue todo un espectáculo. La catedral de la Almudena estaba abarrotada. La calle Bailén quedó bloqueada por la caravana de coches oficiales que traían a las autoridades, un enjambre de periodistas zumbaba en la entrada, donde cámaras, fotógrafos y reporteros micrófono en mano se empujaban unos a otros tratando de hacerse con una imagen o unas palabras de alguna celebridad y, más allá del cordón de seguridad, los curiosos se apelotonaban tratando de reconocer y exigiendo un saludo en la distancia a quienes iban entrando en el templo. Dentro, no había un solo sitio libre. Los primeros bancos estaban reservados para las grandes personalidades: la esposa del presidente del Gobierno, el alcalde de Madrid, tres ministros, un grupo de embajadores, otro grupo de altos cargos nacionales, autonómicos y locales y demás personas en rango protocolario descendente. Detrás de los políticos, se situaba una variopinta fauna de personas de postín: máximos responsables de reputadas ONG, conocidos presentadores de televisión, editorialistas de referencia de la prensa diaria, señoras de la alta sociedad y gente del espectáculo. El tercer gran grupo lo formaban los asistentes anónimos vinculados con el difunto. Entre ellos, los padres de Oscar, que seguían pareciéndose entre sí, convertidos en dos ancianos de cuerpos consumidos y algo encorvados y que parecían más abrumados por todo aquel circo que por la pérdida de su único hijo. En los últimos bancos estaban ya quienes eran alguien para estar sin ser lo suficiente para estar más adelante: asistentes de los peces gordos de las primeras filas, periodistas de medios de segunda o famosos aún en ascenso o ya en decadencia.

El gran ausente era el gran protagonista. Aquel era un funeral sin muerto. Los medios habían anunciado unos días antes que por fin se habían recuperado los restos de las víctimas del accidente de helicóptero. Al parecer, estaban en bastante mal estado. Un incendio de la aeronave tras el impacto, los días pasados a la intemperie y la

visita al lugar del siniestro de carroñeros hambrientos hacía difícil la identificación. Una vez enviados los restos que se suponían de Oscar a España, había surgido la duda de si serían de verdad los suyos o no. Aquel debate, las pesquisas, las declaraciones de varios forenses, las razones para creer que sí y que no lo eran estiraron el protagonismo de Oscar en tertulias radiofónicas y televisivas. El funeral ya había sido programado y aún no había pruebas concluyentes, así que los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores que se habían hecho responsables de su organización consideraron que lo mejor era seguir adelante y hacer un funeral sin *corpore insepulto,* una decisión que también dio para mucho debate, pero que se consideraba menos arriesgada que la de honrar con tanta solemnidad los restos equivocados. Rigores del protocolo funerario.

En todo caso, aun sin féretro ni restos, el funeral fue todo un éxito de público, con el ambiente propio de los grandes acontecimientos, nada que envidiar a un gran estreno de ópera o a una final de fútbol. Antes de ocupar sus asientos, todos los asistentes de postín parecían estar pasándoselo en grande. Se saludaban con exagerado afecto, formaban corrillos para intercambiar impresiones sobre las últimas incidencias de la vida política o social, buscaban como fuera coincidir con la señora del presidente y, según la importancia de cada uno, saludarla con un par de besos, un estrechamiento de mano o un leve cabeceo, vigilaban a los que ocupaban sitios cercanos a uno para estar seguros de que habían sido colocados en un asiento acorde con su importancia y parecían sentirse muy satisfechos de estar allí. Los invitados particulares nos mirábamos unos a otros tratando de buscar caras conocidas entre nosotros, al reconocernos nos saludábamos con más discreción que los de delante y mirábamos a estos con distante curiosidad.

En medio de aquella verbena, tuve un encuentro inesperado. Alguien me dio una palmada en la espalda y me volví y me topé con un tipo de tupida cabellera cana, deslumbrante sonrisa blanca y lustrosa piel morena. La vida volvía a dar un giro inesperado. Aquel tipo, que en los últimos días había salido en todo tipo de programas de televisión glosando la figura de Oscar, era José Ramón Méndez Valcárcel, líder del tercer partido más votado del país y, según los más enterados analistas, el político con más proyección y popularidad del momento. Y yo, bloqueado por el jaleo que me rodeaba, no le

reconocí, a pesar de que llevaba días viéndole en todos los medios hablando de Oscar. Aturdido por el gentío, aún no había caído en quién era cuando él ya me estaba abrazando con efusión.

—Javi, cabronazo, me alegro tanto de verte, aunque sea en estas circunstancias...

Me soltó y entonces pude volver a mirarle y me vino a la memoria un rostro de mi juventud que tal vez podía parecerse a ese tipo con cara y sonrisa de cartel electoral. Un chistoso cansino, un buscavidas que siempre sabía dónde conseguir una copa gratis, uno de esos tipos cuyas gracias solo te hacen gracia si ya estás en medio de un ataque de risa floja. El mundo podía conocerle como José Ramón Méndez Valcárcel. Nosotros no.

—Pato...

Al saberse reconocido me dio un segundo abrazo para celebrarlo. Y después, solo me dedicó unos segundos, porque los responsables de protocolo le reclamaban para que pasase ya a ocupar su sitio en la fila de los líderes de la oposición. ¿A qué te dedicas ahora?, quiso saber. A nada, le contesté. Entonces tenemos que vernos, me dijo. Luego me preguntó, cuando ya se lo llevaban tirando de su brazo, si había votado por él en las últimas elecciones. Le dije que no, porque no lo había hecho. Eso le hizo reírse mucho. Todo aquello no duró más de medio minuto. La vida tiene esos momentos. Más de quince años después de aquel medio minuto, yo estaría aún trabajando para él.

Cumpliendo escrupulosamente el horario previsto, un grupo de cinco sacerdotes, con el cardenal arzobispo de Madrid en el centro, desfiló hasta colocarse tras el altar. Las conversaciones cesaron y las sonrisas desaparecieron y todos los que ocupaban las primeras filas adoptaron expresiones graves y compungidas que los pocos fotógrafos a los que se autorizó seguir con su trabajo en el interior de la catedral se apresuraron a inmortalizar. El cardenal arzobispo y sus compañeros esperaron con paciencia durante un par de minutos a que se marchase la prensa y solo entonces dio comienzo el oficio.

Fue una misa larga y pesada, interrumpida cada dos por tres la ceremonia por el coro, que parecía empeñado en lucir ante tan concurrida y distinguida audiencia la totalidad de su repertorio. En la zona de amigos y familiares, Jorge, David y yo, sentados en bancos diferentes, nos entreteníamos intercambiando miradas de impaciencia. Unas filas más adelante, Claudia se mantenía con expresión ausente,

ajena a las distintas fases de la celebración. El excesivo boato del acto y la presencia de aquella legión de autoridades impedía que este tuviera la menor emoción.

Durante el sermón, el cardenal arzobispo se explayó en una grandilocuente exposición de las bondades de Oscar plagada de comparaciones bíblicas y épica evangélica. Oscar era la personificación de los valores cristianos de generosidad, entrega y caridad. Oscar lo era todo. Refugio de los desamparados, padre de los niños, amigo de los hombres y consuelo de las mujeres. Y aquello último ya me sonó extraño, pero la cosa se complicó cuando el cardenal arzobispo escogió como hilo conductor de sus elogios el concepto de fidelidad. Porque, según él, Oscar había sido, por encima de cualquier otra cosa, un hombre fiel. Fiel a un sueño y a una causa, fiel a un ideal y a un anhelo, fiel a la humildad en lo personal y a la grandeza en lo humanitario. En un mundo donde a veces nos puede parecer que siempre triunfa la mentira y el engaño. Y así siguió: fiel, fiel, fiel...

Miré a Jorge y seguí su mirada y vi que estaba fija en Claudia. Yo podía verla en diagonal, tres bancos por delante de mí. Me sorprendió lo que vi. Claudia se había tapado la cara con las manos y sus hombros se agitaban con pequeños espasmos. No habría imaginado que fuese una persona tan emotiva. Y, en cierto modo, me alegró. Ya estaba bien de tanta frialdad institucional. Sentí una oleada de ternura por aquella chica peculiar. La única persona emocionada en todo el templo. Incluso me pareció oír un suave gemido surgiendo de entre sus manos. Bajaba la cabeza, como si quisiera ocultar su dolor, la barbilla hundida en el cuello, las manos extendidas tapando lo más posible su rostro, el cuerpo estremecido por hipidos crecientes. Dolía verla. Daban ganas de ir a darle un abrazo.

Busqué a David con la mirada. Le señalé a Claudia. David la miró y se encogió de hombros con un gesto de impotencia. Luego, vi que David y Jorge se miraban también y Jorge meneó la cabeza y dio un par de sus saltitos, con impaciente compasión. Los tres contemplamos a aquella figura que a duras penas lograba contener su emoción. Pronto, la mayor parte de los ocupantes de los bancos de la zona de conocidos del difunto estaban pendientes de ella, que había transformado su silencio en un solitario eco de hipos y sollozos. También los que estaban delante, en los últimos bancos de la zona de

los importantes, se volvieron a mirarla. Era una imagen triste: Claudia, con su chalequito de colorines que parecían lamparones, su alargado cuerpo cimbreándose por el llanto como un junco solitario, su corta melena morena apenas cayéndole sobre la cara para cubrir las manos con las que a su vez cubría el llanto, sin compañía en su dolor en aquella iglesia abarrotada. A su alrededor, los asistentes apartaban de ella sus miradas como si así pudiesen aportarle una cierta intimidad en medio de la muchedumbre.

Yo aún la miraba cuando separó las manos de la cara apenas un breve instante para apartarse el pelo de la frente y pude ver su rostro arrasado de lágrimas.

Fiel a aquellos hombres y mujeres a los que se dedicaba en cuerpo y alma, decía en ese momento el cardenal arzobispo.

Aquel breve vistazo al rostro de Claudia fue suficiente para darme cuenta.

Sentí un espasmo en mi interior.

Fiel día y noche, con una fidelidad sobrada de energía y pasión.

Claudia no estaba llorando.

Fiel.

Se estaba riendo.

Volví a mirar a Jorge. Nos bastó encontrar nuestras miradas un segundo para decirnos el uno al otro lo mismo. También él se había dado cuenta. Miramos a David. Este nos miró con su habitual expresión adormecida ahora espabilada por la sorpresa. Parecía imposible que el resto de la gente no se hubiese dado cuenta.

Aquello nos superó. A veces, lo más insignificante puede convertirse en el detonante que haga saltar todo por los aires. Aquello fue una catarsis, una manera de protestar, de desentumecernos, de quitarnos de encima el miedo, el enfado y el pesar. Un punto de partida. Habíamos pasado por el mazazo de la muerte de Oscar. Habíamos pasado por la cadena de sorpresas posterior, desde la aparición de Claudia a las revelaciones del abogado. Nos habíamos encerrado cada uno en una concha protectora para tratar de procesar todo aquello. Habíamos regresado para encarar al mundo exterior en aquella ridícula ceremonia de exaltación de una falacia. Habíamos guardado la compostura. Estábamos allí rindiendo honores al difunto, junto a sus padres esquinados, a supuestos amigos del finado que no habíamos visto nunca y con quienes compartíamos los bancos de la

catedral, junto a políticos y celebridades, junto a la pesada carga del secreto sobre quién era Oscar en realidad. Pero ver a Claudia luchando por dominar la risa fue demasiado. De pronto, se convirtió en lo más difícil de todo. Y la única forma de soportarlo fue echarnos también a reír.

Fruncí la boca y me mordí el interior de la mejilla y entorné los ojos y cualquiera que me hubiese mirado en aquel momento habría creído que luchaba por no perder el control. Y así era. Las caras de Jorge y David también se descomponían en extrañas muecas.

Cerré los ojos y contuve la respiración y traté de concentrarme en la idea de que todo aquello a mi alrededor se había montado en homenaje por la muerte de quien había considerado en mi juventud el mejor amigo que nunca iba a tener. Me obligué a entristecerme. No lo conseguí.

El cardenal arzobispo no fue ya capaz de estirar más el uso de la fidelidad como paradigma de todas las bondades de Oscar, pero, animoso e inspirado, dio con naturalidad un airoso giro a su disertación e inició una prédica sobre la maldad natural de aquellos que solo dan sentido a su vida acumulando bienes materiales.

En los bancos de delante, las personalidades contenían un primer bostezo con profesionalidad. Un poco más atrás, Claudia se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de papel, intentando recobrar la compostura. Cerca de ella, Jorge, David y yo reíamos como tres idiotas con menos habilidad que ella para el disimulo, logrando miradas de reojo de quienes nos rodeaban que iban de la duda a la perplejidad pasando por la desaprobación, convencidos todos los que nos veían de que éramos el mejor ejemplo de esa humanidad egoísta, insensible e ignorante que, a decir del cardenal arzobispo, había perdido el rumbo moral, lo que nuestra risa venía a confirmar.

Por fin, aquel solemne circo llegó a su fin. Las personalidades volvieron a enredarse en un ceremonial de besos y abrazos cruzados y los asistentes fueron desfilando hacia la salida de regreso a unas vidas ordinarias e intrascendentes en las que el recuerdo de Oscar, a decir del cardenal arzobispo, debía ser luz y guía inspiradora de la tarea diaria de todos y cada uno de los presentes. Algunos allegados al difunto fueron los últimos en salir. En concreto, tres. Tres tipos que permanecieron sentados en sus bancos, apenas contenidos aún sus sentimientos, viendo al resto pasar, con extrañas expresiones en sus

caras que quienes los veían por vez primera atribuyeron al dolor de la pérdida. Tres figuras que permanecieron quietas, cada una en su sitio, se diría que sin saber qué hacer, sin decidir adónde ir ahora que les faltaba Oscar, luz y guía, para marcarles el camino.

Fuimos a Ikea. No era lo que había imaginado para nuestro segundo encuentro, pero eso fue lo que ella me propuso: ¿Me acompañarías a un sitio al que tengo que ir?, me dijo. Te acompañaría al fin del mundo, le dije yo poniendo un tono cómico para que pareciese mentira. Y el fin del mundo resultó ser el Ikea de San Sebastián de los Reyes. Ella tenía pendiente ir desde hacía tiempo y no quería retrasarlo más y, claro, qué mejor ocasión para ello que la tarde en que habíamos quedado en vernos. Pasamos un par de horas haciendo la ruta preestablecida para los clientes en el interior de la enorme nave, algo que llegaba un momento que te hacía sentir atrapado en un circuito en bucle sin esperanza alguna de regresar al mundo exterior. Compró un Koppang, un Näulinge y un Tornviken, que antes de que los suecos se hubiesen apoderado del mundo del mobiliario se habrían identificado como un armarito, un flexo y un botellero. Acabamos cansados y con un ligero dolor de cabeza. Hablamos poco y al salir le ayudé a meter las cosas en el maletero de su coche, me llevó de vuelta a mi casa, se excusó de no poder estar más tiempo porque Víctor y ella tenían una cena esa noche y me dejó en la acera, frente a mi portal. Fue una cita que no fue una cita. Pero yo no podía sentirme más feliz.

Durante las siguientes semanas, Silvia y yo fuimos dando forma a una relación que se asentaba en la improvisación y dependía de las necesidades domésticas y los deberes pendientes de una sacrificada ama de casa. Nada de charlas en cafés discretos y con encanto, nada de conversaciones endulzadas con sobreentendidos, insinuaciones y dobles sentidos, nada de paseos por rincones de un Madrid de postal o comidas con larga sobremesa en mesas esquinadas de recónditos y acogedores restaurantes. Ninguna de las cosas que harían dos amantes porque no éramos dos amantes por más que yo quisiese vivir el engaño de que sí. Silvia aprovechaba que, como ella decía, «bajaba» a Madrid desde Pozuelo para resolver algún asunto personal o familiar y me llamaba para ver si yo estaba libre y me preguntaba si me apetecía

acompañarla. Y, claro, yo siempre decía que sí.

Disfruté con planes que yo nunca habría hecho por voluntad propia. La acompañé a comprar los libros del curso siguiente para sus hijos. Pasamos una tarde en una librería recopilando manuales de asignaturas cuyas denominaciones no se parecían en nada a las de mi infancia. Aproveché que ella buscaba aquellos libros para comprarle un regalo: Saramago y su *Ensayo sobre la ceguera*. Un regalo absurdo, no le pegaba nada, no sé en qué podía estar pensando. Se rio cuando se lo di. Creo que no he vuelto a leer un libro desde que tú me los recomendabas hace veinte años, me dijo. Otra tarde la acompañé a pasar la ITV y todo fueron risas tontas porque ella no recordaba dónde estaba y yo no era capaz de encontrar la palanquita que abría el capó y el encargado estaba hartándose de nuestra torpeza. También fuimos juntos a recoger los resultados de unos análisis de sangre, que ya le tocaba su revisión rutinaria anual, y esa tarde el entretenimiento consistió en discutir si era bueno o malo tener altos los hematíes y si había un órgano en el cuerpo humano que se encargara de generar o de combatir la creatinina. Y hasta hubo una ocasión en que la acompañé a comprarse un vestido para una boda próxima y recorrimos juntos las mejores tiendas del barrio de Salamanca, en las que ella se probaba modelos y yo le daba mi opinión como un Richard Gere a su *pretty woman*. En todo encontrábamos una diversión inofensiva, indolora, sacándole punta a cualquier tontada —la antipatía de una dependienta, el chaparrón primaveral que nos sorprendía al salir de una tienda, mi escandalosa ignorancia al no saber diferenciar una begonia de una petunia— para tener un pretexto con el que reír. Nunca hablamos de la reciente muerte de Oscar. Yo no le comenté en ningún momento que, durante aquellos mismos días, Jorge, David y yo tratábamos de entender el imperio comercial que íbamos a heredar. Entre ella y yo no hablábamos de problemas ni de dudas, no metíamos la punta del pie siquiera en terrenos pantanosos, nunca entramos a debatir ni el porqué ni el hacia dónde de aquella amistad renacida que iba creciendo entre talleres de coches, librerías, probadores de señora y hogareños hangares suecos. Tampoco le mencioné nunca que yo también veía a su marido y ella nunca demostró saberlo.

Víctor seguía invitándome a comer. Lo pasaba bien con él, en algunos aspectos mejor que con su mujer. Era un buen conversador.

Nos caíamos bien. Sin buscar risas cómplices, sin estridencias. Una agradable amistad. Yo seguía confiando en descubrirle algún día un punto débil: era impotente o le gustaban los hombres con bigotito a lo Freddie Mercury o engañaba a su santa esposa con múltiples mujeres cuya dentadura y cuyas necesidades sexuales cuidaba por igual. Cualquier cosa me habría valido. Lo que fuese que me permitiese pensar que no era el hombre perfecto para ella. Ni el amigo perfecto para mí. La conversación con él fluía con más naturalidad hacia mis territorios favoritos que con Silvia. Nos solíamos recomendar libros o películas cada vez que nos veíamos y debatíamos sobre temas de interés común en los que no era difícil que llegáramos a un acuerdo. La conversación no se salía nunca de una corrección impoluta, sin ningún comentario fuera de tono, sin desvelarnos bajas pasiones ni sucios instintos de ningún tipo. Era el tipo de tío al que nunca imaginarías diciéndote: «¿Has visto qué tetas tiene la camarera?» o «Deberían echar del país a todos esos rumanos que piden a la entrada de los restaurantes». Era de una corrección, amabilidad, simpatía, moralidad y educación que resultaban desesperantes para alguien que, como yo, solo deseaba poder odiarle. Para mí, pasarlo bien con él era como caer en una tentación, disfrutar de un placer prohibido, una rendición más, una renuncia más a la dignidad a cambio, tan solo, de una charla amistosa.

No acudí a las entrevistas de trabajo que me había buscado. Sonaban a magníficas oportunidades. Pensaba que no ir era un acto de rebeldía, de autoafirmación. Solo me faltaba que fuese el marido de Silvia quien me solucionase la vida, me decía, como si aún me quedase algo de orgullo. Desde el incidente en su piscina, hacía ya varias semanas, tenía la sensación de haberle entregado las riendas de mi vida a aquel matrimonio. Lo único interesante que me ocurría eran mis comidas con Víctor y mis tardes haciendo recados con Silvia. Yo ya no era yo, sino, tan solo, el tipo sin identidad propia que entretenía a la pareja feliz. Así me sentía a menudo y me gustaba y me irritaba por igual. Rendición y renuncia, sí. Pero acabar trabajando donde Víctor me buscase era ya demasiado, así que no fui a las entrevistas y, para tener una excusa ante él de por qué no había ido, opté por ir a ver a Pato.

Mi amigo, con el que no había tenido trato en años, pero cuya fulgurante carrera política había seguido en los medios, me recibió en

su amplio despacho de la última planta de la sede de su partido. Un despacho moderno y funcional que transmitía esa misma imagen dinámica, eficaz, confiable que buscaba dar de sí mismo. Como única decoración, en un estante había una hilera de fotos de Pato estrechándole la mano al rey, al papa, a Sarkozy, a David Cameron y a algún otro mandatario al que no reconocí, y al final un retrato de grupo con quienes debían de ser su atractiva mujer y sus tres hijos guapísimos y, en todas ellas, como si hubiesen recortado su figura y hubiesen puesto la misma en todas las fotos, aparecía él con la misma sonrisa exultante, la misma mirada de transparente alegría y la misma expresión de hombre agradable, carismático y cercano que algún experto en imagen le debía haber dicho que tenía que mostrar ante la cámara. Pato ya no era él mismo, sino el que otros le decían que debía ser.

Solo tardó quince minutos en ofrecerme un trabajo. Tú solías escribir, ¿verdad?, me preguntó. Cuentos, le recordé. Lo que fuese, me dijo él. Le gustaba transmitir esa sensación de ser muy ejecutivo, de ser capaz de formarse criterio y tomar una decisión en minutos. Hablaba rápido, con frases cortas. No soy buen orador. Seguía haciendo sus comparaciones de humor andaluz: me repito más que un ajoblanco recargado, soy más inútil que el cenicero de una moto. Necesitaba un escritor de discursos. Había tenido ya un par de docenas. No acababa de conectar con ninguno. Más torpes que un manco jugando al cubo de Rubik, me explicó. ¿Me interesaría probar? Yo no sé nada de política, le dije. ¿Acaso te crees que yo sí?, me dijo él, y después se partió de risa con su propio comentario. Tardó quince minutos en ofrecerme aquel trabajo para el que yo no tenía ninguna cualificación. Yo tardé un minuto en aceptar un trabajo que no me atraía en absoluto. Tan solo para no ir a las entrevistas que me había buscado Víctor para trabajos que, en cambio, tenían una pinta excelente. A veces, las cosas ocurren como ocurren.

Víctor me felicitó por mi nuevo empleo con sincera alegría. Al fin y al cabo, era votante de Pato, según me confesó, lo cual era lo esperable de aquel tipo que vivía en un paraíso de estabilidad en el que no existía nada extremo.

La muerte de Oscar parecía haber producido algún tipo de reacción en cadena, llevándome contra mi voluntad a abandonar mi satisfactoria condición de recién divorciado eremita. A la vista de

cualquier testigo superficial, todo parecía para bien. Volvía a tener trabajo, mi escuálido círculo de amigos volvía a ser de tres, tras perder a Oscar con la inclusión ahora de Víctor, y, contra todo pronóstico, Silvia había regresado a mi vida. No podía sonar mejor. Y yo no podía sentirme peor. De pronto, era como si no cesasen de ocurrir cosas a mi alrededor sobre las que yo carecía de dirección o control.

La vuelta de Silvia era lo que me producía el mayor desasosiego. Tal y como me había temido desde el primer café juntos, nuestra nueva relación solo era una versión actualizada a los cuarenta de la que habíamos tenido a los veinte. Tan solo, más desdibujada, más descafeinada, más carente de aquella intensidad juvenil que le aportaban sus desastres emocionales, su vida al borde del despeñadero o la resurrección, su corazón siempre en ruinas, a la espera de ser derruidas o reconstruidas una y mil veces. Silvia era ahora una mujer templada, una mujer instalada en lugares comunes, nada que ver con quien había sido, la esposa siempre esposa, la madre siempre madre, la mujer encajonada en un encanto anodino. Pero yo seguía amándola. Por más que supiese que no debía hacerlo, por más que ni siquiera supiese qué me hacía amarla. Me sonreía al pedirme que fuese con ella a hacer la compra. Se reía si yo decía cualquier tontada maliciosa sobre la mirada de asesina en serie de una enfermera o la voz aflautada de personaje de dibujos animados de un dependiente. Ponía a La Oreja de Van Gogh cuando íbamos de misión doméstica en su coche. Manteníamos conversaciones adivinables, ni nos acercábamos al coqueteo y nuestra mayor locura era tomarnos una caña rápida en la barra del bar más cercano a la tienda, la consulta o el supermercado al que hubiésemos ido. Éramos como un matrimonio ejemplar, una pareja encantada aún de salir a hacer recados con una sonrisa después de un millón de años juntos. Como antes, todo mentira. De vuelta a la misma ficción. Yo no quería ser su amigo tampoco ahora. Yo no quería acompañarla ni entretenerla. Nada de amistad bonachona. Yo quería amarla, volverla loca, poseerla, morderle la piel, lamerle cada hueco de su cuerpo, hacerle perder la razón, asustarla, rendirla, obligarla a arrepentirse, mandar y desorientarla, pasar una vida entera juntos, morir a su lado.

Por eso, quería acabar con aquello. Cada vez que nos separábamos, en cuanto dejaba de verla, me juraba que nunca más, igual que hace el yonqui con su droga. Se acabó, me juraba. Esto es

humillante, ridículo, un sinsentido, no conduce a nada. Al menos, de jovencitos hablábamos de lo que de verdad importa. Hablábamos del amor perdido o del amor por venir, aunque su amor me dejase al margen. Hablábamos de cómo encarar el mañana o cómo aprender del ayer. Hablábamos de ella y a veces, pocas, de mí y nunca de nosotros. Ahora hablábamos de mobiliario escandinavo y trajes para bodas y discrepábamos sobre si compensaban más las ofertas de dos por uno o las de tres por dos en el supermercado. Cosas de la edad o de que ella había cambiado demasiado o de que yo ya no tenía fuerzas para volver a luchar y perder. No, no quería aquello. No quería morirme de amor mientras esperaba a su lado en la cola de Sánchez Romero o en la sección de libros infantiles de la Fnac. Quería acabar con ello, ser libre otra vez. Me llamaba, me preguntaba, aunque sabía que no, si tenía algún compromiso esa tarde, me decía que iba a «bajar» a Madrid, que tenía que pasarse a recoger en la óptica las gafas de su hija, mira tú qué lata que tenga astigmatismo tan pequeña, debe de ser de tanto forzar la vista con la pintura, ¿te apetece que te recoja y me acompañas? Y yo le decía que sí, que claro, que me avisase cuando estuviese llegando a mi casa y que ya bajaba yo y me entraban unos agradables nervios cada vez y colgaba y me cambiaba de ropa y corría a esperarla en la acera y me juraba, como antes, como siempre, que esa vez sí, que esa vez seguro, que sería la última, que se acabó, que no iba a tenerme el resto de mi vida a su servicio.

—No, no estoy siendo justa contigo.

—¿Por qué?

—Porque supongo que estoy buscando tu comprensión y hasta tu aprobación, pero sin mostrarte el cuadro completo. Aún no hemos llegado a lo que quería contarte hoy, más allá de mis estupendas noticias de salud. Sigo guardándome secretos. Son tantos años viviendo con ellos que me cuesta decidirme a dejarlos ir.

—Puedes contarme lo que quieras.

—Te hablo de Nacho como si no hubiese ocurrido nada antes. Me salto lo otro. Te estoy haciendo trampas.

—Dime.

—Antes de Nacho...

—No tienes que hablarme de nada que te haga sentir incómoda.

—No, no. Quiero hacerlo. En realidad, para eso es para lo que quería verte hoy.

—Entonces puedes contarme. Yo no voy a juzgarte.

—Nunca he hablado de esto con nadie. Ni siquiera con Marta, a la que ya sabes que suelo contarle todo. Y no estoy segura de si ha sido porque nunca he querido compartirlo, como si fuese un tesoro, o porque nunca he querido confesarlo, como si fuese un pecado.

—Volvemos a hablar de Oscar, ¿verdad?

—Claro. Hablemos de lo que hablemos, siempre es Oscar.

Y regresamos a los treinta y pocos. El proyecto de los Poblados está empezando a despegar. Oscar no se ha convertido aún en el ensalzado personaje público que va a llegar a ser, pero para nosotros, su círculo cercano, que aún andamos saliendo adelante a trompicones, su vida está ya a mil años luz de la nuestra. Yo estoy en Bruselas, Jackie ha entrado hace poco en escena, pero vivo aún en el atasco sentimental de buscarle porqués a Silvia. Jorge se compra el casoplón, descubre los trajes a medida, aún está motivado para luchar por no engordar y una mañana se despierta pensando por primera vez que le

gustaría asesinar a su suegro. David se convertirá pronto en locutor de radio, pero aún pasa las horas en su antigua habitación de adolescente, adonde ha regresado tras los años en el piso, escuchando una y otra vez la música que seguirá escuchando una y otra vez durante el resto de su vida, contemplando los pósteres de Bola de Dragón y de Han Solo en la cabina del Halcón Milenario que tiene delante, consumiendo horas muertas y porros mal liados. Ese es el momento al que nos devuelve lo que me cuenta Blanca.

—Un día sonó el teléfono. Habían pasado años desde que escuché por última vez su voz y, a pesar de ello, la reconocí a la segunda palabra. Tal vez porque, aunque no lo hubiese querido admitir, me había pasado todos esos años soñando con que un día iba a sonar el teléfono y volvería a escuchar su voz. «Blanca, estoy en Madrid, ¿podríamos vernos?».

Oscar ya no vive en ninguna parte. Pasa menos tiempo en Madrid que en lugares remotos de África. Nunca, hasta su muerte, volverá a tener un lugar al que pueda considerar su hogar. Te decía de dónde venía o adónde iba y ni siquiera te era familiar el nombre de todos aquellos sitios que sonaban a calor, a hambre, a moscas, a fiebres y a carencias. Mouhoun, Kunkujang, Nyangatom. Poblados ya abiertos o a punto de abrirse cuya viabilidad dependía de que le concediesen tal o cual subvención, de que por fin se decidiese a patrocinarle esta empresa o la otra, de que llegase a recibir tantas o cuantas donaciones. Oscar recorría sin descanso todo tipo de laberintos burocráticos, vivía al borde del éxito y a solo un paso del hundimiento. Iba siempre de camino a o de regreso de Madrid, Bruselas, Estrasburgo, París, con el proyecto de otro Poblado más bajo el brazo, convenciendo por agotamiento a Gobiernos, filántropos, grandes corporaciones o modestos particulares que querían aportar su granito de arena para acabar con el hambre y la pobreza en el mundo. Lograba hazañas de lo más peculiares que te contaba con un inagotable entusiasmo: una empresa familiar de Castelldefels me va a enviar cuarenta bombas depuradoras de agua, una asociación de jubilados de Ponferrada me ha donado trescientos pares de calcetines tejidos por ellos, el ministro de Finanzas de Alemania me ha escrito para confirmarme que los Poblados serán un proyecto prioritario en la nueva Agenda 2000 para la cooperación, mañana sale un barco hacia Etiopía cargado con doscientos palés de madera procesada para

levantar cabañas. Lo conseguía todo. Siempre sabía a qué puerta llamar y, cuando lograba abrirla, pasaba al interior sin nada más que su sonrisa y sus ganas contagiosas.

—Hacía apenas un año y medio que Arturo y yo nos habíamos casado. Nos iba bien. Ya sabes, siempre nos va bien. Todo bajo control. El contador de secretos puesto a cero. El de los rencores atragantados y los sueños pendientes también. Había puesto orden en mi vida. Estaba lista para encarar un nuevo milenio. Mil años de placidez conyugal por delante. Y entonces sonó el teléfono y era él y acepté verle y nos encontramos en la cafetería del hotel Suecia, donde estaba alojado, doce años después de aquella fiesta de cumpleaños, y me sonrió y lo primero que hice fue preguntarme cómo había sido tan ilusa de aceptar aquella cita, de creerme blindada, de ponerme a jugar con fuego. Me di cuenta nada más verle de que aquello no iba a ser como pensaba, una charla de amigos, un par de sonrisas, un armisticio con retraso, pura formalidad. Me pillé en mi propia mentira y comprendí que aún me quedaban otros mil años por delante amándole.

Oscar se preocupa de mantener el contacto. No quiero perderos, suele repetir después de la segunda copa cuando nos vemos, proclive aún a la exaltación de la amistad. Quedas con él en Bruselas, en Madrid, donde sea posible, en alguno de los escasos huecos que le han quedado libres, en los breves paréntesis que se concede en su cruzada por salvar el planeta. Nunca empieza hablándote de lo suyo. Lo primero es siempre: «¿Cómo te va?» y «¿Puedo hacer algo por ti?». Te llama por teléfono en Navidad o por tu cumpleaños, nunca se le pasa, o simplemente cuando hace demasiado que no te ha visto, solo para saludar, por no perdernos, llamadas donde suele entrecortarse la voz porque la línea es mala, porque está sabe Dios en qué rincón de África. Y lo primero es siempre lo primero: ¿Cómo estás?, ¿puedo hacer algo por ti? Te hace sentir que tú y tu vida y tus problemas y necesidades estáis por delante de todo lo demás, que puedes estar tranquilo porque si algo ocurre ahí vas a tenerle a él para solucionarlo. Te hace sentir su amigo. Me gusta. Verle, escucharle, saber que está ahí, contestarle: «Estoy bien, Oscar, sin problema, ¿y tú?».

—Estaba en la barra de la cafetería del hotel y, es gracioso, todavía lo recuerdo, me fijé en la canción que sonaba por el hilo musical, aquel éxito cursilón de entonces, *Amores de barra,* ¿lo

recuerdas?, y me entró una mezcla de risa y de vergüenza. Ya no estaba segura de qué hacía yo allí, en aquella barra. Sí, me había puesto guapa. Ropa que sabía que me favorecía, el pelo suelto, si me descuido voy como la letra de la canción: «Pegote de rímel, la copa en la mano, vuelvo a tu lado». ¿Pero qué narices estaba haciendo allí? Me lo pregunté, pero no me dio tiempo a contestarme. Oscar apareció y nos miramos y, ya sabes cómo es eso, de pronto el tiempo transcurrido se volvió relativo, Einstein estaba en lo cierto, doce años pueden transformarse en solo un segundo, en el segundo previo a que le pillase, hay que ser cabrón, acostándose con otra, ese segundo previo en que yo aún le amaba sin precaución.

Y ahí llega otro secreto más. Blanca se descarga del peso como quien se quita de encima la más pesada mochila. Salta a la vista que le alivia contármelo. Una semana. Siete días aislados en medio de los treinta y tantos. Antes de Nacho, después de Arturo. Siete días en que vuelve a tener veintiuno. Da igual si es un error. Da igual que se hubiese prometido que nunca lo haría tantas veces como lo había deseado. Da igual que nunca vaya a perdonarle lo de aquella noche ya lejana. Es inevitable. No merece la pena buscar argumentos ni diseccionar la decisión. Se aman. Se vuelven a encontrar. Se reconocen en conversaciones sin prisas, en frases inacabadas, en miradas, en sonrisas. Se aman en una habitación de hotel. Recorren una vida entera de pareja en siete días: se ilusionan, se perdonan, se reprochan, se pelean, se devoran, se prometen que sí y se aseguran que no, se deshacen las promesas, se rehacen los lazos, se desdicen y se contradicen, se revocan los perdones, se disfrutan el uno al otro con un sexo tierno, desesperado, voraz, suave, melancólico, glotón, avaricioso, terminal, un sexo que sabe por igual a despedida y a bienvenida, a rescate y a equivocación, a desesperanza y a pacto. Blanca se echa sobre la espalda ese secreto, vivirá cargando con él el resto de su vida, cuánto cuesta, solo lo soltará esa tarde en La Vía Láctea, veinte años después, cuando me lo cuente con una sonrisa en la que hay más de condescendencia y nostalgia que de arrepentimiento o culpa.

—Fueron siete días y luego él regresó a su mundo épico y yo a mi paraíso doméstico.

Oscar se lo pide. Para eso quiere verla en un principio. Lleva meditándolo demasiado tiempo. Hagamos juntos el viaje, Blanca. Tú y

yo y África y el mundo a nuestros pies. Se lo pide con cursilería de enamorado. Contigo a mi lado, me siento capaz de cualquier cosa. Se lo convierte en postal. Tú y yo y un manto de estrellas africanas arropándonos en la noche. También le da la visión práctica. Trabajaremos juntos, lo construiremos juntos. Se pone relamido. Tú serás la arquitecta de una nueva forma de ver el mundo. Lo intenta desde todas las perspectivas. Insiste como insiste en despachos, entrevistas, conferencias, siempre buscando convencer a alguien para que se sume a su sueño.

—¿Por qué no te fuiste con él?

—Aún no lo has entendido, Javi. Yo quiero a Arturo. Mi lugar estaba aquí, con él.

—¿Nunca te arrepentiste de no haberte ido?

—¡Claro que sí! Me he arrepentido todos los días, tan a menudo como me alegré de no haberlo hecho.

A veces, nuestro pasado lo forma más lo que decidimos no hacer que lo que hicimos. Blanca repite su máxima. Y después me ofrece y se dedica a sí misma una gran sonrisa de alivio. Un peso menos. Quiere viajar ligera de equipaje.

Me burlo.

—Entonces, ¿este era el objetivo? ¿Contarme tu semana loca con Oscar era el principal objetivo de esta tarde, más allá de minucias como tu enfermedad?

Se ríe.

—Espera. Aún queda algún secreto más.

—Eres una caja de sorpresas, Blanca.

—Ya te he dicho que he vivido cargando con mucho peso.

En el local suena *Foolish Games,* con la voz dolida de Jewel. Solo es una casualidad, claro. Aquella canción tenía ya una edad. Se había publicado durante los mismos días en que Oscar y Blanca detuvieron sus vidas durante una semana para amarse en una habitación de hotel, juegos tontos en los que se confundieron con otras personas, en los que se creyeron otros antes de seguir siendo ellos mismos durante el resto de sus vidas.

Había papeles por todas partes. Los documentos cubrían el escritorio y la mesa de reuniones y había montoncitos desperdigados en varias sillas e incluso unos cuantos folios que habían salido volando y estaban por el suelo. El aire del despacho estaba cargado. Jorge llevaba allí encerrado desde primera hora de la mañana estudiando un día más toda aquella documentación, buceando en aquel follón de escrituras públicas, documentos contables, estatutos societarios, contratos de exportación y suministros y registros de acciones y cuentas bancarias.

El resultado era descorazonador. Había revisado varias veces ya todo aquello, meticuloso y concienzudo, de principio a fin. Cada vez que llegaba a unas conclusiones, volvía a empezar desde cero. Una y otra vez, repasaba la documentación desde el principio, sin prejuicios, sin ideas preconcebidas por sus anteriores repasos. Y siempre llegaba al mismo resultado. El abogado tenía razón. Oscar se estaba haciendo de oro con los Poblados de la Esperanza. Y parecía que en los últimos meses previos a su muerte había estado reuniendo cuidadosamente todo su capital en tan solo dos o tres sociedades ubicadas en diferentes paraísos fiscales. Todo apuntaba a que él iba a dejar de estar al frente del proyecto y que volvería al mundo occidental a disfrutar de la fortuna acumulada o tal vez a invertir sus ganancias en nuevas aventuras.

Hijo de puta.

En Jorge se confundían la rabia y la decepción con la admiración. Oscar era un empresario deslumbrante. Había sabido montar todo aquel tinglado y manejarlo con mucha más habilidad de la que él mismo había demostrado en la consultora familiar. Oscar podía ser un fraude como salvador de la humanidad, pero desde luego era un hombre de negocios valiente, con iniciativa, capaz de asumir riesgos. Un tipo que no seguía más directrices que las suyas propias, al que nunca habrías imaginado dominado por nadie. Un tipo como siempre

había querido ser Jorge.

Si se lo hubiese propuesto, él también habría podido montar todo aquello, ¿por qué no?

Jorge se echó hacia atrás en su asiento y se frotó la cara y se contestó a su propia pregunta.

Porque le faltaban huevos para hacer algo así. Porque le faltaban huevos para hacer cualquier cosa.

Rechazó los pensamientos oscuros y el desánimo. Solo es cansancio, se dijo. Había sido un día duro. Hora de marcharse a casa. Se atusó su escaso cabello, trompeteó con los labios en un suave relincho, se puso de pie y se bajó las mangas arremangadas y cogió del perchero la chaqueta y solo entonces recordó lo que se había repetido varias veces durante el día que no podía olvidársele: fue a la caja fuerte que estaba encastrada en la pared, tras un panel embellecedor, la abrió y sacó el estuche en que guardaba su Astra de nueve milímetros plateada. La había tenido allí varios días, pero había decidido llevársela a casa. Don Miguel, que no tenía por costumbre respetar la privacidad, podía en algún momento pedirle que le abriera la caja para lo que fuese, a saber, y no le apetecía tener que inventarse una explicación si veía el estuche.

Contempló la funda de piel negra y sintió el pellizco nervioso. No pudo reprimirse. Solo un momentito. Lo abrió y sacó el arma, impecable, deslumbrante, flamante. Solo quería verla. Brillante y seductora. Había algo en la visión de la pistola que le producía una peculiar mezcla de tranquilidad y excitación. Con pulso inseguro, rodeó con su mano la culata suavemente, hasta que por fin se decidió y la sujetó con fuerza. El corazón se le aceleró. Aquella pistola era un salvoconducto a la libertad, una puerta hacia una realidad paralela en la que era él quien decidía los designios de su propia vida, el sueño de un futuro mejor. Le tranquilizaba saber que esa posibilidad aún existía, concretada en aquella arma que ahora sujetaba con firmeza. Le animaba pensar que tal vez todos estaban equivocados y sí sería capaz de usarla y cambiar con ello para siempre su destino. Era preciosa, seductora, hipnótica. Aquella pistola era su secreto, su fantasía, su amante.

El pitido del intercomunicador le hizo dar un brinco y salir de su ensoñación. Le había dicho a su secretaria que no le pasara llamadas, así que al instante supo de qué se trataba.

—Don Miguel quiere verle en su despacho cuanto antes.

Jorge miró la hora. Las diez y media pasadas. El viejo casi nunca se quedaba ya hasta tan tarde. Solía irse a casa más temprano, para ponerse bata y zapatillas y tomarse un *whisky* y sentarse a ver algún concurso en la televisión. Despotricaba por la ignorancia de los participantes, que nunca sabían tanto como él, hasta que se sumía en un sueño babeante. El viejo ya no era lo que era y para Jorge era un placer verle decaer así.

Jorge se metió la pistola y el estuche en el bolsillo de la chaqueta, apagó las luces del despacho, le dio las buenas noches a la secretaria en la antesala y cruzó el pasillo para pasarse por el despacho de don Miguel antes de irse.

Don Miguel estaba sentado tras su mesa, en un despacho que era el doble de grande que el de Jorge. Como siempre, mantenía la estancia en penumbra, iluminada solo por una pequeña lamparita de mesa y las luces de la ciudad que entraban por una amplia cristalera a su espalda.

El presidente ejecutivo de Consulting Savings and Finance Projects (por supuesto, nombre aleatorio de nuevo) no se entretuvo en saludos con su consejero delegado y yerno.

—No estoy de acuerdo.

Jorge ni siquiera se había sentado aún y, ante el rugido, prefirió quedarse de pie.

—¿Perdona?

Don Miguel clavó en él su fría mirada. A lo largo de los años, generaciones de subordinados no habían logrado ponerse de acuerdo en si aquella mirada les recordaba a una pantera, un halcón o una serpiente. En todo caso, había llegado a ser legendaria por su fría ferocidad y, a pesar de que los años la habían aguado, diluyendo parte de su vigor, aún hacía sentir a quien la recibía la amenaza de que la fiera podía saltar sobre él en el instante siguiente.

—Digo que no estoy de acuerdo. Que ni lo sueñes.

Don Miguel dio un manotazo a una gruesa carpeta que había sobre su mesa impulsándola hasta el borde. Jorge la cogió un segundo antes de que se cayera. Sabía lo que era sin necesidad de abrirla. Se lo había pasado el día anterior. Un plan de reordenación de las carteras de inversiones de algunos de sus principales clientes. Todo un replanteamiento del modelo de negocio en el que Jorge había estado

trabajando durante semanas antes de presentárselo al gran jefe.

—Una puta mierda.

Jorge observó a don Miguel. No, el muy cabronazo no estaba acabado aún. Quizá ya no tenía la fortaleza de años atrás, cuando era capaz de trabajar cuarenta y ocho horas sin descanso y con la energía de un tornado. Quizá ahora necesitaba ese rato al día de bata y zapatillas para reponer fuerzas. Pero aún no era ningún anciano. Seguía estando en el puente de mando, un emperador viejo e intimidante. Ningún indicio permitía presagiar una pronta muerte natural.

—Es un plan sin verdadera innovación, ¿me entiendes? No es creativo, ¿me entiendes? Solo es más de lo mismo, ¿me entiendes?

Jorge sintió el peso de la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Podía sentir cada detalle de su contorno contra la piel.

—Te quedaste en el siglo XX, Jorge. El mundo ha cambiado y tú ni siquiera te has dado cuenta. No soporto la mediocridad, ¿me entiendes?

Aquel expediente era fruto de un trabajo exhaustivo, de un esfuerzo de Jorge y todo su equipo que daría un vuelco a la firma, un cambio radical que aquel viejo de cuerpo y cerebro abotargados era incapaz de captar. Jorge se preguntó si lo habría mirado o si solo lo rechazaría porque provenía de él.

Pégale un tiro.

La voz sonó en su interior. Impaciente. Decidida. Jorge, de pie frente a la mesa, dio unos saltitos.

¿No dices siempre que algún día lo harás? ¿Y si ese día fuese hoy?

—Sabes cuántos años tengo, ¿verdad?

Jorge asintió.

—Entonces, explícame cómo es posible que yo tenga ideas más modernas que tú.

Para eso compraste la pistola, ¿no? ¿O era solo para creerte un machito, para que se te ponga dura tocándola, aunque nunca te atreverás a usarla?

Lo vio. Vio como el pequeño orificio se abría justo en medio de sus pobladas cejas. Vio como su mirada de pantera, de halcón o de serpiente, ya daba igual, se quedaba congelada por la sorpresa. Le vio caer hacia atrás, despatarrarse, sus piernas levantándose sin control,

su cabeza chocando contra la cristalera.

—A veces me da la sensación de que aún no has aprendido nada después de tantos años, ¿me entiendes? Siempre te han faltado agallas, pasión por el riesgo, ¿me entiendes?

Quizá le diría alguna frase antes de disparar. Una frase lapidaria. ¿Qué diría Clint Eastwood en un momento así?

—No me digas que voy a tener que contarte otra vez cómo creé este puto despacho, cómo lo levanté cuando tú aún eras un bebé que se cagaba encima...

Jorge sabía lo que ocurriría con aquel puñetero plan. Hoy tocaba aquella escenita. Al día siguiente, el viejo le diría que quería seguir discutiéndolo. Y ya estaría más suave. Habría una tercera conversación. Y quizá hasta una cuarta. Y después lo acabaría aprobando sin introducirle ningún cambio. Y cuando hubiese sido un éxito, diría que fue él quien pulió y dio su forma final a un plan que tenía errores en el planteamiento inicial.

El viejo hablaba. O, al menos, movía los labios. Porque a Jorge ya no le llegaba el sonido de su voz.

Quiso mover la mano. Quiso meterla en el bolsillo. Coger la pistola. Sacarla. Disparar.

Le mataría y después le pondría la pistola en la mano para que pareciera un suicidio. Como en miles de películas. Siempre salía mal, pero a él no le pillarían. Raquel lloraría mucho. Tendría un duelo pesadísimo, pero preferiría pasarlo junto a su madre a con él. Los niños olvidarían con rapidez al abuelo. La firma se libraría de la rémora que era seguir teniéndole al frente.

—Mañana le echaremos otro vistazo...

Jorge sentía el peso del arma en el bolsillo. Sentía la excitación casi erótica en su cuerpo.

Javi y David tenían razón cuando se burlaban de él. Nunca lo haría por más que se pasase el día hablando de ello.

El viejo también tenía razón. Le faltaban agallas. Solo era un cobarde bajito, calvito y gordito.

La mano no le respondió.

—De acuerdo, Miguel. Mañana lo repasamos a ver cómo se puede mejorar.

Se marchó. No pasó por su despacho. Cogió el ascensor y apretó el botón del segundo sótano y bajó los veintisiete pisos con los ojos

fijos en la puerta cerrada ante sí, en la vida cerrada ante sí.

Pégate un tiro.

Tal vez era esa la frase, la idea, la orden correcta, y no la otra.

Caminó sin prisa por el aparcamiento del segundo sótano. Los pasos resonaban con un eco metálico. El lejano sonido de una lenta gotera acompañaba el ritmo que marcaban sus zapatos al caminar. No quedaban ya muchos coches en aquella planta, reservada en exclusiva para los empleados de la firma.

Llegó a la zona de aparcamiento de los jefes. Pasó por delante del esplendoroso Audi A8 de su suegro. Al verlo, Jorge recordó que llevaba la pistola en el bolsillo. La idea de tirotearle el coche se le pasó por la cabeza. Premio de consolación. Un acto de cobardía.

Mejor pégate un tiro.

Sí, eso sería lo mejor. Raquel tendría su duelo, menos desgarrado que si hubiese muerto el padre. Los niños le olvidarían casi tan rápido como al abuelo. Pronto solo sería poco más que un recuerdo. Y eso ya era mucho más de lo que era ahora.

Un pequeño ruido, apenas un crujido, sonó a su espalda y le hizo olvidarse del coche de su suegro y de su decisión de matarse. Se volvió, pero no vio nada. Siguió caminando hasta la esquina donde estaba aparcado el suyo. Un Audi A6. Un coche impresionante. Todo lo suyo era siempre lo mismo, pero en una versión inferior a lo que tenía el suegro. El despacho, el coche, las casas, la vida. Al fin y al cabo, él no era Dios, sino tan solo el yerno cobarde de Dios.

El ruido a su espalda se repitió. Un clic. Una gotera o un paso.

Sacó el llavero con las llaves del coche y apuntó con el mando. Los pitidos retumbaron en el aparcamiento vacío y los intermitentes parpadearon llenando de luz aquel sótano en penumbra.

Volvió a sonar el ruido. Varias veces. Más deprisa. Le dio tiempo a pensar: el guardia de seguridad debía estar dormitando ya en su garita frente a las cámaras. Solo le dio tiempo a sentir una fugaz aprensión.

Aparecieron dos tipos. Surgieron de detrás de otro coche cercano y se plantaron ante él, separando mucho las piernas, levantando la barbilla. Dos gallitos con una pinta infame.

Jorge sintió que todo el cansancio acumulado del día se espesaba, se convertía en una densa marea de lodo que le arrastraba a las profundidades. Lo que faltaba, fue lo primero que pensó.

—Buenas noches, tronco. Bonito buga.

Uno de los tipos, el más alto, que llevaba una cazadora de un horrendo color rojo, plastificada y raída, en cuyos bolsillos laterales escondía las manos, se adelantó unos pasos. El otro, aún más bajito que Jorge y con carilla de rata, permaneció en segundo plano, con una medio sonrisa villana y los ojos brillantes de emoción.

—Me alegro de que le guste.

—Mola mucho. Debe de ser la hostia conducir un buga así, ¿no?

Jorge sonrió e hizo ademán de ir a entrar en el coche, aunque sabía que no se lo iban a permitir, tan solo por acelerar los acontecimientos.

—Quietecitos donde estamos, príncipe.

El tipo de la cazadora sacó una de las manos del bolsillo de la cazadora y la agitó con un rápido movimiento para abrir la navaja que llevaba en ella. La estrecha y puntiaguda hoja brilló en la media luz del aparcamiento.

—Vamos a arreglar este asuntito lo más rápido posible, colega. Un menda con un carro como este debe tener algunas pelillas que le sobren para un par de pringaos como nosotros, ¿o no? Y, si no, pues nos vamos juntos en tu buga a un cajero...

El de la cara de rata rio con una risita un poco histérica. Jorge sonrió con cortesía.

—No sé cómo habéis conseguido entrar aquí ni cómo pensáis salir sin que os trinquen ni me importa. Pero, la verdad, lo mejor que podéis hacer es largaros y dejarme en paz.

A Jorge le sorprendió oírse a sí mismo diciendo aquello. No lo dijo con chulería, solo con la pereza que le daba tener que pasar por todo aquello. Al de la cazadora roja también le sorprendió. Dejó de sonreír y su rostro de rasgos angulosos se ensombreció con una expresión de contrariedad.

—No me irás a tocar los huevos, ¿verdad, príncipe?

Se plantó frente a Jorge con un par de zancadas. Su compinche avanzó también, por si se requería su ayuda. El de la cazadora cogió a Jorge por la corbata y de un firme tirón lo atrajo hacia sí. Apoyó la punta de la navaja en su cuello y poco menos que le metió la nariz en la boca cuando le habló:

—Me he picado a tíos por mucho menos de lo que te imaginas, tronco, así que no vayamos a tener un disgusto, ¿vale?

Jorge levantó la mirada. Aquel macarra era alto. La cabeza apenas le llegaba a su barbilla. En la corta distancia, Jorge pudo ver las finas venas rojizas que surcaban el iris de sus ojos, apreció el millón de arrugas que atravesaban sus consumidas mejillas y aspiró el olor amargo que surgía de entre sus dientes descascarillados.

—¿Vas a darnos unas libras por las buenas o jugamos a los médicos?

—Dale un pinchazo a ver qué tiene dentro.

Jorge pudo oír la chirriante voz del compañero azuzándole y sintió en el roce de sus pechos la respiración acelerada del macarra.

En aquel instante, un segundo antes de que aquellos dos drogotas desesperados fueran a perder el control y a degollarle allí mismo, Jorge solo sintió cansancio. Pero ya no fue el cansancio de la jornada. Fue algo más. Una plomiza sensación de desidia, una adormecedora y desganada fatiga. Fue el cansancio del día anterior, de toda la semana, de los últimos meses, de muchos años atrás. Fue un cansancio espeso y desparramado. Cansancio de pelear y de esperar, de soportar y de callar, de soñar y de dejar de soñar. Cansancio de ser un cobarde y de imaginarse valiente. Cansancio de cargar con el peso de una pistola que, en realidad, siempre había sabido que nunca llegaría a usar.

Y aquel cansancio se desbordó justo en un momento tan inoportuno como aquel, apareció de improviso como un invitado impertinente que se presenta sin previo aviso cuando uno está ocupado con otros asuntos. Y le hizo desear que todo aquello acabase cuanto antes, tan solo para poder descansar por fin.

—Sé legal con nosotros, tronco —le dijo el macarra de cazadora roja, y añadió como una muletilla—: ¿Me entiendes?

Aquello fue demasiado.

El de la cazadora sonrió victorioso al ver que Jorge, al que seguía agarrando por la corbata y aplastando contra él, se llevaba la mano al bolsillo de la chaqueta. Le mantenía tan apretado contra su propio cuerpo que no tuvo ángulo para ver qué sacaba hasta que ya fue demasiado tarde.

—Aparta esa navaja, hijo de puta.

Cuando Jorge se oyó, le encantó el tono de su propia voz. Solo a Bruce Willis le habría sonado mejor.

El de la cazadora no acertó a reaccionar. Para cuando comprendió lo que pasaba, Jorge ya tenía el cañón de la pistola

apoyado en su sien.

El acero se alejó de la yugular de Jorge y la mano que sujetaba la corbata se aflojó. Jorge dio un paso atrás sin dejar de apuntar al macarra con el arma.

El tipo retrocedió también, buscando poner distancia con la pistola que le apuntaba, extendió las manos en un gesto pacificador y su expresión bravucona se quebró con una insegura sonrisa conciliadora.

—Vale, vale, tronco. No vayamos a tener un disgustillo, ¿eh? Ni pincho ni pipa y amiguitos, ¿vale?

Jorge miró al de cara de rata. Este contemplaba la escena con expresión aturdida, sin entender aún qué había pasado. La sonrisa había desaparecido de su rostro. Jorge volvió a centrar su atención en el más alto.

—Tira la navaja al suelo.

El macarra obedeció.

—Dale una patada y aléjala.

El macarra volvió a obedecer. La navaja se deslizó hasta desaparecer debajo de un coche cercano.

—Y ahora, ponte de rodillas.

El cansancio había desaparecido. Decisión. Eso sentía ahora. Un sentimiento nuevo, desconocido. Un chute, una borrachera, un pedo total. No sabía lo que era aquello. Decisión.

Y el macarra lo vio en sus ojos. Vio su inquietante mirada encendida por la decisión, un brillo frío y cegador que salía del fondo de aquellos ojos clavados en él. Y sintió terror.

—Mira, tronco, te digo la verdad... —la voz le tembló, habló al borde del llanto, porque aquellos eran los ojos de un tipo sobrado de decisión para apretar el gatillo—. Nunca me he picado a nadie. Y no iba a hacerte nada, joder. Solo un sustito. Para sacarte unas pelas para un tiro, ya sabes. Que estamos *achuchaos,* que si no, no nos habríamos jugado el pellejo metiéndonos en este garaje de pijos...

Jorge no dio muestras de haberle escuchado.

—De rodillas.

—Pero ¿por qué?

—Que te pongas de rodillas.

—Pero, tronco...

—Creo que te voy a matar.

El de la cazadora rompió a llorar, con un llantito que sonaba como una tos, y se puso de rodillas con la rendida sumisión del que ha renunciado a toda esperanza.

Jorge se acercó a él, estiró el brazo, acercó el cañón de la pistola a su frente.

Sintió el poder. Lo sintió igual que si le inyectasen una sangre nueva, diferente, y pudiese notar cómo avanzaba por cada una de sus venas, cómo recorría su cuerpo y se iba instalando en él, fluyendo como savia nueva, transformándole por completo. Cerró los ojos y disfrutó de aquel renacer. Él mandaba. Él decidía. Ni don Miguel, ni su padre, ni Raquel, ni nadie tenían nada que decir allí. Él y solo él decidiría si mataba o no a aquel tipo. Y ese poder de decidir le hizo sentir vivo, completo, nuevo.

El macarra sollozó.

—No quiero morir, tío... No me jodas, ¿vale?

Jorge abrió los ojos. Observó a aquel tipo arrodillado frente a él temblando y lloriqueando, y de pronto cayó en la cuenta de que estaba a punto de matarle, de que la vida de aquel pobre desgraciado solo dependía de una pequeña presión de su dedo sobre el gatillo. Le sorprendió la escena. No, no era ese poder el que sentía. No tenía ningún interés en poder decidir sobre la vida o la muerte de aquel hombre.

Su poder era otro. Su poder se refería a su propia vida.

—Largaos de una vez.

Bajó la mano que sujetaba el arma. El tipo se levantó y Jorge pudo ver la oscura mancha que cubría la entrepierna de su pantalón. Sin mediar palabra, los dos atracadores fallidos echaron a correr.

Jorge subió a su coche y condujo hasta el exterior. Se echó a reír. Se sentía de pronto como un superhéroe que acaba de descubrir que tiene poderes. Sorprendido al saberse diferente. Ansioso por probarlos.

Bajó la ventanilla, pisó el acelerador y disfrutó con la sensación del aire entrando con ímpetu en el coche y en sus pulmones. Luego, le pidió al ordenador de a bordo que llamara al último contacto que había añadido a su agenda.

—¿Sí?

Le gustó que aquella voz llenara el interior del coche.

—Hola. Querría ir a verte.

—¿Ocurre algo?

—En realidad no. Solo quería ir a verte.

Hubo un segundo de silencio. Luego, la voz respondió:

—Bueno, pues vale.

Jorge giró el volante y su coche tomó una dirección diferente a la de siempre.

A mediados de los noventa, un ruso emprendedor que no debía de saber qué hacer con los pingües beneficios obtenidos del tráfico de armas o de drogas o de ambos se instaló como tantos otros compatriotas en la Costa del Sol y decidió hacer inversiones en Madrid. Una de ellas fue la construcción de un descomunal centro comercial cercano a la carretera de La Coruña, en unos terrenos entre Las Rozas y Majadahonda. Llamó a su delirante edificación Nuovo Versalles. La referencia a Versalles carecía de sentido, por mucha apariencia palaciega que le hubiese dado al centro comercial, porque su aparatosa fachada no recordaba en absoluto al Versalles auténtico y sí, en versión cartón piedra, al Palacio de Invierno de San Petersburgo, algo lógico si se tiene en cuenta que la obra se había financiado con dinero de origen ruso. Lo de añadir al nombre una palabra como *Nuovo* tampoco parecía justificado en un edificio de inspiración quizá zarista, quizá gala, pero en ningún caso italiana. Ni siquiera podía vincularse a ningún antecedente, dado que nunca había existido un Vecchio Versalles, salvo que se pensara en el original francés, con el que nada tenía en común. Pero el promotor debió de considerar que añadir un moderno *nuovo* a un tradicional *versalles* daría a todo ello una intrigante personalidad a medio camino entre el clasicismo y la modernidad. En aquel centro comercial, que pretendía ser distinto de cualquier otro, iba a haber de todo: un circuito de karts que reproduciría a menor escala las curvas de Le Mans, un pequeño zoológico para el que se anunció la presencia de tigres de Bengala y una divertida cámara antigravedad con el previsible nombre de Soyuz 7 donde los niños podrían flotar en el aire emulando a Yuri Gagarin. En el interior, suelos y paredes estaban cubiertos por planchas de presunto mármol al que un exceso de cera hacía refulgir hasta deslumbrar y, en una caótica mezcla de estilos e influencias decorativas, había falsas columnas de capiteles corintios dorados, cariátides que sujetaban abigarradas lámparas de volutas y cúpulas

con frescos que representaban escenas campestres con damiselas de pelucas y vestimenta rococó. Además, el ruso tuvo una idea de lo más original. Construyó una gran burbuja de vidrio que surgía del techo justo en el centro de la nave principal, como una gigantesca pompa de jabón a punto de explotar, y dentro montó un estudio de radio. Sería otra atracción del centro comercial. Los clientes solo tendrían que levantar la mirada para ver a sus locutores favoritos haciendo allí dentro sus programas. El ruso estaba seguro de que al público le encantaría aquello. Pero lo cierto fue que, desde el principio, a nadie le interesó interrumpir sus compras para contemplar lo que ocurría dentro de aquella ampolla de cristal que podría haber pasado por una nave espacial que hubiese caído del cielo, atravesando la techumbre del palacio e incrustándose en el mármol refulgente.

El centro comercial fue un absoluto fracaso. Las grandes firmas que el ruso esperaba que hiciesen cola para alquilarle los locales no se molestaron ni en aparecer, temerosas de vincular su buen nombre con aquel versallesco espanto, donde solo se instalaron *outlets* y tiendas de saldos que apenas atraían a compradores con escaso margen para gastar. Los karts desaparecieron y el pequeño Le Mans pronto se llenó de socavones. Las autoridades sanitarias exigieron el cierre del zoo cuando constataron que los tres macacos, la pareja de guacamayos y la solitaria avestruz que formaban toda su fauna sufrían una evidente desnutrición. La caseta donde iba a estar la cámara antigravedad, que nunca llegó a abrir, se acabaría convirtiendo en un tenderete de venta de fundas de móviles. Y la burbuja fue alquilada a un precio irrisorio al titular de una licencia de radio local que fue quien contrató a David para que hiciese allí dentro un programa musical.

Pocos meses antes de morir tiroteado en su chalé de Marbella, el ruso malvendió Nuovo Versalles a unos compradores que a su vez lo malvendieron a otros compradores unos años después, los cuales tardaron más o menos lo mismo en malvendérselo a otros y así sucesivamente, porque aquel monumento al mal gusto nunca levantaría el vuelo, ahogado en unos costes de mantenimiento tan elevados como los del Palacio de Invierno y el verdadero Versalles juntos. Pero aquel absurdo estudio radiofónico colgado del techo siguió siendo utilizado. Durante algunos años, llegó a haber una cierta programación. Pero, a medida que había que ajustar el presupuesto, los diferentes programas fueron desapareciendo de la escaleta hasta

que, al final, solo quedó el más barato, cuya duración se decidió estirar durante varias horas, sin un horario de comienzo o final fijos, dependiendo solo de lo que le apeteciese cada día a su director, presentador y técnico de sonido, a David. Si uno iba por Nuovo Versalles y alzaba los ojos podía verle allí casi todo el día, flotando en el aire, en el interior de aquella burbuja transparente que desentonaba con el entorno. David era fiel a su audiencia, que nunca supo cuánta podía ser porque el dueño de la emisora nunca se preocupó de averiguarlo, emitiendo música española de los ochenta que solo interrumpía para leer breves cuñas publicitarias de los comercios que había debajo —las zapaterías siempre en rebajas, las *boutiques* de trapillo, las mercerías con un poco de todo y las tiendas de regalos inútiles y monos para salir del paso—, que contrataban por tarifas casi simbólicas aquella publicidad de escaso alcance, unos ingresos justos para que al propietario le fuese rentable pagar un sueldo infame a David, mantener la emisión y sacar con ello un rédito que, a lo sumo, le debía de dar para cubrir el pincho y la caña de media mañana.

David era feliz con aquello. A los cincuenta y cinco, tenía más o menos el mismo aspecto de siempre, tan solo en una versión más ajada. Seguía vistiendo una ropa que no conocía la plancha. Su pelo, apenas clareado en densidad y oscuridad, seguía siendo una madeja embarullada. Desde hacía poco tiempo, se había dejado una barba rala que no avanzaba ni para adelante ni para atrás, que no le hacía más serio o interesante, sino solo un poco más avejentado.

Llevaba veinte años metido en aquella burbuja, programando una música que nunca le cansaba, inventando criterios diferentes para la selección de las canciones que sonarían cada día, fumando sus porros que seguían estando mal liados, dándoles una y mil vueltas a sus misterios sin resolver (y, con los años, ahí cabía ya de todo: desde posibles mensajes satánicos en las letras de Led Zeppelin a dónde podían detectarse guiños de amor a la heroína en las de Antonio Vega, sin hacer ascos a clásicos conspiratorios como la supuesta muerte de Paul McCartney o, ya puestos, tesis de cuestionable solidez que explicaban la verdad de los asesinatos de los dos Kennedy). Nunca permitía que le afectase nada de lo que ocurriese en el mundo que había fuera de su bola de cristal, donde vivía, cada día más sabio y feliz, como un genio perezoso acomodado en el interior de su lámpara.

Yo iba a verle de vez en cuando. Subías en un ascensor privado a

la cámara de aire superior del palacio, abrías una trampilla, bajabas por una estrecha escalera invisible a los ojos de los clientes de abajo —se suponía que para no estropear el efecto visual de que la burbuja poco menos que flotaba en el vacío— y accedías a esta. Y allí estaba él, manejando la mesa de control, los cascos puestos, la expresión casi en trance, y en una esquina le acompañaba Cecilia, sentada en una pequeña silla porque no había sitio para más, quieta, impertérrita, con su cara de disgusto permanente. Siempre me recordaba a Yoko Ono en las grabaciones de Abbey Road.

David y Cecilia seguían juntos, sí. Debían de haber superado ya su vigésimo aniversario. Y a lo largo de todo aquel tiempo eran escasas las veces que los había visto dirigirse la palabra. Su relación solo había pasado por una crisis seria en todos aquellos años. Fue cuando David perdió durante una temporada la cabeza por Amy Winehouse. Él mismo admitiría después que aquel amor fue una locura propia de la crisis de la madurez. Cecilia soportó con entereza que David se enamorase de Amy hasta plantearse abandonarla y fue generosa en el perdón cuando la cantante murió y David volvió al redil, con el corazón doblegado y las ilusiones quebradas. Cecilia comprendió que era difícil no enamorarse de alguien como Amy y admitió que aquella infidelidad imaginaria le había sido más fácil de soportar porque ella también había sucumbido a la tentación con Johnny Depp, así que ambos acabaron perdonándose sus respectivos deslices y recuperaron el amor que aquellas veleidades habían hecho peligrar. Cuando David te contaba todo aquello, solo podías escucharle y asentir y tratar de comprender que vivir a la vez en un mundo real y en otro imaginario duplicaba el riesgo de cometer errores en una relación.

A pesar de sus locuras, a menudo me resultaba más reconfortante visitar a David en aquel extraño universo que había creado en la burbuja colgada del techo que las comidas con Jorge en restaurantes serios, caros y aburridos. La vida de David era tan reducida y satisfactoria que verle me ayudaba a poner la mía en perspectiva. David era el crucificado optimista de Monty Python. El tipo que siempre miraba el lado soleado de la vida. Hasta tenía una de sus teorías mitómanas para explicar por qué la suya era como era: decía que había elegido cómo vivir a partir de lo que él mismo había bautizado como el «dilema Jeff Bridges». Lo explicaba así:

—Coincidió con la muerte de Oscar y no creo que eso fuese solo casualidad. De pronto, comprendí que ya había pasado el tiempo de acumular conocimientos. Hasta entonces, tan solo cogías todo lo que ibas aprendiendo y lo amontonabas en tu cabeza como quien va arrumbando muebles en un trastero. A los cuarenta, había llegado el tiempo de elegir. Tenías que repasar todo ese bagaje caótico que había en tu interior y elegir, entre todo ello, qué utilizarías y qué podías desechar. Y lo que eligieses te debería dar la respuesta a una única pregunta: quién. Porque eso era lo que había llegado: el momento de elegir quién querías ser el resto de tu vida.

Y eso, según él, lo había resuelto utilizando el dilema de Jeff Bridges. Podías elegir: ser Jeff Bridges en *Los fabulosos Baker Boys* o ser Jeff Bridges en *El gran Lebowski*. Lo primero era tentador. Un tipo que intenta aferrarse a sus sueños, que, a pesar de las decepciones y las dificultades, aún está dispuesto a seguir luchando por lo que cree y lo que desea. Da igual lo difícil o arriesgado que sea. No tiene una tarea fácil: llegar a ser un gran pianista de *jazz* y a la vez conservar a Michelle Pfeiffer cantando *Makin' Whoopee* tumbada sobre su piano con un fabuloso vestido rojo. Hay que echarle ganas y arrojo. Hay que asumir el riesgo de la derrota, de acabar prisionero a perpetuidad en la melancolía del fracaso, pero sabiendo que al menos lo intentaste, que peleaste hasta el final, que no es lo mismo caer derrotado que rendirse. La segunda opción es aún más tentadora: ser tan solo un viajero que atraviesa flotando con una sonrisa idiota la inmensidad del espacio exterior.

—Mírame —me decía David tras exponerme las opciones del dilema, sentado ante el micrófono en la burbuja de cristal—. Adivina qué elegí. Y, después de todos estos años, tengo algo muy claro: acerté.

A pesar de nuestra edad, David era capaz de asegurar con absoluta seriedad cosas como que, más allá de aquel dilema, de la filmografía de Jeff Bridges se podían extraer respuestas a todas las incógnitas de la existencia. Y si esta te falla, siempre te quedará la de Bill Murray, solía añadir, en lo que parecía ser un chiste privado para iniciados. Tal vez por cosas como esa me gustaba ir a pasar un rato allí con él. Disfrutaba con la música que elegía y aceptaba enredarme en la elaboración a dúo de alguna lista de canciones y escuchaba alguno de sus aforismos sobre las cuestiones más peregrinas y a veces

hasta le pedía consejo, convencido al fin de que había más cosas entre el cielo y la tierra de su pequeño universo de fantasía que en la filosofía. Había momentos en que incluso le envidiaba.

A veces, David aprovechaba mis visitas, que eran siempre sin avisar, para emitir una cadena de canciones pregrabada. Le pedía a Cecilia que vigilase que nada fallaba en el control y nos íbamos a dar un paseo por el exterior para que pudiese fumarse un canuto. Llevábamos años dando aquellos paseos por los alrededores de Nuovo Versalles. Habíamos sido testigos de cómo los solares polvorientos que lo rodeaban se iban convirtiendo en promociones de pisos de dos, tres y cuatro dormitorios a precios de palacio de Versalles. El mundo había ido cambiando a nuestro alrededor y nosotros seguíamos allí, contemplando el paisaje, manteniendo conversaciones que no siempre tenían lógica.

En uno de aquellos paseos, aún en los treinta y nueve, mientras echábamos un vistazo al esqueleto de lo que sería una de aquellas urbanizaciones, le había contado a David toda aquella situación que se me había creado con Víctor y Silvia tras mi baño en su piscina. Aquel día había ido a verle con la intención de hablar de otra cosa. Jorge avanzaba en un análisis de la herencia de Oscar que le estaba llevando semanas y pronto nos reuniría para tomar algunas decisiones. Fui a ver a David con el propósito de hablar de eso, pero, sin darme cuenta, acabé hablándole de lo que de verdad me tenía obsesionado. Le conté mi amistad *contra natura* con Víctor, el hombre que en realidad debería ser mi archienemigo. Le conté también mis citas para hacer recados con Silvia, lo feliz que me sentía al haberse reavivado aquel amor de juventud que tanto había luchado por apagar sin conseguirlo y, a la vez, lo frustrante que era volver a pasar por todo ello a cambio tan solo de visitas a Ikea y Leroy Merlin. Le pregunté su opinión.

David me había escuchado en silencio. Fumaba el porro y asentía lentamente, meditabundo. Con David cabía siempre cualquier posibilidad. Podía soltarte una interminable parrafada o podía liquidar cualquier cuestión con apenas una escueta suma de sujeto y predicado.

Esperé. Y por fin me miró y, con su cara de Jeff Bridges cuando era El Notas, con una expresión entre incrédula e indignada, resolvió con rapidez buena parte de mis dudas.

—¿Pero tú eres idiota o qué te pasa?

No dijo nada más sobre el asunto.

Decidimos dos cosas: que no seríamos nosotros los que desvelaríamos al mundo la verdad sobre Oscar y sus Poblados y que no recibiríamos ni un solo euro de su maldita herencia. Y tan solo tardamos en decidirlo el tiempo que se tarda en decirlo.

Jorge nos citó a David y a mí en la cafetería del hotel Palace, lo que demostraba el largo camino que nuestro amigo había recorrido desde que vomitaba en los baños del Dos de Mayo en el 86 hasta aquel momento, en que le pidió al camarero tres *gintonics* con ginebra Martin Miller's, dos gotas de amargo de angostura y el aroma de una corteza de limón. Apareció con un portadocumentos en el que traía el informe que él mismo había redactado resumiendo el papeleo que el abogado nos había dado. Aquel documento confirmaba sin dejar margen a la duda que Oscar era lo que Jorge nos había dicho, a modo de preámbulo de nuestro encuentro y de conclusión de su estudio, que era: un estafador, un fraude. No quisimos ver los documentos. No quisimos más explicaciones. Decidimos lo que antes de que Jorge dijera nada ya teníamos decidido.

Lo último que haríamos por Oscar, nuestro último acto de lealtad hacia él, sería nuestro silencio. El mundo necesita héroes, dijo David para justificarlo, tal vez robando la frase de algún cómic de Marvel. Jorge tuvo un momento de flaqueza, dijo que no estaba seguro de si Oscar se merecía nuestra complicidad como guardianes de su buen nombre.

—A Oscar le importaba la posteridad —comenté yo.

—Eso solo era otra milonga que nos contaba para impresionarnos —dijo Jorge, el más crítico o, tal vez, el más decepcionado con Oscar.

—No le debemos nada —le apoyó David—, ni siquiera una posteridad honrosa.

Solo yo parecía dudar.

—Era nuestro amigo.

Nos quedamos callados, cada uno discutiendo con sus propias

emociones encontradas. Jorge devoró a puñados las almendritas que había en un cuenco sobre la mesa. David se limitó a negar con la cabeza. Yo observé a la gente que pasaba bajo la gran cúpula central del hotel y me pregunté a cuántos de aquellos hombres y mujeres les importaría realmente si Oscar era el bienhechor que habíamos creído o el avaricioso que ahora sabíamos que era.

—Oscar era un sinvergüenza —dije.

Jorge y David apenas tardaron un segundo en secundarme.

—Un caradura.

—Un timador.

Creo que los tres necesitábamos decir cosas así en voz alta para convencernos. Y arrancarnos nos animó con rapidez.

—En realidad, siempre utilizaba a las personas...

—Era un maestro de la manipulación.

—Su encanto solo era el disfraz de su egoísmo...

—¿Os acordáis de aquella vez que...?

Los tres quisimos hablar a la vez. Cada uno teníamos una historia que contar y queríamos contarla como quien necesita vomitar para sentirse mejor. Les recordé a aquella pobre chica que estaba en la misma clase que él. Dudé sobre su nombre. Inés, me apostilló David, sin titubear. Inés era regordeta y complaciente. Condenada a no deslumbrar nunca a los chicos como Oscar, incapaz de dejar huella alguna en la memoria. Amaba a Oscar con entrega y este se servía de ello para pedirle que se ocupase de cogerle los apuntes de clase y para que le hiciera algunos trabajos, y en pago de sus servicios le ofrecía poco más que su sonrisa y algún guiño seductor, que ella recibía agradecida y sumisa, dispuesta a seguir sirviéndole de por vida a cambio de tan exiguo pago.

David recordó lo mucho que se cebaba con él diciéndole que había que ser muy raro, muy tarado o muy corto de mente para pasar tantas horas dándoles vueltas a dudas tan estúpidas como quién imponía su liderazgo en el dúo entre McCartney y Michael Jackson cuando cantaban *The Girl Is Mine*. Oscar podía llegar a ser muy hiriente con sus pullas. Pero siempre se lo perdonábamos porque había que reconocer que tenía ingenio y también una habilidad única para deshacer una ofensa con una sonrisa y una palmada afectuosa en la espalda.

Jorge eligió recordar aquella vez que habíamos ido los cuatro a

comer a casa de Raquel, su novia. Jorge se dejaba la piel en idear cómo impresionar a don Miguel, su futuro suegro. Pero en aquella comida Oscar no le dio opción. Estuvo hablador y encantador y agudo y brillante charlando con don Miguel e hizo, como propios, algunos comentarios sobre el mundo de la empresa que en realidad le había oído a Jorge, y don Miguel quedó encantado con aquel chico, al que auguró en voz alta el mejor de los futuros, mientras ignoraba al aspirante a yerno, que apenas pudo abrir la boca en toda la comida.

Yo también recordé otra anécdota significativa:

—Se tiró a Silvia.

Volvimos a callar. Fue otro silencio largo y lleno de pesar.

Lo rompimos los tres a la vez.

—Admitámoslo: era una gran persona.

—Estaba hecho de otra pasta.

—Era el cabrón más simpático que he conocido nunca.

—¿Os acordáis de aquella vez que...?

Y empezamos de nuevo. Y cada uno volvió a contar una historia. Y todo sonó diferente. En estas, Oscar ganaba, nos hacía reír, nos sorprendía, se llevaba a la chica, tenía un detallazo, aparecía con un regalo sorpresa, te emocionaba, te sacaba de un apuro, te daba consejos, te levantaba el ánimo, tenía la mejor ocurrencia, planeaba algo insólito, lo que fuera, pero todas eran historias perfectas, historias engrandecidas por los años y la memoria que quizá ni siquiera habían ocurrido como ahora las contábamos.

Reímos recordando. Bebimos copas que debían de costar una fortuna cada una y David y yo dejamos sin disimulo que Jorge se ocupase de la cuenta. Con una borrachera obtenida a precio de oro, David propuso que nos fuésemos de un sitio tan estirado y nos llevó a un local cercano a la plaza de Santa Ana, un local propio de nuestra edad, dijo. Acabamos en un indefinible garito decorado con bolas de cristales colgadas del techo, sofás de escay negros y gruesos cortinones granates recubriendo las paredes, una discoteca en la que se mezclaban referencias estéticas a todas las décadas del siglo pasado sin que las unas casaran con las otras y que agredían en su fusión al más elemental buen gusto. Aquello estaba abarrotado de gente de lo más variopinta que bailaba con frenesí viejos éxitos de la música disco. Diana Ross y Donna Summer tuvieron tiempo de sonar a un volumen ensordecedor durante nuestra dificultosa expedición desde la

entrada a la barra, abriéndonos camino entre jubilados irreductibles, turistas descontrolados, jovencitas de pelos afro, gays disfrutones y roqueros desubicados. Aquel sitio triunfaba sin necesidad de distinguir entre generaciones, tribus, clases y hasta gustos musicales. Jorge llegó a decir en algún momento que entrar en aquel lugar era como penetrar en el cerebro de David.

No sé cuánto tiempo ni cuántas copas hicieron falta para que los tres acabásemos contagiados por la desinhibida euforia colectiva del local. Acabamos haciendo el payaso, el imbécil y el ridículo, y nos importó un comino porque hacía mucho tiempo que no lo pasábamos tan bien. Intentamos ligar con un grupo de chicas recién llegadas a la mayoría de edad y vestidas cada una con un estilo diferente, a cual más horrendo, como si fuesen una versión poligonera de las Spice Girls (nos despreciaron y nos rendimos cuando nos dijeron que era demasiado tarde para que unos señores de nuestra edad estuviésemos aún por la calle); con un trío de solteronas que nos doblaban en años y en ganas (se agotaron y tuvieron que dejarnos para ir a sentarse y recuperar el resuello tras darlo todo cuando formamos corro con ellas para bailar juntos *Stayin' Alive*), y con un par de turistas yanquis de buen ver (nos abandonaron cuando se convencieron de que, por más que lo jurásemos, no éramos íntimos amigos de Antonio Banderas). Llegada la madrugada, invitamos a una copa a una voluptuosa treintañera y nos achicamos cuando ella nos dijo al fin que de acuerdo, que se lo haría con los tres a la vez, que podíamos irnos todos a su casa. Estuvimos a punto de tener que partirnos la cara con un gigantón que nos habría triturado porque Jorge se le encaró y empezó a dar provocadores saltitos ante él, acusándole de haberse colado en el baño. Nos juramos amistad eterna con un tipo de no menos de setenta años, escuchimizado y cojo, que nos aseguró que había sido pichichi en las filas del Real Madrid, pero cuyo nombre no nos sonaba de nada. Acabamos compartiendo un taxi para volver a nuestras casas y fuimos cantando por el camino *El ritmo del garaje* a grito pelado y, para nuestra sorpresa, el taxista, que debía de tener más o menos nuestra edad, se nos acabó uniendo porque estaba ya aburrido de una noche con pocas carreras, cantando con nosotros que algún día los gatos de su callejón también aullarían al ritmo de esta canción. Y, por supuesto, nos separamos con grandes muestras de afecto y jurando, taxista incluido, que nada en el mundo podría

romper nuestra amistad.

Fue una noche inesperada, tonta, perfecta y necesaria.

Ahora, me gusta pensar que fue aquella noche y no el día de la catedral de la Almudena cuando enterramos el cuerpo ausente de Oscar, cuando le dijimos adiós. Fue aquella noche cuando, a nuestra manera, nos despedimos de nuestro amigo. El sinvergüenza al que siempre fuimos incapaces de dejar de querer. Eso: nuestro amigo.

Atravesé la terminal, dejé atrás a los pasajeros que se quedaban a recoger sus equipajes de la cinta transportadora, salí por las puertas correderas, alcancé por fin la calle y, antes de ir hacia la parada de taxis, me detuve y respiré hondo, disfrutando de volver a sentir el aire libre. Llovía, pero no me importó mojarme. Respiré y alcé la cara y me dejé mojar por la lluvia y me sentí solo. Hay cosas que uno asocia de manera especial con la sensación de soledad y, para mí, una de ellas es un aeropuerto cuando llueve.

Volvía de pasar el fin de semana en Londres. Procuraba ir con regularidad. Me instalaba todas las veces en el mismo hotel, un modesto y económico *bed & breakfast* cercano a Marble Arch, y durante esos días ejercía de padre con torpeza. No sé si por falta de práctica o de instinto natural, pero siempre me pareció que resultaba un poco impostado como padre, como si mi relación con el pequeño Hugo tuviese algo de representación. Y a veces también me parecía que él fingía, que su instinto natural le advertía que tenía que aparentar entretenerse con aquel tipo al que veía como mucho un fin de semana al trimestre. Creo que a los dos se nos hacían largos aquellos sábados y domingos demasiado llenos de horas. Yo buscaba con desesperación posibles entretenimientos en una ciudad que él, a pesar de su edad, ya se conocía mejor que yo. El colegio ya le había llevado a los lugares que podrían interesarle a un niño tan pequeño, que aún no era capaz de entretenerse con soluciones tan socorridas como un teatro o un museo. Tras dos paseos en los barcos turísticos que recorrían el Támesis y tres subidas al London Eye, ninguna de estas posibilidades le inspiraba una especial emoción. Al menos, me lo ganaba un poco permitiéndole comer *nuggets* con cocacola, toda una transgresión de sus rutinas habituales, y, casi siempre, en cuanto el clima lo permitía, acabábamos rellenando el tiempo pegándole patadas a un balón en Hyde Park. Le llevaba algún regalo. Esta vez había tocado una bufanda del Real Madrid. Me sorprendió que la

recibiera con un agradecimiento tibio, porque el fútbol era ya su primera afición, hasta que entró en confianza y acabó confesándome que era la segunda vez que le regalaba lo mismo. A menudo le llevaba libros de cuentos infantiles. Para que practicara su español. Lo chapurreaba con dificultad. Su madre consideraba una deferencia hacia mí que lo aprendiese desde pequeño, pero cuando yo le oía hablarlo veía claro el futuro: iría creciendo y cada vez sería más inglés, cada vez preferiría más que ganasen la Champions el Arsenal o el Chelsea al Madrid, cada vez sería más difícil encontrar algo que tuviésemos en común, cada vez le perdería más. Le quería con toda mi alma, le echaba de menos y la distancia me causaba dolor físico, pero luego, cuando estaba con él, no me manejaba con soltura ni para darle un beso. Echaba de menos a mi hijo y, a la vez, en cada visita me costaba más reconocer en aquel niño que tan poco conocía al hijo que echaba de menos.

No estaba previsto que yo fuera aquel fin de semana. Lo había decidido de repente. Saqué los billetes tan solo tres días antes y llamé a Jackie y le anuncié que llegaría ese viernes. No puso pegas. Jackie nunca ponía pegas a nada relacionado con el niño. Desde que nos separamos, nunca habíamos vuelto a discutir. Ella había recurrido a su herencia genética paterna, había echado mano de la flema británica, y me trataba con una amabilidad en la que había algo de distancia insalvable, una cortesía que también le servía de barrera. Cuando, aquel fin de semana, acudí a su casa a recoger a Hugo, me recibió con una apacible sonrisa de bienvenida. Mantuvimos la misma conversación que manteníamos cada vez que nos veíamos. Dos minutos, tres como máximo, en la misma puerta de la casa, ella dentro, yo fuera, dos mundos diferentes. Me dijo con sincera dulzura que ya había sabido por las noticias, que había sido terrible lo de Oscar, que imaginaba lo doloroso que estaría siendo para mí. Yo contesté con los mismos tópicos con que contestaba a todo el que me decía algo así: una pérdida irreparable, se ha ido un gran hombre, fue un amigo muy querido. Y luego volvimos a nuestro diálogo habitual: ¿Estás bien?, ¿el trabajo, bien?, ¿Klaus, bien? Ella asentía a todo sin entrar en detalles. Yo adornaba el final del cuestionario con algún comentario amable: Estás muy guapa, ¿te has cambiado el color del pelo?, bonito jersey, se te ve contenta. Ella asentía, sonreía. La conversación tenía el mismo grado de intimidad que habría tenido con

el cartero, el vecino de al lado o un vendedor a domicilio.

Klaus estaba de viaje ese fin de semana. Me lo dijo Hugo. Había ido a ver a sus padres a Berlín. Klaus es un poco mandón, ¿no?, le dije yo improvisando, solo por darme el gusto. Hugo dijo que no. Klaus tiene pinta de ser un paquete jugando al fútbol, tanteé, porque el fútbol, que a mí jamás me había interesado en absoluto, era un vínculo entre él y yo al que yo me aferraba cuanto podía. Hugo también dijo que no. Klaus es alemán, que es algo mucho más pringado que ser inglés o español, probé. Y Hugo me contestó con demoledora sinceridad: «Klaus es un buen papá».

El domingo me presenté en casa de Jackie con una sorpresa. Plan perfecto: pícnic en Saint James. En el hotel, una de las camareras, una paquistaní que debía de verme algo desamparado porque me trataba siempre con un afecto sobreprotector, me había ayudado a recopilarlo todo: mantel de cuadros, cesta de mimbre, sándwiches cortados en triangulitos, no me faltaba de nada, todo tan británico que hasta Jerome K. Jerome me habría dado su visto bueno. Y le propuse a Jackie que se viniese con nosotros. La pilló tan de sorpresa que no supo cómo escapar. Será agradable que Hugo nos vea juntos, le dije. No se le ocurrió ninguna excusa. Estaba con una traducción, dijo sin demasiada fe. Volveremos pronto, le prometí. En el parque, no percibí en Hugo ninguna emoción especial por vernos juntos. En cuanto terminamos de comer, se unió a otros críos que jugaban a lanzarse un *frisbee*. Nos dejó solos a Jackie y a mí con un termo de café (sí, me había preocupado de todos los detalles), dos tazas y tiempo para hablar por vez primera en muchos años. Y fue ese el momento que elegí para decírselo y ponerme en ridículo.

Ante nosotros, Hugo jugaba con los otros niños. Era una tarde con luz de primavera española. Jackie se había cortado el pelo, casi a lo *garçon,* y le quedaba bien. Yo contemplaba su perfil mientras ella contemplaba a Hugo jugando. Los rasgos se le estaban afilando con la madurez. Al sonreír, se le formaba una arruguita en las mejillas que resultaba sexi. Mientras miraba a Hugo, me hablaba de Julian Barnes o de Ian McEwan, no recuerdo de cuál de los dos. ¿Aún cabía esperar que volviese a escribir una gran novela? Yo no la escuchaba.

—Volvamos juntos.

Ella me miró. Insegura. Dudando de si había entendido bien mi español.

—*What did you say?* —preguntó, aunque hasta ese momento también ella había estado usando el español, buscando tal vez protegerse ahora detrás del idioma.

—Volvamos juntos. Tú y yo. Y Hugo. Seamos una familia.

—Yo ya tengo una familia —me respondió, en español, con un tono pedagógico, casi maternal, buscando tan solo recordarme lo evidente.

Había ido hasta Londres de improviso para eso. Para proponerle a Jackie que volviese conmigo. Me desperté una mañana y lo pensé antes de salir de la cama y saqué el billete a Londres para tres días después, aparecí allí, organicé un pícnic con mantel de cuadros, cesta de mimbre, sándwiches cortados en triangulitos y hasta termo de café en los preciosos jardines de Saint James, y le propuse a Jackie que volviésemos juntos. Y todo ello me había parecido lógico, indiscutible, todo un acierto, la manera perfecta de recuperar el control, buscando de nuevo a Jackie para superar a Silvia, qué sé yo lo que me pasaba por la cabeza. Hasta ese preciso instante en el que Jackie sonrió incrédula, conteniendo una expresión que era a la vez de susto y de diversión ante semejante ocurrencia, pura flema inglesa frente a mi sandez. Y en aquel momento se me olvidaron por completo las razones que me habían hecho pensar que hacer aquello tenía todo el sentido del mundo y que me habían mantenido convencido de ello durante todos esos días y me di cuenta de lo ridículo de mi propuesta.

Jackie se ruborizó. Las arruguitas sexis de sus mejillas se colorearon. Miró a Hugo.

—Estoy embarazada, Javi. Iba a contártelo ahora. Voy a tener una niña.

Y, después de decirlo, la flema no fue suficiente para evitar que se le escaparan unas suaves lágrimas, no estuve seguro de si por una fugaz nostalgia por lo que una vez tuvimos y entre los dos echamos a perder o por una desbordada ilusión ante lo que estaba por venir.

Estuve a punto de decirle que me alegraba que Klaus hubiese esperado a que nos divorciásemos para dejarla embarazada. Logré contenerme a tiempo. El sarcasmo, el cinismo o el despecho no habrían casado bien con aquella escena de campiña inglesa.

Cuando regresamos del pícnic, Klaus ya había llegado a casa. Salió a recibirnos al oír que llegábamos. Vernos juntos a los tres no disminuyó ni un milímetro su sonrisa de alemán seguro de sí mismo y

del amor de su pareja. Jackie me despidió con dos besos sin mirarme a los ojos, Hugo me dio uno y los dos entraron en la casa y Klaus y yo nos quedamos el uno frente al otro. Era un tipo enorme, con una sonrisa enorme, un cabezón enorme y una mano enorme con la que estrechó vigorosamente la mía. *Congratulations,* le dije, sin entrar en más detalle, mientras me preguntaba por qué el destino de mi vida parecía consistir en ir estrechándoles la mano y sonriéndoles a los tipos que se quedaban con mis chicas.

Volver de un Londres soleado a un Madrid lluvioso resultaba desconcertante. De pronto, todo parecía bueno allí y malo aquí. Cogí un taxi y antes de llegar a casa encendí el móvil, y en cuanto obtuve línea llamé a Silvia y le pregunté si podíamos vernos esa misma tarde. Ella titubeó sorprendida. No era lo normal. Solía ser ella la que proponía cuándo vernos. Debió de comprender que algo especial ocurría porque no tardó en decir que sí, que podía «bajar» a Madrid, que Víctor estaba enfrascado en sus lecturas de manuales profesionales y los niños también estaban a sus cosas y tenía un rato libre y podía decir que salía a hacer alguno de sus recados, así que le dije que viniese a mi casa y colgué.

Nunca había estado en mi apartamento. Se presentó con aspecto de domingo por la tarde. Vaqueros y sudadera y las mismas Reebok del día de la piscina. Había comprendido que tenía urgencia por verla y no había perdido el tiempo en arreglarse, y eso me gustó.

Llegamos casi a la vez. Cuando le abrí la puerta, yo aún estaba empapado por la lluvia. Dejó el paraguas que traía en la entrada y pasó al saloncito y me miró con intriga e hizo un primer intento por averiguar mis prisas por verla: ¿Qué tal el viaje?, ¿pasa algo?, ¿tu hijo, bien? Le dije que Hugo estaba bien, que Klaus estaba bien, que le había propuesto a Jackie que volviese conmigo y que, por supuesto, me había dicho que no porque, admitámoslo, yo había sido una mierda de marido, una decepción, un error, como en realidad lo es todo exmarido, y al final un incordio para su felicidad junto a Klaus y Hugo y ahora también una niña y, después de decirle todo eso, no me anduve con preámbulos y le pregunté:

—¿Por qué?

No me entendió al instante, como es lógico. Solo me miró dubitativa, con más curiosidad por mi tono, entre exigente y enfadado, que por aquella pregunta poco clara.

—¿A qué te refieres?

—A ti. A todo. ¿Por qué?

Creo que, en aquel momento, aún recién llegada, Silvia se arrepintió de haber atendido con tanta solicitud a mi apremiante petición de vernos. A medida que empezó a intuir por dónde podía ir aquello, debió de empezar también a desear salir corriendo de allí. Pero le bastaría con mirarme a los ojos y ver la determinación que debía de mostrar mi mirada para comprender que yo no iba a dejarla escapar. Estaba allí, plantado en mitad de la habitación, con la bolsa de deporte que había llevado de equipaje a mis pies, empapado, sin haberle ofrecido asiento, demandándole respuestas a toda una vida de preguntas pendientes. Debí de parecerle un chalado, una amenaza indefinida, decidido a hacerla pasar por algo demasiado incómodo que se salía de los estrechos límites de nuestra nueva relación.

No opuso resistencia. Se encogió de hombros con una cierta resignación. Se rindió, sin tratar de huir, a la certeza de que íbamos a tener una conversación que yo no iba a permitirle esquivar, que tal vez había sabido que acabaría por llegar desde aquel primer encuentro en el Café Comercial.

—¿Qué me estás preguntando exactamente, Javi? —inquirió cautelosa, aunque ya lo sabía.

A Silvia nunca le habían gustado las preguntas directas, nunca daba respuestas concretas, nunca se sentía cómoda teniendo que mirar cara a cara a la realidad. Pero supo que estaba acorralada, que no había escapatoria, así que optó por bajar las defensas y encarar lo inevitable.

—Toda la vida has sido así. Eres de los que necesitan motivos. No puedes aceptar que no haya una razón para todo que puedas coger y desmenuzar. Siempre fuimos muy diferentes en eso, Javi. Yo nunca he servido para las estrategias ni los cálculos.

Sonrió, pero, a la vez que sonreía, sus ojos de color miel se humedecieron y eso me hizo dudar a mí. Quería saber, pero no quería herirla.

—Tú te empeñabas en creer que yo era otra cosa. Pero nunca he sido nada más que una chica tonta, Javi. Solo eso, aunque tú te resistieras a aceptar que no había nada más. Solo una chica tonta...

Silvia me miró con esa misma mirada de inocencia con que me confesaba su última equivocación, su último traspié, su último pecado,

y me pedía que fuese yo y no ella quien se ocupara de envolverlo en una justificación que la eximiera de toda culpa: el amor, el alcohol, la juventud, la noche, todo valía con tal de conservar aquella inocencia intacta hasta la siguiente ocasión.

—¿Por qué cambiaste tanto? ¿Por qué te fuiste con Víctor y te alejaste tanto de todos nosotros?

Ella se encogió de hombros.

—Supervivencia, supongo —dijo—. ¿Qué habría sido de mí si no?

Mi tono de voz al preguntarle estaba demasiado cargado de trascendencia, el de ella al contestarme estaba suavizado por una cierta indiferencia. A mí las respuestas me resultaban tan necesarias como a ella le parecían irrelevantes.

¿Y yo?

Estuve a punto de no decirlo. Pero lo dije.

—¿Y yo?

—No te entiendo.

—Éramos amigos.

—Nuestros caminos se separaron. Esas cosas pasan, Javi.

A mí me desesperaba ver cómo se me escapaba por entre los dedos una conversación que había deseado tener con ella desde hacía años. A ella, en cambio, solo parecía resultarle innecesario, hasta un poco absurdo, aquel diálogo con un regusto a guion de telenovela.

Me rendí. Me seguí negando a ver lo que no quería ver, que las cosas ocurrían sin más. Sin cálculos ni estrategias. Llevaba toda mi vida resistiéndome a admitir que aquellos fantasmas del pasado que nunca se iban de mi lado fuesen solo consecuencia de improvisaciones y caprichos. Dejarse llevar. Prueba y error. Poco más. Nada más.

—¿Y ahora? —le pregunté, camino ya de la rendición, más por rabia que por querer saber, más por pataleo y por protesta que por querer seguir cazando motivos invisibles—. Ahora, ¿por qué?

Silvia me miró con la tristeza de una despedida no deseada en la mirada. Había comprendido, como yo ya sabía, que aquello sería el final, que cuando aquella conversación terminase ya no habría más tardes de recados domésticos ni más risas por tonterías ni más tararear a dúo en su coche lo de que «te voy a escribir la canción más bonita del mundo».

—Porque me daba pena tu soledad.

Dar pena. El último sentimiento que uno desea inspirar a la mujer

que ama. Pasión, morbo, ternura, simpatía, odio, rencor, desprecio, curiosidad, agresividad, celos, rivalidad, comprensión, hasta asco. Todo es mejor, menos humillante, menos miserable, menos fracasado, que dar pena. Como un perrillo apaleado, como un viejito agonizante, como un pajarito hambriento o un bebé abandonado.

—Pensé tantas veces que ojalá me hubiese enamorado de ti... —añadió, tal vez solo para suavizar lo anterior.

Estoy mojado, fue lo único que dije. Y me di media vuelta y fui a mi dormitorio a cambiarme de ropa y a tratar de que mi enfado no estallase. No volvería a verla. Eso pensé. Con una decisión sin fisuras. Se acabó. Había roto las reglas forzando aquella conversación. Había saltado hasta la última casilla. Había impuesto un final precipitado al juego.

Cogí una toalla del baño y me froté con ella el pelo mojado y de paso agité con fuerza, con rabia, mis ideas, que chocaron unas contra otras en el interior de mi cabeza como disparos hechos sin apuntar. Le había pedido a Jackie que volviese conmigo sin saber por qué. Había guiado a Silvia a decir que yo le daba pena sin saber por qué. Quizá ella no tenía nada de la chica tonta que pretendía ser, quizá era mucho más inteligente que yo, que me creía tan listo, y había comprendido desde muy joven que lo mejor que se podía hacer en la vida era eso: dejarse llevar sin buscar en lo que hacemos un motivo y un porqué. El error estaba en buscar en cada uno de nuestros actos y decisiones un trayecto lógico, una permanente cadena de relaciones causa efecto, cuando en realidad la vida solo es una sucesión aleatoria de eventos caprichosos.

Saqué la cabeza de la toalla y lo decidí. Iría a la otra habitación y, sin mediar palabra, la abrazaría, la besaría, le diría que a la mierda con todo y que también entonces se dejase llevar y algo me decía que ella aceptaría (aunque fuese por pena, si por pena tenía que ser) y haríamos el amor al fin allí mismo, en el suelo, en el sofá, en todas partes, convirtiendo en realidad todas las torturantes imágenes de ella y su dentista que me habían estado persiguiendo durante las últimas semanas, durante toda mi vida.

Y, un segundo después de pensar eso, tomé la decisión contraria. No, no haría semejante locura. Y para eso sí que tenía un millón de porqués. Porque yo no era Oscar ni ninguno de esos tipos que precedieron al dentista y que se aprovechaban de la debilidad de ella,

de su incapacidad para decir no, de ese dejarse llevar que se apresuraba a ponerme como la excusa perfecta para hacer en todo momento lo que le diese la gana sin aceptar ni deudas ni precios que pagar. Porque Silvia era la mujer de Víctor y ahora Víctor era mi amigo y yo no era de los que se lían con la mujer de un amigo. Porque no iba a pasar por la derrota final de que me rechazara. Porque, si me comía las ganas, sería yo el que al final habría vencido, aunque no supiese ni en qué guerra ni a qué rival. Porque no quería volver a verla después de aquella tarde y esa decisión me resultaría más difícil de mantener si ahora pasaba algo entre nosotros. Porque amaba demasiado a Silvia para transformarla en algo tan insignificante como el recuerdo de un rollo de un solo día. Porque aquel momento llegaba demasiado tarde. Porque la moral, el corazón, la razón, incluso el orgullo y la ofensa de ser solo un tipo que daba pena me reforzaban la voluntad de no hacerlo. Porque después me sentiría demasiado solo. Porque David me había preguntado si yo era idiota o qué. No, yo no me dejaba llevar. Yo tenía un millón de porqués. Y a la vez que lo veía claro me parecía increíble. Silvia estaba al otro lado de un pasillo de escasos metros. Esperando. Y sí, estaba convencido de que, por una vez, por primera vez, me permitiría amarla. Y quizá me arrepentiría durante el resto de mi vida, quizá aquella fuese la equivocación más grande que iba a cometer jamás, pero lo tuve claro sin el menor margen de duda. No. No haría lo que más había deseado hacer durante toda mi vida.

Me aferré a mis porqués, a toda esa lista de motivos que yo, a diferencia de ella, sí necesitaba para vivir.

Y después salí de mi habitación, atravesé el pasillo, regresé al salón, la miré y todos los porqués desaparecieron, nunca existieron, cayeron en el olvido como se olvida una llovizna cuando escampa.

Al diablo con todo.

Fui hasta ella y rodeé su cintura con mis brazos. La toqué. Toqué su mirada con la mía, su boca con mi boca, su cuerpo con el mío. Y me dio igual si aquello tenía algo de compensación, de indemnización, si era la entrega de una recompensa, una concesión benevolente o la aceptación de un fracaso. No me importó si en su acogida había caridad, si en su entrega había lástima, porque en aquel momento, daba igual su porqué, tan solo me importaba su aceptación más allá de unos motivos que tal vez no me hubiese gustado conocer.

La toqué y, aunque en sus ojos había susto, sorpresa y permiso, yo solo vi en ellos adiós. Ella sabía, igual que yo, que sería aquella tarde y nunca más. Entre Silvia y yo no habría todo lo que suele traer consigo el paso del tiempo después de comienzos como aquel: el largo viaje de la euforia al cansancio, las sorpresas que se transforman en rutinas, las declaraciones de guerra y la firma de breves treguas y falsos tratados de paz, las despedidas en que han dejado de hacer falta las palabras. Los dos supimos desde el primer beso que entre ella y yo solo habría aquella noche de lluvia y, aun antes de que la noche hubiese comenzado, yo ya había comprendido que me llevaría el resto de mi vida aprender a sobrevivir al ansiado dolor de aquel único momento.

Aquella noche, más que nunca, la vida fue algo demasiado corto, el tiempo demasiado limitado, la felicidad demasiado volátil y ella y yo demasiado pasajeros.

Comida de domingo. El mismo domingo repetido durante años. Los cuatro, sentados a la mesa: Raquel y Jorge, don Miguel y señora. La madre había preparado sus afamadas lentejas con garbanzos, presentadas cada semana como el más novedoso manjar cuando, en realidad, llevaban comiéndolo domingo tras domingo desde que Jorge tenía recuerdo de aquellas comidas. Daba igual la época del año, que apeteciese o no. ¿Era domingo? Pues lentejas con garbanzos. Los niños comían aparte, en el *office* —como les gustaba llamar a la cocina—, porque a don Miguel no le gustaba sentar a niños a su mesa. La conversación, como todos los domingos también, no era tal sino más bien un monólogo sin ilación del patriarca en el que alternaba críticas al Gobierno, reflexiones sobre política económica, consejos familiares y anécdotas de su exitosa vida profesional contadas una y mil veces, sin que los demás pudieran aportar mucho más que monosílabos de aquiescencia o aislados adjetivos elogiosos.

Pero aquel domingo todas las sagradas rutinas establecidas y respetadas durante años saltaron por los aires. Jorge acababa de tragarse su última cucharada de lentejas. Se limpió con esmero la boca con la servilleta y luego le pidió a su suegro, para sorpresa de este, si podía callarse un momento, porque tenía algo que decir. Don Miguel, su esposa y su hija le miraron con idéntica estupefacción, lo cual no pareció afectar en nada a Jorge que, con gran serenidad y un poco de solemnidad, les anunció:

—El otro día estuve a punto de matar a un hombre.

Lo dijo con la misma naturalidad con que habría podido comentar que había ido al cine o que tenía una cita con el médico de cabecera. Pero el efecto de sus palabras fue inmediato. La suegra, de natural impresionable, puso los ojos en blanco y adoptó una expresión de espanto acorde con la envergadura de lo que acababa de oír, que remató persignándose a ritmo vertiginoso.

—Ay, señor bendito, pero qué cosas dices, hijo...

Raquel le dedicó una mirada entre incómoda e incrédula, sin que Jorge estuviese seguro de si era por el contenido de lo dicho o por el solo hecho de haber osado quitarle la palabra al padre.

—Jorge, ¿de qué estás hablando?

Jorge les dedicó una beatífica sonrisa.

—Es muy sencillo. Solo tienes que apuntar a alguien con una pistola, apretar el gatillo y, ¡bang!, ya le has matado.

—¿Puedes explicarnos a cuento de qué viene esto? —rugió al fin don Miguel.

Jorge dedicó una sonrisa de especial beatitud al suegro.

—Disparar o no. Matar o dejar vivir. Tan fácil como decidir si hoy te pones una corbata azul o una roja.

La suegra trató de sonar conciliadora:

—Jorge, hijo, dices cosas muy raras, ¿has bebido demasiado vino?

Jorge la ignoró. Seguía mirando al suegro.

—Tú sabes a lo que me refiero, ¿verdad, Miguel?

El suegro respondió con indiferencia.

—Nunca he estado a punto de matar a nadie.

—¿No? ¿Seguro? Porque a mí llevas matándome lentamente desde hace ya muchos años.

Esta vez la reacción del trío de oyentes fue más aparatosa. La suegra dejó escapar un gritito de pánico y Raquel dio un brinco en su silla, empalideció y disparó una furibunda mirada cargada de desprecio a su marido, mientras que a don Miguel le brotó al instante su legendaria mirada que se decía de pantera, de serpiente o de halcón.

—Jorge, esto no tiene ninguna gracia —le dijo con ahogo Raquel, la mano aferrando una cuchara como si estuviese a punto de golpearle con ella.

La suegra se dio aire con la servilleta.

—Sin duda, ha bebido de más.

Don Miguel miraba a su yerno, que permanecía sonriente y tranquilo, a la espera, tal vez decidiendo si le despedazaría como lo haría una pantera, una serpiente o un halcón.

—¿Te importaría explicarte, muchacho?

Jorge no se dejó intimidar ni por la mirada ni por el tono amenazador. Ignoró la pregunta del suegro, ignoró la inminencia de

desmayo de la suegra, ignoró la pulsión asesina de Raquel con la cuchara, y habló con absoluta tranquilidad, con cordialidad incluso.

—Por cierto, no me gusta que mis hijos no se puedan sentar a comer en la mesa con nosotros. En realidad, ni siquiera me gusta venir a comer aquí los domingos y, ya puestos a ser del todo sincero, y siento decírtelo, mi querida suegra, siempre he pensado que estas lentejas que tanto alabamos no pasan de ser un rancho de cuartel decente. Pero nada de eso es lo importante.

—¡Grosero! —le espetó Raquel con voz y cuerpo temblorosos.

Jorge no se inmutó.

—Os aseguro que no quiero ofenderos. Pero cuando estuve a punto de matar a un hombre, aprendí lo que es tener decisión, descubrí lo que es tener el poder sobre tu propia vida.

La suegra posó una mano sobre la de su hija con maternal preocupación.

—Hija, ¿está tomando Jorge algún medicamento?

Jorge seguía mirando solo a su suegro.

—Todo consiste en eso. En tener decisión. Y si uno tiene una decisión tomada de verdad, eso le da tal poder que ya nada puede pararle. Y yo he tomado algunas decisiones estos días que deseo compartir con vosotros. Creo que no hace falta que os diga que he decidido que nunca más volveré a comer un domingo con vosotros. Y, por supuesto, jamás te volveré a decir que estoy de acuerdo contigo o que tienes toda la razón si vuelvo a escucharte soltar esas simplezas que dices sobre política o sobre economía o sobre cualquier otro asunto, Miguel. He decidido que, si alguna vez me vuelvo a sentar a una mesa con vosotros, cosa poco probable, mis hijos se sentarán conmigo. Y a título de curiosidad, también he decidido que voy a permitir a los niños que dejen sus clases de piano porque los tres las aborrecen y es obvio que no han nacido ni con talento ni con vocación para la música. He tomado algunas otras decisiones, que ya os iré comunicando, por no abrumaros ahora. Pero me gustaría mencionaros que también he decidido desvincularme de tu empresa, Miguel, eso sí, una vez que pactemos una indemnización por mi despido acorde con los años trabajados y el valor añadido que he aportado.

Raquel fue la primera en estallar.

—Si haces todo eso, Jorge, tú y yo...

No logró acabar. Porque era tal su rabia que la voz se le

entrecortó al atragantarse de tan apretados como tenía los dientes y porque Jorge la interrumpió en mitad de su amenaza.

—Ya te he dicho, Raquel, que hay más decisiones, pero no creo que sea necesario exponerlas todas ahora mismo. En concreto, respecto a ti y a mí, eso debemos hablarlo a solas, ¿no crees?, aunque tus padres siempre hayan formado parte de nuestro matrimonio.

Raquel rompió a llorar de impotencia. La suegra rompió a llorar también, sin estar segura de por cuál de los muchos motivos disponibles lo hacía. Y don Miguel contuvo a la fiera en su interior.

—Te ruego que te marches ahora mismo de mi casa, ¿me entiendes?

Jorge, que había vivido toda su vida con la rabia a medio contener, impaciente y gruñón, en aquel momento decisivo no dio sus habituales saltitos ni perdió la sonrisa y la calma. Cogió su servilleta del regazo, la dobló con corrección y la dejó junto a su plato. Se despidió con una ligera inclinación de cabeza dirigida a la suegra, fue también a despedirse de Raquel, pero esta le volvió la cara con un ademán airado; no miró siquiera al suegro, se levantó y caminó hacia la puerta de salida.

Se marchó andando. Sin prisa. Con una sonrisa tontorrona en la cara. Había sido una escena de ensueño. Durante muchos años, la había imaginado. Exactamente como había sido. Pero solo ese domingo se había decidido, al fin, a hacerla realidad. La capacidad de decidir otorgaba un poder sin límite. Y, sobre todo, le llenaba de una deliciosa sensación de libertad.

Así me lo contó.

Lo había decidido. Iba a hacerlo. No iba a echarse atrás.

Conducía por un barrio en el que nunca había estado, más allá del Manzanares. Madrid había crecido demasiado, solía decir cuando debatía de urbanismo con colegas, y como a toda ciudad grande, a veces le faltaba una identidad única, parecía más una sucesión de varias ciudades colocadas las unas junto a las otras, a veces demasiado diferentes e indiferentes entre sí, en la que al final cada uno acabábamos sintiéndonos más cómodos viviendo en un espacio reducido, mucho menor que aquella ciudad inabarcable, sin pisar jamás una gran parte de esta. Y estar en aquel territorio que le era desconocido por completo hizo que se sintiera aún más fuera de lugar.

Pero había tomado la decisión. No, no iba a dar marcha atrás.

Aquel sería el final de unas semanas demasiado locas. Viviendo en un constante tira y afloja. Paseos, conversaciones, encuentros fugaces en bares y parques, negociaciones. Conversaciones reiteradas, escenas interpretadas una y otra vez, atascados en un pulso sin un claro ganador. Nacho insistiendo: No puedes negar que me deseas. Ella acabando con lo que aún no había empezado cada vez que se veían: No volveremos a quedar. Él tranquilo, con esa serenidad que la desarmaba: Me volverás a llamar para vernos. Ella queriendo mandar sobre sí misma: Ni lo sueñes. Él sabiendo que no hacía falta ni pelearlo: Sabes que sí. Ella resistiéndose sin resistencia: Que no, que ni hablar, que esta tontería se acabó. Ella llamándole. Un ascensor, un despacho del estudio, una esquina poco iluminada. Él cogiendo su mano. Él acercándose a besarla. Ella dejándose besar. Ella buscando con la boca y huyendo con un empujón: Tengo que irme, me estoy ahogando. Él esperando, sin exigir, sin retroceder, confesándole una vez tras otra su amor decidido: Te quiero. La negociación: Ven a mi casa, Blanca. Ella llamándole una vez más, esta diferente: Iré.

Y ahora conducía por calles que no conocía, tan decidida a seguir

adelante como a punto de dar la vuelta a la primera ocasión. Repitiéndose los argumentos que la habían llevado allí. Repasando. La tentación había ganado hacía tiempo. Triunfó cuando le pidió que le diese aquel primer paseo en moto. La culpa había peleado duro antes de rendirse. El deseo había ocupado el espacio. El deseo de saberse querida. El deseo de sentirse deseada. El deseo en una mirada. Eso era lo que le gustaba de Nacho. Ver ese deseo en sus ojos. Le gustaba más aún que el ansia de convertirlo en realidad, que la concreción del placer físico, que el alivio de, vamos allá, darse el gustazo. Le gustaba su propio deseo. Le gustaba sentir el riesgo, el miedo, sentirse valiente, sentirse irracional, saber que se equivocaba y equivocarse, sentirse famélica. Desear era algo tan loco, tan intenso, tan rejuvenecedor como amar.

Pero aún peleaba una última y fácil batalla con un enemigo menor. La duda. Parada en un semáforo, Blanca vio cruzar ante ella a una joven madre que llevaba de la mano a un niño de no más de cuatro años. Y esa visión trajo de vuelta la duda. Quizá todo aquello, como se empeñaba en pensar, no era una rebelión heroica contra sí misma. Quizá era todo lo contrario. Una huida cobarde. Un intento de escapar, de esconderse, de negar la realidad. Porque ahí estaba, irrebatible, esa realidad casi perfecta: los años pasaban y seguía siendo una mujer atractiva capaz de seducir a un chico de veinticinco. Su matrimonio era un plácido remanso de paz, sus hijos crecían sin más problemas que las memeces propias de cada edad, desarrollaba proyectos acordes con su ecologismo militante. Pero tal vez era eso precisamente, esa perfección asfixiante, lo que necesitaba negar, agitar, poner patas arriba para darle vida. Flotaba en una nube, disfrutaba del paisaje, nadaba en un mar sin oleaje. ¿Por qué se empeñaba en desatar ella sola la tormenta? Porque no necesitaba nada. Porque nadie necesitaba nada de ella. Y esa era una extraña forma de soledad.

Volvía a enumerar mentalmente los argumentos. El más fácil: me lo merezco. He cumplido, he hecho todo lo que se esperaba de mí. Me merezco salirme de la carretera principal por una vez. Aquella era una idea estúpida. Estaba el otro: la última oportunidad. Pronto dejaré de ser mujer para ser solo lo que ya soy: esposa, madre, y después abuela, hay que joderse, abuela. Otra idea envenenada. Y había otro argumento más: Oscar se había ido para no volver hacía ya unos años.

Nunca entendía por qué el recuerdo de Oscar aparecía siempre que enumeraba las razones para seguir adelante con Nacho.

Llegó a la calle en que vivía Nacho. La búsqueda de un sitio para aparcar requirió toda su atención. El deseo se encargó de poner fin a su obsesivo debate mental. Como había hecho con la culpa, el deseo se libró también de la duda, un oponente más enclenque, de un certero puñetazo. Blanca tardó más de un cuarto de hora en encontrar un hueco donde dejar el coche. Caminó por la acera sintiéndose diferente a todas las personas con las que se cruzaba en aquel cálido atardecer primaveral. Cuando llegaba ya al portal con el número que Nacho le había dado, en un arranque de coquetería, se detuvo para comprobar su aspecto en el cristal de un escaparate. Se había vestido, deliberadamente, con una blusa y una falda no especialmente favorecedoras. No quería que Nacho se pensara que pretendía parecer juvenil o seductora.

Llamó al telefonillo. Una voz masculina que no le sonó a la de Nacho le preguntó quién era y apenas le salió la voz para decir que era ella. La puerta se abrió con un crujido metálico y Blanca entró en un lúgubre y angosto portal. Tardó en encontrar el interruptor que encendía la luz y subió por las escaleras hasta el segundo piso. Hacía fresco allí, comparado con el exterior.

El deseo subió a su lado. La duda, asustada, golpeada, segundona, los siguió unos pasos por detrás. El arrepentimiento se sumó a la comitiva, siempre serio, aburrido, un poco pomposo, como un mayordomo o un enterrador, por si requería sus servicios.

Cuando Nacho le abrió la puerta y la vio, su cara se iluminó con una desarmante expresión de ilusión infantil. Le pidió que pasara y Blanca entró en un cuarto de estar en el que estaban encendidas a la vez la televisión y un equipo de música, las explicaciones detalladas de una repugnante autopsia del CSI se entremezclaban con el guitarreo de una canción de The Killers. Y por encima de ambos sonidos se impuso una voz masculina procedente de otra habitación, al fondo, que preguntaba quién había llamado a la puerta. Nacho contestó diciendo que era para él.

—Charly, mi compañero de piso —le dijo a Blanca con tono de disculpa—. Está ocupado. No nos molestará.

Luego, pareció quedarse sin saber qué debía venir después. Blanca permaneció a la espera. Nacho se apresuró a apagar la tele y la

música y después la miró mordiéndose el labio inferior, dubitativo. De pronto, Nacho parecía mucho menor de lo que era. Blanca sintió un escalofrío de placer. Era una excitante sensación de vuelta a la adolescencia. Tan esperanzado, tan nervioso, tan inseguro, él. Y lo mismo, ella.

—¿Te parece...? No sé... —Nacho carraspeó. Semanas compartiendo miles de minutos y por vez primera perdía su aparente calma—. Estaremos mejor... ¿Quieres que vayamos a mi habitación?

Ella asintió en silencio. Atravesaron un estrecho pasillo para ir al dormitorio. Era un cuarto pequeño, en el que apenas cabían un camastro y una mesa de dibujo. La cama estaba cubierta de ropa abandonada de cualquier manera, la mesa estaba cubierta de demasiadas láminas con bocetos. Blanca tuvo el impulso de regañar a Nacho por todo aquel desorden. Se contuvo a tiempo. Sacar el instinto de madre no hubiese ayudado a quitarles los nervios a ninguno de los dos.

Nacho actuó con rapidez. Recogió a toda prisa la ropa y la lanzó tal cual al interior de un armario empotrado. Echó después un vistazo a su alrededor tratando de decidir qué podía hacer para mejorar aquel triste escenario. No se le ocurrió nada. Solo se agachó y sacó de debajo de la cama un aparatoso reproductor de CD.

—¿Te apetece escuchar música?

Blanca negó con la cabeza. Se mantenía callada porque estaba segura de que, de haber intentado hablar, no le habría salido la voz.

Nacho dejó el aparato sobre la mesa de dibujo y se encogió de hombros y desplegó una sonrisa estúpida.

—Bueno, pues aquí es donde vivo...

Ya no era el hombre joven de otras citas. El hombre de mirada sabia, reflexiva y enamorada que la observaba mientras ella le explicaba, otra vez, que aquello terminaba allí, que no seguiría con ese romance impropio, con esa pasión que no saciaban los besos de urgencia, con ese juego a amarse que solo los llevaría a sufrir. El hombre que la escuchaba y después solo decía: Te quiero y creo que tú también me quieres. Y ella se desmadejaba de ganas y se encendía de rabia y no le decía: No tienes ni idea, esto no es amor, esto es deseo, esto es compensación, consolación, pero no es amor porque yo ya amé y sé cómo es. Ahora ya no era ese hombre que no aceptaba el no, que esperaba sin impaciencia pero con tenacidad, seguro de su victoria

final. Ahora era un niño que se preguntaba asustado cómo demonios se trata en momentos así a una mujer.

Blanca echó un vistazo a los pósteres que cubrían las paredes. Una lámina de *El gran masturbador* de Dalí cubría la pared de encima de la cama. Muy apropiado, pensó. Una foto de un grupo de música decoraba otra de las paredes. The Stone Roses, leyó. A Blanca no le sonaban de nada. Demasiado vieja para saber quiénes son, pensó.

—Blanca, yo... —Nacho carraspeó de nuevo—. Yo quiero que sepas que me siento muy...

—Ni hablar.

Le calló sin necesidad de alzar la voz. Pero él, siempre cabezota, no se detuvo, aunque por vez primera le faltara su elocuencia.

—Solo quiero decirte que para mí...

—Si dices una sola palabra más, me voy.

Nacho la miró con sorpresa y respeto. Ella sonrió para suavizar el tono tajante.

—Ya hemos hablado lo suficiente. Hoy ya no toca hablar.

Nacho asintió obediente. A Blanca la sorprendió lo segura que de pronto se sentía. La duda salió por la ventana, el arrepentimiento se escondió, por si era requerido, debajo de la cama.

—Quiero beber algo —dijo ella, sabiendo que de pronto se había puesto al mando de la situación—. ¿Una cerveza?

Nacho se apresuró a ir a buscarla, ansioso por satisfacer sus deseos, aliviado de ganar tiempo para calmar sus nervios. Pero antes pareció cambiar de opinión. Se volvió y fue hasta Blanca. La cogió por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó con ímpetu. Más que un beso pareció un empujón.

Blanca aguantó el envite pensando, divertida, que era el peor beso que le habían dado nunca.

Cuando separó su boca de la de ella, Nacho resopló liberado, como si acabase de liquidar un asunto que tuviera pendiente y se hubiese quitado al fin un gran peso de encima. Después, se marchó a toda prisa a por la cerveza.

Blanca permaneció de pie en el centro de la habitación. Volvió a mirar a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en unas zapatillas de deporte dejadas en un rincón de las que asomaban unos calcetines y en una foto clavada con una chincheta a la pared en la que se veía a Nacho y a otro par de chicos con gorros de lana y un fondo nevado

pasándose los brazos por los hombros y en un par de lápices con el extremo mordisqueado que asomaban por entre los papeles de la mesa de dibujo. Aquella era la habitación de eso que tanto se decía que eran los jóvenes de ahora: un adolescente retardado. La habitación de su propio hijo dentro de unos años. La habitación de su inminente amante.

Solo era una madre con el rechazo reflejo al desorden de toda madre, quiso pensar. Y se obligó a no seguir pensándolo. Vio, en el armario entreabierto, el espejo que había en la cara interior de una de sus puertas. Se acercó y lo abrió del todo y se miró en él. Llevaba aquella sosa blusa abrochada hasta el más alto de sus botones. Se soltó los dos primeros y se la abrió un poco. Sonrió. Se desabrochó un botón más y vio asomar en el escote el sujetador. Se preguntó si sería capaz y antes de contestarse lo hizo. Se quitó otro botón. Y otro más. Y el último. Solo lo hizo para comprobar que era capaz de hacerlo. La blusa se abrió y dejó a la vista el sujetador color crema y su cuerpo.

—Perdona...

La inesperada voz la hizo dar un brinco. Se volvió. Había una chica en la puerta de la habitación. De unos veinte años. Una chica que solo llevaba puesto un diminuto tanga negro. Una chica de cintura estrecha y piernas de sugestivas líneas y pechos grandes, rotundos, y sonrisa entre curiosa y divertida.

Blanca tuvo una sensación extraña. Pensó que era ella y no la chica la que estaba desnuda.

La chica soltó una risita tonta.

—Charly es un desastre siempre. Mira que se lo tengo dicho. Oye, ¿no tendrás por ahí una goma?

—¿Cómo? —le preguntó Blanca aturdida aún por aquella aparición.

—Un condón —le dijo la chica, creyendo que necesitaba que se lo aclarase, y puso tono cómplice—: Charly ya sabe que o gomita o nada. Solo me faltaba un bombo...

Blanca no acertó a decir nada. Apenas negó con la cabeza. La chica se encogió de hombros con resignación.

—Pues hoy le toca quedarse con las ganas. Ya te puedes imaginar lo que me va a pedir que le haga... —le dijo con un guiño picarón que no dejaba dudas de que, fuese lo que fuese, accedería.

La chica volvió a mirarla de arriba abajo, mera curiosidad,

ninguna animosidad. Tan solo parecía necesitar comprobar antes de irse que realmente había allí una señora con la blusa abierta.

De nuevo sola, Blanca sintió un retortijón en el estómago.

Su mirada volvió a recorrer, esta vez a trompicones, con prisas, sin detenerse en nada, al galope, las zapatillas de deporte, la foto de amigotes en la nieve, los lápices mordisqueados, la expresión de chicos duros de The Stone Roses, la estrecha y corta cama, su sujetador color crema.

Se sintió sola sin su grupo habitual de acompañantes. Tentación y deseo y culpa y duda y arrepentimiento la habían dejado sola cuando más los necesitaba para escuchar opiniones y elegir.

Se abrochó la blusa. Contuvo a la vez una lágrima y una sonrisa.

Salió del piso sin despedirse de Nacho. Bajó las escaleras sin encender la luz. Dejó el edificio sin mirar atrás.

Y, una vez en la calle, mientras caminaba hacia su coche, observó todos aquellos rostros desconocidos de las personas con las que se cruzaba y se preguntó quiénes eran, adónde iban, qué esperaría o buscaría cada uno de ellos en aquel barrio desconocido, en aquella ciudad demasiado grande, en un atardecer de primavera.

Dafne salió de la cocina con un cucharón de madera en la mano, un delantal con un estampado de cuadros que imitaba a Kandinsky protegiendo su camiseta y sus pantalones cortos y una pequeña mancha de tomate en la mejilla.

—¿Seguro que te gustan los *pappardelle*?

Asentí como buen invitado agradecido. Estaba sentado en el sofá, sujetando una copa del vino que había traído, sin pegar la espalda al respaldo, un poco agarrotado.

—¿A quién no le gustan?

—*Pappardelle* uruguayos —me dijo, como si eso los hiciese más apetecibles.

—¿Una receta de tu país?

—Los he inventado yo.

Dafne se rio. Dafne se reía por igual de sus propias tontadas y de las de los demás. Reía como era ella, con despreocupación, sin dar importancia ni a la risa ni a la tontería que la provocara. Regresó a la cocina. Para entretenerme, repasé los detalles de la estrecha estantería rústica que tenía ante mí. Había de todo. Novela romántica y policiaca junto a ensayos filosóficos, poemarios y libros de historia, alineados sin ningún criterio, ni por temas ni por autores, ni por tamaños o colores. Tal vez por orden de lectura, pensé, y de ser así resultaba curioso, todo un retrato de ella misma, cómo aquella chica era capaz de ir saltando de Danielle Steel a Stefan Zweig, de Henri Levy a Frederick Forsyth, de Benedetti a James Ellroy y vuelta a Danielle Steel otra vez. En los estantes había también objetos variopintos: un cuenco grabado con arabescos para el mate y su bombilla, una matrícula medio oxidada de Luisiana, un almizcle dorado, una octavilla del Partido Comunista de Uruguay que anunciaba un mitin de 1976 enmarcada, una figura de madera de un tipo barrigón cabalgando un burro que podría ser Sancho Panza y una fotografía de un viejo pellejudo y desdentado que tal vez fuera su tatarabuelo.

Dafne no ordenaba ni sus libros ni sus recuerdos, no pretendía exhibirlos ante los demás, sino solo que le hiciesen compañía. Aquellos libros sin orden y aquellos recuerdos con un relato propio cada uno, que con el tiempo me iría contando, formaban un retrato de ella, porque Dafne era eso, así era ella, mezcla y naturalidad, lo tomas o lo dejas, y no buscaba agradar a nadie ni le condicionaba si lo que veías te gustaba o no.

Apenas nos conocíamos aún. Dafne era para mí el topicazo de una fantasía masculina convertida en realidad. La atractiva vecina del tercero. Casi como en la película: en mi caso, la tentación vive abajo. Ella era Marilyn (a quien ni siquiera se parecía en el rubio, porque el cabello de Dafne era pajizo y no platino) y yo era Sherman (por entrado en años, por soso, por no saber manejar la situación). Habíamos ido apuntalando una relación que aún no llegaba ni a amistad con lo que duran las charlas de ascensor. Ella preguntaba sin prudencia: ¿Vives solo?, sales poco a la calle, ¿no?, ¿te gustan los *pappardelle*? Lo de los *pappardelle* se convirtió en nuestro primer chiste privado. Un día llegaba cargada con bolsas de la compra y me dijo que aquella noche iba a prepararle una cena a un invitado. *Pappardelle.* Siempre invito a *pappardelle* en mi casa a los hombres con los que me quiero acostar, me dijo entre risas. Ahora, esta otra noche, tal vez no recordaba que me había dicho aquello. Pero yo sí y eso me tenía nervioso y esperanzado. La idea de cenar había salido de ella. Creo que somos los dos únicos inquilinos que seguimos en el edificio, me había dicho. Era agosto. La ciudad se cocía a fuego lento. Casi todo el mundo había huido. Ella estaba haciendo unos cursos de verano en la Autónoma. Trabajaba en una conocida empresa demoscópica. Era socióloga. Tenía veintisiete años. Llevaba tres en Madrid. Uruguaya. Eso lo fui sabiendo en las subidas y bajadas compartidas en ascensor. Un día me di cuenta de que esperaba con ilusión encontrármela cada vez que iba o venía. Me descubrí haciéndome el remolón en el portal para ver si aparecía. Coincidíamos y aquellos breves ascensos y descensos se convertían en lo mejor del día. Me hacía comentarios. No se cortaba. Eres guapo, me había dicho una vez, y a mí me había gustado y me había puesto colorado como un niño presumido. Luego me bajó el ego: Deberías cuidarte, ¿cincuenta y cinco me dijiste?, no eres tan mayor como empiezas a parecer. Ella iba al gimnasio todos los días. Era bajita, menuda, con un cuerpo casi infantil, salvo por los

músculos contorneados con firmeza, pero a pesar de su tamaño no transmitía fragilidad. Me fui aprendiendo sus horarios. Hora de vuelta del gimnasio, del trabajo, de hacer la compra. Acabó por descubrirme: Me estás esperando, ¿verdad? Se rio de mí. Me siento halagada, dijo con su acento uruguayo que luchaba siempre por ocultar, sin saber que aumentaba su encanto. Por fin, llegó agosto y el edificio pareció vaciarse y me invitó a cenar *pappardelle* en su casa sin recordar, o tal vez recordando, que me había contado lo que eso significaba.

Volvió de la cocina con una copa vacía. Se sentó en un puf junto al sofá en que estaba yo y se sirvió una copa de vino y bebió sin dejar de sonreír. Por la ventana abierta entraban los sonidos de la ciudad vacía, con esa nitidez con que suenan las calles en agosto: un coche que pasa, alguien caminando, una voz capaz de subir y colarse por la ventana de un tercero, dos melodías diferentes encontrándose en el aire seco y detenido.

—Me encanta la idea de un romance de verano con el señor del piso de arriba —me dijo entre coqueta y burlona.

—¿Eso quiere decir que se acabará antes de que llegue el otoño? —pregunté yo, igual.

—No vayas tan lejos que aún no he decidido siquiera si lo vamos a empezar.

—¿Vas a mandar tú sola en esto?

—¿Acaso lo dudas, señor?

Mi móvil sonó para interrumpir aquel diálogo tontorrón y prometedor. Maldije al teléfono. Las diez y cuarto de la noche. No eran horas. Pero, claro, podía ser peor. A veces aquellas llamadas tenían lugar a las dos y las tres de la mañana. Cualquier hora valía.

—¿Javi? Tenemos una urgencia.

Llevaba oyendo aquello, con el mismo tono perentorio, desde hacía demasiado tiempo como para que me alarmase. Cuando todo es una urgencia, una crisis, un asunto de vida o muerte, así todos los días desde hacía más de quince años, te cuesta mucho creértelo.

—Mañana. A las doce. Va camino de la cumbre de la OTAN en Palermo. En principio, iba a pasar por nuestro espacio aéreo sin bajar. Ha cambiado de opinión. Será una visita rápida. Pero tengo que dirigirles unas palabras en la recepción a él y a su comitiva. Necesito un texto. No más de tres minutos.

—¿De quién me estás hablando?

—Joder, Javi. Pues del presidente. El de Estados Unidos. El puto Air Force One, chaval.

—¿Y qué quieres decirle?

—Y yo qué sé. Que me alegro mucho de verle, no te jode. Mete un chiste sobre la Super Bowl o algo así. Creo que al tío le gusta el béisbol.

—La Super Bowl es fútbol americano.

—Pues igual le gusta el fútbol americano. A los yanquis les gustan deportes más aburridos que la segunda hora de la carta de ajuste.

Colgué. Dafne me miraba con curiosidad.

—¿Quién te llama a estas horas?

—El presidente.

—¿El presidente de qué?

—Del país, del Gobierno.

Dafne abrió mucho los ojos y se echó a reír.

—Nunca te he preguntado a qué te dedicas. ¿Eres político o espía o qué?

—Solo escribo discursos.

—¿Y tienes pactada una llamada suya cuando estás cenando en casa de una chica para impresionarla?

—No suelo cenar en casas de chicas.

—Entonces, hoy es tu día de suerte.

—Y el tuyo.

—Eso ya te lo diré después.

Seguimos con aquel roneo de retos y burlas intencionadas e inofensivas. Creo que los dos ya sabíamos en ese momento que la noche iba a acabar como acabó. Y saberlo hizo que todo fuese más divertido, nos permitió disfrutar sin incertidumbre de aquel cortejo previo, hablándonos con una mezcla de descaro y contención que ambos sabíamos que eran solo pose, saboreando los *pappardelle* y el vino, los ecos exteriores de aquel agosto tórrido, sus veintisiete y mis cincuenta y cinco, la agradable sensación, fuese cierta o no, de estar solos en todo el edificio, la emoción y la intriga que acompaña al comienzo de una historia, la primera línea del folio en blanco, cuando aún no tienes ni idea de adónde te conducirá y todavía no te molestas en preguntártelo porque el único futuro cierto que existe en ese momento te espera en esos labios que te mueres por besar y en ese

cuerpo que ya sabes, y por eso ya no hay prisas, que dentro de poco estarás acariciando.

—No, nunca necesité terapeutas ni confesores ni recurrí a manuales de autoayuda. Tenía a Javi, siempre dispuesto, un buenazo, al que ya le he contado que he visto hace solo unos días, al que siempre me ha sido fácil contarle pensamientos, sentimientos y buena parte de mis secretos. Recurría a él cada vez que necesitaba volver a repasar ese pasado que tenemos en común, pero al que he ocultado durante demasiado tiempo partes de una historia que merecía saber y que ahora por fin le he desvelado. Y está Marta, claro, que a veces tomaba decisiones por mí, que me señalaba el camino cuando me perdía, mi puente sobre aguas turbulentas. Después de lo de Nacho, la busqué una vez más, le conté y le pregunté. Ella no estaba entonces para atender a mis pequeños dramas de burguesita insatisfecha. Por aquella época, se había enamorado tan mal como siempre. Esta vez, una mujer casada. Marta, la reputada pediatra, la mujer de sólida personalidad, había retrocedido a los años del colegio mayor. Volvía a vivir asustada, refugiada en sí misma, achicada por un amor servil, consumidos cuerpo y mente por las ganas y los golpes, enferma de unos celos que eran como clavos al rojo vivo atravesándole las tripas, ansiosa a todas horas por un desesperado deseo de más, desbaratada por una relación que era una constante ruptura y vuelta a empezar con una amante que reunía todo lo peor de sus mil amantes anteriores: avergonzada de amarla, dominante y mandona, esquiva y depresiva, ciclotímica y exigente, la colección completa de los horrores que Marta conocía tan bien y que confluían en aquella mujer a la que amaba con un amor tóxico, pero tan intenso que no estaba dispuesta a renunciar a él aun sabiendo que debía hacerlo. Los consejos de Marta fueron esta vez diferentes. Nada de vive, prueba, disfruta, experimenta, arriesga. Nada de sigue tus impulsos. Vuelve a casa, me dijo. Tal vez, Marta me animaba a regresar a un hogar porque ella misma, en aquel momento de su vida, habría deseado poder tener también la alternativa de un hogar. Vuelve a Arturo. Así

me lo dijo. No se trataba de volver «con», sino de volver «a». A todo lo que Arturo significaba. A nuestros hijos, que se empeñaban en no necesitarnos. A los fines de semana con abuelos. A los planes de teatro y cena. Al sexo sin aullidos. A dejarte de fantasías en la ducha. Pero si ni siquiera sabes quiénes son The Stone Roses, pobre idiota... Y eso hice. Volví a Arturo, regresé a casa. Y, llegados a este punto, me siento obligada a dejarle algo bien claro, doctor. No me gustaría que se crease una imagen equivocada. De todos los hombres de los que le he hablado, Arturo es con mucho el mejor y, no lo dude, al que más he amado. Porque Arturo no es imaginario, no es ni héroe ni mito, no es ni promesa ni aventura. Arturo es real. Un hombre bueno. Complaciente, atento, abnegado. Sí, ya sé: suena a adjetivos aburridos, ¿verdad? Previsible. Arturo es un hombre previsible y eso es lo que le convierte en el mejor de todos. Tenía allí mismo, en mi casa, a aquel hombre afable que solo perdía la templanza cuando, sentado delante de la tele con el mando a distancia en la mano, acababa peleando con nuestros hijos para que le dejaran poner una peli en blanco y negro del canal de cine clásico y no una serie sobre niños pijos con obsesión sexual. El mejor hombre del mundo. Ya iba siendo hora de que me diese cuenta. Volví a Arturo una vez más. Volví a la vida previsible, negándome a aceptar que eso fuese una derrota. Elogiar lo previsible no es el consuelo del perdedor. Para mí, fue una forma de victoria. No, no estaba dispuesta a admitir la mentira establecida: elegir lo previsible no es renunciar, rendirse, dejar de pelear. No es tan simple señalar dónde está la valentía y dónde la cobardía. Ya estaba bien de dejarme engañar por ideales empalagosos, metas edulcoradas y fantasías que tienen más de alucinación que de sueño. Nos cuentan la milonga de que la vida solo se vive si te zambulles en el centro del ciclón, si remas contra la corriente, pero no si prefieres flotar en el centro de un lago. Y entonces cometes el error, abandonas la senda que habías elegido, tomas caminos secundarios, exploras desvíos y atajos y, cuando quieres darte cuenta, te has perdido y no te gusta donde estás y solo ansías volver al camino previsible. Acabas condenada a vivir en la contradicción permanente de estar siempre huyendo de lo mismo que estás siempre persiguiendo. Regresé a lo previsible, sí. Y acerté. Porque a partir de ese momento logré algo que hasta entonces nunca había tenido. Logré sentirme conforme, que tal vez sea la forma madura de ser feliz. Días parecidos unos a otros. Un

viaje sin sobresaltos. Sin carencias ni derroches emocionales. Etapas que llegan y pasan tal y como esperabas que fueran. Años previsibles. Deseo y tentación, culpa y arrepentimiento, todos mis compañeros de viaje se fueron haciendo mayores a la vez que yo y tuvieron que ir decidiendo su propio destino. La tentación me dio por caso perdido, se largó en busca de nuevos retos, cuando comprendió que conmigo ya no tenía nada que hacer. El arrepentimiento pidió la jubilación, derrotado tras toda una vida sin que llegara a darle nunca la oportunidad que creía merecer. El deseo se quedó ahí, más leal de lo que cabía esperar, sin marcharse, pero también sin molestar, sin buscar protagonismo, pero avisándome que nunca se iría del todo, por si acaso, que ya nos conocemos y conmigo nunca se sabe. Y la culpa, la más tozuda del grupo, la cabezota insistente, acabó siendo la compañera más cercana, discreta pero siempre presente, molesta pero dominable, consciente de que tampoco se lo iba a poner fácil si se ponía demasiado cargante. Y es curioso. Visto ahora en perspectiva, aquella breve historia a medias con Nacho me afectó más que la vivida con Oscar unos años antes. Nacho no fue ni lejanamente tan importante como Oscar para mí, pero, en cambio, la decisión de dejar aquella historia que no pasó del prólogo, un cabo suelto en mi pasado, la renuncia a algo en apariencia tan insignificante como echar un polvo en una desordenada habitación de colegial, marcó tanto o más mi vida que aquella semana en el hotel Suecia. Siempre vi lo ocurrido entre Oscar y yo como algo inevitable, como si, a pesar de lo que me sorprendió a mí misma, a la vez siempre hubiese sabido que acabaría ocurriendo tarde o temprano, un último acto pendiente, un epílogo de nuestra historia necesario para redondear la trama. Aquella semana que pasamos juntos no fue el principio de nada, solo fue el final. Rechacé su propuesta de irme con él y con ello ya pudo caer el telón e historia terminada. Hay demasiadas historias de amor que terminan sin final. Quedan cosas por decir o ganas por saciar o pactos por cerrar. Una historia sin final se convierte en una herida siempre abierta. Yo pude poner final a mi historia con Oscar. Por supuesto, me llevé conmigo sus secuelas, pero al menos no quedaron entre nosotros asuntos pendientes. Lo de Nacho fue diferente. Nacho fue una historia inconclusa, una historia sin historia. Y no me refiero solo al sexo, sino a todo lo que habría sido conocer aquel amor joven cuando yo ya no lo era. Volver a estar con Oscar durante siete días me dejó un

agradable sabor a revancha con el pasado, a liquidación de flecos, a triunfo y a saldo positivo. Nacho, en cambio, me llevó a elegir un futuro. Y es también extraño pensar que desear ese polvo con Nacho me hizo sentir más infiel, más adúltera, más traidora ante Arturo que toda una semana bajo las sábanas con Oscar en aquel hotel, porque siempre sentí que eso solo era asunto mío, solo mío, algo personal que nada tenía que ver con la fidelidad ni con mi matrimonio. No sé, a veces mente y corazón juegan con nosotros a su capricho, ¿no cree, doctor? En cualquier caso, todo iba a dejar de importar. Ahora, todo ha perdido su sentido y trascendencia. Porque, cuando las piezas parecían encajadas, llegó este bofetón inesperado, el mazazo imprevisible. Carretera cortada. Un tumor de mierda. El cambio repentino. La realidad alterada. Esto no era lo pactado, esto no formaba parte de lo previsible. El enfado echó a un lado cualquier otro sentimiento. Yo cumplía mi parte y tú —salud, destino, azar, ese Dios al que le he retirado la palabra, quien coño seas tú que decides a tu antojo— no me hacías semejante putada. No, no me lamento, no me quejo, no me compadezco. Pero tampoco te perdono. Porque yo he cumplido, pero tú no has cumplido conmigo. Jugué respetando las reglas y, al final, vencí y, a cambio, ¿este es el trofeo que me entregas? Pero mi ira, como le dije, se dirigía sobre todo contra mí misma, también contra mi cuerpo defectuoso, tan torpe que era capaz de ponerse a fabricar tumores. Cinco centímetros de mierda comiéndome por dentro. Y, de pronto, todo es diferente. Los grandes problemas se convierten en dramitas de opereta. Los sufrimientos más profundos son solo berrinches de damisela mimada. Las pasiones insatisfechas se transforman en calentones mal gestionados, los sueños imposibles en antojos de niña rica, las ansias de rebelión en pataletas de cría malcriada y la soledad pasa a ser poco más que una tarde aburrida. Todo pierde valor, se empequeñece, se devalúa cuando llega el inexorable tumor, cuando esos cinco centímetros pasan por encima de tu vida, reduciéndolo todo a su paso a polvo en el camino, aplastando tu existencia. De pronto, toda la guerra depende de una única batalla. Vivir o morir. Y el resto solo son matices intrascendentes. Para esto no hay canciones que te den respuestas. Y luchas aun sabiendo que en realidad ya has perdido y, al saberlo, todo se oscurece, se difumina, dejándote a solas con la última pregunta. ¿He vivido? Porque la incógnita ya no es tu futuro, que no existe, sino solo tu pasado. Y tú,

que te reías de terapeutas, confesores y hechiceros, buscas a quienes siempre buscaste, a Javi, que escucha, a Marta, que te guía, y acabas sentada en este sillón, hablándole a usted, que solo es un desconocido. Y odias esa maldita pregunta y lo peor es que odias aún más cualquiera de sus posibles respuestas porque, en realidad, por mucho que busques, por mucho que encuentres, sabes también que ya da igual, que ninguna de las respuestas va a cambiar nada de lo que queda por venir. Y, por ello, doctor, solo por ello, después de haber recorrido el largo camino, lo único que sientes ya es ese miedo atroz.

Estaba solo en medio del salón. Aún no me había decidido ni a sentarme. Todavía no había ni televisión ni radiocasete, ni tampoco las sillas y las estanterías que compraríamos unos meses después por dos duros en una tienda de segunda mano cercana al Rastro. Tan solo el sofá con los lamparones dejados de recuerdo por los anteriores inquilinos, que pronto quedarían cubiertos por los nuestros, y un desvencijado mueble de función indefinida que era algo más que una cajonera y mucho menos que un aparador y encima del cual acabaría luego la tele. Ningún cuadro en las paredes, ninguna lámpara en los techos, algún cerco de humedad aquí y allá y un parqué de tablillas despegadas bajo los pies. Para un chico que dejaba por vez primera el protector domicilio familiar, aquel era un escenario descorazonador, inhóspito, que encajaba mal con la emoción y los nervios de llegar por fin a la gran ciudad a comerse el mundo.

Di un brinco cuando, en pleno desánimo, me pilló por sorpresa el crujido de una cañería, largo como el bostezo de un paquidermo desperezándose, la primera vez que escuchaba la banda sonora de nuestro piso, aquel sonido de ultratumba al que acabaríamos acostumbrándonos hasta dejar de oírlo. El timbre sonó después como un eco del crujido y hasta eso me asustó.

Acababa de bajarme de un autobús en la estación de Conde de Casal tras diez horas de soporífero viaje desde La Coruña, con una sola parada rápida para pis y bocata al pasar Astorga. Acababa de entrar por primera vez en lo que iba a ser mi hogar, como mínimo, durante los próximos cinco años, aquel piso costroso que parecía intacto desde los cincuenta en un edificio aún más costroso que parecía intacto desde antes de la guerra. No conocía a nadie en Madrid, no sabía ni dónde estaba mi facultad, no tenía comida y no había visto aún dónde dormiría. Plantado en medio del salón, a mi lado la maleta con mi ropa, resacoso aún por la noche de despedida con mis amigos de la infancia en mi ciudad, en mis bares, en mi confortable mundo

coruñés, de pronto lo que me había parecido una idea maravillosa, ir a estudiar a Madrid en vez de a Santiago, vivir en un piso en vez de en un colegio mayor, compartirlo con desconocidos, dejar mi casa en busca de independencia y aventura, me parecía un completo despropósito, una gigantesca equivocación. Tenía dieciocho años y tenía miedo.

Y entonces sonó el timbre y fui a abrir y en la puerta apareció un chico alto, con una mochila colgada de un hombro, una maleta en la mano contraria, un flequillo un poco infantil para su edad y su corpulencia que pronto eliminaría y una sonrisa despreocupada y segura.

—Soy Oscar —dijo, como quien hace un anuncio con el que considera que ya no hace falta añadir nada más.

Entró y no se paró en el salón como yo. Se asomó a los dormitorios y a la cocina y al baño, regresó después asintiendo satisfecho y convencido, y dijo:

—Las dos mejores habitaciones son la primera de la izquierda, que tiene ventana a la calle y no al patio interior, y la del fondo a la derecha, que es un poco más grande que el resto. Te propongo que, ya que hemos llegado los primeros, nos instalemos en ellas antes de que vengan los otros dos. ¿Qué prefieres? ¿Tamaño o vistas?

Le dije que mejor eligiera él. Eligió vistas sin titubear.

—Venga —añadió después—, dejemos las cosas y en marcha.

Creo que yo aún no le había dicho ni mi nombre. Obedecí. Llevé mi maleta a la habitación del fondo a la derecha, un cuchitril como las demás, tal vez medio metro mayor, la dejé sobre la cama sin abrirla, respiré hondo y me esforcé en controlar mis ganas de salir corriendo de allí e ir a la estación a ver si encontraba un autobús nocturno de vuelta a casa.

Aquella noche, Oscar y yo nos lanzamos como dos imprudentes exploradores a investigar una ciudad que aún nos era hostil. Él tomaba las decisiones de adónde ir y yo le seguía sin rechistar (así fue aquella primera noche y creo que, en cierto modo, así sería siempre después). Preguntando a la gente, llegamos a bares que luego no sabríamos situar. Lo pasamos mejor de lo que cabría esperar de dos provincianos desorientados. Bebimos, nos reímos, hablamos poco de nuestros cortos pasados y mucho de lo que esperaba ante nosotros en los años venideros: muchas chicas, muchas noches, los mejores años

de nuestra vida, todo perfecto. Atrás quedó la música blanda que llevaba escuchando todo aquel verano, Christopher Cross y el *Moonlight Shadow* de Mike Oldfield, y esa misma noche empecé a disfrutar con *Embrujada,* Azul y Negro y el *rock* de Miguel Ríos. Mi espesa resaca fue reemplazada por una borrachera aún más espesa que, al menos, me ayudó a dejar a un lado temores e incertidumbres. Escuchar a Oscar era tranquilizador. Todo irá bien, te decía y, no sabías por qué, solo porque lo decía él, decidías que era verdad. Acabamos comiendo un bocata con una loncha transparente de jamón comprado a un chino en la puerta del Honky Tonk y tardamos todo lo que quedaba hasta el amanecer en regresar al piso, porque no teníamos ni idea de por dónde había que ir y no nos quedaba dinero para un taxi y no te encontrabas con mucha gente a esas horas por la calle para preguntar. Cuando por fin entramos, nos saludó el paquidermo emparedado en algún lugar del edificio con uno de sus bramidos, abrimos el grifo de la cocina para beber un poco de agua y desistimos tras pasarnos dos minutos viendo brotar a espasmos un líquido terroso que tanto podía ser agua sucia como cualquier otra cosa, nos abrazamos y nos juramos amistad eterna.

—Aquí me tienes, tío —me dijo aquel chico de dieciocho años con flequillo de niño y aplomo de adulto—. Para lo que necesites, ¿vale?, desde ahora y para siempre.

A Oscar siempre le gustaron los pactos, las alianzas y las promesas. Le gustaba crear lazos y cerrar compromisos. Aquella primera noche en Madrid, nuestra amistad quedó inaugurada, formalizada, oficialmente constituida. Cuando me fui a dormir, ya no sentía miedo. Ahora tenía un amigo.

Aquel día descubrí que nunca hasta entonces había sabido lo que era el auténtico calor. Nunca había visto un sol que refulgiese como aquel ni había sentido bajo mis pies una tierra tan recalentada que su ardor pudiese atravesar la gruesa suela de unas botas. Nunca había sentido que la ropa se transformase en garras aferrándose a la piel ni me había costado tanto dar un paso o hacer cualquier otro movimiento como si la ley de la gravedad se hubiese descontrolado por los efectos del calor. Nunca había contemplado un paisaje sin contornos, en el que todo titilase ante mis ojos al capricho de una luz blanca que nublaba la visión y el raciocinio.

Bajo aquel cielo desnudo, la realidad se distorsionaba, los tamaños, los colores y las formas se disolvían con libertad frente a una visión achicharrada e incapaz de acotar límites. Así, la suave ladera que se levantaba a nuestros pies parecía la más abrupta y empinada de las montañas ante el mero pensamiento de que había que subirla para continuar el camino.

David y yo, que encabezábamos la marcha, nos detuvimos para aspirar un poco de aquel aire recalentado antes de iniciar el ascenso. David se descolgó del cinto la cantimplora y dio un trago más largo de lo recomendado y luego me la pasó.

—Vale —me dijo mientras yo bebía—, imagínate por un momento que te dan a elegir, que se te aparece Dios y te dice: «Oye, macho, hoy te he elegido a ti para jugar un poco. Tienes que elegir, dime qué prefieres y yo te lo concederé: ¿volver a tener veinte años y empezar de nuevo tu vida, quedarte como estás ahora y no morirte nunca o seguir envejeciendo pero convirtiéndote en un tipo inmensamente rico y exitoso y que les gusta a todas las mujeres?». ¿Tú qué elegirías?

Llevaba todo el camino intentando iniciar conversaciones de aquel tipo. Era su forma de combatir el calor o, tal vez, el calor le había reblandecido por completo su indescifrable cerebro. Como

siempre, era inútil tratar de hacerle callar una vez que comenzaba.

—¿Me estás diciendo que Dios se me aparece y, al final, después de tantos siglos de teología y de miles de millones de personas adorándole, el tío resulta ser como una especie de presentador de un concurso de la tele?

—Algo así. Piensa en algo parecido a *El precio justo,* pero lo que te ofrecen es o bien cambiarlo todo o no cambiar nada...

—Querría tener veinte años, no morirme nunca y, aunque no sea demasiado rico y exitoso, gustarles a todas las mujeres.

—Joder, Javi, esa posibilidad no te la he dado.

—Pero estoy hablando con Dios. Él puede hacer lo que quiera, así que solo se trata de negociar un poco.

—No se negocia con Dios. Vamos a ver: él es Dios, es la leche, y tú solo eres lo que eres, un mortal de mierda. No se te puede aparecer Dios con unas ofertas cojonudas y tú ponerte chulito e intentar sacarle algo más. Con Dios no se regatea.

—Bueno, pues en ese caso, ¿sabes lo que de verdad pensaría? Pensaría que el tipo que tenía delante, a pesar de su túnica y su larga barba blanca, no era Dios, sino un puto presentador de un concurso de la tele con una cámara oculta.

—Está bien. Lo que tú digas.

Ojalá una de aquellas estúpidas conversaciones de David nos hubiese permitido al menos no pensar en el calor y en las ganas de rendirnos y de dar marcha atrás, pero no servían ni para eso.

Jorge y Claudia nos alcanzaron. Jorge llegó jadeando, chorreando sudor, con la cara tan enrojecida por el acaloramiento que hacía temer una apoplejía. Se había quitado la gorra que llevaba y se pasaba por la calva un pañuelo que ya no secaba nada porque estaba tan mojado como su piel. Refunfuñó, aunque sin fuerzas para dar sus saltitos. Antes de salir, habíamos mantenido un tenso debate con él sobre cómo debíamos ir vestidos. Ni siquiera escuchó a Claudia, que era la única que conocía aquello a lo que íbamos a enfrentarnos. Se empeñó en llevar pantalones cortos y, ahora, gruesos ronchones empezaban a aparecer por sus pantorrillas desnudas. Cuando llegaron a nuestro lado, Claudia intentaba convencerle de que la temperatura corporal es controlable por la mente y que, con el adecuado dominio de unas sencillas técnicas zen, una persona podía llegar a sentir frío y hasta acabar tiritando aunque estuviese en pleno desierto del Gobi.

Nos tomamos unos instantes para recobrar fuerzas a los pies de la ladera. En realidad, desde la carretera en la que habíamos dejado el *jeep* el trecho hasta allí no era tan largo, pero aquel sol castigador lo convertía en un viaje interminable. No había ninguna sombra bajo la que cobijarse, así que pronto comprendimos que iba a ser más agotador permanecer quietos bajo el sol que seguir adelante, y decidimos continuar la marcha.

Y llegamos a lo más alto y vimos por fin lo que había al otro lado de la ladera. Y nos detuvimos con un silencio sobrecogido.

La vida apareció, repentina y pletórica de energía, ante nuestros ojos. Después de recorrer a pie un tramo desértico, la única forma de ahorrarte un par de horas de enrevesado trayecto en el *jeep,* aquel escenario impresionaba aún más. Parecía una representación montada en nuestro honor. Las chozas de adobe y caña, los almacenes y los demás edificios comunitarios, los hombres y mujeres que iban de un lado para otro, muchos portando cestos y tinajas, otros tirando de carros o empujando carretillas, los niños que correteaban jugando y riendo, las vacas y bueyes que dormitaban entre nubes de moscas tras un cercado y los grupitos de gallinas que paseaban por entre las personas esquivando con habilidad posibles pisotones. Había algo de irrealidad, de escena diseñada, en toda aquella bulliciosa actividad que se desarrollaba ajena al sol agotador.

No dijimos nada. Durante unos minutos contemplamos en silencio aquel Poblado de la Esperanza. De una de las edificaciones de mayor tamaño salieron dos chicos y una chica blancos que se dirigieron hacia otra de las chozas enfrascados en una conversación. Eran cooperantes. Parte del grupo de médicos e ingenieros que formaban el amplio cuerpo de voluntarios que colaboraba con la recién creada Fundación Oscar Saavedra, la institución que a partir de ahora se encargaría de gestionar el futuro de aquellos Poblados y de seguir creando otros nuevos. Aquella era la fundación que Jorge había diseñado y que los tres herederos habíamos acordado crear para administrar en beneficio de los Poblados la fortuna dejada por Oscar. Jorge la dirigiría y entre todos intentaríamos «mantener el ejemplo, el espíritu y el legado humanitario de alguien único como Oscar Saavedra, tal y como a él le habría gustado que hiciésemos», según declaró a la prensa el propio Jorge en su presentación.

Y ahora estábamos los tres allí, porque habíamos creído oportuno

ir a conocer uno de aquellos Poblados, acompañados de Claudia, que había colaborado con Jorge en todo el diseño de la fundación y que iba a ser su asistente en ella. Reconfortados por la acogedora visión de aquella pequeña comunidad llena de vida.

—Ahí lo tenéis...

Jorge se volvió a pasar el pañuelo por la frente y se caló después la gorra.

—La posteridad que Oscar siempre deseó...

Fue el primero en iniciar el descenso de la ladera hacia el Poblado. Al advertir que no le seguíamos, se volvió hacia nosotros.

—¿Adelante?

Los tres le contestamos a la vez:

—Adelante.

TERCERA PARTE

Los dos pensamos lo mismo.

Sonó el timbre y le abrí la puerta de mi apartamento y nos miramos, nos calibramos el uno al otro con un rápido vistazo, y antes siquiera de saludarnos con un formal apretón de manos (él pareció ser tan torpe para el contacto físico como yo), estuve seguro de que nos había asaltado la misma idea: quizá no nos conocemos lo suficiente y todo esto sea un error.

Hugo acababa de cumplir veintiún años, acababa de decidir que se tomaría una pausa en sus estudios de Historia del Arte para tratar de averiguar si era ese el camino que quería seguir, acababa de romper con su novia y acababa de aterrizar en Madrid, primera parada de aquel año sabático en el que aún no había decidido si continuaría su peregrinación de mochilero solitario hacia otros destinos europeos o hacia el norte de Marruecos.

Íbamos a pasar juntos el mes de junio. Parecía ilusionado por venir. Quería conocer a fondo el Prado, el Thyssen y el Reina Sofía. Los bares y los parques. El Rastro y la plaza Mayor. Objetivos de turista. Era extraño, como todo entre Hugo y yo, que mi hijo llegase a la ciudad que era mi hogar para observarla con mirada de extranjero. Una prueba más de la enorme distancia que había entre nosotros.

Había visto crecer a Hugo a saltos, sin enterarme y equivocándome a menudo. Durante años, seguí creyendo que podía ser un padre suficiente a golpe de fines de semana en Londres. Y, cada vez que iba, me encontraba con alguien diferente a quien tenía que volver a conocer. Empecé a darme cuenta de que no iba a ser sencillo cuando, teniendo él poco más de nueve años, fui a verle con una camiseta del Madrid con el nombre de David Beckham a la espalda y me encontré con un chaval que había perdido los mofletes, los labios carnosos y el interés por el fútbol. «Papá, ahora me interesan más las consolas». Traté de adaptarme. Indagué sobre si era mejor la PlayStation o la Xbox, aunque no tenía ni idea de qué era ni lo uno ni

lo otro, tan solo para poder hablar de algo con él. Elegí la PlayStation, a él le gustaba la Xbox. A partir de entonces, lo de equivocarme se convirtió en costumbre. Empezó a pasarlo mal. Jackie me iba informando por teléfono. Era superdotado. Había que decidir: ¿colegio normal o educación especial? Tenía dificultad para hacer amigos, para concentrarse en el estudio, para ser feliz. «Klaus opina que...», me decía Jackie. Y yo leía manuales y le daba criterio desde la distancia, sin saber, a ciegas, queriendo formar parte de algo en lo que me sabía al margen. Volvía a verle. Me encontraba a un niño serio, cauteloso, que ya no opinaba de todo como antes, que ya tenía trece años y asistía a un colegio donde trataban de embridar su desbocada inteligencia. Le propuse regalarle el último modelo de la Play. «Papá, ya no me interesan las consolas». Nunca se enfadaba conmigo, nunca hubo en su voz ningún atisbo de reproche, enfado o decepción, tan solo una contenida desesperación ante mis constantes errores, como si él fuese el padre paciente y yo el hijo torpón. Yo siempre iba con retraso. Se pasa las horas en su habitación, pero no hace nada en concreto, quizá le venga bien un cambio, me decía su madre. «Klaus opina que...». Me lo traje dos veranos de vacaciones a Galicia. Fomenté que se relacionara con los hijos de mis hermanos, una tropa de primos de todas las edades y personalidades. Mejoró su español, pero empeoró su timidez. No encajaba. Al acercarse el siguiente verano, Jackie me dijo que el niño le había pedido no venir conmigo en vacaciones, que no era culpa mía, que no se sentía cómodo, que ese año Klaus estaba pensando en llevarle a recorrer la Selva Negra, por variar, porque le vendría bien romper rutinas, que por favor no me enfadase por ello con él, ya sabes cómo son los chicos. No volvió a venir ningún otro verano conmigo. Seguí yendo a compartir con él fines de semana, aunque con menos regularidad, espaciándolos cada vez un poco más, no por despecho o desafecto, tan solo porque cada vez me manejaba peor con él. En cada visita me encontraba con un chico diferente. Crecía a toda velocidad y yo solo veía y compartía aquel progreso a trompicones. Llegaba a Londres esperando ver a un niño y, de una vez para otra, me encontraba con un chico larguirucho, desgarbado, de nariz demasiado grande para su cara, de brazos demasiado largos para su cuerpo, de pelusa rubia en el mentón. Cada vez hablábamos menos, en parte porque él se iba haciendo más retraído, en parte porque me costaba más encontrar algo de qué

hablar. Ambos nos mantuvimos leales al tácito acuerdo de fingir que estábamos a gusto el uno con el otro. Yo le obligaba a que charlásemos en español, para que mis visitas le sirviesen al menos para refrescar el idioma. Él estaba ahora interesado en los museos, lo cual era un alivio porque eso exigía menos conversación. El British, la National, la Tate Modern y la Britain, nos recorrimos todos varias veces. La disciplina preferida de aquel adolescente de rostro y cuerpo desajustados era la pintura. Te daba una lección ante sus obras favoritas sin la menor petulancia. Le gustaba todo, daba igual época o estilo. Turner y Rothko y Durero y Degas. Mi hijo se había convertido en un erudito y yo ni me había enterado. Cumplió los dieciocho y me encontré de pronto con un joven cuyos rasgos y miembros habían recuperado una proporción lógica. La débil barba rubia se había oscurecido y crecía en libertad, como su pelo, siempre recogido en una corta coleta. Vestía con ropa que parecía robada del contenedor de basuras de algún cuartel y calzaba siempre toscas botas militares. Parecía un precoz veterano de Vietnam. Le llevé libros de historia del arte español en las siguientes visitas. Le hacía repaso de exposiciones temporales que podíamos visitar. «Ya no me interesan los museos». De nuevo, yo iba con retraso. Le dio por la política un tiempo. Durante aquella época, se pasaba el día en manifestaciones. Condenando atentados, criticando al Gobierno, defendiendo derechos de pueblos oprimidos y minorías étnicas, sexuales o religiosas, el catálogo completo de los rebeldes con causa. Jackie me informaba por teléfono. Tenía pocos amigos, salía con una chica que trabajaba de vendedora en Selfridges, quería estudiar Arte, ha estado yendo a un psicólogo, seguía siendo demasiado introvertido. ¿Puedo hacer algo?, le preguntaba yo. «Klaus opina que...».

Hugo y yo nunca rompimos el pacto. Yo aparecía por Londres, pasábamos cuarenta y ocho horas con una cordialidad sin efusiones ni confidencias, él me ponía al día de sus intereses del momento —ya fuese fútbol, consolas, museos o revoluciones— y yo me sentía un innecesario pegote en su vida, inútil como un lunar en la espalda, irrelevante como un viaje en ascensor, y él iba creciendo con un padre que no estorbaba, un alemán que siempre opinaba y una madre que había acertado asumiendo el riesgo de dejarle ser él mismo sin interferir en su camino. Me propuse mil veces romper aquella rutina. Viajar juntos, alargar mis estancias en Londres, lo que fuese. Pero el

tiempo había volado y nada había cambiado y, tras años sin novedad entre nosotros, yo abría la puerta de mi piso y me encontraba cara a cara con aquel joven al que apenas conocía y que era mi hijo, dispuestos a compartir techo por vez primera desde su infancia. Los dos nos medimos por igual con la mirada en aquel primer instante porque éramos conscientes de que aquellas docenas de fines de semana vagando por Londres, llenando tiempo, fingiendo que era una auténtica relación aquello de estar atados durante dos días por algo tan sólido y a la vez tan escaso como un lazo de sangre no significaba que nos conociésemos, que de verdad supiésemos algo el uno del otro, que tuviésemos claro siquiera si nos gustábamos o no.

Me había pedido que no fuese a buscarle al aeropuerto. Vendría a mi piso en transporte público. Sería su primer contacto con la ciudad que venía a descubrir, me explicó. Ya no vestía ropas de color verde militar. Camisa y vaqueros, arrugados pero por moda y no por dejadez. Mantenía la barba descuidada y la coleta había cambiado de estilo, ya no surgía de la nuca, sino que unía en esta los mechones de sus sienes. Había cierta coquetería en su buscado aire de viajero sin destino, una cierta bohemia de diseño. Yo había planeado ir con él al Rastro, donde encontraría puestos en los que comprar la ropa de soldado derrotado con que solía vestir, pero, al verle, comprendí que había vuelto a mutar y que yo volvía a llegar con retraso.

Le indiqué cuál sería su dormitorio. Le pregunté qué tal estaba su madre. Me dijo que bien. Le pregunté qué tal estaban Klaus y su hermana. Me repitió que bien. Me preguntó qué tal estaba yo. Le dije que bien. Y después nos miramos y los dos nos echamos a reír, conscientes de lo tonto de la charla, de lo incómodo del momento, de que los dos deseábamos que aquello fuese bien, pero no sabíamos por dónde empezar, y eso nos ayudó.

Yo llevaba décadas sin convivir con nadie. Cada vez vivía más aislado en aquel apartamento, dedicado a escribir para Pato, con esa tendencia a la soledad acrecentada por los años y el desinterés por socializar. Estaba Dafne en el piso de abajo y mi paseo matinal por el Retiro, siempre el mismo recorrido, y el posterior café con un par de churros en un bar cercano a mi casa y las llamadas constantes de Pato pidiéndome socorro con su alarmismo habitual y pocas excepciones, casi siempre más por compromiso que deseadas, a una confortable rutina a solas que cubrían lo suficiente mi escaso interés en

interactuar con otros seres humanos. Mi único objetivo en la vida era no irme convirtiendo poco a poco en un viejo huraño o melancólico o cínico, ese tipo de viejos cansinos, poco apetecibles, que no inspiran ternura y acaban siendo un estorbo para el mundo. Yo solo quería ser un hombre maduro, tranquilo, afable y capaz aún de disfrutar y hacer disfrutar a Dafne en nuestros encuentros sexuales. Creía que lo estaba consiguiendo, pero a veces, solo a veces, cuando mandaba a Pato a la mierda por ser tan pelmazo con sus llamadas a horas intempestivas o cuando me obligaba a leer la prensa, escuchar la radio y ver la televisión porque mi trabajo me exigía seguir la actualidad y me descubría despotricando y maldiciendo en voz alta al papel, a la radio o a la tele como si fuesen personas o me dejaba llevar y acababa chapoteando para no ahogarme en un traicionero mar de recuerdos y nostalgias, me daba cuenta de que no lo estaba logrando del todo. Huraño, melancólico y cínico. Ahí delante, en un horizonte aún lejano intuía una vejez de viejo insufrible. Al menos, intentaba consolarme, por ahora lo de las sesiones sexuales seguía funcionando, desde luego para mí y quería pensar que para Dafne también.

En aquella vida bajo control, aparecía Hugo y, como siempre, con retraso, llegando tarde y mal, se me metía en casa mi mayor deuda con la vida. Ser padre. Ser el padre que recoge al niño del cole y le pregunta qué deberes tiene esa tarde y que le lleva todos los fines de semana al parque y acaba con las muñecas doloridas de tantas horas empujando el columpio y que le acompaña al partido de fútbol del equipo del colegio y que va a hablar con el director para saber por qué un hijo con un coeficiente intelectual desmadrado suspende Mates o por qué hay chicos en su clase que se empeñan en robarle el bocadillo y que le pilla besándose con una chica en las sombras de enfrente de su casa y que hace como que no se da cuenta y que se deja engañar cuando llega por vez primera algo bebido y dice buenas noches a toda prisa y corre a su cuarto a dormirla y que le enseña a afeitarse con cuchilla y a hacerse un nudo de corbata y hasta puede que le hable de condones y de erróneas leyendas sobre el *coitus interruptus* y que le aplaude en graduaciones y que saluda, procurando no incomodarla, a la primera novia que le presenta y que acude a comisaría a recogerle después de que le hayan detenido en una manifestación ante el Parlamento pidiendo la dimisión del primer ministro. Demasiado tarde. Klaus ya se había ocupado de todo eso a lo largo de los años,

interrumpido solo por dispersos fines de semana en que dejaba el sitio a este padre de repuesto, un ineficaz sustituto que llevaba demasiado tiempo intentando comprar su cariño con *nuggets* y cocacola.

Cuando Hugo apareció en mi apartamento, que ya no era el mismo en el que habíamos vivido juntos, aquel en que Jackie y yo nos peleamos hasta noquear nuestro matrimonio, pero que —por un absurdo homenaje al pasado por parte de un viejo huraño, cínico y demasiado melancólico— también tenía el póster de Klimt colgado en el salón, sentí una retardada ilusión, el ingenuo deseo de ser todo aquello que nunca había sido como padre, de ser para aquel joven que ya era un hombre, que ya no me necesitaba para recorrer mundo, el padre que no había sido para el niño incomprendido, el adolescente atormentado o el joven contestatario. Yo, que no había sabido ser novio, marido ni amante, que había sido un mal intérprete de todos los papeles que te ofrece la vida, quería ahora redimirme de la lista de fracasos aferrándome a aquella última oportunidad, sin darme cuenta de que seguía siendo poco más que lo de siempre, otro padre que trataba de saldar, con retraso, una de sus cuentas pendientes con la vida.

Cumplir años nunca me pareció algo tan terrible como uno puede pensar cuando es joven. Tan solo me sorprendía la velocidad. El tiempo no pasa. Te arrolla. Esa era mi sensación, casi diría que mi única queja, cuando me descubrí ya situado en esos apacibles cincuenta y cinco, un paso más allá de la madurez, un paso antes de la amenaza de senectud. Una edad extraña en la que uno se siente joven, los demás ya no te ven así, y en la que empieza a urgir que hagas algunos ajustes para no caer en una ridícula juventud estirada a la desesperada ni tampoco en una resignada y aburrida vejez anticipada. Yo no tenía ninguna prisa por ser ya ese viejo afable que aspiraba a llegar a ser y, desde luego, consideraba que mis comportamientos de aprendiz de viejo cínico, huraño y melancólico solo eran ramalazos y en absoluto un estado permanente. Cada vez que cumplía un año más, y en especial cuando atravesaba la frontera que marcaba un cambio o el ecuador de una década, hacía balance y tenía la sensación de que solo necesitaba llevar a cabo algunos retoques en mi cuenta de pérdidas y ganancias que me permitiesen mantener ese precario equilibrio emocional en el que uno acaba acostumbrándose a vivir.

El paso del tiempo consiste, en mi opinión, en atravesar sutiles procesos de transformación que te van convirtiendo sin darte cuenta en otra persona que solo vagamente recordará a ti. Como mucho, tienes un margen escaso para hacer elecciones. En mi caso, tenía claro que en los últimos años había optado deliberadamente por hacer mi mundo cada vez más pequeño. Me sentía a gusto en ese espacio reducido, manejable, donde mis necesidades también se tornaban menores. Según iba haciéndome mayor, cada vez dedicaba menos tiempo a las inútiles cuestiones trascendentales: nada de perder ni un segundo tratando de encontrar el sentido de la vida, ni hablar de hacer algo tan estéril como darles vueltas al adónde vamos y al de dónde venimos. Los libros entretenidos, las canciones ligeras, las conversaciones frívolas, las películas con muchos efectos especiales y

las amistades sin contar penas. La simplificación no era un método, sino un objetivo. De pronto, en mi propia vida o en las de quienes tenía más cerca aparecían cuestiones menores que requerían toda nuestra atención y que nos importaban mucho más que las grandes preguntas de la existencia humana. Nuestros cuerpos empezaban a dar más guerra que nuestras mentes. Ahora, lo importante era debatir sobre la capacidad de resistencia del tendón de Aquiles, que tenía la mala costumbre de romperse si decidías cumplir con el siempre pospuesto propósito de hacer algo de deporte, o comparar los índices de la glucosa glicada, que se empecinaba en dispararse en cuanto comías un poco de más, o presumir de un arco aórtico poco calcificado, señal indudable de juventud interior. Además, percibía en mí y en los demás cómo nos ocupaban también más tiempo del que sería deseable nuevas obsesiones e inquietudes que nunca imaginamos que tendríamos, como saber cada noche qué temperatura iba a hacer al día siguiente o discutir contigo mismo si te sería más útil instalar en la cocina un horno de calor o una vitro de inducción. Había vivido creyendo que yo nunca sería ese tipo que a partir de los cincuenta todo lo reprueba y desaprueba y ahora me daba cuenta de que cada vez más a menudo caía en todos los tópicos: estaba convencido de que la juventud se estaba echando a perder, de que ahora todo era más caro y de que la música actual solo era un ruido despreciable. Veía, impotente, como mi carácter iba mutando: un ácido sarcasmo sustituía al sentido del humor, la impaciencia a la tolerancia, la desconfianza a la ingenuidad y un descaro a menudo impertinente a la prudencia.

Ese mundo pequeño en el que vivía refugiado también tenía sus ventajas. En su interior, en contra de lo que cabría esperar, se respiraba un aire de inmensa libertad. En él, no había sitio para un exceso de dramatismo, para sufrimientos superfluos, para dudas que atormentasen, ni siquiera para prisas en llegar a parte alguna. Todo ello quedaba tamizado por un creciente egoísmo de solterón entrado en años armado hasta los dientes para defenderse de las amenazas externas. La edad es también aprendizaje. Yo ya había comprendido que el mundo nunca se acaba, que a un día malo siempre le sigue otro que puede ser mejor, que no hay guerra ni crisis ni Gobierno ni moda ni revolución ni luto ni tristeza que dure para siempre y que, a veces, lo único que hay que hacer para vencer es esperar. El paso del tiempo me había enseñado a establecer una protectora distancia entre la

realidad y yo. Mi mundo iba desapareciendo poco a poco. Con esa molesta velocidad que tan a menudo hacía que las cosas te pillaran por sorpresa. Todas mis referencias, mis personajes más admirados, mi menuda mitología estaba cada vez más lejos del presente y eso me alejaba a mí también. Las actrices que fueron mis fantasías eróticas eran ahora abuelas de piel apergaminada, mis referentes masculinos ya no se aguantaban las babas, los escritores que marcaron mi pasado habían desaparecido de los escaparates de las librerías y de todos aquellos grupos y cantantes que amé solo quedaban los Rolling anunciando una vez más que la próxima gira sería la última, aunque no lo sería. Y ya no tenía interés en sustituirlos por otros, con lo que mi pequeño mundo también iba quedándose cada vez más vacío. Había cosas que me sabía vedadas y otras a las que ya no estaba dispuesto a acceder. Nunca cogería uno de esos coches en que pagas por minutos de uso ni recorrería la ciudad en bicis o patinetes eléctricos igual que había locales en los que ya no entraría a tomar una copa porque sabía que su joven clientela me consideraría alguna especie de pervertido. Yo ya no me iba a sumar a corrientes ni tendencias. Ni las modas ni los movimientos sociales, ni la publicidad ni los amos de las redes sociales me tenían como objetivo a seducir. Fui consciente de todos esos cambios progresivos, pero nunca me deprimieron ni desanimaron. No sentía que me estuviese convirtiendo en un viejo. Tan solo, ya digo, hacía ajustes. Eso era para mí cumplir años. Aceptar, renunciar, redefinir, relativizar, poner cada cosa en su sitio —las personas, los recuerdos, los sentimientos—, ya fuese en un cajón bajo llave o en un altar. Lo único importante, más allá de los cambios, era seguir viviendo, seguir avanzando, aunque fuese más despacio, aunque fuese más solo, todo era mejor que quedarse estancado, un barco varado en el pasado, una imitación añosa de quien fuiste una vez, al final una parodia de un personaje que nunca quisiste ser. Ni hablar. Hacerse mayor era también una forma de conquistar libertad.

El tiempo había sido generoso conmigo y yo anteponía lo que había estado dispuesto a darme a lo que me había negado. Tenía a Dafne y me pagaban un sueldo suficiente para vivir en mi mundo pequeño y casi siempre ganaba los combates con las sombras del pasado cuando se presentaban de improviso buscando pelea.

Las noches eran mi lado oscuro. Mi cuerpo parecía necesitar cada

vez menos el sueño para recuperarse. La vida podía pasar deprisa, pero las noches pasaban despacio. Ahora, mis noches eran más largas que aquellas otras de la juventud que empezaban con una promesa y acababan con una resaca. Y lo peor era la compañía. Pensamientos insistentes, obsesiones recurrentes, problemas reales o imaginarios pero siempre asfixiantes. Las noches se habían convertido en bailes de máscaras detrás de las cuales nunca sabías si se escondería alguna ensoñación evocadora o algún monstruo con ganas de enredar. No hay nada más tramposo que el insomnio. Llegaba la mañana y lo que parecían fantasmas invencibles se desvanecían de un soplido, las preguntas sin respuesta se contestaban a sí mismas y los monstruos tenebrosos no eran mucho más que mascotas infantiles. Hasta la noche siguiente, en la que todo volvía a empezar.

Pero lo más difícil del paso del tiempo era acostumbrarse a decir adiós. Las despedidas empezaron a ser algo frecuente. Aquí y allá cayeron por enfermedad o accidente personas conocidas. La generación anterior había comenzado a partir. Perdí a mi padre al poco de llegar a los cincuenta, tras unos años en que ya no había sido él mismo por una inclemente enfermedad que se lo llevó con lentitud. A pesar de que hacía muchos años que él ya no era él y que yo no había necesitado pedirle auxilio de ningún tipo, su marcha me produjo una dolorosa e inesperada sensación de vértigo. Uno piensa que su padre siempre estará ahí, que es una red, un seguro, que por muy mal que lo hagas y por mucho que se te tuerzan las cosas o por muy anciano y senil que pueda estar, su mano va a permanecer siempre tendida, alerta, siempre capaz de agarrarte en la caída. Y cuando se va, da igual los años que hayas pasado creyendo que ya no le necesitabas, descubres lo mucho que le vas a echar de menos, te das cuenta demasiado tarde de que aún te hacía falta que estuviese ahí, ya no para alimentarte y vestirte y asegurarte un techo como en la niñez o en la juventud, sino para darte una protección más indefinida, ese consuelo que da saber que al menos hay una persona en el mundo, aunque solo sea una, a la que le importas sin pasarte por ello factura.

Poco después de morir mi padre, murió también el de Jorge. El eminente cardiólogo murió con un corazón de hierro, pero con un páncreas traidor que le fulminó en apenas unos días.

Fue una experiencia extraña. Jorge estaba fuera de España. Me llamó y me dijo que su padre acababa de morir y que llegaría en un

vuelo a Madrid a primera hora de la mañana siguiente y que intentaría estar en Santander a tiempo para el entierro. Me comunicó todo con la objetividad con que se enuncia un mero problema logístico. Aquella mañana recogí con mi coche a David en su casa y fuimos al aeropuerto y recibimos a Jorge y nos ofrecimos a acompañarle a enterrar a su padre.

El viaje de ida fue incluso agradable. No teníamos muchas ocasiones de estar los tres juntos sin nadie más. Hasta Jorge se animó. Como en los viejos tiempos. Coche, música y carretera. Pararíamos a comer morcilla y huevos fritos en Landa. Nos chincharíamos un poco los unos a los otros burlándonos de las evidencias físicas de nuestro envejecimiento —ya fuera tripa, calva o arrugas— y soltando gracietas sobre nuestra decreciente potencia sexual. Quizá hasta cantaríamos alguna canción todos a una. Así ocurrió. Pronto, aquel cortejo fúnebre se transformó en una animada excursión. Jorge no se mostraba afectado en especial por la muerte de aquel padre que nunca le había aprobado ni apoyado, que nunca había respaldado ni elogiado nada de lo que había hecho en la vida. David nos hizo reír hablándonos de sus padres. El padre de David, ya setentón, se había casado con una cubana guapetona cuarenta años menor que creyó que aquel marido aún tenía la influencia necesaria como para impulsarla en una meteórica carrera de actriz y modelo y que solo había tardado un año en darse cuenta de que poco iba a sacar de él y dejarle por un joven y musculoso futbolista. La madre también había encontrado nueva pareja, en este caso un danés de más de ochenta con posibles al que había conocido en una fiesta de viejas glorias de la moda en Ibiza y con el que vivía una feliz vejez ocupada en elegir el siguiente retoque estético, dar cariño en agonías sucesivas a ese danés casi inmortal al que aneurismas en cadena no acababan de liquidar y en atender constantes llamadas de su exmarido, el padre de David, en las que este le suplicaba sin esperanza que volviese a su lado tras toda una vida odiándose a distancia. También hablamos, aunque menos, de la fundación de los Poblados, de nuestras atípicas relaciones de pareja y, por supuesto, dedicamos un rato a comparar nuestros índices de glucosa y la resistencia de nuestros tendones. Antes de comer estábamos ya tan a gusto que pusimos como música una selección de placeres inconfesables y, efectivamente, nos acabamos arrancando a trío, haciéndole los coros a Nino Bravo, un beso y una flor, y a Camilo

Sesto, que aseguraba no poder ya más. Ya en la sobremesa, David propuso que hiciésemos una lista con las diez canciones españolas de los ochenta que mejor hubiesen envejecido y le mandamos a la mierda, los tres lamentamos que Spotify hubiese hecho innecesario grabar cintas y estuvimos de acuerdo en que una *playlist* nunca tendría el encanto de un casete.

Asistimos a un entierro multitudinario. Al fin y al cabo, el cardiólogo era una leyenda local. Nadie quiso faltar en su despedida. Jorge lo presidió junto a su madre. Mantuvo una seria compostura sin traslucir emoción alguna hasta que el féretro fue bajado al hoyo. Dejó a su madre en la casa familiar acompañada por dos hermanas y se disculpó diciendo que un asunto urgente le obligaba a regresar a Madrid esa misma tarde. En total, no pasamos más de tres horas en Santander. Era evidente que Jorge estaba incómodo allí y quería irse cuanto antes.

En el viaje de ida, no habíamos mencionado al difunto ni una sola vez ninguno de los tres. En el viaje de vuelta, tampoco. Pero ocurrió algo.

Yo conducía y Jorge iba sentado a mi lado y David estaba en el asiento de atrás. Había anochecido y llevábamos un rato en silencio. Yo había elegido a REM como acompañamiento musical. De los altavoces surgía la voz de Michael Stipe, que concluyó *Losing My Religion* y comenzó con el lamento de *Everybody Hurts*. Y fue entonces. Oí un solitario sollozo. Seco y ahogado. Aparté los ojos de la carretera un instante y miré a Jorge. Lloraba. Apretaba los labios, entornaba los ojos, deseaba controlarlo, pero no lo lograba. Lloraba y luchaba por no llorar. Y su cuerpo temblaba al ritmo de aquellos sollozos mal contenidos.

Durante varios kilómetros, en medio de la noche, en medio de ninguna parte, en un silencio que David y yo respetamos sin decir nada ni en ese momento ni después, Jorge lloró la muerte de su padre. Nunca le había soportado, jamás se entendieron y apenas le había visto en los últimos años. Pero aquella noche, durante el tiempo que duró aquella canción, durante unos minutos que eran a la vez resumen de todo un pasado de desencuentro y de todo un largo futuro echándole de menos, Jorge le lloró.

No soy capaz de explicar la relación exacta entre una cosa y otra, pero estoy seguro de que fue ese llanto callado, inesperado, breve y

desgarrado de Jorge lo que hizo que solo unos días después llamase a Hugo por teléfono y le dijese que, si le apetecía, podía iniciar su año de reflexión viniéndose a pasar un tiempo conmigo a Madrid. Mi mundo podía haberse hecho pequeño, mis necesidades menguantes, pero había algunas cosas de las que estaba seguro y a las que quería hacer sitio en mi vida, porque ya iba siendo hora de agarrar lo que a esas alturas aún me quedaba antes de perderlo para siempre.

Tras la muerte de Oscar, Jorge se ocupó de todo. Se marchó de su casa y de la consultora, se instaló en unos apartahoteles de las afueras, con comodidad pero sin lujos, pidió al abogado de Oscar que le hiciese entrega de todos los papeles que tuviesen que ver con la herencia y después le dijo que no quería volver a verle más, se encerró con las cajas de documentos y convirtió la habitación en que vivía en el centro de operaciones desde el que comenzó a organizar al mismo tiempo el legado de Oscar y su nueva vida.

David y yo pasábamos a visitarle con regularidad, entre otras cosas porque como coherederos teníamos que firmar numerosos documentos. Me resultaba fascinante verle. Estaba transformado. Jorge parecía uno de esos genios locos que acaban poseídos por una obsesión. Su habitación era un caos de carpetas, papeles, latas de refrescos, bandejas de comida pendientes de recoger, *post-it* pegados en cualquier sitio con nombres y números de abogados o de contables o de quien fuese que le estuviese resolviendo asuntos, ropa tirada en alguna esquina y sábanas deshechas. Te recibía en camisa y calzoncillos, despeinado y necesitado de un afeitado, poseído por una febril hiperactividad, incapaz de dedicar un segundo de su pensamiento a nada que no fuese la reorganización del tinglado económico y empresarial de Oscar y de su propia vida.

Don Miguel no quiso entrar en guerra con él. Según diría a todo el que quisiera oírle, no desataría una guerra familiar, no aplastaría a ese condenado mequetrefe, por el bien de sus nietos, ¿me entiendes? Probablemente, también porque el viejo dinosaurio no estaba del todo seguro de poder derrotar en un duelo a su yerno rebelde, pero eso jamás lo habría admitido. Lo despidió con una indemnización sin regateos el mismo día en que Jorge le comunicó a Raquel que pondría a su nombre los casoplones, los coches, las cuentas y todo lo que fuese necesario para que llegasen a un rápido y pacífico acuerdo de divorcio. Decisión. Jorge no quería esperar. Era un hombre con una

decisión y con un objetivo: finiquitar su vida anterior tan rápido como el entramado patrimonial de Oscar y reconducir ambas cosas.

Aquel proceso llegó a su fin una tarde en que nos citó en su apartamento de un solo dormitorio pasadas varias semanas desde que se había encerrado en él. David y yo acudimos, dispuestos una vez más a firmar lo que nos presentase. Pero ya no había nada más que firmar. Jorge nos recibió en una habitación en perfecto estado de revista. Orden impoluto. Y él mismo mostraba una pulcritud sin tacha. Vestido por completo, pantalón y chaqueta deportiva incluidos, peinado su escaso pelo y afeitado. Parecía un extraño niño bajito, calvito y gordito el día de su primera comunión.

Había cumplido su misión. Había reordenado, fusionado y extinguido sociedades y cuentas, había pagado impuestos pendientes, había liquidado empresas y acciones, había reorganizado todo el patrimonio de Oscar para que pasase a ser gestionado por una única fundación. Y, si nos parecía bien, nos dijo, él se dedicaría a llevarla, velando por que todo ingreso que generasen los Poblados de la Esperanza fuese reinvertido en los Poblados de la Esperanza. Así de sencillo. Yo no soy Oscar, dijo. No pretendo convertirme en un aventurero. Si estáis de acuerdo, lo dirigiré todo desde un sencillo despacho en Madrid, a cambio de un sueldo modesto, dijo, sin necesidad de pasar en los Poblados más tiempo del que sea necesario para asegurarme de que todo funciona. Jorge no quería ser un héroe admirado ni un símbolo de una nueva era. Quería hacer algo que le gustara, después de demasiados años haciendo algo que odiaba.

Le aplaudimos. Le dijimos que pidiese champán, aunque a ninguno de los tres nos gustaba el champán, porque la ocasión lo merecía. Los Poblados continuarían, Jorge se pondría al frente y los tres mantendríamos el pacto cómplice de ocultar al resto de la humanidad cómo era en realidad Oscar Saavedra.

Nos siguió contando sus logros. Raquel quería matarle por haberla abandonado, pero menos desde que le había hecho esa interesante oferta de divorcio consistente en que ella se quedaba con todo. Él dejaría el apartahotel, se instalaría en algún piso céntrico, pequeño y cómodo, como David y yo, vería a sus tres hijos siempre que pudiese y trataría, por primera vez en su vida, de aprender a vivir solo, sin dependencias de compañeros de piso, esposas o suegros. Ya no quería asesinar a nadie. Y eso era algo liberador. De pronto, algo

que hacía solo unas semanas parecía imposible, que ni siquiera se había concretado a sí mismo como objetivo o deseo, cambiar su vida por completo, había resultado sorprendentemente sencillo. La búsqueda de la felicidad solo requiere decisión. Y lo más curioso, nos dijo, es que todo se lo debo a ese cabrón de Oscar, porque si no se hubiese estrellado en su helicóptero, nada de esto me habría ocurrido.

También le aplaudimos por todo eso. Y él siguió enumerando sus decisiones.

Iríamos a África. Teníamos que conocer con nuestros propios ojos a qué íbamos a dedicar la herencia a la que habíamos renunciado. Iríamos los tres. Y Claudia.

Y ahí se interrumpió de manera brusca la entusiasta enumeración de todas aquellas novedades que nos estaba haciendo.

Claudia había estado ayudando a Jorge durante aquellas semanas de frenética actividad. La noche del intento de atraco fallido, Jorge había ido a verla a su piso de Moratín y, pletórico de decisión y ganas, le había propuesto que le ayudase a salvar el proyecto de Oscar, que juntos convirtiesen los Poblados en un proyecto de cooperación de verdad y no en un instrumento de enriquecimiento. Claudia le dijo que aceptaba y le dejó bien claro que no lo hacía por proteger la memoria del exmarido muerto, sino porque Jorge transmitía de pronto un karma tan enérgico y positivo (así lo dijo) que era imposible decirle que no. Empezó haciéndole de asesora, de ayudante, de telefonista, de secretaria, de mensajera. Le aportó unas ideas, le desmontó otras, le dio soluciones y le convenció de abandonar direcciones equivocadas. Al final, se convirtió en su igual, su socia, su cómplice. Estaba en aquella habitación algunas de las veces que David y yo habíamos ido por allí. Con sus coloridas camisetas de motivos étnicos y sus pantalones cortos deshilachados y sus sandalias de cuerdas, con sus pausas para hacer yoga y sus descripciones de nuestras auras según entrábamos en la habitación: Hoy estás de un gris azulado o púrpura o borroso o deslumbras, te decía, y tú aceptabas su diagnóstico porque lo más extraño de todo era que solía acertar cuando traducía esos colores en un estado de ánimo o de salud.

Por supuesto, no es necesario ni decirlo, Jorge se había enamorado de Claudia.

Además de reorganizar la compleja estructura de los Poblados de

la Esperanza, de ganarle un pulso a don Miguel, de liquidar su matrimonio con Raquel y de pasar todas aquellas semanas convertido en un personaje excéntrico, una mezcla de Sherlock Holmes en su cuarto de Baker Street y de Tom Hanks en su isla de náufrago, Jorge hizo lo que hacía siempre que conocía a una chica desde que tenía uso de razón: se enamoró de ella y empezó a imaginar una vida en común.

Al verlos juntos, comprendías de un vistazo el improbable futuro de aquel amor. Jorge y Claudia no podían ser más diferentes en todo. Sus aspectos físicos eran antitéticos. Ella era todo verticalidad, él era solo horizontalidad. Ella era joven, flexible, un mástil clavado con firmeza en la tierra. Él era denso, patoso, una rueda de carreta a la que le costaba echar a rodar. Él estaba acostumbrado a la comodidad, ella a la frugalidad. Si hacían una pausa para pedir comida, él pedía que le trajeran primer y segundo plato, un tinto reserva del que daba nombre y año y un helado siempre de pistacho; ella pedía un sándwich de pan de sémola con una sola loncha de pavo frío. Él te hablaba escandalizado de empresas opacas y de artimañas fiscales, ella te razonaba convencida por qué, se mire como se mire, la reencarnación era una opción más factible como etapa posterior a la muerte que la transmigración de las almas. Jorge era puro sistema, Claudia era Claudia.

Una de las muchas tardes en que estaban trabajando en la habitación, Claudia había parado de pronto con lo que estaba haciendo y le había dicho a Jorge:

—Necesito que sepas que no pienso acostarme contigo.

Nunca habían mencionado ni siquiera de pasada semejante posibilidad. Jorge nunca se le había insinuado, ni había tonteado con ella, coqueteado o intentado ligotear. Ni siquiera se había dado cuenta aún de que ya estaba enamorado de ella, pero, cuando ella dijo aquello, lo supo sin duda ninguna.

—¿Nunca? —fue su respuesta.

—Eso no lo sé. Me gustas. Nunca me ha importado el aspecto de las personas. No creas que el hecho de que seas un hombre sin ningún atractivo físico me impide sentirme atraída por ti.

—Me tomaré eso como un halago.

—Pero aún no escucho música. Y, hasta que no la escuche, es mejor que sepas que no pienso acostarme contigo.

—No te lo había planteado.

—Sabes que sí, aunque no haya sido de palabra.

—Pues si llegas a escucharla, te ruego que me avises.

Después, Claudia siguió trabajando como si aquel diálogo nunca hubiese existido. Pero Jorge ya solo quiso, a partir de ese momento, que aquella ansiada música empezara a sonar.

Durante las semanas que se prolongó el trabajo, Claudia y él siguieron formando un eficaz equipo, y ella nunca volvió a mencionar nada sobre la música. Jorge se obligó a no concebir esperanzas. Era imposible que él, el bajito, calvito y gordito (nada que ver con el Oscar alto, guapo, aventurero que en su día la había enamorado), tuviese alguna oportunidad con aquella chica de mente tan dispersa, cuerpo tan apetecible y exigencias tan inflexibles como la necesidad de escuchar música imaginaria que le anunciara la llegada del amor.

Una noche el teléfono de la habitación de Jorge sonó mientras este dormía. Se incorporó en la cama. Una voz masculina le informó de manera mecánica que le pasaba una llamada.

—No me contestabas en el móvil.

Era Claudia.

Detrás de su voz, Jorge oyó la bocina de un coche. Miró su reloj. Eran las dos. Se habían separado aquella misma tarde tras una fructífera jornada de trabajo.

—¿Dónde estás?

—No lo sé.

—¿No sabes dónde estás?

—No. Solo estaba andando por la calle.

—¿Y adónde ibas?

—A ningún sitio.

—¿Pasa algo, Claudia?

—Estoy asustada.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Creo que he empezado a escuchar los violines.

Colgó.

Aquella noche, Jorge no durmió. Pasó buena parte de la noche mirando por el amplio ventanal de la habitación, observando las luces de la ciudad en la distancia. A oscuras y en silencio. Imaginando que allí, en algún sitio, Claudia seguía caminando. Sintiéndose feliz, asustado, decidido y diferente.

David y yo le dijimos que sí, que por supuesto que iríamos con él

a África.

Y su historia de amor con Claudia, la más inesperada, la más inverosímil, tal vez la más perfecta de todas las historias de amor que habíamos vivido los chicos del piso de cañerías chirriantes, comenzó.

—Decidimos hacer realidad aquel viejo sueño. Porque a veces los sueños, al menos los pequeños, los domésticos, los que quedan al alcance de la mano, qué demonios, hay que darse el gusto de hacerlos realidad. Arturo y yo habíamos hablado de ello un millón de veces. Habíamos hecho cuentas, habíamos debatido y descartado docenas de opciones y habíamos ido aplazando el momento de realizarlo hasta que se acabó convirtiendo en uno de esos planes que uno nunca abandona, que mantiene vivo solo por evitar el regusto a fracaso que lleva consigo cualquier renuncia, aunque sospecha que nunca lo llevará a cabo, planes como dar la vuelta al mundo, saltar en paracaídas o aprender chino mandarín. Bueno, pues nosotros, al menos ese sueño, acabamos haciéndolo realidad. Porque aquello había acabado convirtiéndose en algo de verdad importante, en un símbolo de victoria vital, en la diferencia entre haber acertado o haber hecho todo por nada: nos compramos la casita de pueblo perfecta en medio de ninguna parte, como habíamos soñado durante años. Era tal y como Arturo (porque aquel sueño era en origen suyo aunque luego yo lo compartiese) la había imaginado: hecha un desastre, abocada al derrumbe, necesitada de mil reformas que él (exitoso ingeniero pero carpintero, electricista y fontanero vocacional y frustrado) se encargaría de realizar, con un pradito con espacio para un huerto (mi tarea sería cultivar tomates, puerros y rábanos) y a la distancia justa de un pueblecito segoviano para sentirnos aislados, pero con facilidad para aprovisionarnos. Ana y Pablo, nuestros hijos, por supuesto nos dejaron bien claro que se negaban a ir a aquel rústico cuchitril sin encanto a pudrirse en fines de semana o vacaciones (que era justo lo que deseábamos que nos dijeran, aunque nunca lo admitimos y simulamos sentirnos heridos para utilizarlo cuando necesitáramos ejercer con ellos algún chantaje emocional). Durante muchos meses, dedicamos todo nuestro tiempo libre a aquella casa. Arturo formó una cuadrilla de obras con dos paisanos y fue feliz entre andamios, rollos

de cable, morteros, canalones y todo tipo de herramientas. Cada vez que creía haber triunfado con el cambio de canalizaciones o del sistema eléctrico o de unas vigas o lo que fuese, algo iba mal, aparecía algún problema nuevo, y el horizonte de obras de reconstrucción y reparación volvía a extenderse en el tiempo y, aunque él se quejaba y maldecía y llegaba a decir que todo aquello, la compra de aquella casa y creernos un par de pioneros llevando la civilización a territorios ignotos, había sido un gigantesco error, en el fondo disfrutaba al saber que podría seguir con su ropa de obrero curtido, decorada con pegotes de pintura, escayola y cal que lucía como si fuesen medallas ganadas en el campo de batalla, peleándose con aquella casa reticente a la resurrección. Yo también disfrutaba a menor escala, asegurándome de que mi siembra en el pequeño huerto daba sus frutos, adecentando el resto de la praderita para poder disfrutarla algún día como jardín y, una vez cumplidos mis deberes, instalando una sombrilla y sentándome bajo ella a leer al aire libre novelas de asesinos en serie y biografías de reinas y emperatrices con el sonido de fondo de los martillos, los serruchos y las maldiciones de Arturo. La felicidad no consistía en alcanzar el final de aquel proceso, sino en el proceso en sí. No hace mucho que terminamos. La casa estaba lista por fin para cambiar su uso, para pasar de ser un capricho de aficionado a las reformas a un hogar rural, perfecta en su imperfección. Arturo ha concluido lo que considera la obra de su vida. Nunca nada le ha hecho más feliz que esa casa, a veces le digo que ni siquiera el nacimiento de sus hijos. Y verle disfrutar con todo ello me ha confirmado mi propio acierto. Ya sabe, doctor, que durante años me ha acompañado la culpa que alimentan los secretos. Esa culpa a la que conozco bien, que sé mantener a raya, pero que nunca he conseguido que se largara del todo, tan solo atenuarla, cronificarla con una intensidad que me fuese soportable. Durante años, me he planteado un millón y dos y tres de veces si Arturo tenía el derecho a saber. Oscar, Nacho, todo. Pero a la vez sabía que estaba haciendo trampa. Porque contarle a Arturo habría sido más un acto de egoísmo que un ejercicio de honestidad. Cuando uno cuenta los secretos, cuando confiesa su culpa, en el fondo lo único que está buscando es liberarse de una carga y pasársela a otro, a la víctima del engaño, al inocente traicionado. Es como la confesión cristiana: por el solo hecho de contarlos, los pecados ya nos son perdonados. Al instante pasamos de culpables a inocentes, de

creernos villanos a considerarnos candidatos a la santidad, porque, sí, hemos pecado, traicionado, engañado, mentido, pero, un momento, atención, tachán tachán, lo hemos confesado y eso basta para borrar toda culpa y disculpar todo error. Y, a partir de ahí, es el otro quien se echa encima el peso, porque no solo le has fallado y decepcionado y hecho daño, sino que, además, ahora es su responsabilidad decidir si optará por el castigo o el perdón. A veces, contar los pecados puede ser una cabronada mayor que cometerlos, ¿no cree, doctor? Viendo a Arturo, en su satisfecha madurez, peleando con aquella casa como si fuese Miguel Ángel con la Capilla Sixtina, sentí que había acertado, que era yo quien debía seguir cargando con el peso de mis culpas y él quien merecía seguir sufriendo tan solo porque aparecían nuevas humedades en el sótano, porque la piedra de la fachada se deshacía o porque el retrete del dormitorio de arriba no desaguaba bien. Y así llegamos a la escena, doctor. Nos acercamos al final y ya ve, estoy más tranquila que en otras sesiones, menos enfadada, porque desde que vengo a verle he estado pensando cómo terminaría mi historia, cuál sería esa escena final, ese momento culminante. Y esta es la escena que he elegido, porque lo que viene después de ella ya no interesa, lo que he vivido estas últimas semanas y lo que aún queda por venir ya no será vida, sino solo gestión del miedo y del final. Mi escena final tiene que ser feliz. No aceptaré la tristeza como una rúbrica de todo lo vivido. Todas las vidas suelen acabar con un pozo más o menos espeso de decepción, desengaño, cansancio o melancolía. Pero yo quiero para la mía un final feliz. Así que ahí estoy: en mi pequeño prado con huerto doméstico, sombrillas, mesas, sillas y una deliciosa caldereta lista para ser disfrutada. Es la primera vez que invitamos a amigos a nuestra remozada casita, que a los ojos del resto del mundo será solo un modesto caserío sin mayor encanto, de aspecto tosco, de dudosa comodidad, pero que para Arturo y para mí es a la vez un palacio, una casa de muñecas, un castillo conquistado, la humilde vivienda de dos colonos levantada en la frontera a partir de la cual se extiende ese territorio aún por descubrir que es nuestro propio futuro. Ahí los tengo a todos reunidos. Un par de docenas de amigos, compañeros de toda una vida. Personas a las que he visto crecer, a las que quieres y otras de las que ya te hartaste, pero a las que no abandonas porque forman parte de tu propia identidad, círculos sociales que protegen, que ayudan, que respaldan, que con más o menos presencia te echan

una mano para expulsarla a patadas de tu casa cuando la impertinente soledad se presenta sin haber sido invitada. Ahí están, claro, algunos de los personajes de esta historia, la de Oscar, la historia concluida sin haber sido vivida por completo, que ha ido marcando mis años. Solo falta Jorge, que pasa bastante tiempo fuera del país, siempre absorbido por los líos de la fundación. Le echo de menos porque con el tiempo ha ido aumentando mi afecto por él, después de considerarle un simple pelmazo en la juventud y un cargante nuevo rico en sus años de exitoso ejecutivo. Jorge había sido capaz de mandar al infierno todo lo previsible de su vida y los que elegimos lo previsible en la nuestra siempre sentiremos una suma de envidia y admiración ante quienes se atreven a hacerlo. Una de las últimas veces que le había visto, le había preguntado: ¿Qué necesitaste para decidirte? Me dio una extraña contestación: Una pistola plateada. Y supongo que esta respuesta era una metáfora que no sé descifrar. El que sí está es David, que para mí sigue siendo un enigma después de tantos años, entre otras cosas porque nunca estoy segura de si está despierto o solo sonámbulo, y Cecilia, que lleva vestida de negro y callada un cuarto de siglo ya, que parece más su sombra que su compañera. Y, claro, también estaba Javi, que vino sin pareja, aunque me había contado lo suyo con la vecina del tercero, orgulloso de su nuevo personaje de maduro seductor de jovencitas. Le acompañaba Hugo, su hijo, que acababa de llegar de Londres para pasar un tiempo con él y al que ninguno conocíamos, un chico tímido que nos observaba a todos desde una precavida distancia, como si fuésemos marcianos y aún no tuviera claro si hemos llegado en son de paz. Ana y Pablo habían venido, en parte porque los había sobornado para que hiciesen de camareros, en parte para que Hugo no fuese el único joven de la reunión. Y, claro, mi hija se interesó al instante por aquel chico de aire perdido, con la buena planta de Javi, pero, sobre todo, con ese aire de romántica elegancia que yo recordaba de Jackie. Pablo se quejó de que su hermana desatendía las tareas por las que les iba a pagar y Ana soportó sus protestas sin inmutarse, mientras ponía ojos cándidos y soltaba risitas melosas las pocas veces que Hugo se decidía a hablar un poco. Al final del día me diría que habían quedado para que ella le enseñara Madrid y yo le dije, chica de poca fe, que aquella casa mágica que odiaba era un escenario perfecto para que crecieran tomates, puerros, rábanos y amor. Marta vino también, por supuesto.

Llegó tarde. Las niñas la habían retrasado porque una andaba algo mala de la tripa. Vino con su mujer, Carla. Ya llevan más de diez años casadas y siguen transmitiendo una felicidad de recién enamoradas. Se conocieron apenas quince días después de que Marta se armara de valor para romper con aquella última amante tóxica. Dar aquel paso liberador la había dejado deprimida y exhausta, convencida de que su vida a partir de entonces sería solo una larga travesía a solas a través de la nostalgia de aquel último y destructivo amor. Nunca me volveré a enamorar, aseguraba con el tono trágico de una lánguida Ana Karénina lista para lanzarse ante el próximo tren. Me convertiré en la vieja rodeada de gatos que empuja un carro de supermercado y va hablando sola por el barrio, me decía, tan adicta al drama como a reírse de sí misma. Quince días. Marta no había nacido para personaje de novelón decimonónico. En su consulta pediátrica apareció una mujer sonriente, de una belleza suave, nada que ver con las amazonas que solían poner patas arriba la vida de mi amiga, y preocupada porque su hija Suni, de solo un añito, tenía una fiebre que no había manera de bajar ni con Dalsy ni con Apiretal. Madre soltera, adoptiva y novata. Estoy aterrada, le dijo a Marta. Marta examinó a la niña y calmó a la madre. No era nada. Las amígdalas, un clásico. Carla se lo agradeció como si hubiese salvado la vida de su hija *in extremis*. Marta se enamoró en la primera consulta. Quince días después de haber decidido no volver a enamorarse jamás, ¿ve por qué es tan adorable, doctor? Nunca he sentido algo así por una mujer sin traumas, complejos, neurosis o perversiones y eso me asusta, me dijo loca de ilusión después de su primera cita. Se casaron tan solo seis meses después. Porque las dos eran mujeres con ansias de ser previsibles, de romper con lo rompedor y buscar lo convencional. Le dieron una hermana a Suni un año después, otra niña originaria de la misma región de China, la pequeña y traviesa Milla. Marta es feliz. Necesitó un millón de amores tormentosos para llegar hasta Carla, tan perfecta para ella que costaba creerlo. Un viaje con demasiadas curvas que había merecido la pena. Y ahora, a los cincuenta y cinco, Marta parecía haber retrocedido a los treinta. Esas son las escenas finales que quiero, doctor. Para Marta. Para mí. Estoy ahí, viéndolos a todos desde la ventana con vistas al prado que Arturo ha abierto en la cocina y me siento orgullosa, como si la vida de todos ellos fuese obra mía. Quizá no todo sea lo previsible. Pero las cosas han ido bastante

bien. Los miro y me paro en Arturo y en mis hijos y me miro a mí misma y, de alguna manera, es como si el pasado fuese solo el aprendizaje necesario para llegar a ese instante, a ese preciso presente, sin que nada de lo anterior tuviese tanto valor como la perfección de aquel momento. Y tampoco lo estropearé dándole importancia de más a lo que viene después. El móvil sonó. A veces fallaba la cobertura en la casa. Ese día no falló. Era mi doctora. Nuestra relación tenía ya algo de amistad. Siento molestarte en sábado, me dijo. A través de la ventana, veía a Ana en una esquina del prado acaparando a Hugo, que empezaba a soltarse, que ya se atrevía a sonreír. Al otro lado, Cecilia les decía algo a Marta y Carla, que la escuchaban con sendas expresiones de interés en la cara que eran de una evidente falsedad. Ya me han llegado los resultados de la biopsia, me dice la doctora. La frase más fea que puedes escuchar una soleada mañana de sábado, mientras contemplas a todas tus personas favoritas de este mundo pasándoselo bien. Tenía cita con ella para dentro de diez días. Mejor vente el lunes, ¿vale?, me dice ella, y noto la compasión escondida en sus palabras. ¿Tan malo es?, le pregunto. Tú vente el lunes y ya vemos, dice, lo cual es decir que sí. Cuelgo. Me ha llamado un sábado porque me tiene aprecio, pienso. Seguro que quiere verme tan rápido para decirme que no hay de qué preocuparse, por quitarme cuanto antes la preocupación, que siempre me ha tratado muy bien y es una mujer cariñosa. Me obligo a pensar eso y, a la vez, odio a la doctora. Dos días después estaré sentada frente a ella haciéndole la pregunta, ¿me voy a morir?, sin dejarle espacio para librarse de dar una respuesta directa. Pero ahora entra Pablo en la cocina, que es un chico noblote pero protestón, que cuando los años le templen el mal pronto seguro que va a ser tan agradable como su padre (y yo ya sé, en ese momento, que eso es algo que no veré, y empiezo a sentir la ira borboteando en mi interior) y me dice que Ana tiene un morro que se lo pisa, que está ahí babeando con el inglés ese y que hace rato que ha dejado de atender a los invitados. Le intento callar prometiéndole pagarle el doble y él lo rechaza, saca su parte noble, y dice que no es por el dinero, sino por la caradura de la hermana, y vuelve a salir con una bandeja para recoger vasos vacíos. Yo me quedo mirándolos a todos desde la ventana de la cocina. No quiero que concluya aún mi escena feliz. Arturo me llama la atención con la mano y me dice sin voz, marcando mucho los labios para que le entienda: «¿Qué haces

ahí?, vente». Y, cerca de él, Marta aprovecha que Cecilia se ha girado para hacerme una mueca de chiflada mientras le da vueltas al índice apuntándose la sien y, al verla, Carla se echa a reír. Y ese es el fin de la historia, doctor. Porque lo que venga después ya no será interesante. Mejor terminarla aquí. No, perdón, no es solo un final. La historia también empieza ahí. Y quizá esa sea la respuesta que tanto he buscado. Ahí, en ese prado, con esas personas, es donde he vivido. El resto no son más que secretos, sueños y recuerdos.

Pato solo había podido presumir de un logro en toda su vida: haber disfrutado de una noche de gloria con Meme, la tía más buena del CEU, la noche de la fiesta de cumpleaños de Oscar que nos desbarató la vida a tantos. Había tardado treinta años en alcanzar otro triunfo del que poder presumir: se había convertido en presidente del Gobierno. Y yo era, desde hacía quince años, desde aquel encuentro en el funeral de Oscar, su escritor de discursos.

Quince años escribiéndole todas y cada una de sus intervenciones públicas. Mítines, conferencias, inauguraciones y clausuras, comparecencias parlamentarias, chuletas para ruedas de prensa, condolencias y pregones, brindis, anuncios oficiales, entregas de premios, agradecimientos de premios, artículos de prensa, de todo. Sin que jamás se molestara en darme instrucciones previas sobre lo que deseaba decir en cada caso. Moldeando y dando contenido durante años a sus mensajes, desde que era una incógnita política al frente de un nuevo partido hasta ahora, todo un presidente del Gobierno que pronto afrontaría una reelección que todos daban por segura. Pato, el amigo de juventud que nunca destacó por nada, más allá de su escasa chispa contando chistes y su talento innato para engatusar a camareros y porteros de locales, era ahora el hombre que dirigía la nación. Como presidente, sus detractores decían que era un político de mera fachada, que detrás de su carismática sonrisa, su aplaudida cercanía y su habilidad dialéctica, gracejo andaluz incluido, no había mucho más; que no tenía ideología ni valores ni principios, sino tan solo una frase ocurrente siempre a punto con la que sortear cualquier dificultad; que no se podía saber si era de derechas o izquierdas porque había creado un partido que era como él, más de regate corto que de ideas duraderas; que solo había llegado a presidente porque caía bien en las entrevistas y salía bien en las fotos. Sus defensores, en cambio, argumentaban que era un líder para el tercer milenio, un nuevo estilo de político que había superado la trasnochada dialéctica

del enfrentamiento ideológico, que no estaba hipotecado por dogmatismos, sectarismos ni ningún otro tipo de *ismos* y, sí, hay que admitirlo, además de todo eso, salía muy bien en las fotos. Ambas partes tenían razón. Pato era tan empático como superficial, tan honrado como simplón, tan sensato como ignorante y tan deslumbrante como insulso. Su éxito se asentaba, sobre todo, en una capacidad natural para seducir, ya fuera a una sola persona o a miles de ellas a la vez. Inspiraba una confortable confianza. Durante la campaña electoral que le llevó a la presidencia, en un programa de televisión de máxima audiencia se había preguntado al público a cuál de los candidatos le confiaría un billete de lotería premiado para que se lo guardase. El noventa por ciento lo eligió a él. En algo tan sofisticado consistía el éxito político. Ese día supe que llegaría a presidente.

Yo hacía mi trabajo. Mis escritos formaban parte de la brillante puesta en escena de Pato. Le daba igual si tenía que dar un discurso de una hora ante la Asamblea de Naciones Unidas, expresar ante un micrófono lo mucho que sentía la reciente muerte del presidente de alguna impronunciable exrepública soviética o alabar a las chicas ganadoras de la primera división femenina de voleibol. Siempre había que prepararle un texto que él leía o memorizaba, pero que, en todo caso, pronunciaba con soltura, credibilidad y variedad de registros: tono de hombre de Estado o distendido o apesadumbrado o solemne o en apariencia improvisado. Nunca me interesó hacer carrera política más allá de aquel trabajo. Según iba ascendiendo hacia el éxito, a Pato le rodeaba un número cada vez mayor de pelotas, trepas, ambiciosos, vanidosos y traidores en potencia, pero yo siempre me mantuve al margen de codazos, zancadillas, aspiraciones y conspiraciones. Ese individuo de vida pequeña, de mundo acotado, la hormiga laboriosa que, entre noche y noche con Dafne, tecleaba aquellos miles de palabras en el ordenador —por la mañana, el discurso de apertura de un congreso internacional sobre nanotecnología aplicada a la vida doméstica; por la tarde, el obituario de un reconocido filósofo turolense considerado el máximo referente del poscriticismo empírico fallecido a los ciento cuatro años, del que nunca antes había oído hablar— no era otro que yo.

Aquel era mi talento. Una jodida paradoja. Al final, había hecho realidad mi sueño de juventud: me ganaba la vida escribiendo. Pero

nada de crónicas ni reportajes. Tampoco grandes novelas generacionales que retrataran con profundidad y agudeza la época que me había tocado vivir, como en su día pensé e intenté. Mi talento literario consistía en escribir discursos. La antítesis de la literatura. Porque no hay obra escrita más efímera, menos valiosa, que el discurso político. Da igual lo que escribas. Ese texto en que estuviste brillante, creativo e incisivo, que sirvió para que a Pato le ovacionara un estadio lleno de gente o para que humillara a su más encarnizado rival parlamentario, se desvanecía tan pronto como era pronunciado. No quedaba constancia en papel, nunca se repetía, eran pocos los que de verdad lo escuchaban con interés, nadie apreciaba su ritmo o su prosa o la sutileza de algunos de sus giros y requiebros, como mucho generaba un titular que también sería de vida ínfima, y al final ayudabas a convertir a quien antes era solo Pato, un amigo de juventud por el que nunca habrías apostado para alcanzar grandes metas, en presidente del Gobierno, y acumulabas cientos de páginas de escritos volátiles, miles de palabras pasajeras, y nadie sabía que eras tú el autor al que estaba leyendo o escuchando, a pesar de que, jodida paradoja, probablemente me había acabado convirtiendo en el escritor más prolífico de mi generación e, incluso, de aquella rara manera, en uno de los más influyentes. Había una gran distancia entre aquel trabajo y la gloria literaria con que un día soñé.

Tras tantos años juntos, yo ya había impuesto mis condiciones al presidente. Nada de ir a una oficina, nada de reuniones ni de trabajar en equipo y, en especial, ni hablar de tener que acudir a ningún tipo de acto público. Trabajaba en mi casa. A través del correo electrónico recibía la documentación que necesitase para los próximos encargos: anodinos y soporíferos informes y estadísticas que debía transformar en floridas frases merecedoras de abrir los telediarios. Y yo me ponía unos vaqueros viejos y una camisa aún más vieja, me servía un café, me fumaba un cigarrillo y tecleaba el próximo mensaje que Pato dirigiría al mundo civilizado. Escribía de política, de economía, de deportes, de libros, de personas, de todo sin necesidad de tener ni idea de nada. Hacía un elogio de la bella tierra de las Highlands o de los fiordos lapones sin haberlos visto nada más que en unas fotos porque Pato iba a participar en una cumbre en Edimburgo o en el norte de Finlandia, o glosaba las obras del último Premio Cervantes sin haber leído nunca una sola de ellas. Tenía inventiva, capacidad de

fabulación, sabía adoptar un estilo acorde con el acto y el público que tocase, podía hacer aplaudir, reír, llorar, indignarse o sentirse reconfortados a los oyentes que fuesen. Pato era para mí algo parecido a un personaje de ficción al que iba dirigiendo en mis escritos según la apetencia de un autor veleidoso: un político que iba ascendiendo, siendo un día progresista y otro conservador, asegurando un día que lo que más le importaba era el medio ambiente y otro la sanidad, sonando siempre creíbles sus palabras, tanto que a menudo él mismo acababa pensando que de verdad pensaba lo que yo le había hecho decir con mis escritos. Ese era mi extraño trabajo. Un escritor solitario que se dirigía al mundo sin querer cambiarlo ni mejorarlo, ni siquiera diseñarlo a su antojo, sino, tan solo, que las palabras que escribía sonasen bien.

A Dafne le encantaba burlarse cariñosamente de tan peculiar ocupación.

Con el tiempo habíamos llegado a crear un juego. Ella elegía palabras y yo me comprometía a incluirlas en los textos. Al principio, la cosa fue sencilla. «Irrefutable». «Paradigma». «Concomitancia». Y ahí estaba Pato, en el atril del Congreso, defendiendo la irrefutable concomitancia de los paradigmas de nuestra democracia. Dafne se partía. Fue complicándolo más. «Salchichón». «Desatascador». Y ahí veías al pobre Pato diciendo en la clausura del Congreso Mundial de Nefrólogos que él tenía vocación de desatascador de conflictos o afirmando, en la presentación de los presupuestos anuales, que a veces la realidad requería ser despiezada como rodajas de salchichón. El culmen llegó cuando Dafne le dio un giro más al juego y me retó a incluir expresiones uruguayas en los textos, a decir «se arma relajo», «no tiene goyete», a hablar del «día del golero» o a citar a Gardel, que por supuesto para ella era uruguayo y no argentino. Llegó un punto en que empezaron a aparecer frases tan estrambóticas en lo que escribía (que Pato pronunciaba sin pestañear, siempre fiel a lo escrito) que le dije a Dafne que debíamos parar el juego antes de que le costase un choteo al presidente y a mí el empleo.

Me encantaba cuánto se reía con aquello. Seguía gustándome hacer reír a las mujeres que me importaban.

—¿Me lees lo que has escrito hoy? —me pedía otras veces.

—¿De verdad quieres escuchar una conferencia dirigida al Círculo de Empresarios de Extremadura?

Ella se me abrazaba, hacía pucheros, ponía mirada suplicante, me arrimaba ese cuerpo del que uno nunca se cansaba a pesar de su escasez, me lamía como un perrito pedigüeño el hombro, me reiteraba un burlón «por favor, por favor, por favor». Y yo accedía como quien acepta entregar un regalo antes de ser la fecha señalada y allí, los dos desnudos en la cama, le leía mi trabajo del día declamando con exageración, como si hubiese escrito un texto de Esquilo cuando en realidad hablaba de la balanza comercial, las expectativas de crecimiento del PIB y el futuro de los fondos de inversión a corto y medio plazo. Dafne fingía interés, emitía breves gemidos de sorpresa y aprecio, abría mucho los ojos y hasta decía cosas como «¡sublime!» o «¡enternecedor!», hasta que se hartaba y se partía de risa y saltaba sobre mí y me quitaba de la mano los papeles y los lanzaba al aire sin importarle desordenármelos y me abrazaba del cuello y me cabalgaba comiéndome a besos. Y yo me olvidaba de mi trabajo, que para mí solo era una forma de ganarme la vida que encajaba a la perfección con mi afán de habitar en un mundo pequeño, que llevaba a cabo con la misma falta de motivación que de frustración, tan solo con eficaz indiferencia, y me dedicaba a ella y me sentía compensado y afortunado por aquel regalo a destiempo que era poder meterme en su cama.

Uno de los escasos beneficios que reportaba el que un amigo de juventud llegase a regir los designios del país era que podías vivir escenas de un memorable surrealismo. Pato celebró su cincuenta y cinco cumpleaños en un salón de su residencia privada en el Palacio de la Moncloa. En aquel salón poco hogareño, reunió a quienes habíamos sido, casi cuatro décadas atrás, sus compañeros en las rondas de copas gratis que solía lograr en toda clase de tugurios, en partidas de póquer a cara de perro en el piso de Fernández de la Hoz y en fracasadas misiones de seducción en las fiestas primaverales de los colegios mayores femeninos. Allí estábamos: una docena de cincuentones con diferentes niveles de úlceras de hiato y acidez esofágica, de perímetro estomacal y dolor de articulaciones, con diferentes situaciones sentimentales, desde el divorcio a muerte al recién estrenado tercer matrimonio y con diferentes situaciones laborales, desde parados y prejubilados a ahogados en dinero. Jorge y David también estaban en el grupo.

Al principio, los invitados se mostraban cohibidos por lo poco

acogedor del escenario y el tiempo que había transcurrido sin que muchos de nosotros nos hubiéramos visto. Luego, cuando se convencieron de que Pato seguía siendo el mismo de la juventud y la bebida diluyó timideces, la fiesta vino a mejor. Aquello acabó con un partidillo de fútbol sala (nunca mejor dicho) que jugamos, más que por apetencia, por el gustazo de poder contar luego que lo habíamos hecho. A ello le siguió un remedo de karaoke *a cappella* en que nos agrupamos en diferentes formaciones de borrachuzos para cantar *Como una ola* y *My Way* antes de que Pato, más bebido que ninguno, amenazase con llamar a todo su equipo de escoltas para que nos echasen a patadas si no nos largábamos de una vez.

Cuando me iba, Pato me dio un abrazo. Aunque hablábamos a todas horas por teléfono, eran pocas las veces que nos veíamos.

—Prométeme que me votarás en las próximas elecciones —me dijo con voz pastosa ya.

—Sabes que no —le contesté.

Él se creía que aquello era una broma recurrente entre nosotros. Pero era verdad. Nunca había votado a Pato. Tampoco a sus rivales. La política, maldita paradoja, no me interesaba ni para eso.

David, por supuesto, se fumó el canuto más elegante de su vida en aquel salón con columnas y techos de altura y Jorge, recién llegado de África, se desquitó de estrecheces y engordó un par de kilos como mínimo dando buena cuenta de canastillas con cabracho, ceviche y ensalada de salmón. Los tres estuvimos de acuerdo, cuando ya salíamos del complejo de Moncloa, con un policía cuadrándose al paso de nuestro coche, en que aquella había sido una de las noches más inesperadas de nuestras vidas.

Llegué tambaleándome a mi casa, entrada ya la madrugada, y me encontré con Hugo en la cocina. Acababa de llegar también y su estado era mucho más sobrio que el mío. Estaba contento. El turista desconcertado se había convertido con rapidez en un noctámbulo empedernido. No dejaba pasar una noche sin salir. Me vio y me preguntó, solo por charlar, si venía del piso de Dafne. Contesté a mi hijo como antes contestaba a mis padres cuando me topaba con ellos al llegar a esas horas: esforzándome al máximo para que no me derrapase la lengua.

—Vengo de tomar unas copas en el palacio de la Moncloa, residencia de nuestro presidente del Gobierno.

Hugo me observó curioso y sorprendido.

—Tienes una novia de veintisiete años, trabajas sin salir nunca de casa y, cuando te emborrachas, lo haces en el palacio de vuestro presidente —dijo con un español que le estaba mejorando a un ritmo trepidante—. Creo que necesitaré algún tiempo para comprender tu mundo.

Asentí vigorosamente.

—Si consigues entenderlo, espero que puedas explicármelo.

—Sé que resulta difícil de creer. Pero te juro por Dios que fue tal y como te lo voy a contar, Javi. Fue una de esas noches en que el calor corta la respiración y te envuelve el cuerpo como si fuese una manta, en que parece que lo puedes agarrar y masticar. Una noche en que suena fuera un concierto de sonidos indescifrables y tú estás en la cabaña, echado en el camastro, protegido por la mosquitera, ahogado en sudor, y coges distancia contigo mismo y te ves allí, ¿en Gambia?, ¿en Gabón?, en ese momento no sabes ni dónde estás, pero sea donde sea la pregunta es la que es: ¿qué demonios estoy haciendo aquí? Porque sí, claro, parecerá muy simple. Pero no lo es. No tomas una decisión y, a partir de ahí, no aparecen nunca más las dudas ni se te reblandece la voluntad ni te fallan las fuerzas ni tienes la tentación de dar marcha atrás. Y una mierda. No te conviertes en otra persona de la noche a la mañana. Y yo, en apenas unos meses, me había convertido en alguien a quien ni yo reconocía. De pronto, estaba viviendo una vida que no me correspondía. Historia y personaje no encajaban. Y eso no es algo tan fácil, claro que no. Además, yo había planeado dirigir una fundación desde un despacho de Madrid. Y, al final, me pasaba media vida en esos países que no sabía distinguir unos de otros, durmiendo en cabañas que eran todas iguales, chapoteando en camastros humedecidos, porque quería conocer los Poblados de verdad y si quieres que las cosas funcionen, ya lo decía don Miguel, tienes que estar encima. Y yo no soy Oscar. Yo no quería una vida de riesgo y exotismo. Joder, que yo soy Jorge, que si nos hubiesen puesto a los cuatro en una de esas filas de reconocimiento y hubiesen preguntado a mil personas cuál de nosotros acabaría pasando la noche en un Poblado cercano a la costa de Zanzíbar o a la selva de Akaka, a mí no me habría señalado ni un ciego. Y ahora estoy ahí, esa noche, y estoy jodido, porque la decisión, la fe, la convicción no acuden a la cita de la noche en vela y solo me veo a mí mismo, a ese consultor financiero que hasta hace solo unos meses vivía una vida en que todo

era frescura —el chalé de tres plantas con aire acondicionado en todas ellas, con piscina y con una nevera que hacía hielos automáticamente —, con su mujer y sus hijos y su suegro cabrón y su padre tocapelotas, una vida completa de placeres y mierda, y ahora estoy ahí, no sé dónde, empapando un colchón de escaso grosor, boqueando porque me falta aire, y me pasan tres cosas. La primera es que caigo en la cuenta de que es mi cumpleaños. Ni lo había pensado en todo el día. Llegaron los cuarenta. La bromita de que aún son treinta y nueve, no es lo mismo, aún somos unos chavales, ¿a ti todavía se te levanta?, estaba muy bien. Pero a partir de esa noche ha dejado de valer. Cuarenta. Y acabo de echar el cierre a una vida en la que, mal que bien, sabía pelear. De pronto, ya no visto trajes de Armani ni llevo gemelos de oro, no tengo ni dinero ni propiedades y, aunque no añoro nada de ello, esa noche siento una gran desnudez. Llevar un Rolex en la muñeca daba, a su manera, una cierta protección, una sensación de seguridad, como si a los tipos que lo llevasen nunca les pudiese pasar nada, como si llevar el Rolex te convirtiese en algo así como un superhéroe repelente. Incluso la gente que me rodeaba, Raquel y sus exigencias, don Miguel y sus críticas, mi padre y su desdén, eran una forma de protección, rivales identificados, un mundo de perfiles definidos, una partida que sabía disputar. Vivía en un ecosistema acorde con la especie a la que pertenecía: un humano cuadriculado, sistemático, cumplidor de horarios, órdenes y esclavitudes, con talento para los números y cobardía para enmendar la cadena de equivocaciones que era su vida. Eso había sido yo hasta entonces: un homínido equivocado, un *Homo submissus*. Y ahora era un animalillo sacado de su hábitat natural. Ahí estaba, sin Rolex en la muñeca y sin nadie a quien le importe lo que me pase. Hasta Claudia se ha ido. Porque esa es la segunda cosa. Claudia se ha ido. Y no voy a decirte ahora que todo mi cambio de vida lo hice por ella, pero sí que sin ella tal vez no me habría atrevido a hacerlo. Escuchó la música y me dijo que estaba asustada, que tenía miedo de repetir lo ya vivido, que ya había recorrido antes junto a Oscar ese mismo camino de carreteras polvorientas, un calor que se aferra como el mordisco de una garrapata, chozas de adobe y amor de barro, y que tenía miedo de acabar otra vez igual, herida, el karma partido en dos, el aura ennegrecida, el alma migrando en desbandada. No, no quería pasar por ello de nuevo, no quería dejar de crecer y dejarse atrapar en un

eterno retorno, me dijo. Sísifo solo era un pringado testarudo. Pero ya es tarde, le dije. Ya te necesito, y no solo para los papeles y los trámites y todo lo que hace falta para abarcar este proyecto inabarcable. Te necesito para seguir siendo el que soy ahora porque tú ya eres parte de él y sin ti ya no lo seré. La música es hermosa, pero a veces da miedo, porque confunde, engaña, hipnotiza, Hamelin solo era un diablo disfrazado de flautista, me dice ella. Sí, lo sé, ¿qué quieres que te diga? Puedes reírte. Pero es que mis diálogos con Claudia son así. Con ella nada es normal, por eso es perfecta si has decidido vivir una vida tan anormal. Con ella hay que hablar en símbolo y en metáfora. No forma parte de mi viaje natural el que yo te quiera, me dice. Y, caramba, ves a esa chica que habla así, que viste así, que tiene algo de ángel, de extraterrestre, de lunática, de viajera en el tiempo y de caja de sorpresas y me veo a mí, el consultor financiero de las torres de Azca, el discípulo del gran don Miguel, ¿me entiendes?, y tengo que darle la razón. Tal vez nos estemos empeñando en escribir una historia que no es la nuestra. Tal vez sea cierta esa sensación que tengo cuando estoy con ella: que quiero apropiarme de algo que no me pertenece, que solo soy un ladrón, que estoy mintiendo, que me empeño en que sea mío lo que debería ser de otro. A veces siento que retener a alguien como Claudia a mi lado me convierte en una persona demasiado parecida a Oscar, un timador codicioso. Porque yo soy quien soy, joder. Soy Jorge, el pelmazo que espanta a las chicas por agotamiento, el que ni baila ni hace reír y se enamora al primer parpadeo. Y por eso la dejo ir. Porque yo no quiero ser Oscar a pesar de haberme convertido en un sucedáneo de él. Pon distancia. Piensa. Eso le ofrezco. Solo quiero respirar, me dice ella. No me digas adiós, le digo yo. Y vuelvo de uno de mis viajes y voy al piso de la calle Moratín y nadie me abre cuando llamo golpeando con el aldabón de rostro rugiente y, por la puerta apenas abierta del piso de enfrente, asoma un rostro viejo con rulos en la cabeza y una larga nariz que me señala acusadora y olor a coliflor y me dice que la chica esa amable y rara se fue hace ya unos días y no ha vuelto y deja escapar una risita como un chirrido que suena a revancha, a disfrute, porque ella puede que solo tenga una vida con olor a coliflor, pero lo mío es peor porque ahora yo no tengo nada, y hasta se da el gusto de añadir que ya se sabe, que la chica era como era, que ya nos había visto y no le acabábamos de pegar juntos, que qué me podía esperar de alguien

que, sin ánimo de ofender, saltaba a la vista que no estaba hecha para mí o, tal vez, yo para ella. Me volví a África, sin Claudia, a seguir adelante tan solo porque ya no había vuelta atrás. Y llega esa noche. La decisión se tambalea, los ojos no logran cerrarse, me observo en esa película que no es la mía, error de *casting,* no doy el físico para el papel y, encima, por si éramos pocos, tercera cosa: tengo miedo. Porque ahí fuera suena una sinfonía atronadora interpretada por los instrumentos más dispares. Gruñidos, aullidos, bufidos, ladridos, rebuznos, tal vez pasos, tal vez chillidos, demasiado agudos, demasiado graves, demasiado raros para ser humanos. Y junto con la decisión he perdido el valor. Porque ya he pasado otras noches arrullado por ese jaleo nocturno y nunca había tenido problemas para acabar durmiéndome, pero esta vez no, esta noche me empieza a entrar un miedo desconocido, un miedo que crece sin más protección frente al jaleo exterior que una portezuela que encaja mal y una mosquitera. Y hago algo que no tiene sentido. No me preguntes por qué. Llegaré a pensar si los minutos siguientes no serán solo un sueño, el delirio de un desmayo porque me he deshidratado de tanto sudar. Pero soy capaz de jurar por lo que sea que ocurrió de verdad: aparté la mosquitera, me levanté y salí. Voy a exigir silencio a la selva. O a dejarme devorar. No lo sé, no tengo ni idea de por qué lo hago. Porque la noche está siendo muy rara y yo siempre he sido un idiota. O porque estoy soñando o delirando y nada de todo eso es real y eso me permite cometer estúpidas insensateces. Camino unos pasos en la oscuridad. Descalzo, vestido solo con una camiseta interior que chorreaba sudor y unos calzoncillos. A un lado, las ramas parecen moverse. Al otro, un sonido como de respiración agitada surge de entre los arbustos. Me alejo del tenue reflejo de la lamparita de queroseno que tengo en la cabaña. No tengo ni idea de adónde voy, igual que no tengo ni idea de por qué he salido, igual que no tengo ni idea de por qué estoy en esa cabaña y en esa vida que no me corresponde y que la muerte de Oscar y una epifanía provocada por una pistola plateada me ha llevado a emprender. Echo de menos al hijoputa de mi suegro al que tanto deseaba asesinar y a Raquel, aunque la hubiese dejado de querer, y a mis hijos aunque tal vez nunca me hayan querido, a mi vida cómoda de rico dedicado a engordar el abdomen y la cuenta corriente. Y, triste y nostálgico, me encuentro con los ojos. Diminutos puntos negros sobre un fondo de un

amarillo intenso. Brillan como luciérnagas. Y, tras ellos, surge de la oscuridad la cabeza, mientras el cuerpo sigue sumergido en la noche. Y todos los demás sonidos enmudecen a la vez y solo se oye su respiración, un jadeo impaciente, irritado y triunfal. Los ojos amarillos me observan. Bajo ellos, se abren las fauces. No, pienso paralizado, no es posible. Yo no estoy ahí. Estoy en un atasco en la Castellana. Estoy bajando por la escalerilla, metiéndome en mi piscina de agua fresca, que nunca he sido de zambullirme de un salto. Estoy cenando con Raquel y una pareja de amigos, él calvo y con sobrepeso como yo, ella de opiniones intransigentes como mi mujer, en ese restaurante de moda que ha abierto hace poco y que tanto nos han recomendado. Pero ¿quién me ha mandado a mí meterme en este lío?, le pregunto a esa fiera. Lo que me hace dudar de si aquello es realidad o alucinación es que no soy capaz de decirte si esa cabeza es de un león, un tigre, una hiena, un chacal o qué. Pero está claro que tiene calor, hambre y mala leche y que quiere que yo le alivie todo eso. Y ocurre como te lo cuento, Javi, lo creas o no. Nos miramos. Nos medimos. Y sé que voy a morir y en ese momento no pienso ya en nada ni en nadie de los que dejé atrás en mi vida anterior. Solo pienso en Claudia, esa chica a la que apenas conozco aún, pero que he logrado (y, si lo piensas, eso es más que un milagro) que escuche música por mí. Nunca nadie había escuchado música por mí, pienso, mientras me miro con esos ojos amarillos. Y creo, no, mejor dicho, estoy seguro —y puedes considerarme un chiflado— de que la fiera lee mi pensamiento porque, de pronto, deja de jadear y me mira con ojos de un amarillo suavizado y hasta te aseguro que se sonríe un poco. ¿Por ti?, parece decirme divertida e incrédula. Ya, ya lo sé, pienso y le respondo, una chica increíble y oye música por mí, acojonante, ¿eh?, y eso es tan increíble que me va a merecer la pena, si saltas sobre mí para devorarme, lucharé contigo hasta matarte, porque voy a ir a buscarla, esté donde esté, y voy a quitarle el miedo a quererme. Así que, león o hiena o lo que quiera que seas, aquí estoy si te atreves. Y, te lo juro otra vez por lo que más quieras, ese bicho sabe que voy en serio porque menea, entre sorprendido y comprensivo, su descomunal cabezón y luego, joder, Javi, luego asiente. Despacio, pensativo. Macho, créeme. Aquella bestia asintió y estoy seguro de que lo que quería decir era que tal vez yo solo fuese un pobre diablo y, eso sí, una cena apetecible, pero que estaba en el camino acertado, que me

entendía y hasta me apoyaba, que siguiese adelante tranquilo, que todo iría bien. Y después se dio la vuelta y desapareció en las sombras. Algo que recuerdo con tanta nitidez no puede ser irreal. Aquello ocurrió y, a partir de ese momento, me di cuenta de que la decisión seguía ahí, en mi interior, intacta. Había acertado escogiendo esta nueva vida y quería tener a Claudia a mi lado en ella, y todas las dudas, el miedo y la imprudencia absurda de incumplir la sagrada norma de no salir de la cabaña durante la noche solo se debía a aquel calor al que nunca me acostumbraré. Una noche rara. Volví al camastro y me dormí cantándome a mí mismo el *Cumpleaños feliz*.

En el pequeño altavoz, con su sorprendente calidad, sonaba el *jazz* suave de Kandace Springs. Pero Dafne y él hablaban de una música que nada tenía que ver con aquella. Dafne le había preguntado a Hugo por sus preferencias musicales. Yo, con ese clásico vicio de todo padre que tanto irrita a todo hijo, me había adelantado a responder: Hugo nunca ha tenido especial interés en la música, lo suyo es la pintura. Él ignoró mi respuesta y le contó a Dafne que desde hacía algún tiempo le había dado por escuchar lo que él llamaba *rock hooligan.* Música para ingleses muy ingleses, dijo, te puedes imaginar: *gentlemen* pendencieros. Una música que sirve por igual para escucharla mientras te tomas un *whisky* a solas en casa, rebozándote en la modalidad de depresión que prefieras, para animarte a participar en una pelea a lo grande al salir de un partido de fútbol o para bailar en mitad de la noche mientras alzas tu copa para brindar con la luna. Todo muy inglés, eso sí. Así lo explicó Hugo y a Dafne la hizo reír, encantada, y a mí me dejó bastante sorprendido, porque nunca había sabido que tuviera afición alguna a la música.

A partir de ahí, se dedicaron a enumerar grupos, el uno ingleses y la otra españoles, tratando cada uno de atraer al otro hacia sus gustos. David se lo habría pasado en grande con aquella conversación, de la que yo fui excluido por ignorante. Hugo mencionó a Idles, Shame y Sleaford Mods como indiscutibles emblemas de ese *rock hooligan*. Dafne le contraatacó con una defensa de lo que llamó el «nuevo pop de chicas» y le hizo escuchar a Ginebras, Cariño y una tal Rigoberta Bandini. Y cada vez que uno de los dos mencionaba cualquiera de esos grupos y cantantes, que a mí me resultaban por completo desconocidos, ella tecleaba en su móvil y del altavoz surgía una de sus canciones y escuchaban los primeros compases hasta decidir por consenso si eran amables u odiables por ambos. Se lo pasaron en grande con aquella cata de canciones. A mí, en cambio, todas me sonaban familiares, todas me sonaban a ritmos de los ochenta, pero no

di mi opinión de que la música parecía haber evolucionado poco desde entonces porque era evidente que no habría sido bien recibida por ninguno de los dos, entusiasmados por lo que estaban convencidos de que eran sonidos innovadores. Tampoco podía aportar ningún nombre a aquel repaso de actualidad. Yo no había incorporado nuevas bandas a mi lista de favoritas desde Oasis y, siendo generoso, tal vez desde Coldplay. Además, mis gustos siempre se habían mantenido dentro de lo convencional, sin interesarme por lo alternativo o la vanguardia. Y en los últimos tiempos era aún peor. Estaba experimentando una extraña regresión a mis primeros descubrimientos musicales, allá por los quince años, cuando aún eran mis hermanos mayores los que decidían qué se escuchaba en casa y yo carecía de cualquier criterio propio. Volvía a escuchar a Billy Joel y a la Electric Light Orchestra, así que no estaba yo como para desempeñar un papel mínimamente digno en un debate sobre moderneces.

Habíamos bajado a cenar en el piso de Dafne. Llevábamos semanas repitiéndonos unos a otros que a ver cuándo cenábamos los tres juntos, pero nunca lo acabábamos de concretar. Hugo llevaba ya tres meses en mi casa. Dafne y él coincidían a menudo, a pesar de que desde su llegada todas nuestras citas de cama solo tenían lugar en el piso de ella. Se habían caído bien desde el principio y, por fin, esa noche había sido la elegida para esa cena tantas veces propuesta y pospuesta. Dafne preparó su versión del chivito uruguayo, nosotros aportamos la bebida y, antes de que se centraran en la música, habíamos estado hablando de las diferencias entre uruguayos, ingleses y españoles. Nos pusimos los tres patriotas y recorrimos todos los tópicos de cada nacionalidad lanzándonos dardos y encajando los golpes, riéndonos y dando buena cuenta del chivito y de varias botellas de vino.

Hubo un momento en la cena en el que Dafne me cogió la mano, algo que jamás hacía, y me miró y me habló con ese cariño suyo que siempre protegía con un cierto tono burlón, como si le diese miedo o risa ser amorosa, y me dijo:

—¿Sabes que esta podría ser una celebración de aniversario?

No caí en a qué se refería y ella se lo aclaró a Hugo en vez de a mí:

—En estos días se cumple un año desde la primera vez que tu

padre y yo nos acostamos.

Así lo dijo y yo sentí un pudor un poco ridículo. Pero Hugo nos dio la enhorabuena sin inmutarse y Dafne se partió de risa al ver que había logrado su propósito de divertirse un poco a mi costa haciéndome sentir incómodo. Luego, se enredaron en todo aquello de los grupos *hooligan* y yo me limité a contemplarlos, comprendiendo su complicidad. Al fin y al cabo, la distancia generacional entre ellos dos era mucho menor, apenas seis o siete años y no casi treinta, como entre Dafne y yo. De nuevo me sentí (no era algo nuevo y siempre era molesto) un remedo de H. H., esta vez exhibiendo ante mi propio hijo a mi Lolita, aunque fuese de veintisiete años en lugar de diecisiete.

Las cosas habían ido bien entre Hugo y yo. Había venido para quedarse solo un mes y ya llevaba tres. No nos molestábamos. Respetábamos nuestros espacios físicos y emocionales. Dafne apareció sin que yo le hubiese anticipado su existencia y él la aceptó sin hacer preguntas ni juicios de valor. Él me preguntó si me importaba que se quedase algo más de tiempo y yo le dije que adelante, que todo el que quisiera, sin indagar sobre las razones de aquel cambio de planes. Así eran las cosas entre nosotros. Cómodas. Nada más. Yo no podía evitar sentir que faltaba algo entre los dos. Nuestra relación cotidiana se parecía a la de todos aquellos fines de semana dispersos que formaban nuestro pobre pasado en común. Manteníamos conversaciones, comíamos juntos a veces, compartíamos ratos de sofá cada uno con nuestras cosas, todo cordial, incluso afectuoso. Pero había algo allí en medio, entre ambos, algo, toda una vida no compartida, un muro invisible que impedía avanzar en esa cercanía, algo que yo intuía que los dos deseábamos derribar por igual, pero que no sabíamos cómo. Y, en eso, aquella cena con Dafne fue una gran ayuda.

Aquella noche descubrí más cosas de Hugo que en los tres meses anteriores, quizá que en toda nuestra relación de padre e hijo. Dafne no tenía bloqueos, no se frenaba si quería saber. Dafne le iba preguntando, en un interrogatorio con apariencia de conversación, con ese descaro suyo que no resultaba impertinente, sino solo espontáneo, y Hugo le contestaba sin dar en ningún momento señal de hartura. Disfruté de aquella charla porque yo nunca me habría atrevido a preguntarle así, tras tantos años con esas barreras levantadas a golpe de culpa, remordimiento, olvidos y torpezas. Después de la música, hablaron de libros. Hugo era un lector voraz,

cosa que yo tampoco sabía. Leía sobre todo literatura clásica. Inglesa, alemana y española, dijo. Siempre en medio de aquel triángulo que formábamos en su vida su madre, el padre con el que había crecido y este otro padre que aparecía de visita. Había leído el *Quijote,* por supuesto, y a Quevedo y a Lope, y los cuentos de Hoffman y a Goethe y había pasado por una breve época de obsesión con Hermann Hesse, claro, y de lo inglés, a pesar de todo lo leído, al final con Shakespeare le bastaba porque, según dijo, en Shakespeare estaba todo. La novela contemporánea no le gustaba, en especial desarrollaba una manía inmediata por los autores que se convertían en lecturas obligadas: Paul Auster le aburría, a Peter Handke solo le soportaba y no acababa a conectar con Houellebecq. Repasaba sus lecturas con naturalidad, con una erudición sin presunción, con una pedantería perdonable, sin que resultase ostentoso el alarde de ese coeficiente fuera de límites que siempre había sido para él más una carga que una ventaja. Fui a un colegio donde me hicieron creer que era un discapacitado por tener demasiada inteligencia, dijo, cuando dejó de enumerar aficiones para contestarle a Dafne preguntas más personales. Le contó sus años de rebelde social. Antes de los veinte ya había recorrido un intrincado camino ideológico, de laborista moderado a comunista comprometido y de ahí a anarquista destructivo, para regresar después a la casilla de salida, instalado ahora en un llevadero escepticismo concienciado. ¿Su vida amorosa? Cuando decidió iniciar el periodo de reflexión sobre su futuro, decidió también romper con su última novia, una alumna tardía de la escuela de Bellas Artes, una chica nueve años mayor que él, madre soltera de una niña desde los dieciocho, aspirante a pintora hiperrealista, con demasiada intensidad emocional para alguien tan lacónico como él, según dijo. No comenté la curiosidad de que yo estuviera con alguien mucho más joven y mi hijo, en cambio, con alguien mayor que él, por no dar pie a lecturas de aquel detalle que no sabría adónde podían llevarnos. Dafne le seguía lanzando preguntas, él contestaba con una mezcla de solemnidad e ironía, a veces tomándose demasiado en serio, a veces riéndose de sí mismo. Yo observaba, escuchaba, callaba. Disfrutaba de aquel chico que me era tan desconocido, un poco sabelotodo, que a veces rozaba una irritante suficiencia y otras transmitía una indefinida desprotección. Aquel chico no se conformaba. Buscaba. Eso definía su personalidad. Era un buscador. Y eso bastaba para convertirle ante mí en alguien que me

gustaba más de lo que me gustaba el recuerdo de mí mismo a su edad. Era evidente que ya tenía algún lastre en su breve pasado con el que pelear, pero también que no iba a resignarse a cargar con cuestiones, dudas o heridas tempraneras sin esforzarse en encontrar la respuesta, la cura o el camino de salida. Me gustaba aquel hijo desconocido.

Vaciamos una tercera y una cuarta botella. Tras repasar gustos, recuerdos e inquietudes, Dafne llegó incluso a decirle: «Quizá ahora quieras hablar de tu padre» y Hugo me miró, esbozó una sonrisa tímida y solo dijo: «No es un mal tío, ¿no?», y Dafne, burlándose de nuevo, se mostró de acuerdo en que no había mucho más que se pudiese decir de mí.

Cambio de tema. Me alivió.

—¿Por qué sigues en Madrid? Viniste a pasar junio y ya estamos en agosto —le dijo ella con un tono que a veces sonaba más a psicoanalista argentino que a anfitriona uruguaya.

Y aquella fue la primera pregunta de la noche a la que Hugo contestó en inglés, con una sonrisa tontorrona: «¿Conoces la canción? “Ella se comporta como el verano y camina como la lluvia. Habla como abril, pero huele a junio”». Dafne reconoció aquellos versos y los continuó, también en inglés: «¿Navegaste a través del sol? ¿Llegaste a la Vía Láctea?». Los dos se echaron a reír con complicidad y yo hablé por primera vez en mucho rato:

—Ana —dije, sin saber por qué lo sabía.

Hugo me miró y, con una expresión a medio camino entre la pillería, la confesión y un cierto rubor, asintió.

Se había enamorado de Madrid viendo la ciudad a través de los ojos de Ana, la hija de Blanca. Se lanzó a hablar de ella con el entusiasmo con que se habla del amor recién estrenado. «No puedo irme y dejarla atrás y ya está», dijo y, si a lo largo de la noche me había parecido demasiado adulto, en aquel momento se mostró demasiado adolescente. Habían quedado tras conocerse en la casa esa cochambrosa que Blanca y Arturo, los padres de ella, habían inaugurado con tanto orgullo (David la había definido con humor pero sin piedad aquel día como «un espanto de vivienda rural de ricos de ciudad con ganas de jugar a ser pueblerinos», y yo estuve de acuerdo). Primer día juntos. El Retiro y horas caminando por calles con fachadas de novela de Galdós y después una exposición de cuadros que solo le parecieron manchurrones con pretensiones en Tabacalera. Cada

minuto que pasaban juntos confirmaba que compartían aficiones e intereses. Hugo disfrutó contándonos todas esas tardes de postal idílica. Una segunda cita: charla en la terraza del mercado de San Andrés, tanto que decir, tantas ganas de descubrirse, un segundo antes eran las ocho de la tarde y un segundo después son ya más de las doce y los echan para cerrar. Y, a partir de ahí, mil tardes más: el teleférico de Casa de Campo, la azotea de un hotel en la plaza de Santa Ana en el que ella le explicó que solían alojarse los toreros los días de corrida, fotografías frente al dulce rostro de *Julia* en Colón y un primer beso durante un concierto en el patio de Conde Duque. Tres meses haciendo vida de turista enamorado.

Ana era también, por supuesto, su compañera de todas aquellas noches en que volvía a las tantas, sobre las que yo nunca me había decidido a preguntarle adónde o con quién iba. Lo llevaba a recorrer los bares de Malasaña, Chueca y la calle Bailén, los mismos garitos de mi propia juventud aún abiertos. Le descubría clubs y cafés, locales de *rock* y de *jazz,* empezaban viendo el atardecer de la ciudad desde el mirador de Cibeles y terminaban compartiendo un amanecer de sueño y ensueño en las escaleras del Palacio Real después de una sesión de *funk* en el Marula. Madrid, como ellos, nunca tenía fin.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le pregunté, solo por curiosidad.

—Pensé que te podría molestar que saliese con la hija de tus amigos —me contestó.

Dafne disfrutaba aquello.

—Tu padre es un poco antiguo y bastante cascarrabias, pero con él no hay nada que temer —dijo un poco burlándose, un poco en serio.

Hugo le describió a Dafne cómo era Ana. Le dibujó a una chica perfecta, la joven divertida, dulce, vitalista, misteriosa, de la que hablan siempre las canciones y que solo existe a los ojos de quien la ama. Todos hemos estado enamorados de esa misma chica, que es Ana y lo son todas hasta que el amor empieza a ensombrecerse. La chica con olor a verano. La chica a la que, si la pierdes, seguirás buscando el resto de tu vida.

Hugo transmitía una felicidad que solo existe en la juventud, que con el paso del tiempo somos tan idiotas que olvidamos que es posible.

Yo le miraba, sin escucharle ya. A él y a Dafne. Era raro. Aquella noche que era ya madrugada, aquella cena de chivito y vino y Hugo desnudándose ante nosotros y Dafne encantada de escucharle, sabiendo que cumplía una misión, ofreciéndome a mi propio hijo a través de sus preguntas, como si con cada una fuese deshaciendo el envoltorio de un regalo, ayudándome a verle como nunca le había visto, fue el momento en que había estado más cerca jamás de tener una familia. Hasta aquella noche no supe que me faltaba, no sentí jamás nostalgia ni deseo de la familia que nunca creé. Jackie y yo apenas duramos lo suficiente para perfilar un esbozo de lo que hubiese podido ser. Después, vinieron años de huida y olvido. Y por fin apareció Dafne, que era mi cómplice y mi coartada, a quien quería de una manera parecida al amor, y eso era suficiente. Hasta esa noche. Fue extraño. Porque me resultaba ajena a mí esa imagen familiar tan poco tradicional, el papá cincuentón, su joven amante y el hijo casi desconocido. Porque de pronto ansiaba y añoraba y disfrutaba de la sensación de estar en familia, aunque supiese que aquella solo fuese a durar una noche y no toda una vida. Porque me sentía muy feliz y a la vez más solo de lo que nunca me había sentido.

Nos marchamos a las tantas, cuando ya no quedaba ninguna botella en el piso por vaciar. Dafne me despidió dándome un beso un poco maternal y susurrándome un dulce «de nada». Yo pensé que ella ya habría merecido la pena en mi vida, aunque solo fuese por aquella noche.

Hugo y yo nos tambaleamos y tuvimos que apoyarnos en la pared para subir las escaleras. Creo que los dos nos sentíamos a la vez espesos de tanta bebida y ligeros tras tanta conversación, como si para mí conocerle y para él darse a conocer nos hubiese quitado a los dos un peso de encima.

Aún en el rellano, antes de entrar, me dijo:

—Hay algo que nunca te he dicho.

Me detuve cuando iba ya a abrir la puerta y le miré.

—Leí tu novela. Hace ya mucho.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—No lo sé. Nunca encontré el momento.

—¿Te gustó?

Hugo se encogió de hombros.

—Me pareció horrorosa.

Yo me pasé al inglés:

—*Fuck you.*

Los dos nos reímos. No solíamos reír juntos.

Dormí hasta casi el mediodía y habría dormido más aún de no haberme despertado el móvil. Contesté con intención de gritarle al presidente del Gobierno que me dejara en paz. Pero no era él. Era Blanca.

—¿Podríamos vernos? Querría hablar contigo.

—Claro —repuse aún dormido—, dime dónde y allí estaré.

—¿Te parece bien mañana por la tarde, a eso de las siete y media?

—Cuenta conmigo —le dije, porque cuando nos llamábamos el uno al otro siempre respondíamos así, sin necesidad de preguntas, era nuestro pacto. Solo había que decir eso, cuándo y dónde.

—Te estaré esperando en La Vía Láctea.

Somnoliento aún, pensé que me gustaba cómo sonaba aquello. Me trajo el recuerdo de la noche anterior, aquella canción cuyos versos recitaron mi amante uruguaya y mi hijo inglés, toda mi familia.

Madrid en agosto es una naturaleza muerta. El tiempo se olvida de pasar y las historias se detienen en un lugar intermedio entre su principio y su final a la espera de que el primer viento del otoño las resucite. Las personas que se atreven a caminar por la calle parecen vagar sin rumbo, como si hubiesen olvidado por qué viven en esa ciudad, adónde pretendían ir y adónde no sabrán ya nunca volver. El asfalto de las calles reluce sin atascos y los pocos coches que pasan parecen ir pidiendo perdón sin atreverse a darse el gusto de correr por una vez que pueden.

Madrid en agosto es una siesta de abuelo, una oficina en hora de cierre, una tienda sin clientes, un teatro sin función. La ciudad se queda sin parques, los pájaros se ahogan en las fuentes, los bancos se quedan sin sombras. El sol ocupa los pisos vacíos, juega a la pelota en los semáforos, aparca en prohibido y roba carteras en las paradas de autobús. Los héroes urbanos se han ido a la costa y su lugar lo ocupan obreros resignados que destripan las calles y cumplidoras almas en pena que viajan en metro. En Madrid en agosto solo parecen quedarse los que no saben adónde ir. La soledad se engaña con amigos que solo duran una caña, con romances tontorrones de película de los sesenta, con proyectos de nuevos comienzos que quedarán sin comenzar y con sueños húmedos que el invierno secará.

Y él es solo uno más de ellos: luchadores anónimos, vagabundos abrasados por el sol poniente. Un madrileño en agosto. Camina por las calles cogido de la mano de la tentación, del impulso, de las ganas de rendirse, de abandonar. Se llama Jorge, pero podría llamarse de cualquier otra manera porque en Madrid en agosto hay muchos como él. Caminantes que buscan. Se siente tan anónimo que ni siquiera se siente él. Y lo peor es que lleva un tiempo sintiéndose así. Un reemplazo, un sustituto, un retrato borroso de otro. La decisión sigue firme, lo ha hablado con una fiera en la selva africana, se lo contó a su amigo Javi y este lo miró como si hubiese perdido la cabeza, pero es

así. Está decidido y a la vez duda. Pero ya no duda de lo que hace, sino de lo que es. Porque ya no sabe si es él, si lo que está viviendo es su vida o una copia empobrecida de lo que debió de ser la de otro. Tal vez sea cosa del calor, que de tanto golpear acaba confundiendo las ideas. O de que ya hace tres meses.

Es Madrid en agosto, puta locura de calor, y Jorge busca a Claudia por las mismas calles por las que ella sale a pasear cuando busca claridad de ideas. Hace tres meses que no sabe nada de ella. Piensa, le había dicho él. Y ahora se está volviendo loco. Un loco bajito, calvito, gordito y sudoroso que atraviesa a paso ligero el atardecer. Tres meses hace que duda quién es. Desde que ella se fue.

¿Qué es? ¿Es un encubridor, un sucesor, un amigo leal? Sea lo que sea, no es él, es solo un recordatorio, un apéndice del amigo muerto, la secuela, que ya se sabe que es siempre peor que el original. Oscar 2, menuda película. ¿Ha asumido la responsabilidad de un gran proyecto o tan solo la tarea de esconder y enmendar errores y mentiras? Es solo un fontanero, un manitas, el Señor Lobo, arregla problemas. Enmendar las mentiras de Oscar con los Poblados. Enmendar las mentiras de Oscar con Claudia. Quiere ser una versión mejorada de Oscar. Y, si lo consigue, ¿cuál será el resultado? ¿Qué vida habrá merecido la pena: la de Oscar, corregida por él, o la suya, sin identidad propia? Sin Claudia, tras esos tres meses saltando a solas de un continente a otro, no duda de su decisión, duda de si esas preguntas tienen siquiera sentido o si es solo que esa vida redefinida en la que se ha embarcado le está volviendo loco, si la soledad le está afectando hasta no saber ya si es él mismo o es otro. No le es fácil estar solo. Nunca lo había estado. Había pasado del piso de Fernández de la Hoz a la casa de La Moraleja, de vivir con sus amigos a vivir con Raquel y los niños y los suegros. No sabe estar solo, no sabe ser él. Y ahora, a los cuarenta, ha descubierto que la soledad hay que aprenderla.

Cuando el sol al fin se toma un descanso, dejando que el calor no baje ya cayendo a plomo desde el cielo, sino que suba desde el suelo recalentado, Jorge decide hacer una pausa. Entra en un bar con pinta poco apetecible. Copas y cerveza fría, promete un poco seductor cartel negro con letras blancas a la entrada que parece una reliquia de otra época. El interior es apenas un pasillo y una barra. El bar se llama La Chimichanga, aunque allí no se sirve comida ni hay ningún elemento

decorativo que haga pensar en México. El camarero tiene rasgos árabes y por la radio suena una canción en inglés que Jorge no reconoce. Él no sabe de música. Hasta tiene algo de traidor porque hace ya muchos años que dejó de escuchar canciones modernas y solo escucha a Mahler, Dvořák y, a veces, Satie.

En el bar hay solo dos clientes, ahora tres. Todo aquello le trae a la cabeza, en uno de esos caprichos de la memoria, una película en la que nunca más volvió a pensar después de verla. Hasta ese momento. *Barfly,* se llamaba. Los ochenta enfilaban su recta final como una fiesta que se acaba. Mickey Rourke empezaba a dejar de ser guapo y pronto comenzaría a destrozarse la cara en *rings* y quirófanos. Era el protagonista de aquella historia triste, sórdida y aburrida que había escrito Bukowski sobre tipos que veían pasar la vida sentados en una barra, los *barfly,* moscas de bar, derrotados que van soltando billetes y esperando que a cambio el camarero les mantenga el vaso lleno, sin importarles el paso del tiempo ni nada de lo que ocurra más allá del trago siguiente. Había llevado a Raquel a ver esa película en una de sus primeras salidas juntos. A ella le pareció un espanto, claro. Le regañó por haber elegido tan mal. No le faltaba razón, los perdedores no inspiran, solo dan asco. Por eso él, contra todo pronóstico, iba a ser un ganador. Por ti, Raquel. Por tu padre y por el mío, Raquel. Ahora, se sentó en la barra y se preguntó cómo sería no volver a moverse de allí, en compañía de los otros dos, convertido en eso, un *barfly* a los cuarenta, sin nada que conseguir más allá de un vaso con *whisky*. Él había nacido para eso, se dice, en ese revoltijo de ideas que le hierven en su cerebro sofocado. Su destino natural era ser un perdedor y hasta cuando todos creían que era uno de los vencedores, el ejecutivo agresivo, el consultor ricachón, él seguía sintiendo que había perdido. Ahora ya no sabía en qué bando estaba, con los que ganan o con los que pierden, porque se sentía en ambos lados a la vez.

—¿Tienes un cigarro? —le pregunta uno de los dos tipos de la barra, un tipo demacrado, de mejillas de piel picoteada, que puede tener cualquier edad entre cuarenta y setenta.

Jorge le dice que no.

—¿Me invitas a algo?

Le dice al camarero que le sirva al hombre lo que quiera.

—Una vez fui rico —le dice su nuevo amigo, sin venir a cuento.

—Yo también —le contesta Jorge.

—Era una mierda, ¿verdad?

El borracho cuarentón, cincuentón o lo que sea suelta una risita con flema y carraspera. Jorge lo mira y piensa que la vida no es un sistema cerrado, un infalible modelo matemático. La vida no consiste en una especie de equilibrio perfecto entre esfuerzo y recompensa, premio y castigo, siembra y cosecha. Yin y yang, diría Claudia. Tonterías.

—¿A qué te dedicabas? —le pregunta Jorge.

El hombre se lo piensa unos segundos y luego desiste.

—No me acuerdo. Pero a las mujeres les gustaba. No sabes cuánto...

No es tan simple, sigue pensando Jorge. Un caos aleatorio, eso es vivir. Te sientan en la mesa, te reparten cartas y nadie te explica las reglas del juego. Lo único que intuyes es que tu principal objetivo es mantenerte vivo. Y, a partir de ahí, ya se verá lo que te va concediendo el azar, la causalidad, tu ángel de la guarda o tu hada madrina. Y según avanza la partida, sigues sin entender el objetivo del juego. Lo único que acabarás comprendiendo es que al final no habrá nadie que te aclare si has ganado o perdido. Es algo que tendrás que decidir tú solo.

Pero hay otra opción. Ahora se da cuenta. Ser eso, un *barfly*. Sentarte en la barra de un bar, quedarte ahí, y dejar que sean otros los que jueguen mientras tú solo dejas el tiempo pasar. No, él nunca ha sido así. Demasiado impaciente para eso. Demasiadas cosas que hacer. Demasiado ocupado en vivir esa vida que es la vida que Oscar se dejó pendiente de vivir.

—No puedo quedarme aquí —le dice a su nuevo amigo.

Se levanta y da un par de billetes al camarero y le dice que, hasta que se acabe el dinero, mantenga llenos los vasos de sus dos clientes, el del tipo con el que ha estado hablando y el del otro, que está en una esquina y lleva puesto un abrigo en Madrid en agosto y ni habla ni mira a ninguna parte, a saber si alguna vez también fue rico, a saber si también les gustaba a las mujeres.

Jorge regresa a las calles ya apagadas. Una brisa sin opciones de triunfo trata de atravesar ese calor con olor a asfalto reblandecido que asciende con el espesor de un sudario. Camina hasta su casa. Tres meses esperándola. Ponto se irá otra vez a África. Antes, va a pasar un par de días con los niños, se los va a traer al piso aunque sea

apiñándose un poco, Raquel ha aceptado, aprovechará para irse unos días a la Costa Brava con unas amigas, encantada, Raquel sí que no tiene dudas, es una ganadora, si lo llega a saber antes no alarga el matrimonio ni un día más, dinero de sobra y sin el aburrido de Jorge a su lado, viva la vida loca, acabará metiéndole billetes en el tanga a un musculoso *boy* brasileño en algún club playero, piensa Jorge, primero solo para reírse, luego convencido de que lo acabará haciendo.

Al llegar la noche en Madrid en agosto, hay quien sale de los escondites en los que todos tratan de protegerse de ese verano que es un estorbo y de olvidarse de esas vacaciones que no pueden tener para buscar una alegría que resulta siempre un poco forzada, un poco de juguete, para buscar una apariencia de pueblo en fiestas, de verbena y de chiringuito de playa, en las terrazas de una ciudad con bajada de tensión. Todos en Madrid, Jorge también, saben que en Madrid en agosto es mejor no pensar, no tomar decisiones, mirar para otro lado y cambiarse de acera si te encuentras de frente con la vida.

Pero, a veces, para algunos desafortunados, no hay escondite posible. No hay tiempo para prórrogas ni treguas ni espacio para puertas falsas por las que escapar. A veces, toca dar un empujón a la propia vida en Madrid en agosto y entonces, cuando es inevitable hacer elecciones con el pensamiento cegado por el sol, la ciudad, el mes, el calor pueden ser una trampa de la que hay que saber escapar. Jorge lo sabe, le asusta, no está seguro de si lo logrará.

Llega al edificio de su piso. El *whisky* de La Chimichanga impregna su calva y su camisa, transformado en un sudor denso y dulzón. Acabará derretido con todo esto de padecer en Madrid un calor africano y de padecer en África un calor infernal. Abre la puerta e intenta aspirar el aire apenas un grado más fresco del interior del portal. Y ve la figura al contraluz que surge del fondo y que se detiene ante él y le dice:

—Te estaba esperando.

Y sonríe y después ríe.

—Y yo a ti.

Nunca se gana del todo, nunca se pierde del todo. Pero en ese momento Jorge, nacido por físico, por personalidad, por presión familiar, por su tendencia a tomar malas decisiones y a precipitarse, para ser un perdedor, se siente por completo ganador.

Claudia está ahí. Ha vuelto.

Ella dio algunas vueltas al vaso para que la copa recién servida mezclara bien. El hielo tintineó contra el cristal. Yo la miré con falsa expresión de padre reprobador.

—Cuatro.

—No hay problema. Sabes que tengo aguante.

—Pero yo no. Ya estoy borracho. No quiero estar borracho ahora.

—Desde luego, no deberías. Me gustaría que recordaras lo que queda por decir.

Una pareja de no más de veinte años ha subido para fundirse en besos que parecen dentelladas en una de las mesas más esquinadas. Hay grupos como los de antes, pero ahora son otros. Tres amigas de más de treinta se han sentado cerca de nosotros. Beben copas de colorines y las podemos oír cómo despotrican de los hombres. Dos chicos, también en los treinta, están charlando con sonrisas de cortesía, aún tímidos, pero está claro que acabarán la noche amándose.

Se siguen alternando ráfagas de canciones en inglés y en español. Ahora se oye a Kodaline y *High Hopes*. Es una canción llena de melancolía, algo que no nos hace falta porque andamos sobrados de ella en ese momento. «Las grandes esperanzas me han llevado de regreso adonde empezamos», dice la letra.

—¿Quieres que bailemos? —le propongo a Blanca, aunque allí no se baile, solo es una gracia de borrachuzo.

—¿Contigo? ¡Ni loca! Siempre fuiste un pésimo bailarín.

—Entonces —le guiño un ojo con expresión pícara—, ¿prefieres que nos saltemos prolegómenos y directamente vayamos a hacer el amor?

Ella pone cara de pensárselo.

—Vaya, esa sí sería una manera inesperada de despedirnos —me mira y me confunde ver que, a pesar de su sonrisa, hay más seriedad en su mirada de la que me cabe esperar—. Sí, tal vez tú y yo

deberíamos habernos acostado. Hace veinte años, hace dos o esta misma tarde.

—Aún estamos a tiempo. La noche acaba de empezar.

—Ni de broma. No pienso humillarme dejándote que me compares con esa novia tuya jovencita.

—Seguro que eres mejor.

—Quizá antes. Ahora no me pillas en mi mejor momento, ¿sabes?

Los dos reímos y nos dejamos de ese coqueteo picante que no nos pega, que es solo una forma de quitar nervios, de ganar un poco de tiempo, porque sabemos que algo se aproxima.

Ella ya no quiere esperar más.

«Es hora de dejarlo ir y empezar de nuevo —dice la canción—. Pero no es tan fácil», continúa, y en eso estoy de acuerdo.

—Hay algo que quiero que sepas.

—¿Aún quedan secretos?

—Este es el último, lo prometo.

Blanca sonrió. Cogió el mechero que le servía de calmante. Lo encendió y lo apagó. Lo metió otra vez en el bolso. Observó los hielos en su copa y luego a mí.

—Este es un secreto que nunca he tenido la necesidad de contar. Y no pensaba hacerlo. Pero he cambiado de opinión.

—Dime.

Ella se ha puesto seria.

—Arturo y yo... —empieza.

Se interrumpe. Duda. Da un sorbo a su copa.

Se decide.

Menos de dos años casados. Él lo deseaba con locura. No había manera de que ocurriese. Cada mes era un fracaso, la vida terminaba y tenía que volver a arrancar en cada ciclo. El deseo y el placer fueron sustituidos por requisitos técnicos. Un médico pasó a marcar las pautas de su intimidad, a decir cómo y cuándo. Postura correcta, días adecuados. Un continuo sube y baja entre la esperanza y la decepción. Hasta que llegó. Por fin. Arturo se moría de felicidad. Ella también.

Blanca calla.

—Oscar y yo...

Me anticipo viéndolo venir.

—No me jodas, Blanca...

Ella me ignora. Grandes esperanzas, repite la canción.

—Años después quisimos darle un hermano a Ana. Repetimos todo el proceso. Yo siempre había tenido claro lo de ella, pero aproveché para asegurarme. Volvimos a los análisis y las consultas, una pesadez, pero en el lío de todo ello me las apañé para conseguir las muestras necesarias para la prueba. No para el nuevo bebé. Para saber sobre Ana.

—¿Lo sabe Arturo?

—Claro que no —Blanca me miraba con una mirada de repentino cansancio—. Ya te he dicho que he cargado con mis secretos. Hasta hoy.

—¿Y por qué me lo estás contando?

—No lo sé. Porque tu hijo y Ana están saliendo juntos. No sé si lo suyo irá a alguna parte o se quedará en un amor de verano o qué. Pero creo que debías saberlo. Alguien debe saberlo para que no se vaya conmigo.

—Así que mi hijo podría acabar siendo pareja de la hija de Oscar.

—Sí. Suena extraño. Nuestra hija. Oscar y yo...

La canción termina y en el breve silencio antes de que empiece la siguiente se oye la voz de pito de una de las chicas protestonas a nuestro lado: «¿Te puedes creer lo que me hizo ese cerdo?». A la pareja jovencita del fondo le da igual lo que le hizo, siguen a lo suyo sin pausa ni para respirar. Los dos hombres hablan a media voz, apenas le dirigen una breve mirada a la chica gritona, luego vuelven a hipnotizarse el uno al otro, la cita está yendo bien.

Bowie comienza a cantar *Absolute Beginners*. Es una de esas canciones que me ponen triste sin ser triste.

—Es curioso cómo, al final, todos hemos terminado viviendo al servicio de Oscar —digo—. De una u otra manera, todos hemos acabado convirtiéndonos en guardianes y garantes de su posteridad.

Nosotros éramos absolutos principiantes, él no. Oscar era el único que sabía lo que quería. Los demás éramos solo unos niños haciendo pruebas, absolutos principiantes, y ya entonces libramos nuestras primeras batallas y a veces ganamos y muchas otras perdimos y, cada uno lo mejor que pudo, sobrevivimos a aquellos años de búsqueda e ignorancia. Uno es afortunado si logra sobrevivir a su propia juventud. Y ahora Blanca y yo estábamos allí recogiendo los restos de aquellos años, poniendo orden en lo que aún quedaba fuera de sitio.

Ella sonrió y Bowie le dijo: «Mientras estés sonriendo, no necesito

nada más».

—Si Hugo se porta mal con Ana, volveré para matarle —me dice, sin dejar de sonreír.

Los dos sabemos que ha llegado el momento de irnos.

—Blanca...

—No, no digas nada más.

La voz de Bowie nos acompaña hasta la calle. Nunca volveremos allí. Ni a aquel bar ni a aquellos años. «I absolutely love you», canta Bowie. Y yo siento lo mismo que él. Hay momentos en que uno siente las cosas de una manera absoluta.

En la acera, con la infinita Vía Láctea ante nosotros, abrazo a Blanca. No, no soy bueno para esos momentos. Siempre he esquivado las efusiones. Pero no esta vez. Esta vez la abrazo con fuerza, en silencio, incapaz de soltarla.

Tal vez debí haberla abrazado también aquella otra noche, en ese mismo lugar donde estábamos ahora. No hubiese sido un abrazo de despedida como este. Tan solo debí haberla abrazado para no permitirle irse, para retenerla, para no coger aquella moto ni ir al piso de Fernández de la Hoz ni haber visto lo que vimos. Para protegerla.

Porque quizá yo lo sabía. Aquella era una duda que llevaba acompañándome desde entonces. Sospechaba de mí mismo, desconfiaba de mí, investigaba en mi propia memoria, interrogaba a mis recuerdos. Y nunca había logrado alcanzar una conclusión definitiva. Aquel era mi crimen sin resolver. Pero algo me decía que, por más que, como buen criminal, me resistiese a confesar, lo sabía.

Nunca he sido capaz de recordar cómo. Quizá ni siquiera aquella noche, borracho y aturdido, habría sabido concretarlo. No sé si lo había intuido viéndolos juntos en algún momento de la fiesta o si me crucé con ellos cuando se marcharon o cómo. Puede que lo borrase de mi mente para no tener que reconocérmelo a mí mismo. Porque eso lo cambiaba todo, eso me hacía pasar de víctima a verdugo, de incauto a canalla, de ser alguien a quien podía compadecer a ser alguien a quien debería detestar. Nadie quiere no gustarse a sí mismo. Por eso llevaba años queriendo convertir en duda lo que sabía que era certeza. Y, aun sabiéndolo, acepté la petición de Blanca y la llevé al piso. Por rabia, por desesperación, por castigo, porque libraba una batalla perdida y aquella era mi venganza o porque yo era un absoluto principiante y me creía que con aquella retorcida jugada aún me quedaría alguna

remota posibilidad de ganar. Jamás sabré por qué lo hice. Pero sabía lo que íbamos a encontrarnos y a pesar de ello me dio igual el daño que iba a hacerle y llevé a Blanca para que los viera, para verlo yo, da igual si con ello pretendía destruir o salvar algo, porque yo que tanto necesito siempre etiquetar todo con sus motivos nunca he logrado concretar ese porqué.

Si le hubiese dado aquel abrazo ella habría seguido con Oscar. Yo habría seguido tras Silvia. Tal vez nada habría sido mejor o tal vez sí. Nunca lo sabremos. Pero, allí mismo, donde ahora nos despedíamos, yo había cambiado para siempre nuestras vidas, cuando no le di aquel abrazo que le daba ahora con treinta años de retraso.

Fue un abrazo largo y doloroso, efímero y culpable.

—Esto no es justo.

—Nunca lo es.

Y Bowie dejó de cantar.

—Doctor, creo que tendrá que conformarse con este mensaje en el contestador. No voy a acudir hoy a nuestra última sesión. No lo malinterprete ni se lo tome a mal, por favor. Marta tenía razón. Merecía la pena ir a hablar con usted. Tal vez no me haya quitado el miedo, pero, al menos, me ha ayudado a alcanzar mi propio diagnóstico. He vivido, doctor. Estoy segura de ello. Contarle todo lo que le he contado me ha permitido llegar a esa respuesta. Todo eso fue vivir. Ya no hace falta seguir, ya le di hasta una escena final que no requiere epílogos. Hoy me fallan las fuerzas para acudir a verle y añadir más palabras innecesarias a esa conclusión. Discúlpeme, doctor. Hoy me quedo en casa. Necesito descansar. Y las demás preguntas que van apareciendo, tal vez secundarias pero también importantes, tendrán que quedarse sin responder: ¿quién vivirá lo que a mí no me ha dado tiempo a vivir?, ¿quién bailará esas canciones que yo ya no escucharé?, ¿quién dirá las palabras que me quedaron por decir?, ¿adónde irán mis besos, mis lágrimas, mis silencios, mis miradas?, ¿quién recordará a aquella chica con una cinta en el pelo?, ¿qué quedará después?

Entré en el restaurante y le busqué con la mirada. Me hizo señas con la mano hasta que le vi. Fui a la mesa en la que me esperaba, nos saludamos y me preguntó, siempre tan solícito, qué quería tomar, para pedírselo él al camarero. Habían pasado tres o cuatro meses desde la última comida. Quince años después de haber salvado a su hija de ahogarse en la piscina, Víctor y yo seguíamos comiendo juntos. Una vez al trimestre más o menos.

Todos tenemos algún secreto. Este era el mío.

Víctor había ido haciéndose mayor exactamente como era de esperar que lo haría: igual que como había sido. Su pelo era más canoso, sus interesantes arrugas al sonreír eran eso, interesantes, nada de arrugas de vejez, y seguía teniendo ese cuerpo afilado, siempre hecho un pincel. Un hombre para hacer anuncios, como siempre. Era como antes, sereno, amable, reflexivo y con un suave sentido del humor. Le seguía gustando hablar de libros, de cine y de política (la música la dominaba menos) y nunca mantenía posiciones tajantes ni tenía opiniones viscerales ni mostraba reacciones airadas ante nada. A lo largo de los años habíamos ido consolidando una plácida amistad que solo exigía esa comida trimestral en restaurantes más agradables que de moda. Nos contábamos descubrimientos de libros o películas y él planteaba algún debate sobre la actualidad política, creyendo que, dado mi trabajo, yo compartía su interés por el asunto, cosa sobre la que nunca le desengañé. Nos contábamos algún detalle de nuestras vidas, sin entrar en un exceso de intimidad (nunca me atreví a preguntarle, por confirmar mi sospecha, si los años habían reducido o no el ritmo frenético de su vida sexual con su esposa). Con él todo era correcto, de tonos tenues, a media luz, charla de caballeros. Un agradable aburrimiento. Quince años después, tras más de cuarenta comidas, me seguía cayendo demasiado bien y a la vez seguía pensando que jamás le habría tenido por amigo si su mujer no fuera quien era.

Fingía. Esa era la esencia de aquel secreto.

No había vuelto a ver a Silvia. Mantuve la distancia con ella como un alcohólico rehabilitado. Ya se sabe: basta olerlo para recaer. Así me habría pasado a mí con ella, estaba seguro. Nunca la llamé ni le puse un mensaje de texto ni nada y ella tampoco se puso jamás en contacto conmigo. Se repitió el mismo proceso que después de aquella noche en que la pillamos con Oscar. Ella, supuse, aceptó sin más aquel desenlace, como hacía con todo, sin pelear, sin mover un dedo por conservar algo de mí. Y yo me obligué a mantener la distancia. Sin dejar un solo día de amarla. Durante todos aquellos años, seguí queriéndola como siempre la había querido: con un amor tan rendido como desesperanzado, con más desencanto que despecho, con un amor exhausto que nada espera, que sabe que nunca estará acompañado y ahora, además, con un amor a la defensiva.

Ver a Víctor era mi única debilidad, mi pecado inconfesable, mi placer prohibido, mi trampa hacia él, mi traición a mí mismo. No me interesaban lo más mínimo sus gustos literarios o cinéfilos. Yo podía ser en exceso convencional, pero él me superaba, lo suyo era de manual, unos gustos marcados por las recomendaciones de los suplementos dominicales, sin criterio propio, sin improvisación ni curiosidad. Tampoco le prestaba atención cuando hacía sus análisis políticos y, cuando me pedía que le diese mi opinión sobre cualquier asunto, me la inventaba sobre la marcha, como hacía con muchos de mis discursos. Todo eso solo era para mí el precio que había de pagar. Simular interés, aguantar conversaciones poco estimulantes, mantener viva la débil llama de aquella amistad impostada. Porque, en realidad, lo único que de verdad me importaba era eso otro, esos minutos residuales en que ya no había libro o película que reseñar ni polémica política que comentar y yo, como quien no quiere la cosa, le preguntaba sobre cualquier cuestión aparentemente casual: qué pensaba hacer estas vacaciones o cómo estaban los niños, esas cosas. A veces no lograba mi objetivo y tenía que aguantar su explicación sobre los problemas que estaba teniendo su hijo para aprobar Cirugía Bucal, lo cual le estaba amargando su último año de Odontología, o lo poco que le gustaba que su hija saliese con un erasmus polaco porque en una de esas la cosa cuajaba y la chica acababa yéndose a vivir a Varsovia. Y ni mención de Silvia.

Pero otras veces recibía el premio a mi paciencia y mi astucia:

«¿Te he contado que estuvimos en las Islas Fiyi?», me decía, por ejemplo. Yo ponía cara de bobo: «Dicen que es como el paraíso». Y él picaba. Sacaba el móvil y me enseñaba las fotos de sus exóticas vacaciones. Y ella acababa apareciendo. Tenía que soportar que en la foto le estuviese abrazando o que estuviesen cogidos de la mano mientras con la otra él mostraba orgulloso un pez enorme que acababa de pescar. Allí estaba. Sus grandes ojos, su sonrisa despreocupada, todavía guapa sin darle importancia a que lo era, acostumbrada a haberlo sido durante todas las etapas de la vida, a serlo aún. Miraba a la cámara, pero yo sentía que me miraba a mí. A través de la pantalla del móvil, a través de los años. Dolía. Una recaída, un derrumbe emocional, masoquismo en vena. Vuelta a la adicción, al mono. Víctor se guardaba el teléfono tras haberme mostrado únicamente tres fotos de las cuales ella solo salía en una y, en cambio, su repugnante trofeo de pesca en dos. «Perdona, no hay nada peor que los pelmazos que van enseñando sus fotos de las vacaciones». Y yo me reía: «Ja, ja, ja, por Dios, Víctor, encantado de verlas, es un lugar precioso, enséñame todas las que quieras».

Víctor me tenía una admiración un poco infantil. Admiraba mi buena memoria para recordar datos de libros o películas y, sobre todo, se creía que yo tenía profundos conocimientos de política. Le deslumbraba todo ello lo suficiente como para no darse cuenta de lo que yo andaba buscando cuando, fracasados esos otros intentos más sutiles para saber de ella, yo ponía tono desinteresado, simulaba que lo hacía solo por rellenar conversación, y daba un paso más diciendo cosas como: «¿Y Silvia qué tal?, me contaste que estaba yendo a un curso de encuadernación clásica de libros, ¿no?» o «Supongo que tu mujer habrá superado ya aquella lesión que tuvo en la rodilla y habrá vuelto a jugar al pádel, ¿no?». Y él daba respuestas breves, entraba en pocos detalles, creyendo que aquellas eran solo preguntas de cortesía y que me aburriría una larga respuesta, y yo iba uniendo cada pequeño dato como piezas de una maqueta, siempre incompleta, una figura más imaginada que real. Silvia, como él, también vivía en una felicidad sin sobresaltos. Deportista moderada (pádel una vez a la semana, con amigas y monitor), aficiones de esposa de dentista con hijos ya crecidos (el apasionante mundo de la encuadernación de libros), carácter complaciente («Ya sabes cómo es, siempre dice sí»), encanto maduro («He sido muy afortunado por haberme casado con

ella»). La imaginaba siendo como siempre había sido, dejándose llevar, sin meterse en líos si los líos no iban en su busca, sin quejas ni lamentos, siempre acomodada a una realidad que nunca tuvo ni las ganas ni el empuje para dirigir, bajo la tormenta si eran días de lluvia, al borde de la piscina si salía el sol. Silvia nunca se preguntaría por qué cambian las estaciones, quién escucha la caída del árbol en el bosque vacío, dónde pasan la noche los pájaros que no tienen nido. Ella no necesitaba respuestas porque no se hacía preguntas. Para ella, la vida no era algo que se vivía, sino solo algo que continuaba.

Me contuve. Nunca volví a asomarme por encima de un seto. Nunca fui al club de pádel o al taller de encuadernación o a la consulta del fisio o a ninguno de los sitios donde habría podido hacerme el encontradizo con ella. Fui un adicto rehabilitado con mucha disciplina. Víctor, como es lógico, decía cosas como: «A ver cuándo vuelves a venir a casa a cenar» o «Podíamos organizar una cena de parejas», y yo nunca le decía que no, incluso le aseguraba que sí, que ya iba siendo hora, pero nunca concretaba más allá. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo. Uno puede lograr retrasar un plan quince años sin tener que llegar a rechazarlo. Eso no era lo peor. Lo peor eran esas frases sueltas: «Le he dicho que nos veíamos hoy y Silvia te manda saludos», «Precisamente, el otro día Silvia te mencionó en una conversación» y hasta «Silvia se ha reído mucho con esa historia que me contaste sobre la visita del presidente a las monjitas de clausura». Nunca dejé de pensar en ella y, como en aquella canción de Dire Straits, la pregunta se me presentaba a veces en medio de alguna de mis interminables noches de insomnio: ¿Alguna vez piensas en mí? Y esas inocuas frases de Silvia que su ingenuo marido me repetía a mí me parecían un mensaje enviado a través de la galaxia. Daba igual lo que dijera, para mí el mensaje era siempre el mismo: Pienso en ti. Eso era lo que yo escuchaba. Y al oírlo volvía a sangrar, regresaban la sed y el hambre, me aferraba con desesperación a aquella limosna como si fuese un tesoro. Y volvía a sentirme como me había sentido siempre cuando Silvia aparecía —inerme, derrotado de antemano, un poco muerto, un poco despreciable— y la pregunta regresaba del pasado para volver a resonar en mi cabeza: ¿Estás tonto o qué?

Nunca hablé con nadie de aquellas comidas con Víctor ni, mucho menos, confesé a nadie que aún la quería. No podía imaginar nada

más patético que un hombre de edad respetable atrapado aún en el recuerdo de un amor de juventud. Jorge y David nunca mencionaban ya a Silvia, pero no porque aún fuera el tabú en que se convirtió a partir de aquella noche ya lejana, sino tan solo porque el paso del tiempo la había ido devaluando en su memoria, relegándola a alguien insignificante, un nombre en una lista, un rostro desdibujado, una anécdota que ya ha perdido el interés. No habrían podido comprender que para mí Silvia no fuese solo un recuerdo, que me pudiese inspirar algo más que una condescendiente sonrisa nostálgica. Para mí, Silvia no era pasado. Era presente y sabía que siempre formaría también parte de mi futuro.

Tampoco encontré necesario hablarle de ella a Dafne. Ya en el pasado había decidido, como gesto de rebeldía y reafirmación de mi independencia, que compaginaría mi amor por Silvia con mis amoríos con otras, como un Florentino Ariza de medio pelo. También ahora separé a ambas mujeres. Dafne y yo manteníamos aquella relación sin nombre propio que no tenía sentido degradar con la perturbadora presencia de otra mujer que tenía más de fantasía que de realidad. Me guardé mi secreto. Y ni siquiera a mí mismo me confesé que podía buscar mil razones para no contárselo a unos u otras, pero que en realidad todas eran mentiras piadosas que me contaba a mí mismo. La única verdad era que me habría dado vergüenza confesarlo. Mi amor por Silvia se había convertido también, además de todo lo otro, en un amor avergonzado. Porque al fin y al cabo seguir amando a la chica a la que había amado a los veinte y pasarme media vida comiendo con su marido para saber de ella convertía toda mi vida en una humillante derrota.

Somos tanto lo que no hacemos como lo que hacemos, decía Blanca. Y yo era las dos cosas. El falso amigo que comía con Víctor y el cobarde que prefería vivir de espaldas a volver a mirar a Silvia cara a cara. Porque, no me engañaré a mí mismo, lo que había buscado construyéndome ese pequeño universo a mi medida —trabajo en casa, poca vida social, amante accesible sin siquiera tener que salir a la calle, reducir la capacidad de sentir y de sufrir— no era tanto acabar viviendo en un mundo confortable como en un escondite.

Cuesta cargar con los secretos. Eso también lo dijo Blanca. Y también eso era verdad. Y este era mi secreto.

Dafne se me abraza, tirita sin frío, se acurruca y me dice:

—Si fueses una canción, ¿cómo crees que sonarías?

—No sé si estoy listo para una de estas preguntas tuyas...

—Cada movimiento musical ha encarado la vida de una manera. El *rock,* el punk, el *heavy,* el *grunge,* el que sea, todos han pretendido cambiar o ignorar o destruir las reglas establecidas. Y todos han acabado decayendo. Menos el pop. El pop siempre permanece, tal vez por su sencillez, porque solo necesita tres acordes para ofrecerte un rato de felicidad, sin cuestionarse nada, sin necesidad de rebeliones. Por eso, yo creo que tú serías una canción pop.

—Vale, te doy la razón. Puede que yo ya no tenga ganas de rebeliones.

—No creo que las hayas tenido nunca. Tú eres de los que se acomodan a las reglas, no de los que se las saltan.

—Creo que estar aquí contigo es saltarme un poco las reglas, ¿no te parece? Tú eres mi excepción.

—Lo que yo quiero es ser tu canción favorita, señor.

—Yo soy música pop. Tú eres mi canción de *rock*.

Me da un beso de adiós, un beso amodorrado, uno de esos besos a la vez tiernos y desganados que preceden al sueño.

Pero me ha espabilado y ahora soy yo el que busca conversación.

—A menudo me pregunto por qué me has elegido a mí como pareja.

Ella quiere dormir. Me contesta con desgana, sin abrir los ojos.

—Tú y yo no somos una pareja. Solo somos vecinos.

—Dime solo un motivo y me callo.

—Curiosidad.

—Bueno, podría ser peor. Prefiero la curiosidad a la pena.

—Tú no me inspiras pena. Pero me despertaste la curiosidad.

—Pues espero no haberte decepcionado.

—¡Claro que lo has hecho! Todo el mundo decepciona cuando lo

vas conociendo mejor.

—Tú no me has decepcionado.

—Porque yo soy de esas personas que no generan expectativas. Conmigo no se espera nada, conmigo se está nomás.

—Y, una vez decepcionada, ¿por qué sigues aquí?

—Los pájaros vuelan, no se preguntan por qué pueden volar.

—Me cargas bastante cuando te pones así de redicha.

Ella se ríe un poco. Nos quedamos callados. Yo contemplo el techo de la habitación en la penumbra. Me creo que ella ya está dormida. Pero no lo está.

—¿Hasta cuándo durará esto?

—¿Necesitas que le pongamos un plazo?

—Los dos sabemos que no durará.

—Yo nunca te he puesto la condición de que me quieras.

—Yo nunca te he pedido que fuese para siempre.

—Entonces, tan solo sigamos. Sin plazos ni promesas.

—Sin plazos ni promesas.

—Me parece un buen trato.

Y nos dormimos.

Todas las grandes historias deberían terminar con un gran atardecer. El nuestro no era para tanto, pero no estaba mal. De todas formas, tampoco es que nuestra historia mereciese mucho más.

Estábamos sentados en un banco de cemento. Frente a nosotros se extendía un solar de tierra seca en el que solo había una solitaria caseta de obra en una esquina. Era una parcela de escasa superficie y tal vez por ello era la única que quedaba aún sin edificar en la zona. Rodeada por urbanizaciones clónicas, se había convertido en una olvidada tierra de nadie. Más allá, el cielo anochecía a brochazos. Luces de atardecer. Algo poético y evocador para ver, pero cursi y condenado al fracaso si lo utilizas como título de un libro. A nuestras espaldas, el Nuovo Versalles se alzaba en toda su magnificencia, el falso mármol refulgiendo con brillos dorados y anaranjados y la gran cúpula central alzándose orgullosa, a la espera de dar la bienvenida a un rey, un emperador o unos compradores de saldos que ya nunca llegarían.

Cerraban el centro comercial. Por fin, tras llevar a la ruina a una ristra interminable de inversores temerarios, que cometieron unos tras otros el mismo error de creerse más listos que quienes los antecedieron, los actuales propietarios habían optado por echar la llave y plantear a las autoridades locales el derribo de aquel engendro para poder reemplazarlo por una colonia de viviendas unifamiliares. Después de tantos años viendo aquel horror de falsa elegancia palaciega, daba hasta pena pensar que pronto desaparecería. Además, David se quedaría sin su burbuja. Sabíamos lo que esa bola colgada del techo significaba para él. Por eso, Jorge y yo acudimos para visitarla por última vez. Además, acabábamos de salir del confinamiento por la pandemia y volvíamos a vernos después de aquellos meses extraños, así que aquel encuentro tenía algo, a la vez, de final y de principio, de despedida y de resurrección.

—¿Tienes algo para fumar? —le pregunté a David, porque pensé

que a mí me vendría bien, y a él, aún mejor.

—Voy a dejar la droga. Creo que ya no tengo edad para seguir siendo un porreta.

—Eso sí que es una sorpresa.

—Y además es mentira, idiota. Claro que tengo.

Se sacó del bolsillo de la camisa uno de esos canutos suyos esmirriados, de papel grisáceo y maría escasa. Lo encendió y nos lo fuimos pasando sin dar caladas demasiado intensas, porque si no se habría terminado en la primera ronda. Fumamos en un silencio serio, como si compartir un porro como quinceañeros gamberretes fuese una ceremonia solemne, un rito de despedida que requiriese una cierta formalidad. Ninguno dijo nada hasta que aquel raquítico cigarrillo se consumió por completo.

Jorge fue quien le dio la última calada y después dejó escapar una risita tonta. Siempre había sido el primero al que le hacía efecto la maría. O eso pensaba él. Hacía muchos años, habíamos hecho la prueba de darle a fumar canutos que no contuvieran nada más que tabaco y también había soltado esa misma risita a la segunda o tercera calada.

Aquella risa dio por terminada la parte ceremonial del encuentro. Después de tirar la colilla al suelo, Jorge transformó la risita en un suspiro y nos contó sus planes. Se volvía una vez más a África en los primeros días de septiembre. Cuando hubiese bajado un poco el calor. Cada vez me cuesta más marcharme, nos dijo. Claudia ya estaba allí, llevaba sin verla desde antes de que el virus paralizase el mundo, la echaba de menos y además no podía ser tan egoísta de dejar que fuese ella sola la que trabajase sobre el terreno mientras él permanecía cómodamente en su despacho madrileño. Recorrerían juntos tres o cuatro países. Tenían que supervisar la apertura de unos Poblados que Claudia confiaba en que estuviesen listos para acoger habitantes antes de la Navidad. Claudia estaba haciendo un gran trabajo. Claudia decía que tendrían que quedarse en África hasta enero. Claudia esto y Claudia lo otro: hacía mucho tiempo que Jorge era incapaz de hablar de nada, ya fuese de su trabajo, de adónde iba o de dónde venía, de lo que había hecho ayer o de lo que pensaba hacer mañana, sin mencionar a Claudia, como si nada de lo que hiciese, pensase, sintiese o planease estuviese completo sin ella, igual que él mismo, que ya no era él si Claudia le faltaba.

David siguió a Jorge en la puesta al día de novedades. Una vez que cerrase la burbuja, no seguiría dedicándose a la radio, nos dijo. Un conocido le había ofrecido escribir una serie de artículos sobre la historia de la música española para una revista, un panfletillo con poco más empaque que los viejos fanzines de nuestra juventud y que se distribuía en algunas salas de conciertos. Cecilia, que era una mujer con maña, gusto y buena mano, según él, estaba pensando en ponerse a trabajar en un centro de tatuaje. Así tirarían aquel invierno y, después, ya se vería.

Me llegó mi turno de dar el parte de novedades.

—Voy a escribir una novela.

Ambos me miraron con expresiones de sorpresa.

—Tu legión de seguidores está de enhorabuena.

—Sí, solo esperan que no sea tan mala como la primera.

—A veinte años entre libro y libro, tal vez tengas una trilogía antes de los ochenta.

—No te burles del nuevo Salinger.

No me inmuté ante sus gracias, porque ya las esperaba. Después de cumplir con el trámite de pasar por ellas, Jorge me dijo:

—Deberías escribir sobre nosotros.

—No sois tan interesantes como para convertiros en personajes de novela.

—A lo mejor aún hay cosas de nosotros que no sabes.

—De acuerdo. Pero un narrador tiene que conocerlo todo, así que tendréis que contarme hasta vuestros más recónditos secretos. Quedaremos en este mismo banco tantas veces como haga falta, os escucharé y solo después decidiré si os merecéis estar en mi libro o no.

Me miraron intentando saber si me burlaba o estaba hablando en serio. Ni siquiera yo lo sabía.

David me dijo:

—¿Puedo hacerte una petición?

—Dime.

—Si vas a hablar de nosotros, me gustaría que tu libro se titulase *Los viajeros de la Vía Láctea*.

Ahora fui yo el que puso expresión de sorpresa.

—¿Y eso por qué?

—No me preguntes. Llevo toda mi vida intentando descifrar títulos. Ya va siendo hora de que sean otros los que lo hagan.

Jorge me preguntó después si Hugo seguía en mi casa.

—Al final ha decidido quedarse un año entero en Madrid —les conté—. Pero no seguiremos viviendo juntos. Dice que quiere sentirse independiente, que cree que yo necesito tener un espacio propio, aunque yo creo que es él quien lo necesita. Va a matricularse en unos cursos de Historia del Arte y quiere coger una habitación en un piso de estudiantes.

—Como hizo su papá.

—Espero que él tenga más suerte que yo con los compañeros que le toquen —repliqué, y luego añadí—: En realidad, espero que todo le vaya mejor que a mí. Supongo que me he convertido en el padre típico. He llegado a esa edad en que ya solo espero vengar mis fracasos a través de los éxitos de mi hijo.

—¿Sigue ennoviado con la hija de Blanca?

—Nos hemos acercado mucho en estos meses, pero no soy tan ingenuo como para creer que se queda en Madrid para estar cerca de mí —me reí.

Todas las franjas de nubes que enrejaban el cielo se tornaron un poco más oscuras. Nos envolvió la primera sombra de la noche. Nos quedamos callados. El nombre de Blanca se había quedado flotando en el aire, prendido de esa sombra.

—Sentí no poder ir al entierro —dijo Jorge.

—No te preocupes. Aparte de la familia, solo estuvimos Marta y yo. Ella pidió que fuese así.

Jorge asintió.

—Claudia siempre había querido conocerla y, después de tantos años, parece mentira que no surgiese la ocasión. Me ha contado muchas veces que Oscar le hablaba a menudo de ella. Claudia siempre dice que la única persona a la que de verdad había querido Oscar, sin buscar nada a cambio de ese amor, había sido a Blanca.

Sonreí.

—Creo que le habría gustado saber eso.

Nos quedamos sentados en aquel banco. Esperando que se apagaran los diferentes tonos de gris que iluminaban aún el cielo, fundiéndose en un único negro veteado de azul. Ya habíamos recorrido bastante camino. No había prisa para completar el resto.

Cuando ya caminábamos de vuelta, se encendieron los focos que apuntaban a los paneles de anuncios en las paredes del Nuovo

Versalles. Frente a nosotros, se iluminó un enorme cartel casi tan alto como la fachada del palacio. Anunciaba el estreno de la segunda parte de *Top Gun*.

Tom Cruise, enorme, nos observaba sentado en la cabina de su avión supersónico, con la misma mirada de héroe exigente de treinta años antes.

Al mirarle a los ojos, tuve la sospecha de que regresaba para regañarnos. No habéis estado a la altura de lo que hace treinta años esperaba de vosotros, parecía decir su mirada escrutadora, gélida, castigadora. Pero su decepción no se refería solo a nosotros tres, sino a toda aquella generación a la que nos había pedido que fuésemos como él, cercanos a la perfección, y que, como al final ocurre con todas las generaciones, no había logrado alcanzar todo aquello que ambicionó. Se nos dijo —y tal vez eso es algo que se les va repitiendo a todas, para que la vida no se detenga nunca— que lo teníamos todo a favor para cambiar el mundo y, al final, no había sido para tanto. Lo habíamos hecho lo mejor posible, sin derramar tanta sangre como otras generaciones, sin arriesgar tanto como otras, pero había que admitir que nos habíamos ido volviendo comodones, que no podíamos presumir de habernos dejado la piel en el intento. Pero ahora ya era tarde para lamentos o recriminaciones. Ahora ya era el turno de otros. A nosotros solo nos quedaba ver pasar a esos otros viajeros desde el borde del camino, aligerar nuestro equipaje de guerras perdidas, rostros de nombres olvidados, amores desperdiciados e ilusiones marchitas y disfrutar de las noches de invierno en hoteles de paso.

Allí, plantados de pie ante él, me dieron ganas de pedirle a aquel enorme Maverick que no nos juzgase con dureza. Al fin y al cabo, nosotros solo éramos tres tipos en la mitad de la cincuentena que regresaban de fumarse un canuto, esquivar alguna tristeza, mantener a raya la nostalgia y contemplar la puesta de sol en los suburbios. Poca cosa. No queríamos líos. Hacía ya tiempo que habíamos abandonado la autoexigencia, hacía menos que nos habíamos desenganchado de la autocompasión y ahora vivíamos con razonable comodidad en la autocomplacencia. Maverick no podía esperar de nosotros que asumiésemos más responsabilidades que las propias, que hiciésemos penitencia por pecados que no habíamos cometido, que cumpliésemos condena por los crímenes de otros, que le ayudásemos a encontrar respuestas a preguntas que nosotros ya no nos hacíamos.

Al ver a Maverick, era inevitable acordarse de Oscar. Eran demasiado parecidos. El paso del tiempo había ido agrandando cada vez más la imagen de Oscar en mi memoria, convirtiendo su recuerdo en algo de un tamaño tan desproporcionado como el de aquel cartel de Maverick. Oscar nos había enseñado, cambiado y definido. Nada en nuestra vida —daba igual pasado, presente o futuro— sería igual para ninguno de nosotros si no le hubiésemos conocido. Oscar había sido mucho más que nuestro piloto de caza supersónico. Había pasado por nuestras vidas haciendo vuelo rasante y piruetas acrobáticas. Había atravesado de lado a lado la Vía Láctea subido a un cometa, a un meteorito, dejando tras de sí una estela donde se mezclaban luces radiantes y sombras tenebrosas en la que habíamos vivido nosotros, flotando en el vacío del espacio exterior.

Y ahora Maverick regresaba y me dieron ganas de decirle que, si era para pedirnos cuentas, no se molestase, que se las pidiese a Oscar, allá donde estuviese, que nosotros no teníamos ya mucho de lo que hablar con él.

—Que te jodan —le dijo David, en nombre de los tres.

Atravesamos un aparcamiento vacío. La primera brisa, suave aún, del cercano otoño vino a acompañarnos.

—¿Hacemos una lista de canciones? —dijo David.

Fui a protestar. Pero, para mi sorpresa, Jorge, que siempre había odiado las listas, se me adelantó:

—Venga. Elige el concepto.

—Las cinco canciones que mejor resumen lo que ha sido vuestra vida.

Dimos unos cuantos pasos en silencio, rebuscando cada uno en su memoria. Después, uno de los tres, no recuerdo cuál, dijo:

—Empieza tú.

Los viajeros de la Vía Láctea
Fernando Benzo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Javier de Juan

© Fernando Benzo, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-08-24740-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

AYANTA BARILLI

UNA MUJER Y DOS GATOS

Planeta

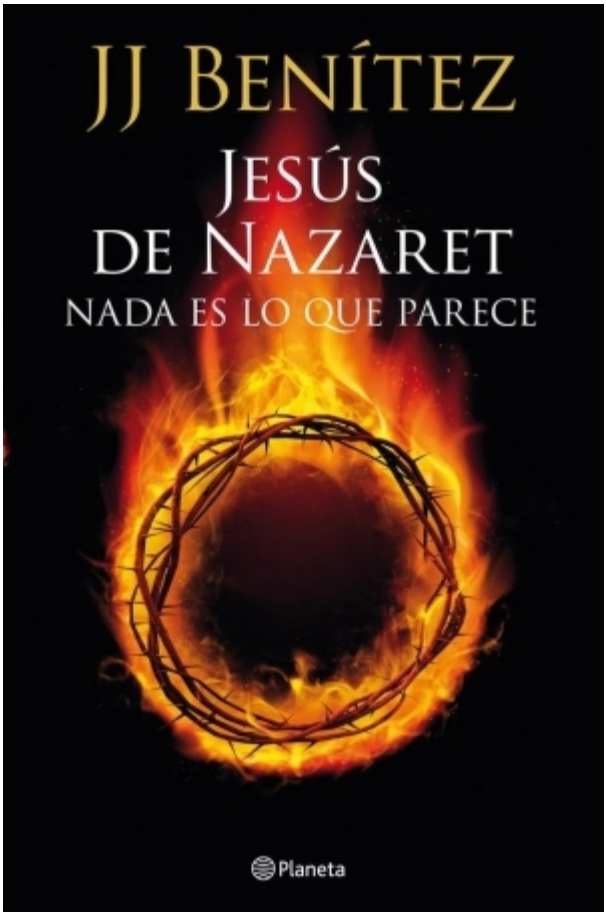
Una mujer y dos gatos

Barilli, Ayanta
9788408247845
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La protagonista, trasunto de la propia autora, relata y desgrana una etapa de soledad, marcada por una ruptura sentimental y la marcha de sus hijos, cada uno a un destino que no puede visitar. En el transcurso de estos meses, acompañada tan solo por sus dos gatos, la escritura se convertirá en el único acto de resistencia posible frente a la adversidad. Repasará los momentos clave de su existencia, vistos desde una óptica obligadamente distinta, en la que una mujer -que es también hija, madre y amante- se convertirá en una mentirosa. La desobediencia será la luz que alumbrará su camino. El tiempo se detuvo, pero las emociones siguieron impulsando las horas. Una mujer y dos gatos. Un grito desgarrador sobre un final, que se convierte en un principio.

Cómpralo y empieza a leer


JJ BENÍTEZ
JESÚS
DE NAZARET
NADA ES LO QUE PARECE
Planeta

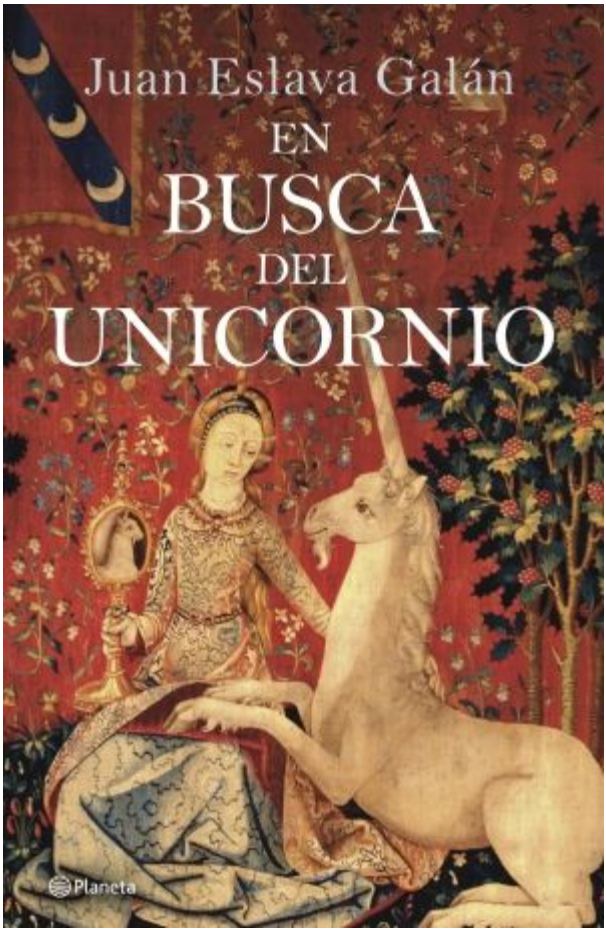
Jesús de Nazaret: Nada es lo que parece

Benítez, J. J.
9788408036050
216 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de cuarenta años de investigación y reflexión en torno a la vida de Jesús de Nazaret, J. J. Benítez se decide, al fin, a destapar su corazón y responde a 101 increíbles preguntas de sus lectores sobre el Maestro… con otras tantas y no menos revolucionarias afirmaciones. Si es usted católico, apostólico y romano, pase de largo. Éste no es su libro… Algunos ejemplos de lo que encontrará en Jesús de Nazaret: nada es lo que parece: "Ser Dios no depende de los genes." "Si Jesús hubiera sido concebido sin obra de varón…, habría sido una niña." "En efecto: celebro la Navidad en agosto." "Jesús jamás se perdió en el Templo." "¿Sabía que el Maestro visitó, entre otros lugares, Roma, Atenas, Chipre, Malta, Damasco y el mar Caspio?" "Jesús de Nazaret nunca fue esenio." "¿Analfabeto? Jesús hablaba, al menos, tres lenguas." "Fue a los treinta y un años cuando supo realmente quién era." "Jamás fundó iglesia alguna."

Cómpralo y empieza a leer


Juan Eslava Galán
EN
BUSCA
DEL
UNICORNIO
Planeta

En busca del unicornio

Eslava Galán, Juan
9788408249825

Cómpralo y empieza a leer

La novela, ambientada a fines del siglo XV, narra la historia de un personaje ficticio a quien se envía en busca del cuerno del unicornio, que se supone aumentará la virilidad del rey Enrique IV de Castilla, llamado el Impotente. En la trama argumental, habilísima y muy amena, dentro de una escrupulosa fidelidad a la ambientación histórica, se suceden las más curiosas e inesperadas peripecias, siempre con un fondo emotivo y poético que da fuerza y encanto mítico al relato. El autor logra un estilo que es un maravilloso equilibrio entre la soltura y agilidad narrativa y el sabor arcaico que requiere el tema. En suma, una deliciosa novela de aventuras en donde coexisten lo fantástico, lo humorístico y lo dramático.

Cómpralo y empieza a leer

Esther
Doña
La vida de un gran hombre a través de mis ojos
Planeta

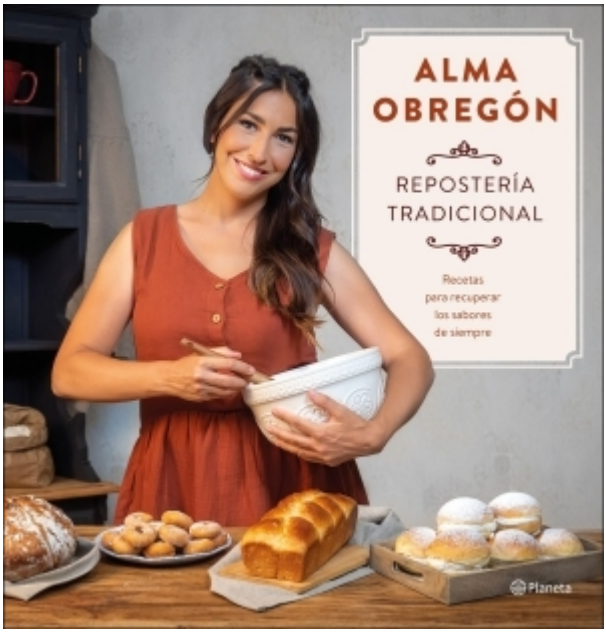
La vida de un gran hombre a través de mis ojos

Doña, Esther
9788408249061
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los muros de piedra del Palacio del Rincón parecen de pronto mucho más oscuros y amenazantes. El que hasta hace un minuto era mi hogar ha perdido el alma y el encanto y ahora es un castillo solitario, frío y vacío. Aún tengo el teléfono en la mano temblorosa cuando los ojos se me llenan de lágrimas que no sé cómo gestionar. "El señor ha muerto --susurro--. El señor ha muerto". Era el 20 de marzo de 2020. España entera estaba confinada en lo peor de una pandemia cuyo alcance nadie se atrevía a vaticinar. La noticia corrió como la pólvora en todos los medios del país. Carlos Falcó, marqués de Griñón y grande de España, acababa de fallecer en la más absoluta soledad. Ni sus hijos, ni su joven esposa, ni nadie de su entorno pudo acompañarle en ese terrible e inesperado final. En honor a un amor extraordinario, la marquesa viuda de Griñón nos invita a revivir la historia de este matrimonio de película. Desde el primer encuentro hasta la boda, pasando por el cortejo cargado de mensajes de móvil, las dudas de su familia y la entrega decidida a compartir la vida. Esther nos revela la intimidad de una relación repleta de viajes de ensueño, cacerías, glamurosos compromisos con la alta sociedad y brillantes planes de futuro que solo una tragedia como el coronavirus logró truncar. El matrimonio de los marqueses de Griñón de puertas para dentro: una historia de amor y lujo de la que no puedes despegar los ojos

Cómpralo y empieza a leer


ALMA
OBREGÓN
REPOSTERÍA
TRADICIONAL
Recetas
para recuperar
los sabores
de siempre
Planeta

Repostería tradicional

Obregón, Alma
9788408248996
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El olor de los roscos de tu abuela, el bizcocho de limón que hacía tu madre, las galletas cuyo olor impregnaba la casa del pueblo… Hay recetas que nunca fallan, que a todos nos inundan de recuerdos y a las que volveríamos una y otra vez. En este libro, Alma Obregón nos propone una selección de las recetas dulces más tradicionales y deliciosas en las que los sabores de toda la vida serán los indiscutibles protagonistas. Una repostería al alcance de cualquiera, explicada con la maestría, la sencillez y la dulzura que la caracterizan. La mejor maestra de la repostería nos trae un nuevo libro en el que recupera los sabores de toda la vida: recetas que nunca pasan de moda

Cómpralo y empieza a leer